

## XII

Mientras en el interior del carro tenía lugar esta plática, Julián de Avila, el Prior y Salcedo, aprovechando la amplitud del camino, habían puesto al par sus mulas; y separados buen trecho de los sirvientes, hablaban entre sí.

— De modo que sólo Madre Teresa sabe lo que pasa, — dijo Fr. Antonio Heredia.

— Ella sola, — repuso el capellán; — ¿á qué había de inquietar á sus Hermanas? Tiene el corazón animoso de sobra para no necesitar consuelos sino de Dios.

— Bien ha hecho en callar, — repuso vivamente Salcedo; — si después de lo que sus primas han tenido que vencer de opiniones y consejos supieran el mal resultado que amenaza tener la fundación, tal vez creyeran haber acertado quedándose en Avila.

— Lo cierto es — afirmó el P. Julián muy preocupado — que la casa con que cuentan y hallarse en la calle viene á ser lo mismo; no puede tener vuesa merced idea de aquello: es un completo derribo.

Don Francisco, á quien se dirigían estas palabras, enarcó las cejas con viva expresión de disgusto.

— Vaya, — repuso el Prior con alegre confianza, — algo peor que la casa de Medina era el establo de Bélen, donde nació Nuestro Señor. Si la Madre Teresa fuese de ánimo tan apocado como vuestas mercedes, de seguro estaría ahora tranquila en su convento de Avila.

— Es que su paternidad no ha visto lo que yo, — respondió tristemente el capellán, — y tengo por cierto que cuando lo vea se ha de afligir mucho.

El Prior dió un suspiro por toda contestación, y los tres hombres siguieron su marcha con gran desaliento; en tanto los mozos conversaban, y el carrero cantaba; pero todos callaron al escuchar la vibración de una campanilla que tañían dentro del carro.

Aunque aquel toque sólo imponía silencio á las religiosas, por un convenio tácito los viajeros suspendían sus conversaciones; y si alguna palabra tenían precisión de cruzar, lo hacían en voz baja para no turbar las horas de recogimiento de las siervas de Dios.





## CAPITULO II

---

### EL SOLAR

#### I

**E**RA más de media noche cuando á la puerta del convento de Santa Ana, en Medina, se detenía el carro y bajaban de él las religiosas, muy asustadas del extraño alboroto que se oía por la ciudad, y tan deseosas de ser desconocidas como temerosas de no poderlo conseguir; en cualquier noche hubiera sido fácil realizar sus modestos deseos, pero en ésta debía juzgarse imposible; al día siguiente había feria con públicas diversiones, entre otras corridas de toros, el encierro de los cuales se verificaba en aquellos momentos.

Por todas las calles se veían grandes hogueras, cuyos resplandores servían de iluminación para anunciar el general regocijo. Cuadrillas de mozos recorrían la villa, y el eco de sus cantares,

acompañados de vihuelas y guitarras, eran repetidos por los ecos en confusa batahola.

El Prior asió la aldaba de la puerta y dió un recio golpe; á poco abrieron el ventanillo y apareció la venerable cabeza del Hermano portero, que, después de informarse de quiénes eran, se apresuró á abrir.

Grandes envoltorios ocupaban buen trecho de la portería, y al verlos Fr. Antonio, comprendió que sus órdenes habían sido cumplidas.

—Vaya, Madre Teresa,—dijo con aparente alegría, que disimulaba profunda inquietud,—aquí tiene su reverencia ornamentos, aderezo de iglesia, y cuanto creo habrá menester. ¿Quiere descansar algún rato antes de ir?

—«¡El descanso cansa al alma que sólo quiere contentar á Dios!» (*Fundaciones*, cap. II, núm. 2)—repuso la fundadora;—lugar hay cuando todo esté concluído. Vamos á la nueva casa en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Y con tanto ánimo como buena voluntad repartió los envoltorios entre las monjas, el capellán, Salcedo y los mozos, reservando para sí lo más voluminoso y pesado.

Salían ya, cuando el Prior, que se había separado de ellos para entrar en el convento, volvió con un brazado de teas.

—Luz faltaba, y aquí va,—dijo en el mismo tono alegre con que trataba de animar á sus compañeros.

Salieron todos recatadamente, evitando el encuentro de las ruidosas cuadrillas; el mayor miedo de Teresa eran los toros, que sabía se hallaban tan próximos; y al considerarse responsable

de aquellas vidas que peligraban por ayudarla á servir á Dios, temblaba todo su cuerpo, y sentía latirle el corazón con tal violencia que le hacía daño.

Si á lo largo de los muros ó á la vuelta de una calle, obscura como estaba la noche, vió algún curioso desfilan esta procesión de bultos negros, cargado cada uno de su correspondiente fardo, en cuyas movibles sombras sólo se distinguían blanquear las capas de la Orden, seguramente hubo de parecerle misteriosa visión de almas del otro mundo.

Sin ningún mal encuentro llegaron á la casa, y la impresión que su aspecto produjo en el ánimo de la fundadora, lo explica en estas breves y elocuentes frases:

«Entramos en un patio; las paredes harto caídas me parecieron, mas no tanto como así que fué de día. Parece que el Señor había querido cegar á aquel bendito Padre para ver que no convenia poner allí el Santísimo Sacramento.» (*Fundaciones*, cap. III, núm. 6.)

Pero como no había otro arbitrio, la vacilación fué corta: Teresa recorrió el portal, y lo halló con las paredes sin revocar; grandes grietas en ellas, el techo á teja vana, y el suelo lleno de montones de piedra y tierra; como su ánimo era mucho, no decayó al contemplar tal ruina.

—Hijas y hermanas mías,—dijo con entereza,—la noche es breve y hay mucho que hacer; manos á la obra, y trabaje cada cual lo que pueda en servicio del Señor.

En tanto Fr. Antonio, que á puros golpes de piedra y eslabón había logrado encender una

pajuela, prendió fuego á las teas, que fué clavando en las paredes, y á su luz pudieron apreciarse mejor los destrozos que les rodeaban.

—Reverenda Madre, ¿cómo se va á tapar este derribo con sólo tres reposteros que trae?—preguntó Julián de Avila, tan afligido que daba compasión.

—El Señor proveerá,—repuso la santa Doctora.

—Madre,—dijo entonces Fr. Antonio, que comprendía, aunque tarde, lo difícil de la empresa,—el mayordomo de la señora ha dicho que tiene muchos tapices y una cama de damasco azul; tal vez con ello se podrá remediar algo.

—«Siempre ayuda y favorece el Señor en los grandes aprietos á los que se hacen fuerza por Su Majestad» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IV),—repuso la Santa Madre, y creo bien que bastará con lo que dice.

—Entonces voy al instante,—añadió el Prior;—el mayordomo sabe que llegamos esta noche, y debe esperarnos.

Llamó á uno de los mozos, y partió con él tan aprisa como sus cansadas fuerzas permitían.

## II

Considere quien quiera la situación de la fundadora; Julián de Avila y Salcedo, espantados, no hacían sino mirarse y suspirar; las religiosas, embebecidas, en nada ponían mano, mientras Teresa, débil, enferma, molida de cansancio y sin haber tomado apenas alimento, andaba de un lado

á otro, y calculaba con ánimo varonil lo que debía hacerse.

—Vamos, hijas mías,—prorrumpió al fin con persuasiva dulzura,—á ver cómo nos damos trazas para poner esto en orden ; vos, Padre capellán, y vuesa merced, Sr. Salcedo, á buscar por esas paredes clavos, que no es hora propia de comprarlos, y hacen falta para armar lo que van á traernos.

Y uniendo el ejemplo á las palabras, empezó á limpiar el suelo con tan buena gana que, aunque sus hijas se daban prisa, aventajaba á todas en el trabajo. Roto el encanto de inercia y aflicción que les paralizaba, entregábanse cada cual á su faena con ardor, mientras el capellán y su amigo proseguían animosamente la tarea de buscar clavos, resultando todo poco á poco mejor de lo que al principio creyeron.

No tardó en volver Fr. Antonio con el mayordomo de la señora y algunos sirvientes que la piadosa dama enviaba para que ayudasen ; desde entonces la animación fué general : unos á recoger la tierra, otros á llevarla ; éstos se hacían cargo de trasladar las piedras ; aquéllos entapizaban ; las religiosas á limpiar, colocar flores y candeleros en los sitios correspondientes ; á desliar y tender las alfombras, y todos alegres y maravillados al ver cuán pronto se trocaba en preciosa capilla el derruido solar.

¡Sólo la fe realiza milagros ! Teresa se multiplicaba y lo dirigía todo con admirable orden.

—Madre, que me dén clavos ; esta pared los tuerce ;—decía Salcedo.

—Madre,—añadía Julián de Avila,—¿dónde ponemos la campanilla ?

— Madre, —exclamaban las religiosas, —vea su reverencia si está bien así la colocación de las velas y las flores.

— Vengan las sabanillas y el frontal.

— Ese tapiz se cae por la derecha.

— Reverenda Madre, —interrumpían los mozos, —¿dónde echamos el escombro y las piedras?

Teresa respondía, daba á mano y mostraba incansable solicitud ; rayaba el día cuando el mayordomo y los criados se retiraron ; las religiosas ocuparon una sala frontera al portal, desde donde por los resquicios de la puerta podían oír Misa. Salcedo se ocupó en tañer gallardamente la campanilla, y el solar, convertido en iglesia, se presentó á las absortas miradas de los medinenses.

### III

Aquel inesperado toque hizo sensación.

Como la feria atraía muchos forasteros, las calles estaban llenas de gente, y no fué poca la que acudió á la capilla, que en breve rato se llenó por completo. Cuando el Padre capellán salió á decir Misa y colocar el Santísimo Sacramento, vió con asombro la multitud que se estrechaba silenciosa y admirada; aquel convento ni visto ni oído, llamaba ya poderosamente la atención.

Mas apenas terminado todo, se levantó en el espíritu de la fundadora una de las batallas con que siempre se vengaba el enemigo de las victorias que en su daño conseguía; esta prueba de algunas horas, durante las cuales sufrió cruelmente, la permitía Dios para mayor gloria de su sierva; la causa ahora era ver con el nuevo día

las derribadas paredes, y el abandono y exposición en que se hallaba el divino Sacramento, puesto en un portal, sin defensa de las irreverencias que pulularían de todas partes; por más que invocó al Señor en su tribulación, no tuvo el consuelo de oírle, y lloró amargas lágrimas, que le arrancaba el temor de tenerle enojado por su falta de previsión en tan grave asunto.

Para que aprendamos á no confiar nunca en nuestras propias fuerzas, le duró esta lucha desde acabada la Misa hasta la tarde, en que el Padre Baltasar Alvarez estuvo á visitarla con otro sacerdote, y al verla tan afligida la animó y consoló cuanto pudo.

«Yo no le dije todas las penas que tenía,— escribe ella,— sino sólo la que me daba vernos en la calle.» (*Fundaciones*, cap. III, núm. 9.)

Deseoso el Rector de remediar lo que sucedía, propuso mil arbitrios, aunque ninguno de pronta realización. Teresa, por su parte, acudió al principal, que era dejar la casa, y rogó á su confesor buscarse otra, costara lo que costara; el Padre marchó decidido á ello; pero por más que hizo no halló una que alquilar en toda la ciudad; este resultado llenó á la Santa Madre de angustias y zozobras; levantábase muchas veces durante la noche, y como vigilante centinela acompañaba al Amado de su alma, que en el desamparado portal había fijado su trono; la luna, piadosa y dulce amiga de los espíritus afligidos, la acompañaba en su incansable vela, y sembraba de chispas de luz aquellos muros rotos, que á su incierta claridad mostraban apariencia de esplendores pasados; el temor á los herejes encubiertos obligó al

fin á la fundadora á buscar algunos hombres que durante la noche guardaran la iglesia; mas por si ellos se dejaran rendir del sueño, la esposa de Jesús no descuidó ni un instante la vigilancia que se había impuesto.

#### IV

Aunque visitaban muchas personas la capilla, nadie pensó en quitar el Santísimo, que era el más grave temor de la Santa Madre; sólo intentar lo le habría causado tal aflicción que hubiera creído deshecho lo que á costa de tantos trabajos había conseguido.

Ocho días hacía que duraba esta situación, cuando un mercader muy religioso y honrado, que supo la necesidad en que estaban, redujo á su familia á la parte baja de la magnífica y espaciosa casa en que vivían, y propuso á las monjas que ocuparan el alto mientras se componía su morada; aceptaron este favor como venido del Cielo, y trasladadas en breve, vivieron como en monasterio cerrado; en una gran sala dorada y pintada tenían la iglesia, y allí rezaban sus Horas y Oficio divino. De las limosnas con que el pueblo las socorría les bastaba; en especial una noble dama llamada Doña Elena de Quiroga, hermana del Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Gaspar de este apellido, hizo mucho bien por ellas; y no satisfecha con esto su generosa piedad, ayudó á levantar en el portal una capilla donde se pusiera decorosamente el Santísimo Sacramento.

El tener esta señora su casa solariega al lado de la que la caridad había ofrecido á las descal-

zas, hizo que se aficionara á la Orden, y con especialidad á la fundadora, á quien veneraba tanto como quería ; pagaba sus favores la Santa Madre con encomendarla mucho á Dios, y bien pronto se notó cuán atendidas eran las oraciones deaquel alma privilegiada. Como Teresa de Jesús tenía gran priesa por acabarlo todo, apenas se tardaron dos meses en concluir las obras de la nueva clausura, y con inmensa alegría volvió la Comunidad al solar convertido en estrecho pero aceptable monasterio.

Muy poco después de instaladas tomó el hábito una noble doncella, hija de la bienhechora Doña Elena, que se llamó Jerónima de la Encarnación; y pasados algunos meses, desasida la señora de los cuidados del mundo por tener honrosamente colocados á sus otros hijos, halló seguro puerto en la Religión descalza, donde llevó el nombre de Elena de Jesús.

Aunque arriba no se ha dicho, la segunda prueba de gratitud que dió Teresa á su generoso protector San José fué intitular con su nombre al nuevo monasterio.

El ejemplo es contagioso, tanto para el bien como para el mal, y este axioma se probó hasta la evidencia en Medina ; el pueblo tomó gran devoción al convento, y muchas doncellas siguieron los pasos de las señoras de Quiroga ; hubo una entre ellas que se llamó en Religión Catalina de Cristo, cuyas heroicas virtudes fueron admiración de sus contemporáneos.

## V

Quince días habrían transcurrido desde la fundación, y ya le parecía á Teresa vana ociosidad permanecer allí más tiempo ; el buen logro que había tenido su asunto, al parecer descabellado, le daba nuevas esperanzas y le quitaba el temor de engañarse cuando se dejaba llevar de sus generosos impulsos. Desde que el primero y más grave de los negocios había entrado por camino tan real, volvió á la idea de fundar conventos de descalzos para asegurar el buen éxito de la Orden ; trató el caso con Fr. Antonio Heredia bajo el sello de impenetrable reserva, y halló asombrada que el buen Prior convenía de tal modo con sus proyectos que le aseguró alegremente «sería el primer carmelita que se descalzara».

No hizo al pronto la Santa Madre mucho caso de este ofrecimiento, que, aunque nacido del corazón, le parecía irrealizable; la suma delicadeza y escasa salud del que lo proponía daba motivo para dudar; díjosele así, y él contestó que lo pensaba muy de veras, y que era tanto su deseo de profesar más estrecha vida, que había querido á veces entrar en la Cartuja.

Aunque no muy segura todavía, la fundadora le rogó que suspendiera tomar resolución alguna mientras se ejercitaba y probaba en el nuevo instituto por si podía guardarlo. Accedió el Prior, y tan de veras se puso á ello que emprendió desde luego un noviciado que no duró menos de un año.

## VI

Una mañana bajó Teresa al locutorio, donde la esperaban Fr. Antonio Heredia y un compañero para tratar de algunas dudas que ofrecían al primero las nuevas Constituciones.

El religioso que iba con el Prior, desconocido hasta entonces para la fundadora, era de edad mediana, enjuto de carnes y de airosa estatura; sólo el mirarle infundía respeto por la sencillez, compostura y humildad de su rostro, la expresión de plácida quietud y modesto gracejo que le adornaban, y mil rasgos que daban alta idea de sus cualidades. Inteligente para juzgar á las personas desde la primera vista, como el joyero avallora el brillante que le presentan, Teresa de Jesús comprendió los ricos quilates del que lucía en aquel alma. Desde que se habló de la Reforma se coloreó vivamente el semblante del religioso, y venció su profunda humildad para decir:

—También yo anhelo hace tiempo vida más áspera y perfecta, y, como nuestro Prior, he hecho ánimo de retirarme á la Cartuja.

—Paréceme que sería más meritorio que su paternidad guardara y profesara su primera vocación en la Regla primitiva, que experimentar mudanzas no siempre provechosas, — dijo discretamente la Santa Madre.

—Ya se lo insinué cuando vino á consultarme, —añadió Fr. Antonio;—pero es tal la priesa que tiene, que no creo se preste á dilaciones.

—Mal hecho, —repuso Teresa de Jesús con dulce y firme acento;—no es perdido el tiempo

que se tarda en prepararse para las grandes resoluciones. Tengo la idea de que el Señor le llama para descalzo, y no es cortesía negarse á voluntad tan poderosa.

—No es tal mi ánimo si llego á convencerme de lo que dice, —repuso humildemente el religioso, que pocos años después había de ser célebre por sus admirables escritos y ardiente celo en pro de la Reforma carmelitana bajo el nombre de Fr. Juan de la Cruz : — antes me holgaría de seguir con toda austeridad la Regla de los primeros hijos de nuestro padre Elías.

—Pues tenga por cierto que le tomo la palabra, y que cuento con él, al mismo tiempo que con Fr. Antonio, para que sean las primeras piedras de la fundación.

—Con tal que no se dilate mucho, — contestó vivamente el futuro descalzo, — cada día se me hace más difícil aguardar.

—No es menor mi deseo ; así, haré cuanto pueda por que se realice pronto.

—¿Vino á despedirse de su reverencia el señor D. Bernardino de Mendoza? — preguntó el Prior.

—Sí que estuvo ayer tarde, — repuso la fundadora, — y me ha dado tanta lástima de él, es tanto el deseo que tiene de que se funde el convento que patrocina en Valladolid, que me ha ofrecido casa y huerta muy deleitosa, que ha sido recreación de su cuñado el comendador Cobos ; ¡ lástima que está más de un cuarto de legua del pueblo, y no sé cómo haremos para vivir allí ! ; pero su ansia por que se haga no da espera, y debemos acomodarnos mal ó bien.

—Como es el tronco son las astillas,—añadió Fr. Antonio;—no niegan los Mendoza los sentimientos de sus padres; si el señor Obispo toma por su cuenta todo lo que puede de obras meritorias, tampoco se descuida D. Bernardino.

Era este caballero hermano del obispo de Ávila, tan ilustre por su sangre como galán y generoso en sus tratos; dotado de juventud, riqueza y hermosura, requerido y adulado en todas partes, dejábase llevar algo de las vanidades mundanas; y aunque este defecto, disculpable por sus condiciones, lo hubieran podido corregir el Prelado y la virtuosa Doña María, jamás lo hicieron por no conocerle, ciegos como estaban del amor que le tenían. Teresa de Jesús, que tantos favores debía á la noble familia, aconsejaba al menor de sus vástagos como la más tierna y previsora de las madres; quizá este celo había logrado que no tuviese el mundo completo señorío en aquel alma.

—¿Sabe una noticia, padre mío?—interrogó la fundadora, tras los breves instantes de silencio que habían seguido á las últimas frases del Prior.

—¿Cuál?—dijo con viva curiosidad el interpelado.

—Que pronto me ausentaré de aquí con la viuda del comendador Cobos.

—¡Santo Dios! ¿Ya quiere su reverencia dejar esta casa?

—No cabe holganza en el servicio del Señor; he recibido cartas de Doña Leonor Mascareñas que me obligan á emprender de nuevo la marcha.

—Algo se me alcanza de eso; Doña Leonor ha oído hablar mucho de su reverencia, y quiere

que instruya y reforme á las monjas que fundó en Alcalá de Henares la beata María Ana de Jesús.

—¿Será posible?

—Aun creo más: Doña Leonor, que tan honrada ha sido en la corte con el cargo de aya del rey nuestro señor, dejó muy alegre las grandezas para encerrarse en un convento de religiosas franciscas que ha labrado á su costa, y quizá desee que también allí se ejercite la vigilancia de su reverencia.

—De veras le digo que me causa más vergüenza verme requerida de unos y otros, que si fuese despreciada por todos; ¿cómo hacer para que se convenzan de la ruindad de esta pobre pecadora los que se empeñan en ser ciegos para no verla? Muchas veces me aflijo y digo al Señor: *¿Que no me tienen de creer las gentes? ¡Allí os la habed con ellos, que yo no sé qué hacer ni decir mas!* (P. Yepes, lib. III, fol. 51.)

El Prior sonrió disimuladamente, como seguro de lo mismo que la Santa Madre negaba, mientras ella proseguía:

—Y después, ¿con quién he de cumplir antes? Todos los que me ocupan merecen que se les atienda. Al par de Doña Leonor está Doña Luisa de la Cerda, que me llama para fundar en su villa de Malagón, y D. Bernardino de Mendoza quisiera que el de Valladolid fuese el primero. ¿A quién dar la preferencia? ¿Qué haré para visitar y gobernar comunidades, cuando yo misma necesito gobierno?

—Ya os indicará el Señor lo más conveniente,—dijo el Prior.

—De modo que, si á tantas cosas ha de aten-

der su reverencia, ¿cuándo se hará el convento que Fr. Antonio y yo esperamos? —interrogó Fr. Juan, que hacía rato permanecía silencioso y ajeno al parecer de lo que se hablaba.

—*¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu voluntad si no vives enclavado en el temor y amor del que te crió!* (*Exclamaciones*, núm. 17), — exclamó Teresa con inspirado acento: —¿será posible que vuesa paternidad consienta le dé guerra este enemigo, y no le permita esperar con tranquilidad de espíritu el cumplimiento de lo ofrecido?

El religioso no respondió, dominado por aquella voz severa, mientras Fr. Antonio añadía:

—Determinada como está su reverencia á marchar de Medina, debo suponer que todo lo deja concluído.

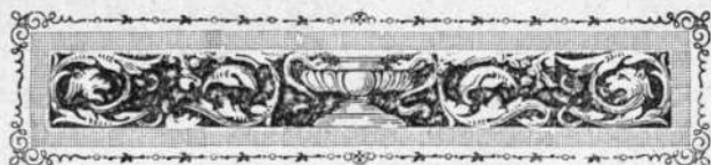
—Y mejor de lo que jamás creí. Este palomarcito de la Virgen se va poblando, y con tanto bien que no sabré encarecerlo.

—¿Me autoriza su reverencia para decir á D. Bernardino que acepta la donación?

—Sí, Padre mío; harto siento no haber podido ir ya; pero la distancia de la huerta á la ciudad me atemoriza. En fin, dígame que ruego al Señor le pague su buena voluntad y que todo se hará como desea. Al mismo tiempo, y por si no puedo verle, diga á mi confesor, Fr. Domingo Báñez, que con su parecer y el de los letrados que se han consultado acepto rentas para el convento de Malagón, ya que por la suma pobreza del lugar no puede ser de otro modo. ¡Reciba el Señor el sacrificio que en ello hago!, —exclamó la Santa Madre, levantándose para

despedirse.—Adiós, mi Padre; ejercítese en su noviciado, y vaya muy adelante en el camino de la cruz; y vos, Fr. Juan, mantened encendidos esos deseos, que, si no me engaño, pronto habrán de realizarse.





## CAPÍTULO III

EN MALAGÓN

### I

**C**ONFORME á lo que habló Teresa de Jesús con los religiosos, algunos días después salía de Medina del Campo en compañía de Doña María de Mendoza ; llevaba además consigo á María Bautista y Ana de los Angeles ; aunque se apartaba con pena de las fervorosas hijas que allí dejaba , tardábale ya emprender la tercera fundación.

Después de cumplir el piadoso deseo de Doña Leonor Mascareñas, llegó á Toledo la Santa Madre, y fué á hospedarse en casa de la viuda de Arias Pardo, que la recibió con extremada alegría; desde allí escribió á Fr. Domingo Báñez para el asunto de la renta, con la cual no podía conformarse; mas convencida por juiciosos pareceres, aunque no contenta, marchó á Malagón con Doña Luisa, la que se consideraba dichosa, pues

creía seguro ya en su villa el tesoro que tanto había anhelado. ¡Oh qué buenos lazos pensaba armar á la fundadora para que se quedase allí largo tiempo! ¡Cómo podría consultarla, y gozar de su presencia continuamente! Ignoraba que, una vez lanzada por el Señor en la vida activa de las fundaciones, Teresa de Jesús no había de reposar en parte alguna.

## II

El domingo de Ramos del año 1568, dos días después de la llegada á Malagón de la Santa Madre y sus compañeras, una compacta multitud rodeaba la fortaleza de la villa donde paraban las humildes hijas del Carmelo y la viuda de Arias Pardo; la animación era grande, y todos parecían darse mutuamente la enhorabuena.

El tiempo estaba hermoso, y los rayos de un sol primaveral entibiaban el ambiente; iban á dar las nueve, hora en que se empezaban los Oficios propios del día, cuando un lucido acompañamiento de cuantas personas notables encerraba el pueblo llegó por las religiosas para conducir las á la iglesia: Doña Luisa bajó con las esposas de Jesús; reuniéronse á la comitiva, y se pusieron en marcha.

Un sentimiento de alegre admiración se transmitió como chispa eléctrica al corazón de los honrados vecinos, que, atraídos con fuerza irresistible hacia aquellas penitentes criaturas, seguían con respeto sus pasos y entraban tras ellas en la iglesia; los pardos sayales, las capas blancas, y sobre todo los espesos velos negros que

las cubrían, despertaban vivas y misteriosas simpatías.

—¿Quiénes son? — preguntábanse las mujeres unas á otras.

—Carmelitas descalzas, —respondían las mejor informadas.

—¡Bendito sea el Señor que las trae á nuestra villa! — exclamaban muchas con sincero entusiasmo.

Después que, colocadas en el sitio preferente la fundadora y sus hijas, asistieron á la Misa y Oficios, se formó una solemne procesión para llevarlas á su morada. Abrían la marcha muchos hombres, unos con luces y otros con las palmas que se acababan de bendecir, las que dominaban gallardamente los apiñados grupos, y al mecerse en el aire ligeras y flexibles, parecían indicar la gloria del triunfo; cruces y estandartes seguían luego en buen orden, precediendo las ricas andas en que iba el Santísimo Sacramento, rodeado de sacerdotes que entonaban cantos de severa melodía. El incienso formaba perfumadas nubes, y las calles, regadas de flores y hojas verdes, semejaban delicada alfombra. En pos de las andas caminaban las esposas del Señor, y en torno de ellas, dándoles escolta de honor, iban Doña Luisa, con muchas damas nobles é ilustres doncellas. Así fueron hasta el monasterio, que tuvo, como los anteriores, la advocación de San José.

### III

Algunos días después de la solemne toma de posesión, realizada tan sin trabajos que espan-

taba á la fundadora, hallábase ésta retirada en el coro, cuando se le representó Jesús como solía, con la particularidad de mostrar en su frente, cual luceros de suavísimo resplandor, todas las señales de la dolorosa corona de espinas; era ella muy devota de este recuerdo de la Pasión, y así se consoló mucho, aunque el considerar que los que se mostraban rayos de luz habían sido heridas sangrientas contristaba su amoroso corazón: la voz del Señor vibró entonces en su alma para decir «no le tuviese lástima por aquellas, sino por las muchas que de continuo recibía».

—¡Oh verdadero Dios mío! — exclamó la Santa Madre con angustia: — «¿qué podré yo hacer para remediar esto?»

— *No es tiempo de descansar*, — le fué contestado; — *date prisa más bien á hacer estas casas, que en las almas de ellas tengo el descanso. Toma cuantas te den, porque habrá muchas que por no tener adónde no me sirven, y las que hagas en lugares pequeños sean como ésta, que tanto podrá merecer con el deseo como las otras.* (P. Yepes, lib. II, fol. 304.)

Nada menos que tal revelación, en que su divino Esposo le aseguraba que le era grato lo que hacía, necesitó Teresa de Jesús para arrancar de su pecho la espina que le había clavado la necesidad de admitir renta. Sin embargo, lo ordenó todo de manera que no poseyeran sus hijas nada, para que no estuvieran asidas á cuidados de la tierra.

Una noticia que recibió á los dos meses de estar en Malagón aumentó su anhelo de marchar á Valladolid: D. Bernardino de Mendoza ha-

hía muerto en Ubeda de tan recio accidente, que fué en muy pocas horas y sin hablar, aunque expiró con grandes muestras de contrición; su hermana Doña María escribió á la santa Madre tan triste nueva con muchos extremos de sentimiento, y no fué menor la aflicción de Teresa, que, agradecida á las obligaciones en que estaba hacia aquella familia y llena de lástima por tan inesperada muerte, rogó al Señor por el caballero con tal eficacia, que le fué revelado el gran peligro en que había estado la salvación del menor de los Mendoza, que sufría en el purgatorio, pero que saldría de él á la primera Misa que se celebrara en el convento que había ofrecido dedicar á la Madre de Dios.

Si sólo hubiera escuchado los impulsos de su caridad, la fundadora se habría puesto inmediatamente en camino; pero surgían graves dificultades; la finca no era propia, y con este motivo se hacían imposibles los cambios que eran precisos para tornarla en clausura; pero como Doña Luisa de la Cerda se hallaba muy interesada en la fundación, apenas temió por ella se apresuró á ceder grandes terrenos de olivar, de huerta y casa deleitosa cerca del pueblo, donde se hizo en breve plazo acomodado monasterio.

Con actividad que parecía sobrehumana, Teresa no descansó día ni noche hasta concluirlo todo; nombró Priora á Ana de los Angeles, se despidió de Doña Luisa, y marchó llevándose á María Bautista y Ana de Jesús.

## IV

La vida de tan santa fundadora, cuyos pasos se van viendo, es como un cuadro admirable, en el que la principal figura permanece fija y se rodea cada vez más de esplendores, mientras el fondo y accesorios varían cual los que tienen propiedad de disolventes. Recorrido ya largo espacio de nuestra narración y trazados retratos cuyo simpático recuerdo pone al ánimo deseos de contemplarlos una vez más en el cuadro; pero los sucesos que se aglomeran en torno de la fundadora obligan á dejar tranquilas en sus moradas á las humildes y blancas palomas de que antes se hizo mención; así Esperanza y Juana Suárez, en San José de Avila; Inés de Jesús, en Medina del Campo, y Ana de los Angeles en Malagón.

Mientras Teresa de Jesús, atenta sólo á cumplir su altos deberes, caminaba con cuanta priesa podía, la fama se encargaba de precederla para mortificar su humildad y acrisolar sus virtudes; en vano procuraba que no la viera el mundo; por todas partes la asediaban con manifestaciones de amor y respeto, y de todos lados le proponían nuevas fundaciones.

Antes de ir á Valladolid quiso pasar por Avila, visitar á sus monjas y consultar con el Obispo para que se hiciera el primer convento de descalzos, que anhelaba ver establecido. Temía el impaciente fervor de los que llamaba *las dos piedras* que debían empezar el edificio, y creía no sin fundamento que, si tardaba en establecer

la Reforma, acabarían por cumplir su propósito de retirarse á la Cartuja.

Apenas llegó á su ciudad natal, entre las muchas personas que acudieron á visitarla fué un caballero nombrado D. Rafael Moxica; y sabedor de su proyecto, le ofreció para llevarlo á cabo una casita en Duruelo, pequeña aldea muy cerca de Avila. Aceptó la fundadora con viva alegría, y al punto determinó marchar á Valladolid, viéndose de paso la casa, pues por la relación que le hacían del pueblo comprendió que no debía tener muchas comodidades. Llevó consigo en este viaje, como en el anterior, á María Bautista, y quiso que las acompañaran Isabel de la Cruz, Antonia del Espíritu Santo y María de la Cruz.

La casa de Duruelo respondió bien á la idea que tenía formada de ella; era estrecha, húmeda, sombría, y de tal modo insegura que Teresa no se atrevió á pasar la noche bajo su techo. Consistía en un portal, una cámara alta, una cocinilla pequeña y un sobrado, en cuyo extremo la techumbre se unía al suelo. Sin embargo, trazó en la imaginación el convento y le dió esta forma. La iglesia, el portal; la cámara, el coro; la cocina, el refectorio; el granero ó sobrado, dividido en celdas; arreglado así, marchó de Duruelo á Medina, y refirió lo que había á Fr. Antonio Heredia y Fr. Juan de la Cruz, que se animaron para hacer inmediatamente la fundación, pareciéndole todo tan bien al primero cuanto que se pagaba poco de las formas, según atrás fué visto, en la casa comprada para monasterio de las religiosas.

Teresa envió al Prior á Duruelo, y retuvo á

Fr. Juan de la Cruz para que asistiera á la fundación de Valladolid y darle al mismo tiempo instrucciones como novicio de la Orden reformada, para que se ejercitase antes de entrar en ella ; luego apresuró el viaje cuanto le fué posible, pues le afligía mucho y sentía gran desasosiego al pensar en D. Bernardino de Mendoza. Seguramente ni el obispo de Avila , ni Doña María , lloraban con tal amargura al hermano que habían perdido como le lloraba la Santa Madre , sabiendo lo que padecía en su cárcel de fuego.





## CAPITULO IV

---

PREDESTINADA

I

**L**LEGÓ la santa fundadora á Valladolid el 10 de Agosto, y fuése á parar en la casa de que le hacían donación. Halló con pena que más era posesión de recreo que cerrada clausura; pero disimuló su contrariedad por que no deca-yese el ánimo de sus compañeras.

Dos días después era domingo, y desde antes de venir el alba oraba Teresa en el coro, que, aunque dispuesto improvisadamente, estaba en condiciones de servir; iba á decirse Misa, pues aunque todavía no había licencia para poner el Santísimo (que en esto consistía para la santa Madre la verdadera toma de posesión), la concedió el Abad para que aquel día se celebrase el Santo Sacrificio.

La mañana era deliciosa; empezaba á nacer el sol en un dorado lecho de arreboles, y sus pri-

meros rayos se deslizaban á través de vaporosas moles de niebla ; una brisa fresca , saturada por las emanaciones del campo, húmedo de rocío, penetraba por las altas ventanas del coro y acariciaba con suavidad la abrasada frente de Teresa, que al sentir tan agradable sensación vertía amargas lágrimas ; pensaba en el generoso donador, á quien se imaginaba ver envuelto en llamas, y oraba con fervor anhelante por que gozara la felicidad de los bienaventurados.

¡Qué ardiente caridad atesoraba el corazón de la santa Madre! Bien se puede asegurar que sólo era comparable su grandeza con su celo por la gloria de Dios ; bien ajena estaba de que el alma por quien pedía se hallaba próxima á romper sus prisiones.

El P. Julián de Avila empezó la Misa ; Teresa la oía con tan tierna devoción que su rostro se transfiguraba, y brillaban en él lágrimas como diamantes heridos por el sol, aunque Isabel de la Cruz, Antonia del Espíritu Santo y María de la Cruz, que la rodeaban, embebidas en alabar al Señor no lo echaban de ver; en cambio María Bautista la miraba con ansia. ¿Qué maravillas iban á suceder? ¿Experimentaría alguno de aquellos arrobamientos que tanto la mortificaban en Toledo porque descubrían las gracias que recibía del Señor?

Después de consumir, fué el capellán á dar la comunión á las religiosas; la fundadora se adelantó para recibirla, fija la mirada, con dulce embeleso, en la Sagrada Forma que el sacerdote levantaba sobre ella; un estremecimiento embargó todo su ser y vió clara... distintamente...

Que al lado de Julián de Avila, hermoso y radiante como espíritu glorificado, estaba D. Bernardino de Mendoza, cuyo celestial semblante parecía dar gracias á la sierva de Dios por lo que en su favor había hecho; sólo un instante duró la dichosa aparición, pero la llenó de tal alegría que sería imperfecto cuanto pudiera decirse para explicarla.

—«Entendí,—dice al tratar de este asunto,—que estaba en carrera de salvación; que yo estaba bien fuera de ello y tenía harta pena, pareciéndome era menester otra muerte para su manera de vida; pues aunque tenía buenas cosas, estaba metido en las del mundo.» (*Fundaciones*, cap. X, núm. 5.)

Y al atribuir su feliz destino á la devoción que mostró á la Santísima Virgen con el deseo de fundar el monasterio, añade:

«Gran cosa es lo que agrada al Señor cualquier servicio que se haga á su Santa Madre, y grande es su misericordia. Sea por siempre alabado y bendito.» (*Fundaciones*, cap. X, núm. 5.)

## II

Al día siguiente del suceso referido, y quinto de la llegada á Valladolid de la fundadora, se recibió la licencia y se tomó posesión con la solemnidad acostumbrada, dando al nuevo convento el nombre de la Concepción de Nuestra Señora del Carmen.

El consuelo que experimentaba Teresa cada vez que daba término á negocio de trascendencias tan graves, el jubilo, devoción y ternura que

llenaban su corazón se desbordaban en suavísimas frases, y formaba como espirituales monólogos, que más tarde inmortalizó su admirable pluma.

«¡Oh Dios mío y Hacedor de todo lo criado! —decía en esta ocasión.—¿Y qué es lo creado si Vos quisieseis crear más? ¡Sois todo poderoso! Haced que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras; decís Vos: «Venid todos los que tra»bajáis y estáis cargados, que yo os consolaré.» ¿Qué más queremos? ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos sino por buscar descanso?» (*Exclamaciones*, núm. 8.)

Apenas la santa Madre empezaba á recrearse en aquel nuevo plantel de flores dedicadas á Jesucristo, se realizaron sus temores respecto á la finca; el hallarse muy cerca del río la hacia húmeda y malsana, por lo cual cayeron enfermas la mayor parte de las religiosas. En esta aflicción acudió al Señor, como solía, y pronto fué remediada de necesidad; pues Doña María de Mendoza, que por su mucha autoridad y ser madre del márques de Camarasa juntaba el poder al deseo de hacer obras piadosas, compró casa mejor en el pueblo y la ofreció á la fundadora, ayudándola mucho en los gastos de obra, traslación y cuanto hubo menester.

El día de San Blas del siguiente año entraron las descalzas á habitar la nueva clausura, en la cual la generosa dama las proveyó de grandes comodidades, terminando así la buena obra empezada por su hermano.

Teresa de Jesús, tranquila ya, decidió acudir á los muchos asuntos que reclamaban su presencia; nombró Priora á Isabel de la Cruz, y Sub-

priora á María Bautista, y partió para Avila, desde cuyo punto se dirigió después á Toledo.

Aunque sería difícil señalar en cuál de estos dichosos recintos se han formado corazones más puros por su santidad dadores de tanta gloria á la Reforma del Carmelo, es menester convenir que el convento de Valladolid ha sido seminario muy fecundo de vírgenes limpísimas y esposas del Señor. Desde su fundación llamó Jesucristo allí personas de gran valía, que resplandecieron en toda clase de virtudes; mas no siendo posible citarlas una por una, baste narrar solamente lo que toca á un extraño caso que la santa Madre refiere con prolijidad en el libro de sus *Fundaciones*.

### III

Había en Valladolid una dama de calificada nobleza, viuda del Adelantado Mayor de Castilla y hermana del conde de Buendía, llamada Doña María de Acuña. Tenía cuatro hijos cuando el Señor llevó para sí á su esposo; mas á pesar de que el mundo le brindaba con todos los placeres y las vanidades; aunque su virtud era ya grande y vivía siempre ejemplarísima vida, aumentó la severidad de ella con absoluto retiro, y se dedicó á la educación de sus hijos con todo el esmero que en tan grave ocupación podía tener. Dios recompensó aquellos desvelos, y los tiernos corazones de las criaturas correspondieron como debían á tan amorosos cuidados. Así, llegados á la juventud, vióse, con asombro de toda la ciudad, que elegían estado conforme á su bondad y ardiente devoción. La mayor, que llevaba, como su madre, el

nombre de María, fué la primera que tomó el hábito y profesó antes de cumplir los veinte años, siendo considerada en la clausura como dechado perfecto de admirables virtudes; la segunda, Doña Luisa, rehusó los más brillantes partidos, y aunque muy bella no quiso tomar estado por dedicarse enteramente al ejercicio de la caridad.

Veíase con frecuencia á la madre y á la hija, vestidas humildemente, recorrer los barrios pobres, consolar á los enfermos, acariciar á los niños, y sembrar por todas partes beneficios, de que luego recogían abundante cosecha de bendiciones.

El único varón, D. Antonio, heredero de los altos timbres y gloriosos títulos de su padre, rayaba en los diecisiete años cuando, con firmeza impropia de tan tierna edad, declaró á su madre y deudos su resolución de entrar en la Compañía de Jesús. Mucho alegró interiormente á la noble dama tan laudable propósito, pues veía á su hijo elegir el servicio de Dios y despreciar el mundo; pero disimuló, y aun puso obstáculos para probar la vocación del joven, en tanto que los deudos y amigos, sabedores del caso, se oponían abiertamente, moviendo injusta y porfiada guerra. Sufría D. Antonio, pero no cejaba ni un punto, por más que la lucha duró tres años, usando como armas auxiliares para combatir su firmeza cuantos goces y placeres ofrece el mundo. Cansados, al fin, los contrarios, deshechos los obstáculos y rendidos los corazones á la verdad de este llamamiento, el hijo de Padilla tomó la sotana, sin que nadie fuese parte para estorbarlo.

Quedaba sólo Casilda, niña que contaba apenas doce abriles, en quien por renuncia de sus tres hermanos recaían los cuantiosos bienes y nobilísimos títulos de la familia; aunque de tan corta edad, estaba tratada de casar y se habían firmado esponsales entre ella y un caballero primo hermano suyo. Esperaban á celebrar el matrimonio cuando la novia tuviese algún año más, y mientras se daba tiempo para que viniera de Roma la dispensa del parentesco solicitada.

Su madre Doña Luisa, y todos los deudos y amigos de la casa, cifraban de tal modo sus esperanzas en Doña Casilda, que la contemplaban como á un ídolo. El que quiera formar idea de su grande nobleza y hermosura, contemple en las alboradas de Mayo el capullo de rosa que se entreabre, cuajado de gotas de rocío: él será entre las flores lo que era la hija del Adelantado entre las doncellas de su edad.

## IV

Paseaba una tarde Casilda con su desposado por el inmenso jardín de la casa-palacio de su abuela (que era á la vez madre de su prometido). Ocultábase el sol en lecho de purpúreos arboles, y sus reflejos perfilaban de un rojo ardiente las copas de los árboles; sentíase en el ambiente esa pesadez que acompaña á los días de verano, y era quizá la causa de que experimentara la niña vago aturdimiento y extraña languidez.

El caballero hablaba con animación; describía las fiestas que había presenciado en la corte,

de donde acababa de llegar; enumeraba la grandeza de los hombres y el lujo de las damas; reía con las mil anécdotas que narraba; pero nada conseguía distraer á Casilda, que, fijos los ojos con insistencia en el suelo, marchaba silenciosa, tratando á veces de comprimir los suspiros que pugnaban por brotar de sus labios. Cuando notó por fin el desposado tan grave preocupación, triste con su tristeza rompió el silencio que guardaba hacía algunos instantes para decir:

—¿Qué tiene la bien amada de mi alma? ¿Será tanta mi desdicha que haya podido desagradarla en algo?

Casilda alzó los ojos y los fijó con una mirada triste en el cielo, del que desaparecían los últimos arreboles; volvióla después al caballero, y respondió lentamente:

—Otro día que se acaba, y como éste se han de acabar todos.

Y tornó el rostro para ocultar una lágrima que resbalaba por sus rosadas mejillas.

El desposado contuvo un marcado movimiento de sorpresa al escuchar reflexión tan impropia en una tierna joven; pero disimuló la mala impresión que le hacía bajo la más cortés sonrisa.

—¡Harto desgraciado soy,—dijo,—en haber acertado tan mal cuando quise distraer á mi hermosa prometida! No creí que durante nuestro agradable paseo pudiesen acometerla ideas tristes; y si no temiera enojarla, le rogaría que las procurase desechar por amor mío.

—¡Así pudiera!—respondió ingenuamente la niña;—pero no es de ahora: hace muchos días

que tengo una angustia en el corazón que me atormenta en extremo.

—Es natural : vivís en un pueblo que no ofrece distracción alguna ; de niña no reparabais en ello , pero hoy experimenta vuestra alma la influencia de este aislamiento. Yo, señora mía , no me conozco desde que he venido ; hasta la luz de Valladolid me parece opaca ; ya tendréis ocasión de notar la diferencia que hay entre nuestra villa y la corte, cuando la dispensa que esperamos me permita realizar los gratos sueños que hace tanto tiempo acaricio. Si es vuestra voluntad , pienso llevaros para que brilléis como la más radiante estrella de aquel cielo.

Leve estremecimiento , que no llegó á notar el desposado , sintió Doña Casilda , la cual sólo respondió con marcada indiferencia :

—Quizá es cierto lo que decís , pero el sol de este pueblo ha alumbrado tantas veces mis sonrisas que dudo pudiera haberlo hecho igual si me viera nacer en la corte.

—Entonces Valladolid no es la causa ; preciso es buscar otro motivo á vuestra tristeza. ¿Serán presentimientos?

—¡Dios lo sabe!

—¿Adivináis , por ventura , que hoy mismo he de daros una noticia poco agradable?

—¿Qué decís?

—Ya estáis alarmada , y de veras os aseguro que no es asunto para tanto.

—Hablad , caballero ; prefiero la certeza de un mal á la incertidumbre.

—Pues bien : es que tengo que ausentarme por algunos días , á fin de arreglar asuntos de

interés, antes de nuestro matrimonio, y quisiera rogaros me permitierais daros un consejo.

—Dadme cuantos gustéis.

—Gracias, señora mía; héle aquí: emplead el tiempo de mi ausencia en disponer vuestras joyas y galas; pasead y asistid á cuantos saraos den vuestras amigas: esto os distraerá y hallaréis breves las horas. En cuanto yo vuelva se reunirán nuestros destinos y marcharemos á la corte.

Doña María de Acuña y la madre del desposado, que paseaban cerca, se aproximaron á ellos, y la primera notó con secreta angustia el trastorno que revelaba el hechicero semblante de la niña.

—¿Qué tienes?— le preguntó.—¿Te sientes mala?

Casilda se abrazó á ella, y rompió á llorar con hondo desconsuelo.

—¿Está enojada?—preguntó la otra dama al oído de su hijo.

—Quizá sufra con la noticia de mi ausencia, —respondió en el mismo tono el caballero.

—¡Pobre angel!—añadió la señora.—Te ama con más extremo de lo que podía esperarse de tan corta edad.

En tanto Doña María Acuña, que sentía palpar contra el suyo el corazón de Casilda, con el infalible instinto de que ha dotado Dios á las madres, opinaba de diferente manera; pero callaba y pedía á Dios por la felicidad de su adorada hija.

Era la primer nube que se presentaba en un horizonte sereno hasta aquel día, y que llevaba en sí el germen de graves trastornos.

## V

Pasáronse dos meses desde aquella tarde; el futuro esposo de Casilda marchó á sus negocios; las dos madres y Doña Luisa se esmeraron en rodear á la niña de cuanto pudiera halagarla; pero su tristeza no cedía: ciertamente que el natural afecto á su prometido luchaba con nuevas ideas; pero el pensamiento que en alta voz había manifestado en el jardín era la constante preocupación de su espíritu: pasaban los días como granos de arena en el reloj inmenso de la eternidad, y con ellos adelantaba su existencia en un camino sembrado de abrojos y peligros: le parecía que iba á faltarle tiempo para trabajar por su salvación, y llegó á dominarla de tal modo esta idea que, á medida que se despertaban todas las piadosas prácticas de su infancia (algo descuidadas entonces por sus nuevos empleos), las impresiones del presente se borraban con pasmosa facilidad.

## VI

Tomó el hábito en aquellos días una freila ó lega en el nuevo convento de la Concepción; llamábase Estefanía, y añadió á su nombre el glorioso recuerdo de los Apóstoles; era humilde laboradora, muy joven y bella, y de una virtud que edificaba; tomó el velo tan alegre, que toda la felicidad del paraíso parecía reflejar en su semblante. Casilda asistió con su abuela á esta ceremonia, y se enterneció mucho; la pobreza que

veía en aquella santa casa le gustó más que el fausto de la suya; los toscos sayales le agrada-ron más que las costosas galas; las alpargatas groseras y los espesos velos le parecían mejor que las plumas y joyas con que el mundo encubre sus miserias. Apoyada la frente en la reja del coro, y abstraído el espíritu en alta contemplación, estuvo como embebecida mientras duró el religioso acto, y apenas tornó á su casa se encerró en su cámara é hizo una larga consulta consigo misma.

Entonces sus lágrimas, tristezas, inquietudes inexplicables y silenciosos tormentos, sus noches sin sueño y días sin reposo, descubrieron á su alma los misterios de que nacían: lo vió todo estrecho, pesado y miserable en la vida que iba á emprender, y anheló la santa libertad con que aquellas almas se consagraban á Dios, sin partir su voluntad con objeto alguno de la tierra. De estos sentimientos al deseo de imitarlas no había más que un paso, y Casilda lo dió con tal firmeza que se propuso declarar su resolución y romper el concertado matrimonio.

¿Quién, si no Dios, pudo dar tanta fortaleza á un corazón de niña, débil hasta entonces, rendido á los afectos del mundo y apoyado en una voluntad ligada solemnemente á la suya? Grandes inconvenientes había que vencer, pero Casilda no desmayó en alcanzar el fin que se proponía.

Llamáronla á cenar, y acudió tan mudada que parecía otra; estaba risueña, tranquila; andaba con firmeza, y su estatura, harto elevada para su edad, le daba un continente grave y majestuoso; su madre, abuela y algunos deudos que rodea-

ban la mesa, la miraron sorprendidos ; notaron en ella *algo* que no habían visto jamás.

Durante la cena se habló de muchos asuntos, y entre ellos de la toma de hábito á que habían asistido ; Casilda prestó atención ; oyó referir la vida de penitencia y mortificación de las descalzas, las sublimes virtudes de Teresa de Jesús ; y á medida que se contaban admirables rasgos de ellas, el corazón de Casilda se inflamaba con el deseo de alistarse en la sagrada bandera de las Hijas del Carmelo.

Doña María Acuña fué la única que adivinó en el brillo de sus ojos y en el interés con que escuchaba los sentimientos de la doncella, y la buena madre (que sólo á su confesor había revelado cuánto gozo sintió su corazón al conocer los piadosos deseos de su hijo D. Antonio, temerosa de que los deudos la acusaran de indiferente ó desamorada) experimentó de nuevo devotos impulsos ; y mirando á la hija menor, que era en la tierra el mejor de sus tesoros, dijo para sí :

—¿Será también voluntad del Señor que esta rica joya no se engaste en el falso oropel de los mundanos desvelos, sino en el oro purísimo del amor de Dios?

Aquella noche formó época en la vida de la niña ; durante ella meditó mucho, y se resolvió completamente á romper todos los lazos de humanas afecciones para seguir su vocación. Pero ¿cómo hacerlo? Casilda no se atrevía á confiar ni á su madre lo que pensaba : temía que tachasen de locura la mayor prueba de juicio que daba desde que tenía uso de razón ; así, aprovechó la coyuntura de ir al convento algunos días des-

pués, y al ver la puerta, que abrían casualmente, adelantó, y entróse con tal priesa que nadie pudo evitar su acción.

Doña María, Doña Luisa y la madre del desposado la instaban á salir, mientras la Priora y Religiosas le hacían mil reflexiones; ella contestaba sólo con lágrimas y súplicas que no la despidieran; aunque la viuda del Adelantado no desaprobaba tal acción, hacía como cuando luchaba con la resolución de D. Antonio, y empleaba su autoridad para sacarla; pues si bien independiente por su estado y cuantiosas riquezas, sometía siempre su voluntad á la de la familia; y como estaba segura de la oposición que ésta había de hacer, ocultaba cuidadosa los sentimientos de su alma.

En situación tan violenta para todos llegó la tarde, y enviaron á llamar al confesor de la doncella, que era el P. M. Báñez; el religioso vino al punto, y con sus persuasivas palabras y formal promesa de ayudarla á volver, si se resolvía á ello después de maduro examen, hízola tornar á su casa.

## VII

En el suntuoso estrado de la señorial morada se reunieron aquella noche muchas personas doctas y graves, parientes y amigos de la ilustre familia, ante los cuales fué llamada Casilda para que diera descuento de la niñería que había hecho.

Escuchó los cargos que le hicieron con tanta humildad, que esperaban como segura la en-

mienda; mas el asombro fué general cuando con voz dulce é infantil dijo tranquilamente:

—Gran desacierto sería si fuera por un camino recto aunque fragoso, al fin del cual se me tuviera dispuesta posada llena de deleites y regalos, echar por otro fresco, suave y tapizado de flores, pero que fuese á dar en un abismo horrible. Delante de los dos, ¿cuál me aconsejarían vuestas mercedes que eligiera?

—En eso no cabe duda,—repuso el más anciano de los parientes;—de ser verdadera tal situación, todos procuraríamos que eligiera el de buen término; pero no se está en semejante caso: la casada honesta puede servir al Señor tan bien como la doncella recogida ó la monja penitente.

—Permítame vuesa merced darle gracias, lo primero porque es de mi opinión; que luego vendremos á lo segundo. En cuanto á seguir el buen camino verdad es que debiera hacerse, pues el Señor nos convida á todos para él; pero también dice *que son muchos los llamados y pocos los escogidos*. De lo demás sólo digo que, por dicha, todavía puedo pasar sin hacer experiencia de servir á Dios en el estado de casada; que mi vocación es de monja penitente, y que solicito con humildad licencia de mi familia para entrar en religión.

—Es una niñería,—exclamó colérico otro de los parientes;—vuesa merced no ha cumplido todavía doce años, y ya se nos viene hablando de resoluciones para toda la vida.

—No los necesité para ser desposada,—repuso modestamente la doncella;—mujer me contaron para esto; también lo debo ser en lo de ahora.

¿Es posible que me hayan creído capaz de entrar en los cuidados del mundo, y no me hallen buena para Dios?

Las lágrimas resbalaban sin cesar por las pálidas mejillas de Doña María; mas no eran de pena, sino del suave consuelo que inundaba su alma. Las palabras de Casilda ofrecían la mejor corona á su ancianidad.

—Vaya, hija mía,—dijo entonces la abuela con acento conciliador:—piensa despacio lo que haces, y comprenderás que obedeces á un impulso meritorio si se quiere, pero nada razonable. Eres la única heredera de los títulos y grandezas de esta casa por la renuncia que en ti han hecho tus hermanos, y que estás llamada á darle muchos días de gloria y esplendor.

—Señora madre,—repuso la doncella con firmeza respetuosa,—¿cree vuesa merced que soy obligada á ostentar lo que desecharon mis hermanos porque conocían lo escaso de su valor? Déjenme, les ruego, cumplir mi piadoso deseo; que si tan dignas de estimación fueran las vanidades del mundo, ellos no me dieran el ejemplo de despreciarlas.

La discusión, más encendida con estas razones, terminó sin que se tomara acuerdo alguno; pero se guardó secreto para que el desposado no supiera lo que pasaba; temerosos de que tratara de realizar lo que todos consideraban capricho de niña, la vigilaron de continuo, se le prohibieron paseos y recreaciones, y empezó una lucha en que ella sola se defendía contra la opinión de la familia entera.

## VIII

Alboreaba una mañana, tres días después de estos acontecimientos, cuando un carro cargado de haces de leña, y tirado por dos vigorosas mulas, se detenía á la puerta del convento de las descalzas, y bajaban de él dos mozos, que ayudaron á descender á Doña Casilda y su aya : con la viveza de ingenio que distinguía á la doncella habíasele ocurrido un medio para volver á su amada clausura, y decidida á ponerlo por obra, apenas bajó dijo á la anciana dueña que avisara en el torno para que abriesen la puerta y entrar aquellos haces de leña, que enviaba á la comunidad una persona piadosa. Encargóle al mismo tiempo que pidiera para ella un jarro de agua, y el aya se alejó bien descuidada de la intención que la joven tenía.

Como Casilda esperaba, apenas se dió en el torno la razón, abrieron la puerta, y la hija del Adelantado se entró apresuradamente sin dar tiempo á que la dueña volviera; distraídos los mozos en descargar el carro, no se enteraron de lo que hacia; mas élla, que pensaba en todo, acudió á cerrar, temerosa de que, con el deseo de recobrarla, profanasen los criados el sagrado de la clausura. Bien á tiempo lo hizo; pues mientras las religiosas, espantadas, no sabían qué resolver, temblaron las pesadas hojas bajo recios golpes, y se oyó fuera el confuso vocerío con que la llamaban. Casilda, más dueña de sí que cuantos allí estaban, envió á decir á su aya y sirvientes que fueran á la red para hablarles.

Acudieron tan enojados, que por no volver sin su ama habrían sido capaces de derribar el convento; pero ella les dijo con grave resolución «que llevasen á su madre la noticia de que estaba en la clausura, de donde no pensaba salir, y que pedía perdón á todos de haberlo determinado sola, pero que por muchas opiniones que le dieran no cambiarían en nada la suya».

El aya y los criados se fueron muy sentidos, aunque sin atreverse á contestar á su señora; pero alborotaron de modo con la relación de lo sucedido, que Doña María con su hija, la madre del desposado, y éste, que precisamente llegó en tan aciagos momentos, fueron inmediatamente á las descalzas, seguros de vencer con razones tan extraña como desagradable resolución.

## IX

Hacía rato que esperaba la familia cuando abrieron el torno, y Doña María expuso su deseo de ver inmediatamente á Casilda. Ella consintió al punto en hablar con su madre y parientes á condición de que fuera por la red, que al locutorio no se pudo lograr que bajara; escuchó sumisa las reflexiones que le hicieron; pero cuando hubo de contestar lo hizo, aunque humildemente, con firmeza, y concluyó por pedir, en nombre de Dios, que la dejaran seguir su vocación religiosa.

—Pero, señora mía, —dijo después de larga y penosa discusión el caballero, —¿tan mal supe serviros que diera ocasión para tal abandono?

—No habéis dado, por cierto, ni la ocasión más leve, y me complace mucho afirmarlo así en pre-

sencia de nuestra familia,—repuso la animosa niña; — lo que hago sólo nace del conocimiento de mi poco valer para el destino que se me ha señalado: veo que soy de condición flaca y ruin, y deseo hacer lo posible para asegurar mi eterna salvación.

— ¿No teméis que os pida cuenta el Señor de tan importuno encerramiento, cuando podiais ser ejemplo de muchas? Además, vuestras riquezas os permiten servir más á Dios en el siglo que en el claustro; remediad y consolad á los pobres, y cumpliréis vuestro deber.

— Mi deber es seguir el camino que el Señor me traza; y como en él para nada necesito las riquezas, haced vosotros por mí esas limosnas de que habláis; así quedarán remediados los pobres, y mi alma contenta de su buen empleo.

— En fin, señora, —dijo por último, lleno de soberbia, el ofendido caballero, — no es propio de damas que se precian de nobles faltar á los compromisos que libremente aceptaron. El hecho es que me abandonáis sin razón ninguna para ello.

— De bastante peso es, á lo que me parece, el cuidado que he de tener de mi salvación. Pudierais decir que os agraviaba si por otra persona hiciera lo que hago; pero por muy noble y muy dama que sea (cuando el Señor del Cielo me reclama; pues con Él firmé verdaderos y eternos esponsales el día que por las aguas del bautismo fué mi alma regenerada con su preciosa sangre), creo que no hay lazos en la tierra que valgan contra tales obligaciones.

— Déjala, — murmuró la madre del desposado, — es en vano que se le arguya, pues no sé de

dónde toma las sutilezas con que responde. Vámonos ahora, que ya se la sacará de ahí, sea como fuere.

Se levantó muy enojada, y salió del brazo de su hijo, sin despedirse apenas de los demás. Doña María y Doña Luisa, disgustadas, no porque Casilda entrara en religión, sino por las contradicciones que surgían, cambiaron sólo breves frases con la joven, y volvieron á su morada llenas de angustia y sobresalto.

## X

La víspera de la Concepción fué el día que Casilda entró en el convento, y el de Inocentes volvieron sus deudos con una provisión real y acompañados de justicia para sacarla. Salió afligidísima, pero firme en sus propósitos; durante el corto espacio que estuvo en el convento hacía, aunque sin hábito, la misma vida que las novicias, y tenía á todas edificadas por su fervor y virtudes, que grandes debían ser para resaltar donde tantas había.

—¿Para qué me atormentan?— decía inundada en lágrimas la pobre criatura cuando la conducían á su casa.—¿Por qué obligarme á vivir en el mundo? Bien pueden hacer de mí lo que quieran, mas no conseguirán que falte al divino Esposo, á quien he prometido mi fe.

Imposible sería referir la lucha que se entabló; de una parte batían muchos contrarios la fortaleza de ánimo de una débil niña, y de otra se defendía ella sola y desamparada de todo auxilio.

Su madre, hermana, abuela, deudos, y hasta su confesor, trataban de hacerla comprender la loca tenacidad de su conducta. Casilda guardaba silencio; lloraba mucho, y cuando la fatigaban demasiado daba tales razones que nadie sabía contestarlas.

Doña María, bien para probar la firmeza de la vocación que manifestaba su hija, bien por no oponerse á la voluntad de los parientes, callaba, aunque sufría lo que no es decible, y no daba á la joven amparo alguno; sólo con el aya solía ésta consolarse, pues la anciana la quería con tal extremo que por nada se hubiera permitido contrariarla.

Volaba el tiempo en tanto; cumplió Casilda sus doce años; se anularon los contratos de boda, y al verla cada vez más decidida á entrar en el claustro, acordaron permitírselo á condición de que fuera en el convento donde estaba su hermana, cuya regla, más suave, parecía mejor para la delicada complexión que le atribuían.

No era esto lo que anhelaba la hija del Adelantado: su voluntad era vida de mortificación, y rehusaba todo lo que pudiera ser abundancia y regalo. Su amor á Dios crecía con las contrariedades, «porque, el alma á quien da el Señor luz de verdad, las tentaciones y estorbos le ayudan; su Majestad es el que pelea por ella, y así se veía claro en esta ocasión.» (*Fundaciones*, cap. XI, núm. 2.)

## XI

Doña María de Acuña iba á Misa diariamente acompañada de sus dos hijas. Sucedió que una mañana estaba algo enferma Doña Luisa, y así fueron sólo con ella Casilda y su aya. Los disgustos crecían, y la buena madre padecía mucho, pues era como la roca aislada que recibe por todos lados el embate de las olas. Precisada á disimular siempre, en la presencia del Señor era donde daba rienda suelta á su ternura, y entre amargas lágrimas pedía al Cielo el logro de los deseos de su hija, á quien de seguro ayudaba más con sus oraciones que si declaradamente la protegiera.

Mas Casilda, que no comprendía los sentimientos de su madre, se creía tan perseguida de ella como de los demás; así, determinada á contar sólo con Dios, se propuso concluir esta situación, violenta hasta el extremo: las licencias para ser monja las tenía concedidas, aunque en distinto monasterio del que deseaba, y resuelta á no esperar más, aquella mañana, cuando su madre se acercó á confesar, dijo á la dueña que estaba á su lado:

—¿Gusta vuesa merced de ir á la sacristía, y rogar al primer Padre que pueda hacerlo que diga una Misa por mi intención?

El aya, que no recordaba ya el suceso de la leña, le pareció aquel deseo lo más natural del mundo. Se levantó en seguida, y fué donde le mandaban; en tanto Casilda se quitó apresuradamente los chapines para que no se sintieran

sus pasos; envolvióse en el manto de modo que nadie pudiera conocerla, y levantándose un poquito las faldas para que ni el crujido de la seda le hiciese traición, se deslizó como una sombra entre los pilares, alcanzó la puerta y salió á la calle como el jilguero que, en un momento de descuido, halla abierta la jaula que le aprisionaba. ¡Cuál sería su afán, que ni se acordó de calzarse los chapines, y descalza y á la carrera se dirigió al convento de la Concepción.

—Hermana, hermana,—dijo al llegar al torno jadeante,—diga en caridad á la reverenda Madre Priora que me abran pronto y sin temor alguno; ya tengo las licencias para ser monja.

No mentía; pero en la precipitación de la marcha se olvidó de llevarlas consigo: las religiosas, que tanto la amaban y deseaban verla entre ellas, que sabían los combates que había sostenido y sus grandísimos anhelos, se alegraron mucho del feliz término de aquellos trabajos, y la recibieron con mil cariñosos extremos.

Cuando entró Casilda fuése al coro, y arrodillada al pie de una imagen de la Virgen confesó en alta voz el medio de que se había valido, y suplicó entre lágrimas que le dieran el santo hábito, por cuya dichosa posesión tanto tiempo llevaba de luchar y padecer.

## XII

Volvamos á la iglesia, y hallaremos al aya que, al salir de la sacristía, no vió á Casilda en el lugar que la dejó; mas creída se hubiera puesto á confesar, no se inquietó mucho, aunque empe-

zó á buscarla por todos lados; convencida al fin de que no estaba, desatinada y sin atreverse á prevenir á Doña María, salió; y como sabía el imán que atraía á la joven, obligó á sus años á correr para alcanzarla. Hallábase el convento bastante lejos, y volaba por las calles que á él conducían, cuando logró verla aunque á mucha distancia. Temerosa que se le escapase según lo ligera que iba, dijo á un hombre que pasaba junto á ella :

— Hermano, hágamela merced de adelantarse y detener aquella doncella, que estaba confiada á mi vigilancia y se me va.

— ¿Cuál es?— preguntó el hombre, mientras, para ver mejor, ponía la mano delante de los ojos á guisa de pantalla, y procuraba buscar á la que le decían entre las personas que se divisaban á lo largo de la calle.

— La de la saya azul y plata y el manto negro.

El oficioso trató de correr; pero extraña torpeza invadió su cuerpo, y un desvanecimiento repentino le hizo renunciar á su intento y apoyarse en la pared, temeroso de caer al suelo.

— ¿Pero qué hace parado? ¿No ve que se escapa? — prorrumpió el aya desolada.

— Pues corra tras ella vuesa merced, Doña Impertinencias,—repuso el hombre, que desahogó, enfadándose con la anciana, el miedo que le causó juzgarse enfermo. — ¡Para lo que á mí me va en el caso, que haga lo que quiera!

— ¡Perezoso! ¡Poltrón! ¡Hubiéralo dicho de una vez!

Y la dueña corrió cuanto sus fuerzas lo permitían, tanto más enojada cuanto que la niña

había tomado la vuelta de una calle y ya no se la veía.

— ¡Buena va! — murmuró el transeunte, que, repuesto de su pasajera incomodidad, reía de muy buena gana: — ¡así la alcanzará como yo seré obispo. Es como si una pava quisiera seguir el vuelo de una paloma.

El resultado de la detención fué que la hija de Padilla pudo llegar al convento y entrar en él sin que nadie se lo estorbara.

«Su aya, — dice la santa Madre, — fué tras ella; y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre se la tuviese: él dijo después que no había podido moverse, y así la dejó.» (*Fundaciones*, cap. XI, número 12.)

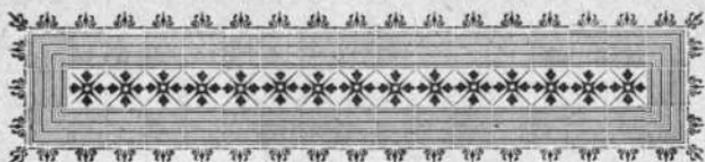
Algunos días después, Doña Casilda de Padilla y Acuña tomaba el hábito con tanta alegría como penas le había costado conseguirlo, mientras la familia, convencida de que para tales llamamientos no valen oposiciones, asistía á la solemne ceremonia, si no contenta, al menos resignada.

— «Su Majestad, — dice Teresa de Jesús al tratar de la animosa novicia, — la comenzó en breve á pagar con grandes mercedes espirituales, y ella á servirle con grandísimo contento, humildad y desasimiento de todo. ¡Sea bendito para siempre el que así da gusto, con los pobres vestidos de sayal, á la que tan aficionada estaba á los curiosos y ricos, aunque no eran parte para encubrir su hermosura, que estas gracias naturales repartió el Señor en ella como las espirituales de condición y entendimiento tan agradables, que es despertador de todas para alabar á Su

Majestad. » Plegue al Señor haya muchas que así correspondan á su llamamiento! (*Fundaciones*, cap. XI, núm. 12.)

Tales eran las almas que bajo la nueva Regla perfeccionaban su peregrinación por este valle de lágrimas, convertido por ellas mismas después, merced á la divina gracia, en valle de flores para adornar su frente en las eternas bodas de la celestial Jerusalén.





## CAPÍTULO V

### LOS HIJOS DE ELÍAS

#### I

**M**IENTRAS se hacía la fundación de Valladolid y ocurrían estos sucesos, se levantaba en Duruelo el primer convento de carmelitas descalzos. Instruído Fr. Juan de los deberes que imponía la Orden reformada, y ejercitado en ellos por la solicitud de la fundadora, hallóse capaz de hacerse cargo de todo y marchó á la aldea para activar la conclusión de los trabajos.

Negociaba en tanto Teresa sacar licencia de los Provinciales, y venció con prudente firmeza cuantos obstáculos le pusieron; la amistad y favor del obispo de Avila le sirvió para la que debía dar Fr. Angel de Salazar; y para la del otro Provincial, que lo era Fr. Alonso González, se valió de persuasivas palabras, con las cuales triunfó tantas veces de las más encontradas opiniones.

Arreglado todo satisfactoriamente y concluído el mal llamado monasterio, cuya extrema pobreza espantaba, Fr. Juan se encerró en él contentísimo, vistió un áspero saco de sayal y se descalzó, empezando á practicar con extraordinario fervor el nuevo Instituto. Por tales medios hacía Dios que aquella noble inteligencia y aquel corazón lleno de amor divino fuesen como cimientos del edificio que empezaba á levantarse, y le preparaba en el recogimiento y soledad para las luchas que debía sostener.

## II

Andaba en tanto Fr. Antonio Heredia ocupado en renunciar su Priorato de Medina, lo que logró después de muchas dificultades; libreal fin, fué á reunirse en Duruelo con Fr. Juan de la Cruz : la toma de posesión y primera Misa vino á celebrarse la tercer dominica de Adviento del año 1568.

Antes de ir á la aldea, estuvo el Prior en Valladolid para despedirse de la fundadora. «Díjome,—refiera ésta,—lo que había allegado para su casita, y era bien poco. Sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, y me cayó en gracia; díjome que para tener las horas concertadas no quería ir desapercibido : creo que aún no tenía donde dormir.» (*Fundaciones*, cap. XIV, número 1.)

## III

Al caminar para Toledo en la Cuaresma del siguiente año, pasó la santa Madre por Duruelo ; deseaba visitar aquel *portalito de Belén*, como llamaba al convento de descalzos, y la impresión que le causó debe relatarse aquí con sus mismas frases.

«Llegué una mañana, —dice,—y hallé al Padre Fr. Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia con un rostro de alegría que él siempre tiene.

»Yo le dije: «¿Qué es esto, mi padre? ¿Qué se ha hecho la honra?»

»Dijome estas palabras con el gran contento que tenía :

—»Yo maldigo el tiempo que la tuve.

»Cuando entré en la iglesia, quedé espantada del espíritu que el Señor había puesto allí, y no era yo sola; que dos mercaderes que venían desde Medina allí conmigo, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenían tantas cruces, tantas calaveras! Nunca se me olvidará una cruz pequeña de palo que tenían para el agua bendita, y en ella pegada una imagen de papel, con un Cristo que parecía ponía más devoción que si fuera muy bien labrada. El coro era el desván, que por la mitad estaba alto que podían decir las Horas, pero habían de bajar mucho para entrar y oír Misa; tenían á los dos rincones unas ermitillas, adonde no podían estar sino echados ó sentados, llenas de heno porque el lugar era muy frío, y el tejado les daba casi sobre las cabezas, con

dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras.» (*Fundaciones*, cap. XIV, núm. 5.)

La vida correspondía al fausto de la morada : oración, ayuno, penitencia, trabajo y silencio ; de vez en cuando los dos religiosos salían á predicar por los pueblos comarcanos, que carecían en absoluto de estos beneficios espirituales, sin arredrarles jamás el frío, las nieves, ni las lluvias ; acudían á las cabañas para velar á los enfermos y auxiliar á los moribundos ; consolaban todas las aflicciones y socorrían á los necesitados con las limosnas que la caridad les daba. Si Teresa se consoló mucho al ver tan santos principios, no fué menor el gozo de los descalzos con la visita de su santa Madre. Véase hasta qué punto se debe á tan admirable Maestra la entera reforma de la Orden del Carmelo, así en conventos de religiosos como de monjas, y no se extrañarán los muchos trabajos que le costaron tan difíciles victorias. Al ponderarlas el P. Palafox, dice con gran verdad: *Más fácil es fundar tres religiones que reformar una.*

Antes de seguir á la fundadora y dejar en su retiro á los humildes hijos de Elías, menester es declarar brevemente las vicisitudes que sufrió el convento de Duruelo, cuya mala situación y estrechez movió la compasión de un ilustre caballero, señor de cinco villas, llamado Luis de Haro: había éste hecho en una de ellas, nombrada Mancera, una iglesia, en la cual puso una imagen de Nuestra Señora que desde Flandes le envió su madre; llamado por el de Haro, Fr. Antonio fué á la villa, vió la imagen, y le cobró tanto cariño que

aceptó con gratitud las ofertas que el caballero le hacía, y se trasladó á Mancera á un pequeño pero decente monasterio que, anejo á la iglesia, labró Don Luis; la comodidad que allí gozaban era grande, y hubieran estado completamente satisfechos si no carecieran en absoluto de agua.

Mas no quiso el Señor que sufrieran tal pena; paseaba una tarde Fr. Antonio de Jesús con otros religiosos y algunos novicios, y al tratar con ellos de varios asuntos, pensaba afligido en la falta que les hacía el precioso abasto del agua; era ya el Prior tan anciano, que apoyaba su cansado cuerpo en un báculo, cuando por divina inspiración levantó el rostro alegremente, hizo la señal de la cruz é indicó hacia una parte del huertecillo con el mismo báculo, á la vez que decía al más joven de los novicios:

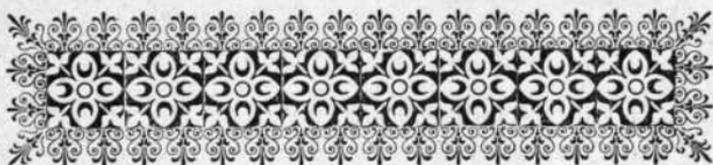
— *Cava ahí.* (*Fundaciones*, cap. XIV, núm. 5.)

Obedeció el mancebo, y á los pocos golpes de azada brotó tan copioso venero, que hasta el pozo que después labraron se hizo difícil de limpiar por la abundancia de su caudal.

Este y otros muchos testimonios daba el Señor de cuánto le agradaba la santidad, pureza y elevado espíritu con que se hacían las Casas de la Reforma carmelitana; diremos para concluir que muchos años después el convento fundado en Duruelo y trasladado á Mancera, hubo de cambiarse otra vez; pero entonces fué á Avila, y la insigne ciudad de los *Caballeros y los Santos* tuvo la gloria de reunir en su recinto las primeras fundaciones de descalzos que hizo Teresa de Jesús.







## CAPÍTULO VI

### NUEVOS TRABAJOS

#### I

**V**IVÍA en la ciudad de Toledo un honrado mercader, llamado Martín Ramírez, muy religioso y de crecida hacienda, que sólo debía á su constante trabajo. No había querido casarse, y, sin embargo, se mostraba infatigable en sus tareas, hasta el punto de que le tacharan de ambiciso. Cuando en son de broma le hablaban de ello, se reía y nada contestaba; mas apremiado una vez por sus amigos con multiplicadas preguntas, respondió :

— Ya que os cuidáis tanto del empleo que pienso dar á mi fortuna, sabed que trato de hacer con ella una obra meritoria al Señor.

Los curiosos no dieron crédito á lo que oían; ¡ tan natural es en las criaturas la desconfianza y la malicia! Pero los hechos confirmaron que el buen Ramírez había dicho la verdad.

Hallábase por este tiempo en Toledo un jesuíta llamado el P. Paulo Hernández, que había conocido en Avila á Teresa de Jesús, y aun la confesó algún tiempo, por lo cual tenía tan alta idea de sus méritos que solía decir : «*La Madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de tejas abajo, y mucho mayor de tejas arriba*»; queriendo significar con esto que si en prudencia y sabiduría no tenía igual para los negocios de la tierra, su espíritu valía extraordinariamente en la presencia de Dios.

Una noche, á la hora que el P. Hernández iba á recogerse, vinieron á llamarle para asistir á un enfermo de suma gravedad : era éste Martín Ramírez, que, aunque por momentos aguardaba la muerte, conservaba perfecta lucidez de ideas, y hablaba con tal serenidad á su hermano Alonso de la próxima partida, que se hubiera creído al escucharle que trataba sólo de una corta ausencia.

Alegróse mucho de ver al jesuíta, á quien había enviado á llamar, porque su fama de santo y de letrado le inspiraban deseos de consultarle sobre sus postreras disposiciones; Alonso iba á retirarse, pero Martín lo detuvo.

—No te vayas todavía,—dijo:—tenemos algo que tratar, de que tú debes ser testigo.

Y vuelto al sacerdote, prosiguió:

—He llamado á vuesa merced para que me aconseje lo que debo hacer; mis negocios en la tierra están concluídos: mi hermano y heredero, conforme con mi voluntad; pero demás de la hacienda que por ésta le pertenece, tengo harto caudal, que deseo se gaste en sufragios por mi alma. ¿Qué obra podría hacerse con él?

— ¿Le parecería bien un convento de carmelitas descalzas?— dijo el P. Hernández, que al responder con esta pregunta pensaba en la falta que hacía en Toledo el Instituto reformado de Teresa de Jesús.

— Mejor de lo que podría explicar, — repuso el moribundo con una sonrisa ; — he oído hablar (siempre con grandes elogios) á mi señora Doña Luisa de la Cerda de la fundadora de tan benditas Casas ; hecho está, Padre mío, á condición que se funden en algunas capellanías, que son mi principal deseo.

Sintióse en esto el enfermo acometido de grave congoja, y permaneció buen rato como desmayado ; mas apenas vuelto en sí, prosiguió animosamente :

— Ya veis que no puedo dejarlo todo arreglado como fuera mi voluntad ; pero testigo sois de ella, y os encargo cumplirla por entero ; ahora, Alonso, retírate, y vos, Padre, escuchadme en confesión.

Una hora después espiraba Martín Ramírez, y á los cuatro días salía de Toledo un propio con cartas del P. Hernández y de Alonso Alvarez, por las cuales llamaban á Teresa para cumplir sin retardo las intenciones del generoso donador.

## II

Sabemos ya que la santa Madre había salido de Valladolid ; añadiremos que en esta expedición sólo llevaba de compañeras á Isabel de San Pablo é Isabel de Santo Domingo, preciosas azucenas del religioso jardín vallisoletano. Llegó á Toledo,

y Doña Luisa de la Cerda la recibió con el cariñoso agasajo que tanto mortificaba la humildad de Teresa; sabedora la viuda del motivo que llevaba allí á su amiga, se propuso favorecerla en cuanto estuviera de su parte.

Al día siguiente de la llegada fueron á ver á la fundadora el P. Hernández y el hermano de Martín Ramírez, y comenzaron los tratos; pero tales eran las condiciones que Alonso ponía, y tantas las dificultades con que su yerno, Diego Ortiz, atajaba las negociaciones, que nada se adelantaban. Además, el ser Toledo en aquella época sede vacante, y el gobernador del arzobispado quien debía dar las licencias, ofrecía nuevos obstáculos; de modo que lo que desde Valladolid parecía hecho, una vez en la imperial ciudad podía creerse imposible.

¿Cómo remediar esta situación una pobre monja desprovista de todo? De una parte, sus hijas la llamaban con vivas instancias para dirigir y acrecentar los recién fundados conventos; de otra Alonso Alvarez, hostigado por Ortiz, se declaraba abiertamente en rebeldía; y, por último, el licenciado Gómez Girón, gobernador del arzobispado, amenazaba negar en absoluto la licencia; mucho sentía la fundadora tener que irse sin lograr el objeto que había motivado su viaje; pero de tantas nubes se cargaba el horizonte, que no una mujer, sino el hombre de ánimo más entero, habría desesperado de llevar á buen término asunto que no daba ya ni esperanzas.

## III

Una mañana muy temprano se dirigió Teresa á la catedral, é hizo llamar al canónigo D. Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla y muy afecto á la obra que la santa Madre se proponía hacer.

— Señor mío, — le dijo la fundadora apenas recibió sus saludos: — si vuesa merced tiene interés en que se despachen favorablemente mis negocios, buena prueba de ello puede darme ahora mismo.

— Hable su reverencia, que bien sabe cuánto deseo servirla, — repuso el canónigo respetuosamente.

— Quiero ver y hablar al licenciado Gómez Girón, y para esto cuento con que vuesa merced le incline á venir aquí; él no ha querido pasar por casa de mi señora Doña Luisa, pero no puede negarse á verme en la de Dios.

— Voy á buscarle, y espero que podré traerle conmigo, — contestó D. Pedro.

Márchose al punto, y Teresa quedó sola, arrojada y absorta en sus pensamientos, hasta que oyó rumor de pasos y se levantó para recibir á los que venían.

En efecto: el canónigo Manrique llegaba en compañía del gobernador del arzobispado.

— Aquí tenéis, Madre Teresa, al Sr. Gómez Girón, — dijo el primero con afectada tranquilidad: — con su licencia y la vuestra, me retiro por unos momentos.

Y se esquivó prudentemente para no ser tes-

tigo de la negativa que sin duda iba á recibir la humilde religiosa.

Pálida, pero resuelta y de pie, estaba Teresa de Jesús frente del que sin conocerla se le mostraba enemigo. Era éste anciano y de elevada estatura, grave rostro é imponente ademán; unas cejas espesas, que se unían y contrastaban con la frente dilatada por una calvicie cuyos límites no era fácil marcar, hacían más sombría y adusta la expresión del semblante, que hubiera desde luego inspirado temor á cualquiera que no fuese la animosa fundadora.

—Hable su reverencia, pues me tiene aquí, —dijo con desabrimiento el Licenciado, — y procure ser breve, pues me reclaman asuntos de gran interés.

—Trataré de obedeceros, señor, —repuso la santa Madre, que, á pesar de su humildad, sentía energía desusada, —y empezaré por decir «que es recia cosa que haya mujeres que quieran vivir con rigor, perfección y encerramiento, y que los que no pasan nada de eso, sino que están entre regalos, quieran estorbar obras que son para el servicio del Señor».

—Paréceme que os adelantáis á reconvenirme, —dijo irritado el Gobernador; —y si proseguís de esa manera, me haréis arrepentir de haber condescendido á vuestro ruego.

—No permita Dios que yo ofenda á nadie, y á vuestra señoría mucho menos; pero considere «que hace más de dos meses vine á esta ciudad, no á verla ni á holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y el bien de las almas, y hacer á Su Majestad en esta ciudad el servicio

que en otras, aunque indigna, le he hecho de fundar conventos de monjas descalzas que guarden la primera Regla de Nuestra Señora del Carmen, y para esto traigo religiosas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, virtud y dignidad de su señoría favorecer á unas mujeres pobres en cosa tan santa, y animarlas á que pasasen adelante, pues le tiene Dios puesto en su lugar.»

—Madre Teresa, Madre Teresa,—exclamó aún más soberbio el que tan justos cargos merecía; —preveo que, en vez de ganar su causa, su reverencia la pierde sin remedio.»

—Por perdida la tuve cuando he llegado al extremo de molestar á su señoría; mas habrá de perdonarme que siga hablando con la verdad y llaneza que Dios y mi conciencia me inspiran. «El hecho es que Casas tenemos donde vivir, y si nos volvemos á ellas poco podemos aventurar, pues no tenemos que perder en este mundo; pero su señoría vea lo que podrá perder esta ciudad, y cuán á su cuenta sería, si se dejase de hacer; ¿cómo se podrá disculpar cuando esté delante de Jesucristo, Señor nuestro, por cuyo amor y voluntad hemos venido, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por Él para ayudar con todas sus fuerzas lo que sea en servicio suyo?» (P. Yepes, lib. II, fol. 322.)

Estas razones, y más que todo lo persuasivo del acento, hicieron gran impresión en el Licenciado; guardó silencio algunos instantes, y luego alzó resueltamente la cabeza.

—¿De modo que lo único que falta para la fundación es mi licencia? —preguntó con tono menos áspero del que antes usaba.

—Lo único, — repuso animosamente la santa Madre, que jamás se preocupaba por la falta de dinero.

—Entonces contadla por hecha; os doy la más absoluta de las licencias, pero con una condición.

—La acepto desde luego.

—Que no tenga patrón, fundador, ni rentas.

—Su señoría adivina mis deseos, — respondió alegremente Teresa de Jesús; — nunca estoy más contenta que cuando es así.

—Entonces id con Dios, y *Él* os guarde.

Saludó con humildad la religiosa, y se alejó; á los pocos pasos encontró á D. Pedro Manrique, que le esperaba ansioso por conocer el resultado de la entrevista.

—Y bien, — interrogó con viva inquietud el canónigo,

—Me ha dado la licencia que le pedía.

—Hasta ahora no he creído que su reverencia hacía milagros, — replicó el bueno de Manrique, — porque sin uno de ellos era imposible que cediera el licenciado Girón.

—¡Gloria á Dios para siempre! — exclamó con expresión de viva fe Teresa. — ¡*Él* es quien mueve los corazones como absoluto dueño!

#### IV

Al volver á casa de la viuda de Arias Pardo, vió la santa Madre que en un poyo de piedra del anchuroso zaguán esperaba sentado un mancebo pobre, pero aseadamente vestido en hábito estudiantil; púsose en pie, y adelantó á ella con el

sombrero en la mano, mientras la religiosa se detenía para mirar á aquel sujeto enteramente desconocido.

Era muy joven, de faz humilde y cándida; las abultadas facciones, ojos azules y lacios cabellos, formaban un conjunto poco agradable; pero la benévola expresión del rostro y el esmero de su traje, en que, si se podían contar los hilos del tejido, no había un agujero ni una mancha, predisponían en su favor. Plantado sobre las anchas caderas, adelantaba torpemente uno de los pies, calzados con enormes zapatos, y se balanceaba sin cesar; parecía querer hacer una pregunta, pero no tenía determinación para ello, y su aire bobo y espantado habría hecho reír á quien no tuviera los graves cuidados que asediaban á la fundadora.

— ¿Es su reverencia la Madre Teresa de Jesús? — preguntó al cabo, mientras daba vueltas entre las manos al raído sombrero.

— Sí, — repuso con bondad la interpelada. — ¿Y vos quién sois?

— Cosme Andrada, para servirla, de quien le habló mi Padre confesor Fr. Martín de la Cruz, y vengo porque me ha encargado que me ponga á sus órdenes para cuanto haya menester.

Antes de contestarle, Teresa dirigió una rápida ojeada al que de tan buena voluntad se ofrecía, y no le satisfizo el aspecto en modo alguno; aquella continua sonrisa, que permitía ver dos filas de dientes blancos y deformes; aquellos ojos sin expresión, donde no ardía ni una chispa de inteligencia, la retraían de ocuparlo en nada; pero al mismo tiempo pensó que Doña Luisa y sus amigas buscaban hacía dos meses casa que

alquilar, sin que en tan largo espacio la encontrasen, ni aun tuvieran esperanzas de hallarla. ¿Confiaría este encargo á Andrada? ¿Sería él capaz de desempeñarlo con el secreto y prontitud que el caso requería?

Estas reflexiones tardaron menos en pasar por su imaginación que nosotros en apuntarlas; resolvióse á utilizar al recomendado del virtuoso franciscano que una feliz casualidad le había hecho conocer pocos días antes; y así, confiada en Dios para el buen éxito de la empresa, dijo al estudiante :

— Doy á vuesa merced las gracias por su ofrecimiento, que acepto de corazón; necesito una casa capaz para un asunto que pretendo, y si puede buscarla hará en ello gran servicio al Señor.

— Al momento, reverenda Madre, y esté segura que haré cuanto pueda por complacerla, — repuso Andrada muy gozoso.

— Pero el caso, — añadió con cierta vacilación la fundadora, que temía fuese la recomendación del secreto incentivo para revelarlo, — que por causas especiales se hace preciso guardar inviolable sigilo.

— Comprendido y guardado, — afirmó el mozo con la más boba de sus sonrisas; — y ahora, con vuestra licencia, me retiro.

Y después de un humilde saludo, puso en movimiento sus largas piernas con tal precipitación, que apenas tuvo Teresa tiempo de despedirle.

Pensativa y cuidadosa subió la santa Madre al piso alto, donde la aguardaban sus monjas. ¿Qué resultaría del encargo hecho? ¿No se logra-

ría nada, y se descubriría por el estudiante lo que importaba callar?

En la primer galería halló á Doña Luisa, que la esperaba impaciente.

—Y bien, ¿qué hay de licencia?—preguntó.

—Concedida gracias á Dios, —repuso humildemente la fundadora; —ya sólo falta casa; ¿hay algunas esperanzas de tenerla?

—Ninguna, por ahora; las que están en tratos no convienen.

—Acabo de hacer este penoso encargo á un mancebo que me recomienda Fr. Martín de la Cruz.

—¡Ah, sí! El pobre Andrada; desde esta mañana temprano esperaba en el portal á su reverencia. Es muy bueno, pero me temo que no ha de servir para el caso.

—¡Dios le iluminará!—dijo solamente la fundadora, que en su interior se hallaba muy inquieta.

## V

Al caer el sol llegó Andrada contentísimo por haber encontrado en medio día lo que se buscaba sin fruto hacía dos meses.

—¡Madre Teresa!—exclamó.—Ya hay casa, y tal que me parece ha de acomodar á su reverencia.

—¿Tiene vuesa merced la llave?—preguntó con ansiedad la santa Madre.

—Todavía no; pero mañana muy temprano han de dármela.

—Entonces vaya á buscarme con ella á la

iglesia de la Compañía ; abrevie los tratos cuanto pueda, y no se apure por fiador, que le tengo y bueno.

—¿Ha de mandarme algo más su reverencia?

—Silencio absoluto.

—No haya miedo, —repuso el estudiante con un tono que habría hecho temblar á las descalzas por ver en tales manos el éxito del negocio.

A la siguiente mañana fué muy temprano á la iglesia Teresa de Jesús, y se entregó á la fervorosa oración, donde siempre hallaba fuerzas y consuelos. En su completa abstracción de cuanto la rodeaba, no reparó en una mujer que estaba próxima á ella, y que, tranquila al principio, empezó de pronto á inquietarse y buscar en torno de sí un objeto que parecía haber perdido. Tan imprudente como grosera, acompañaba su búsqueda con un murmullo de palabras desabridas que acusaban extraña indignación. Pasaba y repasaba junto á la fundadora, quería retirarla del sitio que ocupaba, movía sus pies con descortesía, y trataba de registrar hasta en los dobleces del hábito lo que tal solicitud le causaba ; mas á medida que veía ser infructuoso cuanto hacía, aumentaba su cólera hasta trocar sus murmullos en sordas amenazas. La iglesia estaba muy sola y con poca luz ; las escasas personas que en ella había, diseminadas por las anchurosas naves, apenas notaban lo que pasaba ; Teresa se dejaba mover, empujar, y aun llenar de baldones por aquella energúmena, que debía pertenecer á la raza de seres que toman la casa de Dios por casa propia, y hacen y deshacen con una irreverencia que toca en los límites de la impiedad.

— Será sorda ó fingirá serlo; ¡vaya una beata mal criada! — murmuraba la mujer, temblorosa de soberbia.

— Hermana, hermana, — proseguía aumentando el diapasón de la voz casi hasta dar gritos: — ¿ha visto vuesa merced mi chapín? Si lo oculta por broma démelo, ó va á oír lo que no le agrade.

Teresa no respondía ni reparaba en la peligrosa vecindad; débil y enferma, inclinada la cabeza al peso de insoportables dolores, y el prudente silencio de su pacífica oración, concluyó por llevar al paroxismo la ira de la mujer.

— ¿Conque se burla de mí? — exclamó furiosa. — Pues por mí fe que no ha de reirse de la gracia del robo.

Y asiendo el otro chapín, descargó algunos golpes en la cabeza de la religiosa, que, sorprendida por tan brutal agresión, habría protestado de ella si su ardiente deseo de padecer por Dios no le sellara los labios.

Por fortuna, algunos devotos que se enteraron de tal escena, asombrados del atrevimiento, sujetaron á la mujer y le afearon vivamente lo indigno de su conducta, mientras Andrada, que llegaba en aquel momento, exclamaba tan afligido que inspiraba compasión:

— ¡Pero, Señor! ¿Qué es esto? ¿Quién se atreve á la Santa, á la venerable Madre Teresa de Jesús?

El nombre de la fundadora, harto conocido y respetado en la ciudad, hizo que todos se apresuraran á tratar de compensarle con humildes rendimientos la violencia que había sufrido; la

misma agresora (que dicho sea de paso acababa de hallar el chapín envuelto en su propia falda), postrada á los pies de la santa Madre y hecha un mar de lágrimas, le pedía perdón ; pero la fundadora, á quien mortificaban tales pruebas de respeto mucho más que los chapinazos de antes, se apresuró á admitir las disculpas y se alejó con Andrada, que iba tan afligido como ella serena.

Nunca se oyó á Teresa quejar de este suceso ; la única alusión que hizo de él, fué cuando Doña Luisa de la Cerda (que lo supo por Andrada) lo dijo á las religiosas, y éstas clamaban contra la que tal hizo ; trató el caso como sin importancia, y concluyó con una sonrisa :

— *Dios se lo perdone á aquella pobre mujer, que harto mala tenía yo mi cabeza.* (P. Yepes, libro II, pág. 328.)

## VI

Apenas salió la santa Madre de la iglesia donde tuvo tan mala compañía , dijo á Andrada :

— Si la casa es buena , preciso será concertarla lo más brevemente que sea posible.

— A mí me parece muy acomodada , — respondió él ; — si cuando la vea su reverencia queda satisfecha , de mi cuenta corre que todo se haga pronto.

Anduvieron algún tiempo , y llegaron. El estudiante abrió la pesada puerta ; la santa Madre entró sola , y visitó muy por menor la finca , trazando en su imaginación el convento que iba á fundar. Salió contenta del examen , y devolvió á Andrada la llave ; esperaba el mozo sentado en un

banco de piedra, tendidos adelante los pies para recibir un rayo de sol, y embebido en cantar una copla sin cadencia alguna, con expresión tan boba y perezosa, que nadie al verle hubiera creído la inteligente habilidad de que acababa de dar pruebas.

—¿Qué le parece á su reverencia?—dijo levantándose rápidamente, dispuesto á correr de nuevo la ciudad si lo encontrado no satisfacía el deseo de la fundadora.

—Muy bien,—repuso ésta;—y como urge tomar posesión, en vuesa merced confío para que traiga oficiales que se encarguen de aderezarla en el día.

—¡En el día!—repitió como un eco, pero todo espantado el estudiante. —Y la mudanza del ajuar, ¿cuándo se va á hacer?

—También corre de cuenta de vuesa merced, por más que no creo haya de darle mucho trabajo; todo consiste en dos jergones y una manta.

—¡Alabado sea Dios para siempre!—exclamó Andrada, que abrió los ojos y la boca en señal de admiración.—¿Y cómo van á pasar tres mujeres con tan escaso avío?

—Muy menos tuvo en la cruz Nuestro Señor Jesucristo,—replicó llena de noble aliento la humilde religiosa:—id á vuestro quehacer, hermano, que esta misma noche pienso dormir en la nueva casa.

Cuando la santa Madre refirió á sus compañeras lo que había dicho al estudiante, éstas lo sintieron mucho, pues creían que, al saber la extrema pobreza en que se hallaban, no querría servir-las de miedo que le hicieran trabajar de balde.

Teresa procuró tranquilizarlas, lo que no consiguió sino á medias. Sin embargo, cuando á la tarde vieron volver á Andrada con otro mozo que le ayudara á transportar los jergones, sus infundadas sospechas se trocaron en ardiente gratitud, la cual aumentó al saber que, aunque tan pobre, el recomendado de Fr. Martín de la Cruz no permitía recibir recompensa alguna.

Tampoco la fundadora estuvo ociosa durante el día: con tres ducados que le dieron de limosna compró dos cuadros para la nueva iglesia, pues ni una imagen tenía; pidió prestados los ornamentos y el aderezo del altar en que se había de decir Misa, y con una campanilla de las que sirven en ella se fué con sus monjas, Andrada y el mozo á la casa, donde llegaron un rato después de oraciones.

Era el 13 de Mayo del 1569; la noche estaba húmeda y fría, y la vivienda tan abandonada que precisaba el trabajo de muchos brazos para ser posible habitarla. El mal rato sufrido por la mañana, la continua inquietud del día, la pena que había recibido aquella tarde con saber se hallaba enfermo Alonso Avila, que iba á ser el fiador, y el cansancio natural de ir cargada con cuanto pudo hallar, parecían ser motivos más que suficientes para que la religiosa descansara aquella noche; pero no fué así: aunque débil su cuerpo, su espíritu era de atleta robusto, y apenas llegó se dedicó, en unión de sus hermanas, á disponerlo todo, siendo tanta la tarea que duró hasta que los rayos del sol iluminaban las torres de de la imperial Toledo.

Faltaba sólo derribar un tabique para formar

la puerta de la iglesia, el cual lindaba con una casita donde vivían dos mujeres ancianas. Á los primeros golpes se despertaron alborotadas, y para sosegarlas fué preciso manifestar la causa del ruido. Como eran muy piadosas, una vez tranquilas, ayudaron en cuanto se necesitó.

En las primeras horas del 14 de Mayo, el débil tañido de una campanilla despertó los dormidos ecos de la calle; anunciaba la primera Misa, y con ella la anhelada toma de posesión. ¿Qué importaban las molestias, dolores y fatigas del cuerpo á la heroica fundadora, que sólo vivía del espíritu? Para llegar al resultado que ansiaba, siempre le parecía poco lo que tenía que padecer.

## VII

Recia tempestad se desató contra el nuevo convento; y aunque grandes las hubo en otras fundaciones, ésta pareció exceder á todas. El licenciado Gómez Girón se hallaba ausente; y como sólo dió las licencias de palabra, el Consejo del arzobispado negó lo hecho y se propuso que no siguiera adelante; así, mientras determinaban, enviaron un entredicho y prohibieron se dijera Misa hasta que la santa Madre mostrase las patentes con que lo hacía.

En este conflicto acudió Teresa al canónigo Manrique, y le entregó las cédulas que el General de la Orden le había dado; con verlas y oír las eficaces razones de D. Pedro, se aplacaron los ánimos y desistieron los del Consejo de su tiránica resolución.

Pero mientras iban y venían memoriales á la

corte, y se tomaban pareceres de unos y otros, las humildes esposas de Jesús carecían de todo, hasta el punto de padecer hambre y frío: una imprevista ausencia de Doña Luisa de la Cerda era la causa del abandono en que se hallaban, que no por ser involuntario era menos cruel; graves asuntos en que se ligaban cuantiosos intereses con negocios de familia reclamaron de pronto su presencia en la corte, y la viuda de Arias Pardo marchó tan aceleradamente que nada pudo disponer: los demás, que juzgaban á las religiosas abundantemente socorridas por tan generosa dama, ni se cuidaron del convento.

«Estuvimos algunos días,—dice la santa Madre,—sólo con los jergones y la manta, y el primero ni una astilla de leña teníamos para asar una sardina; no sé á quién movió el Señor, que nos pusieron en la puerta un hacecito de leña con que nos remediamos.» (*Fundaciones*, capítulo XV, núm. 10.)

Tan aflictiva situación agravó los padecimientos de la fundadora, y tales llegaron á ser que juzgó muchas veces rendir el alma á sus rigores. Tiritaba una noche con el insoportable frío que precede á las grandes calenturas; y aunque sus dos compañeras la habían arropado con la manta, y agregado á ella sus capas, la enferma no sentía alivio, y destrozado su cuerpo por una convulsión nerviosa, murmuraba con apagado acento:

— ¡Más ropa; hace mucho frío!

— ¡Ay, Madre! —respondió Isabel del Espíritu Santo, cuyas lágrimas abrasaban sus pálidas mejillas. — No me pida más; tiene encima cuanta hay en casa.

Teresa calló, y sonrió dulcemente: ¡nunca más contenta que cuando su pobreza era absoluta!

Tal era el principio de esta fundación, que, bajo los auspicios de la herencia prometida por el honrado Martín Ramirez, ofrecía hacerse sin dificultades de ningún género; más no era extraño que tantos enemigos se levantaran contra ella: las fortalezas que debían continuamente batir el formidable poder de Satanás tenían que sufrir los golpes con que éste procuraba destruirlas. Casas en que la obediencia y mortificación llegaban á extremos asombrosos; en que los milagros eran tan frecuentes que á la cabecera de una religiosa próxima á expirar veía Teresa de Jesús al Señor con los brazos abiertos en señal de que la amparaba, y le oía asegurar al mismo tiempo que ampararía igualmente á todas cuantas muriesen en tan santos asilos, preciso era que levantasen contra sí las malas pasiones de la tierra, á la par que las iras del infierno.

Sin embargo, los daños que, en esta ocasión llovían sobre la fundadora y sus compañeras sólo sirvieron, como los golpes que da el lapidario en los brillantes que labra, para aumentar su valor. Bien halladas con la pobreza, las persecuciones y las calumnias, al ceder los trabajos parecían echarlos de menos. Cuando la vuelta de Doña Luisa, la generosa largueza de Alonso Alvarez, que arrepentido de su anterior conducta quiso compensarla en cuanto le fué posible, y el mucho crédito que empezó á tomar el convento, trajeron días bonancibles, las religiosas andaban tristes y cabizbajas; y al interrogarlas un día Teresa sobre

el motivo de su aflicción por más que lo sospechaba, Isabel de San Pablo, con agudo ingenio, sintetizó lo que sufrían con una admirable respuesta:

— *¿Qué hemos de haber, Madre? Que ya parece no somos pobres. (Fundaciones, cap. XV, número 10.)*





## CAPITULO VII

---

LA PRINCESA DE ÉBOLI

I

**E**L arreglo de todos los asuntos terminó pocos días antes de Pascua de Espíritu Santo: era el primero en que la fundadora, después de revisar rejas, locutorio, torno, redes é iglesia, ajustado cuentas, despedido trabajadores, hecho abastecimiento de cuanto era posible en el escaso caudal que poseían, y escrito y contestado muchas cartas llenas de juiciosas advertencias y saludables consejos, fué á sentarse en el refectorio con una alegría y tranquilidad de espíritu como hacía mucho tiempo no disfrutaba.

Sus pensamientos se enlazaban unos á otros como mariposas de irisados colores prendidas con hilos de oro; daba gracias á Dios del venturoso término que aquel difícil negocio había tenido; admiraba la prudencia con que Isabel de Santo Domingo regía la Comunidad, de que estaba nom-

brada Priora ; recreábase en haber dado nueva prueba de su amor á San José fundando otra Casa en su bendito nombre, á la vez que se la encomendaba muy de veras ; disfrutaba un pasajero alivio, durante el cual sus males parecían dormir para despertar luego con más violencia (cuyos breves intervalos solían ser su mayor salud) ; volvía en rededor los ojos, y las humildes y penitentes jóvenes que la cercaban hacían gozar á su espíritu grandísimo consuelo, y pensaba, en fin, que el descanso de la próxima Pascua le dejaría algún más tiempo para dedicarse á la oración.

Vibró entonces la voz de la Lectora, y al escucharla se recogió en meditación profunda.

La comida fué breve ; en las casas de penitencia no se gasta el tiempo en fastuosos convites, que al regalar el cuerpo enflaquecen el ánimo ; se alimenta al esclavo, que es el cuerpo, con ligereza y frugalidad, y eso porque es preciso que no desmaye ; en cuanto al señor, que es el alma, nada se le escasea de cuanto necesita para su vida espiritual.

Apenas concluída de recitar la oración de gracias, llegaron á decir á Teresa que esperaba en el locutorio un propio enviado por la princesa de Éboli.

Sintió la fundadora al recibir este aviso como un presentimiento de nuevos cuidados ; pero tal era su deseo de padecer y trabajar por Dios, que no experimentó contrariedad alguna, por más que la noticia llegara en el primer momento de aquel descanso que tenía.

## II

Doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, mujer de Ruy Gómez de Silva, el poderoso valido del rey Felipe II, estaba en la época de nuestra historia en el apogeo de su prosperidad; como el marido dominaba la corte, trataba ella de dominar hasta la inquebrantable voluntad del Monarca, y se creía tan segura de su influencia que no temía cambio alguno. Razón le sobraba para figurárselo, pues ni la nube más ligera empañaba el brillante cielo de sus glorias, y la hora de los desengaños debía tardar algún tiempo.

Hacía un año que esta señora, por conducto de Doña Leonor Mascareñas, escribió á Teresa de Jesús proponiéndole fundar un convento en la villa de Pastrana; á la respuesta de la fundadora aceptando, tornó á escribir para concertar los tratos; pero nada menos esperaba la santa Madre que tan pronta resolución del asunto como anunciaba la venida del mensajero.

Algo preocupada fué al locutorio. ¿Cómo dejar á Toledo cuando se acababa de hacer la fundación y había tantas necesidades que cubrir? En el patio halló á las monjas alborotadas por el temor de que tuviera que ausentarse; lloraban tanto, que oprimieron dolorosamente su corazón; pero disimuló sus impresiones, y con paso firme entró en el locutorio.

Allí estaba el mensajero, que le entregó una abultada carta en que la noble señora decía: «Que, resuelta á no retardar la fundación en su villa de Pastrana, enviaba aquel pliego con un

criado fiel, que llevaba al mismo tiempo el encargo de acompañarla hasta dicho punto, donde ya ella la esperaba; advertíale mucho que no lo demorara ni un día, pues era fácil se perdiera la oportunidad. »

— Siento en el alma no poder dar gusto á mi señora la Princesa, — dijo la religiosa al terminar la lectura de los indescifrables garrapatos con que expresaba su voluntad la poderosa dama; — pero ahora es imposible que me ausente de Toledo.

— Entonces no sé qué hará, — repuso el hombre vivamente contrariado; — la señora ha ido en persona para recibir á su reverencia, y tomará por afrenta que no vaya.

— ¡No permita el Señor que tal crea! Pero si supiera lo que ha costado este convento y los lazos que á él me atan, comprendería que no puedo abandonarlo tan pronto.

— Haga su reverencia lo que estime justo; tal es su cordura, que de seguro ha de acertar; pero si encuentra medio de complacer á la Princesa, no deje de hacerlo.

— Procuraré cuanto esté de mi parte; en tanto, vaya vuesa merced á comer y descansar; yo escribiré á Doña Ana, y veremos si puede esperar sin enojarse.

— Difícil lo creo, — pensó el criado mientras saludaba. Y añadió para sí: — no sufre dilaciones quien está acostumbrada á que todos la obedezcan.

### III

Una vez sola, Teresa se puso á pensar en su situación con mucha congoja: los disgustos y

contradicciones que había sufrido; el estar apenas apagada la hoguera de los furores con que se encendió el Consejo de la Gobernación llegando con sus chispas á la corte, alborotando al Nuncio y haciéndole cometer injusticias contra ella, enflaquecían su ánimo y la retraían de exponerse á nuevos combates: por otra parte, la impulsaba á ceder el carácter de la Princesa, que había de creerse humillada y temía se le volviese enemiga, y, sobre todo, la necesidad en que estaba la Orden del apoyo y protección de Ruy Gómez de Silva.

Cuando más afligida se hallaba con tan graves cuidados, oyó lamentaciones y suspiros de sus hijas que la lloraban ya como ausente; la fundadora salió del locutorio tranquila en apariencia, les habló con cariño, exhortándolas á someterse en todo á la voluntad de Dios, y cuando las dejó resignadas se retiró á orar, pidiendo á su divino Esposo luz y acierto para escribir á la poderosa dama sin enojarla: mas no era esto lo que el Señor quería; así, la voz cuyo eco le era tan conocido, interrumpió sus vacilaciones con estas palabras:

—«*Hija, no dejes de ir, que á más vas que á esa fundación; llévate las Reglas y las Constituciones.*» (*Fundaciones*, cap. XVII, núm. 2.)

Cuando mandaba el Señor todas las dificultades se allanaban, y la santa Madre salió del coro tan serena como atribulada había entrado; después de consultar con su confesor, á quien halló conforme, dió sus postreros mandatos para el buen gobierno de la Casa, y el segundo día de Pascua de Espíritu Santo salió de Toledo en un lujoso coche de camino que la princesa de Éboli le había enviado.

## IV

Aunque la naturaleza brillaba en todo su esplendor, y los valles lucían caprichosa alfombra de matizadas flores, la fundadora no prestaba atención alguna á sus galas; la idea de lo que dejaba, y más todavía de lo que iba á encontrar, la preocupaba en extremo.

En Madrid la esperaba con gran deseo de consultarle un asunto de importancia Doña Leonor Mascareñas, que vivía retirada en su convento de religiosas franciscas: la santa Madre fué á parar con ella, y noticiosas de su llegada, acudieron al locutorio muchas damas principales, ansiosas de conocer á la sierva de Dios, no sólo por la fama de sus virtudes, sino por la de su clarísimo ingenio; así, esperaban oírle sentencias sublimes y elevados conceptos en todos los ramos del humano saber; pero Teresa de Jesús, que adivinó fácilmente el espíritu de curiosidad que la guiaba, y que en su modestia nada temía tanto como singularizarse, adoptó la expresión más sencilla que pudo dar á su inteligente semblante para exclamar:

— ¡Oh mis señoras, y qué hermosas calles tiene Madrid! (P. Yepes, lib. III, fol. 64.)

Fué todo lo que habló, y por las miradas de sorpresa que las visitantes cambiaron, comprendió que había logrado el objeto que se proponía.

Cuando quedó sola con Doña Leonor, ésta le habló largamente del asunto que la preocupaba: tratábase de un caballero italiano, doctor de gran talento, que había vivido muchos años en la cor-

te de Polonia y desempeñaba en palacio honrosos cargos como Intendente de la Reina : por sus relevantes méritos era muy estimado de cuantos le conocían , y disfrutaba una encomienda de San Juan ; pues aunque tuvo buenas ocasiones de casarse , jamás quiso hacerlo.

Pero entre las lisonjas de la corte cayó la desgracia sobre él tan de improviso , que sería asunto de grave consideración ver por este ejemplo las falsas torres con cimientos de arena que son el favor de los poderosos y las grandezas de la vida.

Una vez se alborotó la capital con la alevosa muerte que dieron á un noble caballero , y los envidiosos , que nunca faltan en torno de los que gozan la privanza de los reyes , acusaron de haber tratado en ella al intendente de Palacio : con tal motivo fué reducido á prisión y colmado , durante dos años , de trabajos , injusticias y crueldades . Con gran ánimo y confianza sufría el buen doctor horas tan amargas , y , seguro de su inocencia , ni quiso admitir letrados que le defendieran en todo el tiempo que duró la causa ; mas los ojos de su alma se abrieron con ocasión de ella á muy anchos horizontes ; comprendió las vanidades del mundo para despreciarlas , y cuando reconocida su virtud quedó libre , no volvió á enlazarse con doradas cadenas , sino que voló á una soledad que había cerca de Sevilla , nombrada el Tardón , y allí , en hábito de ermitaño y llamándose Mariano de San Benito , se dedicó á servir al Señor con tan buen ánimo que , después de ocho años de penitencias , determinó pasar á Roma y pedir al Pontífice le diese Reglas y modo de vivir , con el objeto de fundar una nueva Religión .

— ¿Qué le parece á su reverencia el proyecto? — preguntó Doña Leonor al acabar de referir cuanto se relacionaba con tal sujeto.

— Que hará un buen descalzo, — respondió sencillamente la fundadora.

## V

Al día siguiente, el aya del Rey y Teresa de Jesús fueron al locutorio, donde las esperaba el ermitaño Mariano con un compañero, cuya humildad se revelaba hasta en el nombre que había elegido: llamábase Juan de la Miseria.

El antiguo intendente de la reina de Polonia era hombre de edad madura, enflaquecido por las penitencias, curtido del sol y el aire, y sombrío, no tanto por el recuerdo de las injusticias que había padecido, cuanto por el de los años que perdió de trabajar por la salvación de su alma. Sentía viva repugnancia en acceder á las indicaciones que le hizo Doña Leonor, é iba decidido á rechazarlas abiertamente sólo porque una mujer era el alma de la Reforma del Carmelo. ¡Tan enemigo era de tener trato ninguno con ellas! Así empezó á negarse, aunque con gran delicadeza, y concluyó asegurando que ansiaba cada vez más ir á Roma y realizar su idea.

— Bien manifiesta constancia vuesa merced, — dijo con algún despecho, cortesantemente disimulado, Doña Leonor, mientras Teresa, sentada en el fondo del locutorio, silenciosa y cubierta con su velo, aguardaba que la conversación le ofreciera medio de introducirse en ella.

— No hay mérito alguno en ser constante

cuando tan gustosamente paso la vida en mi yermo del Tardón, — repuso el ermitaño sin levantar los ojos; — y creo sería insigne locura, si no monstruosa ingratitud, dejar por otra la buena compañía que allí tengo.

— Al menos debiera vuesa merced leer las Reglas y Constituciones de los religiosos descalzos, y tal vez le entrarían deseos de profesarlas.

— Es inútil, señora; yo no he de ser carmelita.

— No asegure de ese modo, — dijo con voz dulce y gravemente sonora la santa Madre; — nada se puede afirmar, hermano, mientras dura la batalla que llamamos *vida*.

El ermitaño alzó los ojos, y á la opaca luz del locutorio contempló aquel bulto informe, en que se confundía lo negro del velo con el blanco de la capa, y sintió como disgusto de haber manifestado tan claramente su opinión.

— ¿Sabe su reverencia — dijo — nuestra manera de vivir? Habitamos celdas separadas, y sólo nos reunimos para oír Misa; no tenemos rentas ni queremos recibir limosnas; vivimos de nuestro trabajo, y comemos con harta pobreza; sujetos en todo á nuestro santo Mayor, el Padre Mateo, de quien sin duda habréis oído hablar, pues la fama de sus virtudes es grandísima; pero como el Concilio de Trento ha mandado que los ermitaños se agreguen á las Órdenes religiosas, busqué y examiné cuál me convendría por su mayor parecido con la que sigo hace ocho años; y como nada hallo conforme á mis deseos, he decidido ir á Roma.

— Lea entonces vuesa merced nuestras Constituciones, — insistió la fundadora; — ellas le harán ver la perfección que tienen para vivir como

anhela; en especial lo del trabajo de manos, á que tan inclinado se muestra. Además, se puede hacer mucho bien al prójimo con enseñanzas, ejemplos, oraciones y pláticas. ¿Ama vuesa merced la pobreza? Andese por el mundo sin más caudales que el hábito y el breviario, como hacemos los hijos del Carmelo. ¿Le enamora la mortificación y obediencia? Nuestra Regla obliga á profesarlas con todas las fuerzas del cuerpo y los alientos del espíritu.

El ermitaño callaba, pero sentía rendírsele poco á poco el corazón á tan discretas razones; luchaba, sin embargo, y aplazó la resolución que debía tomar para el siguiente día; en cuanto á Juan de la Miseria, oía hablar á Teresa de Jesús cual si oyera cantar á los ángeles; y como no alcanzaba las sutilezas de ingenio que el doctor italiano, se había decidido á ser el más humilde y fervoroso de los carmelitas descalzos.

## VI

Al caer el sol del otro día iba á marchar la santa Madre, y se despedía en la puerta reglar de Doña Leonor y la Comunidad, á quien dejaba edificada, cuando llegó apresurado el Hermano Mariano de San Benito.

—Tome su reverencia,—dijo entregando á Teresa de Jesús el libro de las Constituciones;—voy á ser descalzo; pero no me espanta serlo, sino que una mujer me haya convencido.

—Nuestro Señor haga que sea para su gloria y vuestra santificación,—repuso con alegría la

santa Madre, que adivinaba el mérito del nuevo religioso.

Entonces vió claramente lo que significaba la revelación de Toledo, y partió de Madrid deseosa de aprovechar lo más pronto posible la segunda licencia que el General le había concedido.

Cuando llegó á Pastrana, la princesa de Éboli y su esposo la recibieron con hermosas distinciones; pero todas las ventajas que al principio ofrecía el asunto se trocaron en dificultades, y la misma que llamaba con empeño fué la primera en contradecir. Doña Ana quería tales condiciones que era imposible á la fundadora aceptarlas, y los tratos se dilataron con gran desconsuelo de la santa Madre, á quien desasosegaba al mismo tiempo la falta que hacía en sus monasterios.

Por fin Ruy Gómez arregló las diferencias, la Princesa cedió á los justos deseos de la religiosa, probando así que la distinguía como á pocas personas, y á los tres meses, último día de la Octava de la Visitación, 9 de Julio de 1569, se fundó el convento de Nuestra Señora de la Concepción, con grande alegría del pueblo y mucho más de la que se desvivía por aumentar los dichos verjeles en que tanto recreo hallaba su Esposo celestial.

Las súplicas de Teresa consiguieron al mismo tiempo, que el príncipe de Éboli llamase á Pastrana al P. Mariano y á su compañero Juan de la Miseria. La santa Madre escribió á la vez á Fr. Antonio de Jesús, prior de Mancera, que vino casi al par de los antes nombrados. Ruy Gómez cedió una casita, en la que se fundó el segundo convento de descalzos, tomando los dos

ermitaños del Tardón, de manos de Fr. Antonio, el hábito de legos, pues su humildad no quiso otro, y con ellos el de religioso uno de los más célebres predicadores de aquella época, que se llamó en la Orden reformada Fr. Baltasar de Jesús.

Terminado este asunto, la fundadora hizo venir de Toledo, para dejarlas de Priora y Superiora en el convento que patrocinaba Doña Ana de Mendoza, á Isabel de Santo Domingo é Isabel de San Pedro; hecho este arreglo, marchó de Pastana para volver á la imperial ciudad.





## CAPITULO VIII

### LA NOCHE DE ÁNIMAS

#### I

**E**N pequeníssima celda del convento de Toledo, y apoyada en una mesa cargada de papeles, estaba Teresa de Jesús, empleando sus breves momentos de reposo en escribir cartas, ajustar cuentas y anotar sus pensamientos en los manuscritos que habían de ser un día joyas sin precio de la literatura española.

La humosa luz de una lámpara de barro, que hacía más opaca la obscura pantalla, enviaba turbios reflejos sobre cuantos objetos sustentaba la mesa, entre los que descollaba el tintero de plomo lleno de espesa borra de algodón, donde se empapaba sin secarse la tinta, sosteniendo en sus huecos varias plumas de ave.

Una de éstas, dirigida por los pálidos y delicados dedos de la santa fundadora, transmitía al papel, en bien trazados caracteres, la expresión

de los tiernos sentimientos con que respondía á una carta de Lorenzo de Cepeda, el mayor y más querido de sus hermanos.

¡Grata y deliciosa ocupación, cuyo recuerdo es dulce ó amargo según la suerte que corre la sangre de nuestra sangre, á quien el huracán de la vida ha trasladado á remotos países ! Después de muchos años de absoluta ignorancia respecto al destino de Lorenzo, que había marchado muy joven á las Indias, llegó á manos de la santa una carta del Perú, precisamente cuando luchaba con la trabajosa fundación de Avila. Por ella supo que su hermano disfrutaba salud, que estaba casado con una buena y noble dama, y que, así ella como los tiernos frutos de su matrimonio, enviaban cariñosos saludos á la que Lorenzo les había enseñado á amar.

Pero los consuelos como las tristezas no vienen solos : aquel ausente que conservaba débil recuerdo de su hermana religiosa, sentía vivísimo deseo de saber de ella, así como del resto de la olvidada familia, y en largas páginas pedía noticias de todos. Acompañaba su carta una orden de cuantiosas sumas, que le encargaba distribuir entre los parientes más necesitados, después de reservar para ella una gran parte.

La fundadora distribuyó la cantidad según los deseos del generoso indiano, y empleó lo que le correspondía en acabar la fundación de Avila; después le escribió largamente, y le dió cuenta, al par de lo que deseaba saber, de la gratitud de los favorecidos ; confió su carta á los pesados medios de transporte y navegación que entonces había, y esperó largo tiempo la deseada respuesta.

## II

Si ahora que son fáciles las comunicaciones nos hacegrata impresión el trozo de papel que, salvando distancias, nos trae la firma trazada por una mano querida, júzguese cuán precioso debía ser en aquella época la llegada del obscuro y grueso cartapacio, cubierto de jeroglíficos, que atestiguaban el trayecto recorrido. Así, la alegría de Teresa fué muy viva al romper el sobre de la segunda carta que le escribía Lorenzo; mas su lectura la entristeció por traer nuevas de la muerte de su cuñada Doña Juana Fuentes, y comprender, en la manera que el viudo las daba, lo grave y profundo de su pena; concluía diciendo que la tristeza y soledad en que se veía le obligaban á anticipar la época de su vuelta á España, y sobre ello le pedía consejo.

Esta misiva exigía pronta contestación; así la santa Madre, no queriendo dilatarla, aprovechaba en escribirla sus primeros instantes de reposo. Para que todos juzguen de la sencillez de su lenguaje, queden copiados ahora los párrafos que siguen:

«Por cuatro partes le he escrito, y en tres de ellas iban cartas para Jerónimo (otro de sus hermanos), y por no ser posible no llegue alguna, no responderé á todo lo de vuesa merced.»

.....  
«Al presente estoy en Toledo: por nuestra Señora de Marzo llegué, aunque desde aquí fuí á una villa de Ruy Gómez, donde se fundó un convento de monjas, y otro de frailes.»  
.....

«Ya le dije eran seis los conventos que están fundados, y todos de descalzos de nuestra Orden, que van muy en perfección, y los de monjas todos como San José de Avila. Esto me anima, porque veo cuán de verdad es alabado el Señor en ellos.»

.....

Seguían á esto muchas reflexiones declaradoras de la sabiduría y hermosura de su alma; verdades sublimes que debían consolar grandemente al afligido viudo, y terminaba así:

«No pensé alargarme tanto; deseo que entienda la merced que le hizo Dios en dar tal muerte á mi señora Doña Juana; acá se ha encomendado á Dios nuestro Señor, y hecho las honras en todos nuestros monasterios, que espero en Su Majestad no las haya necesitado. Una monja he tomado sin dote, que hasta cama le quisiera dar, y he ofrecido á Dios por que me traiga bueno á vuesa merced con sus hijos.» (Carta 30 de la Colección, anotada por el Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox.)

.....

¡Santo deseo del más puro afecto fraternal, que en breve plazo había de verse cumplido!

### III

Cerró y selló la carta de Lorenzo, tomó otro papel, y siguió contestando su correspondencia. Dirigiase ahora al P. Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de la Compañía de Jesus, en Salamanca, quien dos días antes le había escrito participándole que por referencias hechas de los méritos,

autoridad y crédito de la Reforma carmelitana al Obispo de aquella ciudad, D. Pedro González de Mendoza, éste había dado licencia para fundar un convento de monjas descalzas, por lo cual le rogaba que fuese allá lo más pronto posible, pues las dilaciones en estas cosas solían traer estorbos.

La santa Madre, que con tener licencia de los Prelados lo creía todo hecho, no hizo esperar la respuesta: decíale que iría al momento, y le encargaba alquilar una casa para tomar la posesión, pues ni había caudal para comprarla, ni su celo por el servicio de Dios se prestaba á esperar que lo hubiera.

Era más de media noche cuando, rendida y enferma, dejó de escribir para entregarse á la oración antes de dar al cuerpo rendido el breve tiempo que le concedía de reposo.

#### IV

Víspera de Todos Santos, después de muchas y penosas jornadas, con frío intenso, vientos huracanados, menudas lloviznas y copiosas nieves, que hacían muy difícil el tránsito por toda la tierra de Castilla, y tras de una noche entera de camino, llegaba á Salamanca Teresa de Jesús con sólo una compañera, tímida en extremo, llamada María del Sacramento.

Iba la fundadora débil, llena de cansancio y molidos los huesos por el horrible y continuo traqueteo del carro, pero tan animosa que todo se lo hacía fácil.

Hospedáronse las religiosas en un mesón de

los más solitarios, y envió á llamar á un hermano del Rector, apellidado Nicolás Gutiérrez, que era el encargado de arrendar la casa. Su honradez y actividad le hacían muy á propósito para este encargo; y como era al mismo tiempo religioso, humilde y de ánimo entero, podía considerársele como un auxiliar de gran valor. Reveses de fortuna le habían hecho pasar de la opulencia á una modesta medianía, y llevaba este cambio con gran paz y resignación en los trabajos, que no le faltaban cuantos eran necesarios para acrisolar su virtud.

— Madre, — dijo á la fundadora después de saludarla con gran veneración, — he temido muchas veces no hallar posibilidad de servirla según deseaba; pero al fin Dios ha querido allanar las dificultades, y ya tiene casa su reverencia.

— ¡Alabado sea el Señor por todo! — repuso Teresa, tan alegre con la noticia como olvidada de sus males y trabajos cual si nunca los hubiera tenido.

— Pero es el caso, — añadió Gutiérrez, — que todavía no me han entregado la llave de la única morada que he hallado en proporción para lo que se desea; estaba arrendada á unos estudiantes, y por más que el dueño de la finca, Gonzalo Sánchez y yo, hemos hecho para que la dejen á tiempo, se han resistido como verdaderos diablos, y hasta inventado tales cosas para darnos que hacer, que aún están en ella, si bien aseguran que la dejarán esta misma tarde.

— ¿Y cree vuesa merced que cumplan lo prometido? Porque graves perjuicios se me seguirían en caso contrario.

—Pronto saldremos de dudas; son las dos, y al dirigirme acá he visto algunos de los más revoltosos con sus maletillas en son de mudanza. Ahora, con su licencia, iré á cerciorarme. ¿Quiere que se prevenga algo de ajuar?

—Bastará una carretada de paja, —respondió Teresa de Jesús.

Y añadió para sí:

—En adelante, Dios proveerá.

—Si su reverencia no tuviera tanta priesa, todo podía arreglarse mejor, —dijo Gutiérrez muy preocupado de lo mal que iban á estar: —la casa carece de muchas comodidades, y luego, la estancia en ella de mozos pobres y solos la tiene en deplorable abandono.

—No caben dilaciones, —repuso decididamente la fundadora; —es necesario tomar posesión antes de que se entienda que he llegado, pues si se sabe no nos pasaremos sin estorbos. Reserve vuesa merced el secreto, y que el Señor le guíe.

—Él guarde á su reverencia.

Marchóse Nicolás Gutiérrez, y Teresa se puso á ajustar sus cuentas, hallando que, después de pagar el carro de paja, apenas le quedaban algunos reales para los gastos más precisos.

## V

Cerca del obscurecer volvió el hermano del Rector, cansado de luchar con los rebeldes estudiantes hasta hacerles desalojar la casa: traía la deseada llave, y al hacerse cargo de ella la fundadora, resolvió no aguardar; dejó al punto la

posada, y con su compañera María del Sacramento, el P. Julián de Avila, el honrado Gutiérrez y una pobre mujer que generosamente se brindó á ayudarles, se dirigieron á la nueva vivienda.

Cuando la puerta mal cerrada llegó á abrirse y presentó á los ojos de los que llegaban la desolación y ruina del patio, corredores, escaleras y cuanto el edificio contenía, sintieron que se les nublabá el corazón, y por algunos momentos permanecieron inmóviles en el umbral, sin atreverse á avanzar ni retroceder; al fin Teresa, como la más animosa, entró, y los demás la siguieron tristes y cabizbajos. Entonces pudieron apreciar bien el destrozo que les rodeaba: las puertas desquiciadas, sin barras, fallebas ni cerrojos, que habían servido precisamente de juego á los traviosos escolares, amenazaban venir al suelo; las paredes llenas de polvo, grietas y humedad, cruzadas por dibujos horribles, hechos con carbón, en los ratos de solaz de los antiguos vecinos; el suelo, con una espesa capa de suciedad, los ladrillos levantados, rotas las tejas; los árboles del mezquino huerto, desnudos de ramas, y el terreno convertido en frondoso plantel de malvas, cardos, jaramagos y ortigas; Teresa miró en torno suyo, no para desanimarse, sino para calcular el oportuno remedio; en cuanto á María del Sacramento, temblaba como una azogada, y oía ruidos y voces donde reinaba el más profundo silencio.

El descanso que las religiosas tuvieron después del molesto viaje, fué arreglar para iglesia la habitación mejor conservada, en cuya faena

las halló el nuevo día, que, como dejo ya dicho, era el de los Santos del año 1569. Suspendióse todo para oír la Misa, que celebró el Padre capellán, y ayudó de buenísima voluntad Nicolás Gutiérrez, siendo ésta modesta toma de posesión por no tener ornato ni decencia para colocar el Santísimo Sacramento.

Apenas terminado el incruento sacrificio, mientras Teresa y su compañera se afanaban continuando la limpieza del vasto caserón, Julián de Avila partió para Medina, con encargo de la santa Madre de que mandaran más religiosas: también Gutiérrez se marchó á sus negocios, bien que no se olvidó de enviar el carro de paja. Cerrada la puerta lo mejor que pudieron, Teresa y su compañera quedaron solas, y tan aisladas como si hubieran estado á muchas leguas de la ciudad.

El trabajo abrevió las horas; y como si no fuera bastante para este objeto, una espesa niebla adelantó la noche á la mitad de la tarde; con la obscuridad aumentó el miedo de María del Sacramento, y ya sólo pensó en encerrarse, pues en ninguna parte se hallaba tranquila. La fundadora, deseosa de complacerla, eligió la pieza más retirada, y allí se refugió con su compañera, habiendo antes recorrido la inmensa casa para afirmar puertas y ventanas lo mejor que pudo.

En tanto se amontonaban las nubes á impulsos de un huracán terrible, y á sus violentas ráfagas volteaban las veletas y exhalaban gemidos estridentes; crujían las puertas, y la vieja morada parecía balancearse desde el alero de los tejados hasta lo más profundo de los cimientos:

el viento se apoderaba de los huecos de las chimeneas y los mal techados desvanes, y hacía oír silbidos espantosos, mientras el monótono ruido de una lluvia torrencial amenazaba con los horrores del diluvio.

Pero aún se unían á la tempestad otros ruidos que aumentaban el miedo de los débiles y pusilánimes: el doblar de las campanas por los fieles difuntos, que sonaba á intervalos desde la hora de vísperas, parecía la voz de la muerte flotando entre el desorden de los furiosos elementos.

## VI

La compañera de Teresa, transida de frío en aquella sala destartada, sentía más espanto que del huracán y del doble al pensar en los estudiantes; recelaba que anduviesen escondidos y se vengaran de ellas por haberles quitado su derruido hogar; castañeteaban sus dientes á impulsos del temblor que la agitaba, y volvía los ojos á todos lados con tal expresión de horror que daba lástima. Se había envuelto en su capa, y estaba sentada en el montón de paja, mientras Teresa, de rodillas, trataba de leer á la moribunda luz de una vela.

En el corto espacio de tregua que cerca de media noche dió la tempestad vibró el lúgubre tañido de las campanas, y apenas se desvanecían sus ecos sobrevino tan recia bocanada de aire que entró por las mal unidas tablas de la puerta y mató repentinamente la luz.

María del Sacramento no fué dueña de contener un grito de horror; en cambio la fundadora,

tranquila como un ángel, cerró el libro, buscó á tientas dos mantas que la caridad le había enviado, dió una á su compañera, y envuelta en la otra se acomodó como pudo en el montón de paja.

—Madre,—balbuceó la medrosa al cabo de un momento,—¿duerme su reverencia?

—No,—repuso la santa Madre con dulzura.

—¡Qué noche! Creo que vamos á ser almas del otro mundo; esta casa tiembla como una choza de caña.

—Sosiéguese y duerma, hermana; «no hay mayor ganancia que dejar nuestra vida, voluntad y cuidados en manos de Dios». (*Camino de Perfección*, cap. XXXII, núm. 3.)

La religiosa calló, pero un rato después empezó á bullir y á suspirar quedamente.

—¿Está mala mi hermana?—preguntó con afectuosa bondad Teresa de Jesús.

—¡Ay, no! Pero temo que los estudiantes van á darnos algún espanto.

—No abrigue esos recelos; todo está cerrado por mi mano después de registrar escrupulosamente.

—Mas si vinieran ladrones, poco aprovecharían llaves y cerrojos.

—De todos modos, hermana, «duerma hasta que vengan, y entonces tenga el miedo y deje el sueño». (Notas de la carta XXXI de la Colección, número 6.)

María del Sacramento volvió á callar, pero la fundadora la oía dar suspiros y rezar muy bajito.

—Madre,—dijo al fin con extraña agitación;—si el Señor me llamara á su presencia esta noche, ¿qué haría su reverencia aquí sola?

Esta vez el terror se comunicó á la santa Madre: «Aquello, si fuera,—dice al referirlo,—me parecía recia cosa; hízome pensar un poco en ello, porque siempre los cuerpos muertos me enflaquecen el ánimo aunque no esté sola». (*Fundaciones*, cap. XIX, núm. 3.) Pero comprendió de qué ruines medios se valía el odioso enemigo para desasosegarla, y se propuso tratar el caso con la indiferencia que merecía.

—Hermana,—respondió con inimitable gracia,—«cuando eso sea pensaré lo que he de hacer: ahora déjeme dormir». (*Fundaciones*, capítulo XIX, núm. 3.)

Aquellas pocas palabras, dichas por una voz reposada, en que no se advertía emoción alguna, calmaron á la asustada religiosa mejor que lo hicieran largos discursos; vencióse un momento, y fué bastante; la fatiga y cansancio de los días anteriores hicieron valer sus derechos, y se durmió profundamente hasta el alba del siguiente día.

## VII

El huracán se había llevado ya las nubes, y un sol esplendoroso enviaba sus rayos para iluminar los daños que en sembrados y arboledas causara la pasada tempestad. Después de una larga noche de inquietud y espanto, los buenos vecinos de Salamanca gozaban con delicia del cielo puro, y la animación aumentaba en las calles á medida que transcurrían las horas.

Teresa de Jesús y María del Sacramento, solas y en oración, pedían al Señor trabajos con

que probar su deseo de sufrirlos: ya no les parecían nada los anteriores, y la alegría superaba á las congojas sufridas; amanecían tan pobres que todo su caudal consistía, como hemos dicho, en algunos maravedises; pero Dios, que cuida hasta de proporcionar al ave el sustento que necesita, no podía consentir que sus esposas carecieran de lo más preciso.

Serían las nueve de aquella mañana cuando llamaron á la ventanita que hacía veces de torno; acudió Teresa de Jesús, que acumulaba oficios según la necesidad, y supo que estaban allí dos mujeres, mandaderas de un convento de religiosas llamado Santa Isabel, las cuales, sabiendo lo desvalidas que estaban, venían en nombre de la Comunidad á saludarlas y traerles mantas y ropas, y una gran cesta cubierta de blanquísimos paños, donde venían más provisiones de las que necesitaban para sus frugales comidas.

Teresa dió gracias al Cielo y á sus generosas bienhechoras con toda la efusión de su alma agradecida, y las mandaderas se retiraron llenas de compasión y aficionadas á la nueva vecindad.

Durante muchos días continuaron en vivir de la limosna que les hacían estas santas mujeres, lo cual habla muy alto en favor de los sentimientos de un pueblo, y sobre todo en pro de la divina Providencia; acaso en otro la envidia hubiera creado enemistad entre las naturales y las forasteras; pero la generosa franqueza de la gente castellana no se manchó con ruines cálculos, y tendió la mano á las recién llegadas cuanto sus propios recursos le permitieron.

Con la venida de las compañeras de Medina

del Campo acabó de tranquilizarse María del Sacramento, y llegó el caso de que fué la primera en reir de buena gana al recordar su miedo en la noche de Todos los Santos.

Terminada estaba la fundación, y Teresa, que tenía priesa por marchar, nombró Priora á Ana de la Encarnación, y emprendió el camino á Alba de Tormes. Mas antes de separarme del convento de Salamanca quiero apuntar brevemente las vicisitudes que sufrió, según las refiere el P. Ribera en la Vida que escribió de la insigne fundadora.

### VIII

Casi tres años hacía que la Comunidad se hallaba establecida en la casa de los estudiantes, y en este largo espacio de tiempo no había sido posible poner reservado el Santísimo Sacramento por las malas condiciones en que estaba la iglesia; carecían, por tanto, las religiosas de tan dulce consuelo; y como si no fuera bastante, hasta la salud tenían perdida por la humedad de la casa, cerca de la cual pasaba un arroyo, llamado de San Francisco. La necesidad de mudarse era cada vez mayor, y la santa Madre, atenta al bien de sus hijas, les ordenó que concertaran nueva vivienda, lo que hicieron empezando á tratar una, propiedad del caballero Pedro de la Banda; mas siendo este sujeto de carácter acre y duro, las negociaciones iban despacio, y Teresa, aunque la prudencia humana le aconsejaba permanecer, siguió como siempre la inspiración divina y salió de Avila, donde se hallaba entonces, en lo más recio de los calores de Agosto; después de innumerables trabajos llegó á

Salamanca y terminó pronto lo que sin su presencia hubiera durado infinitamente.

Cuando, acabadas las grandes obras de reparación que necesitaba el nuevo convento, se anunció la traslación para la víspera de San Miguel, sobrevino tan recio temporal que el tejado de la capilla, poco sólido para resistirle, dejó pasar el agua en mucha cantidad, hasta inundar el pavimento. Esto afligió de tal modo á la fundadora, que en el fervor de la oración y su grande confianza con el divino Esposo dejó escapar las siguientes frases como dolorosa queja:

— « Señor, ó no me mandéis entender en estas cosas, ó que se remedie nuestra necesidad. » (*Fundaciones*, cap. XIX, núm. 5.)

— No se acongoje su reverencia, — dijo entonces á su lado el bueno de Nicolás Gutiérrez;— anímese y espere, que ya querrá el Señor mejorar el tiempo para cuando sea menester.

El hermano del Rector tenía razón: el día de San Miguel amaneció más claro, y á la hora anunciada los brillantes rayos del sol alegraban la tierra y secaban rápidamente las postreras gotas de lluvia; las campanas voltearon anunciando las alegrías del triunfo, y entre luces, flores, incienso y los armoniosos cantos de una escogida capilla de música, se instaló solemnemente el Santísimo Sacramento en la nueva Casa.

El gozo de la santa Madre en este día se amargaba con el recuerdo del desaliento pasado, y repetía para sí:

— « ¡ Cuánto mejor hacía aquel bendito en confiar, que no yo con mi pena ! » (*Fundaciones*, capítulo XIX, núm. 5.)

## IX

No he de pasar adelante sin referir un suceso acaecido en este nuevo verjel de San José, poblado en poco tiempo de ánimas tan puras y hermosas como Leonor de Ledesma de Jesús, hija del caballero Martín Dávila; Ana de Solís, que recobró milagrosamente la salud para tomar el velo de la descalcez; María de San Francisco, Juana de Jesús y Ana de Jesús, que más tarde hizo, en nombre de Teresa, la fundación de Granada.

Enfermó gravemente una religiosa llamada Isabel de los Angeles, muy joven, admirablemente bella, y de una virtud que era como el espejo en que sus compañeras se miraban; el día de San Bernabé crecieron de manera sus padecimientos, que se creyó próximo el término de aquella vida; sin embargo, disimuló animosa, pareció mejorada y rogó á las que la asistían que se fueran á Misa, afirmando para obligarlas que estaría más tranquila si la oían y rogaban á Dios por ella. Cedieron sus Hermanas á esta súplica, y en el breve tiempo que tardaron hubo tal variación en el rostro de la enferma, que cuando entró la Priora á decirle que estaba cumplido su encargo, no pudo menos de exclamar asombrada:

— ¡Bendito sea Dios! A lo que parece está mejor vuesa merced.

— Sí, — repuso con dulce sonrisa Isabel de los Angeles.

— ¿Qué agradable novedad halla en sí para mostrarse tan contenta?

— Es, Madre, que hoy se acabarán los trabajos que sufro y gozaré del bien que deseo.

Ana de la Encarnación se estremeció, temerosa de adivinar cuál cosa quería decir.

— ¿Quién se lo ha dicho? — respondió entonces la Priora en tono de familiar confianza.

La enferma tornó á sonreír, y con voz débil, aunque muy serena, repuso :

— ¡Qué cosas pregunta mi Madre! El que puede me lo ha dicho.

Algunas religiosas que habían entrado durante este diálogo, creyeron aquellas palabras hijas de la fiebre, y comenzaron á hablar de diversos asuntos para distraerla hasta la hora de retirarse, en que se despidieron, quedando la enferma sola con la maestra de novicias.

Sentóse ésta á su lado, y empezó á dirigirle suaves consuelos ; pero Isabel de los Angeles no los necesitaba ; era tan dichosa, que la felicidad del Cielo parecía irradiar en su hermoso semblante ; sentía que se le dilataba el corazón y nacían en él anhelos de amor y ternura ; por último, dirigió á su maestra cariñosa mirada, y le dijo muy bajo :

— Quizá ha parecido niñada á su reverencia lo que aseguré hace poco ; pero crea que es verdad.

Ana de Jesús guardó silencio, sin atreverse á contrariarla.

— Voy á hablarle con franqueza, — prosiguió la joven : — aunque he sufrido mucho, no creía próximo mi fin ; tenía grandes escrúpulos, y con ellos batallaba de continuo ; parecíame tan incierta mi salvación, que el mismo temor de la muerte me hacía considerarla imposible...

— ¿Y estáis ya tranquila, hija mía?

— Sí, Madre, y verá su reverencia que no me falta razón: cuando la Comunidad fué á Misa, quedé tan angustiada que no podría explicarlo; entonces...

Aquí se detuvo y se incorporó con extraño brío para señalar al lado de su cama; luego continuó:

— He visto ahí, donde está su reverencia, á mi querida Madre Teresa de Jesús; estaba de pie, con semblante alegre, y me miraba con el amor que siempre nos muestra. Llegóse á mí y me bendijo, mientras pasaba su mano por mi rostro y decía:

— «Hija, no sea boba ni esté en esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Esposo, que es grande la gloria que le tiene preparada, y crea que hoy la gozará.»

En tanto que Ana de Jesús, espantada de lo que oía, escuchaba con respeto esta voz que parecía profética, la campana llamó al coro de media noche.

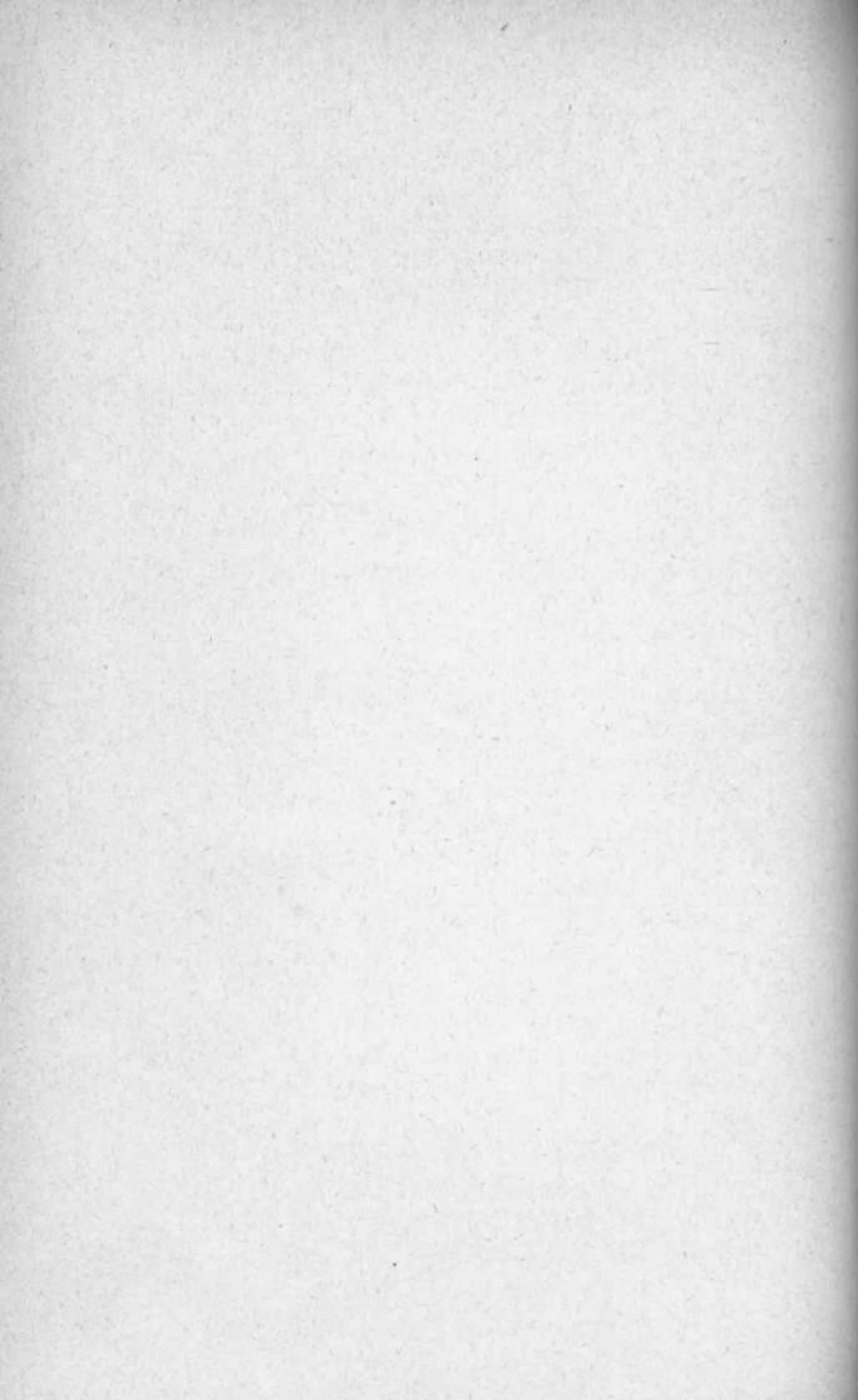
— ¿Oye su reverencia? — dijo la enferma con animación. — El día se acaba, y mi vida con él. Llame á la Comunidad por amor de Nuestro Señor.

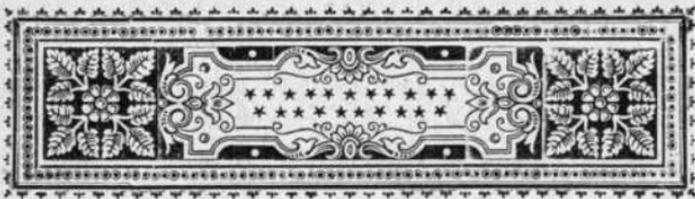
Ana de Jesús se apresuró á obedecer, y las religiosas entraron: Isabel de los Ángeles se había dejado caer sobre la almohada, y repetía fervorosamente el Símbolo de la fe que decían sus compañeras.

El soplo de la muerte heló en los labios de la joven la última palabra en el momento que daban los relojes la primer campanada de las doce. Expliquen como quieran los espíritus que hacen

alarde de fuertes los misterios de estas históricas relaciones, la verdad de los hechos triunfará siempre de las negaciones de los impíos. Sueño, visión ó milagro, la maravilla anunciada se cumplió con terrible exactitud, siendo lo más notable que en esta época se hallaba la fundadora en Valladolid, rodeada de tan graves cuidados que hasta muchos días después de acaecida no supo la muerte de su amada Isabel de los Ángeles.







## CAPITULO IX

---

### LOS LIRIOS BLANCOS

#### I

**A**TRÁS se dijo ya cómo, apenas instalada la Comunidad de descalzas en la ruinoso casa de los estudiantes, había partido nuestra santa fundadora para Alba de Tormes, donde la llamaba su hermana Juana Ahumada por cartas á que acompañaban otras de los señores que deseaban un convento del Carmelo en aquella villa.

Eran éstos el contador de los duques de Alba, Francisco Velázquez, y su esposa Doña Teresa Láiz, que manifestaban tales anhelos y hacían tan vivas instancias que la santa Madre no se atrevió á demorar el cumplimiento de sus deseos. No le agradaba, sin embargo, el pueblo por ser muy pobre y tener precisión de aceptar renta, lo cual la hacía sufrir extremadamente, y hubo de consultarlo con el P. Bañez, el cual le aconsejó tomar lo que de tan buena voluntad le ofrecían;

pues aunque el convento tuviese renta, desde que las religiosas no poseían nada en particular siempre serían pobres, y por lo tanto perfectas. Pareció bien la opinión á Teresa de Jesús, y determinó fundar como querían, toda vez que en Alba era imposible vivir de limosna.

Pero no quiero pasar de aquí sin dedicar algunas palabras á la noble señora que se valía de su amistad con la esposa de Juan Ovalle para inclinar á la santa Madre á realizar el más tierno deseo que puede formar un corazón verdaderamente cristiano.

## II

Alta, esbelta, magnífica, con grandes ojos azul obscuro, rubia y abundante cabellera, cuyas trenzas parecían tener reflejos de oro; amable con dignidad, elegante sin pretensiones, religiosa y humilde, como de sus sentimientos y esmerada educación podía esperarse, se ofrecía la esposa del Contador. Había en su frente una serenidad que recordaba las más hermosas mañanas de primavera; en los ojos una vaga expresión de melancólica dulzura, y en el conjunto del semblante un atractivo singular, en que se mezclaba la inocencia de la infancia á la severa modestia de la perfecta dama española.

Hija de padres tan hidalgos que era proverbial la limpieza de su sangre, vivían, por no corresponder la fortuna á sus títulos de nobleza, en Tordillos, lugar situado dos leguas de Salamanca. Cuando Teresa nació; cuatro hermanas la habían precedido; y los padres, deseosos de

un varón que con sus hechos esclareciera y aumentara lo ilustre de la casa, recibieron gran enojo al ver que la recién nacida pertenecía al sexo de las anteriores; así, después de bautizarla sin fausto alguno, la entregaron para su crianza á una mujer mercenaria, sin demostrar el menor interés por ella.

Sucedió un día, á los tres ó cuatro de su nacimiento, que la mujer hubo de salir y detenerse en sus quehaceres más de lo que pensaba; de suerte que hasta la noche quedó la pobre criatura sola y olvidada en el cuarto de la sirvienta. Cuando ésta volvió después de oraciones, y vió la puerta como la dejó al salir, comprendió lo que había pasado; y temerosa que la niña estuviese muerta (pues era su voz harto débil para que se oyera lejos de la estancia donde se hallaba colocada la cuna), loca de remordimientos y de pena alborotó la casa con sus gritos, é hizo acudir á todos, mientras ella con mano trémula levantaba las gasas que cubrían á la niña.

Esta parecía dormir, y la mujer la cogió para estrecharla á su pecho y colmarla de apasionadas caricias, mientras exclamaba, temblando de cólera por la cruel indiferencia de la familia:

— *Como mi hi a, ¿vos no sois cristiana?*

Entonces sucedió una cosa extraña: aquellos tiernos labios se entreabrieron, y la recién nacida respondió con voz leve como un suspiro, pero bastante clara para ser oída de todos:

— *Sí lo soy.* (*Fundaciones*, cap. XX, número 3.)

Un grito de general asombro respondió á esta afirmación; todos miraban á la criatura con te-

mor respetuoso, y presagiaban que estaba elegida por Dios para altos destinos. Informados sus padres de lo acaecido, le tomaron desde entonces tanto amor como despego tuvieron con ella al nacer.

Claro está que, después de aquel prodigio, la naturaleza siguió su curso y la niña no volvió á pronunciar palabra hasta la edad en que suelen hablar todos.

### III

Creció la hija de Diego Láiz bella y lozana como los capullos de Abril; y aunque adorada de su familia, tan humilde que jamás abusó de la ternura que inspiraba; más adornada de virtudes que de timbres de nobleza, cumplió los años de poder tomar estado, y no se le advertía inclinación alguna: piadosa, vigilante, tan olvidada de cuidados como si nunca debiera tenerlos, hallaba todas sus delicias en la oración y en los ejercicios de caridad. Despertaba su hermosura la afición de los galanes más apuestos; pero era tal su recato y honestidad, que refrenaba los impulsos de sus admiradores, quienes, si se atrevían á pensar en ella, no osaban manifestarlo.

Un día le presentaron sus padres á Francisco Velázquez, que por su mucha virtud y holgada posición en casa de los duques de Alba ofrecía partido conveniente; la doncella se sintió inclinada á él por su carácter grave y la franca honradez que retrataba su expresivo semblante.

La franca mirada de los ojos azules de Teresa no tuvo por qué evitar aquella otra modesta

y pensadora, que unió sus almas por un lazo de mutua simpatía.

Poco tiempo después, cubiertas las mejillas de cristiano rubor, la hija de Láiz entregaba al pie de los altares su mano, en señal de matrimonio, al elegido de sus padres y de su inocente corazón.

Si la felicidad puede existir en la tierra, seguramente reinó largos años en el hogar de Velázquez; mas como los goces de la vida suelen estar siempre mezclados con el acíbar de los deseos imposibles, la falta de sucesión empezó á amargar la dicha de los esposos, y llegó en breve á causarles profundas tristezas. Veíanse jóvenes, respetados, con nobleza y fortuna, y ansiaban tener herederos de estos bienes. Doña Teresa en particular era la más afligida, y multiplicaba oraciones, limosnas y penitencias para lograr tal favor; encomendábase muy de veras al apóstol San Andrés, que le habían dicho ser abogado de tal necesidad; mas aunque ayudaba sus plegarias con todos los auxilios de la ciencia y cuantos remedios aconseja la credulidad del pueblo, no lograba el consuelo apetecido; y como quien vive en el descanso de la opulencia tiene más tiempo de pensar y sentir en el bello ideal ambicionado que el pobre lleno de trabajos, la vida de la esposa de Velázquez llegó á ser la más triste y desolada que podía sufrirse.

## IV

Afligida una noche por el tormento moral que padecía, y después de haber orado largo tiempo, rendida á sus pesares cerró los ojos y cayó en un estado que no era sueño ni vigilia, durante el cual llevó el Señor su misericordia hasta consolarla por medio de misteriosa visión.

Vióse en una casa grande y destartalada, por la cual andaba sola; reparaba con asombro los altos muros y sus estrechas ventanas, cubiertas de menudas celosías; marchaba á la ventura, cuando llegó á un corredor descubierto, con baranda, en la cual se apoyó y admiró á sus pies un patio anchísimo que formaba como prado de verdura y mucha suavidad. Pero le causó mayor asombro ver cómo entre la hierba, mecida blandamente por la brisa, brotaban de trecho en trecho unas flores blancas hermosísimas, á manera de lirios de belleza indescriptible é inefable; el perfume de aquellas flores embalsamaba de tal modo el ambiente, que la esposa del Contador creyó estar en el Cielo según la tranquilidad de espíritu que gozaba, la cual no había experimentado desde los dichosos días de su juventud.

Al dirigir sus miradas á todos lados, vió en uno de los ángulos del patio un pozo con ancho brocal de piedra, y de pie, junto á él, un venerable anciano de hermosa presencia, cuyo semblante irradiaba vivísimo resplandor; convenía de tal modo aquella aparición á la idea que Teresa tenía formada del glorioso apóstol San Andrés, que no

dudó un momento ser el mismo, y más confirmó este pensamiento al oírle decir gravemente, señalando los blancos lirios que esmaltaban el misterioso prado :

—Otros hijos son éstos de los que tú quieres. (*Fundaciones*, cap. XX, núm. 5.)

Los apresurados latidos del corazón despertaron á la dama ; abrió los ojos y se halló en tinieblas, pues la moribunda luz de su lámpara de noche apenas esparcía un rayo luminoso en la obscuridad de la alcoba ; pero tan fijo quedó en su memoria aquel sueño ó visión, que no volvieron á atormentarla los deseos de ser madre.

¡Y, sin embargo, éstos eran tan disculpables cuanto que sólo consistían en que después de su muerte hubiera sangre de su sangre y vida de su vida que alabara á Dios y le amara para siempre.

## V

Pasó algún tiempo, y Velázquez, llamado por el duque de Alba, marchó contento porque dejaba á su esposa tan cambiada que había recobrado la tranquilidad perdida ; y como creyó que la ausencia iba á ser corta, no quiso molestarla haciéndola viajar ; mas al llegar á la villa vió que sus nuevos cargos le obligaban á establecerse allí, por lo que compró casa y escribió á Teresa para que dejara la de Salamanca y viniera á reunirse con él.

Era la dama complaciente y humilde como pocas mujeres, y, sin embargo, resistió cuanto pudo este cambio de domicilio ; bien hallada en la ciudad, aborrecía el pueblo, y aun conserva-

ba recuerdos de disgustos sufridos en él ; por fin hizo lo que su marido deseaba, y se trasladó á Alba de Tormes.

Llegó de noche, y fué á parar en la casa que Velázquez tenía dispuesta ; mal impresionada por la contrariedad que sentía, parecióle todo feo, pobre y desmantelado; y sin querer hacerse cargo de la nueva vivienda apresuróse á entrar en la cámara donde debía recogerse.

Alboreaba el día cuando la esposa del Contador se levantó y vistió para ir á Misa: mucha parte de su mal humor se había disipado, y salió casi alegre de sus habitaciones ; mas de repente se detuvo sorprendida : hallábase en un corredor descubierto y con barandas, semejante en todo al que vió en sueños, y se extendía ante sus ojos el mismo panorama ; no faltaban más detalles en el extenso patio, y al lado del pozo con brocal de piedra, que la venerable figura del Apóstol y los blancos lirios entre la hierba que abundantemente crecía.

Doña Teresa, cada vez más asombrada, miró largo rato lo que se extendía ante sus ojos ; luego fué á buscar á su marido, y le refirió lo que hasta entonces había tenido secreto ; rogóle después que, ya que no tenían herederos de su cuantiosa fortuna, hicieran de aquella casa un convento, donde las vírgenes consagradas al Señor le alabaran sin cesar.

Velázquez aceptó gustoso la idea, pues era tan piadoso como inclinado á complacer á su esposa; así, convinieron en realizarla muy pronto; mas apenas se empezó á tratar de ello, surgieron graves dificultades ; ofrecía la mayor de ellas la

misma señora que, anhelante de perfección, quería monasterio de mucho encerramiento, pocas religiosas, y éstas dotadas de tan altas virtudes que ninguno de los establecidos le agradaba; en tanto que elegía, compró otra casa y se trasladó á ella. La Providencia hizo que estuviese próxima á la de Juana de Ahumada, y pronto una estrecha amistad unió á las dos damas; pero lo que más atraía á la esposa del Contador al hogar de Juana de Ovalle era la tierna Beatriz, hija menor de la hermana de Teresa de Jesús, que, aunque de corta edad, era el encanto de cuantos la conocían.

## VI

Si bien á cada paso hallaba Teresa Láiz una decepción, continuaba incansable en su propósito; estudiaba Reglas, leía Constituciones, visitaba conventos y meditaba de qué Orden haría el que á su costa iba á fundar; mas el enemigo de las almas, seguro de que, una vez establecido, sería otro baluarte donde le harían perpetua guerra, multiplicaba los ardides para estorbarlo. No era el menor que nada de cuanto veía la esposa de Velázquez le agradara, y poco á poco sintiera cansancio de sus inútiles pesquisas. Consultaba teólogos y letrados, y unos y otros le aconsejaban invirtiera su caudal en obras pías de otra clase, y en apoyo de su opinión le decían que las religiosas solían estar descontentas de su estado. A la vez su confesor, que era un docto franciscano, le ordenaba no obstinarse en hacer lo que el mismo Señor parecía no querer consentir.

Resultó de tantas contrariedades que el fer-

vor del matrimonio empezó á entibiarse, y dirigió sus deseos á otro fin ; tenían un sobrino, hijo de la hermana mayor de Doña Teresa, mancebo de buen parecer y honrada condición, á quien pensaron casar con una sobrina de Velázquez, doncella de grandes méritos, á pesar de sus pocos años.

Era precisamente la época en que la santa Madre Teresa de Jesús fundaba en Salamanca; y aunque Juana de Ahumada le escribió algo de lo que oía decir, no se trató formalmente este asunto; pero de pronto murió el sobrino que pensaban hacer heredero, y Teresa Láiz, espantada de tal desgracia, que juzgó castigo del Cielo, volvió á la intención de fundar, y se propuso, en unión de su esposo, no tener descanso hasta conseguirlo.

Volvió por entonces de una aldea, donde había ido á pasar algunos días, el confesor de la de Velázquez, y trajo nuevas que consolaron mucho el corazón de la noble señora; oyendo el Padre hablar allí de las carmelitas descalzas, se informó de cuanto les correspondía; supo las virtudes que de ellas publicaba la fama, y aficionado á la Reforma del Carmelo dió tan buenas razones á la esposa del Contador, que la decidieron á llamar á la santa fundadora.

Juana de Ahumada sirvió de medianera, aunque al principio rehusó por delicadeza inclinar la voluntad de su amiga; por fin, como desde las primeras cartas fuera simpática á la esposa de Velázquez la prudencia de la religiosa, cedió en las diferencias que había, y Teresa de Jesús fué á Alba de Tormes.

## VII

En una hermosa cámara de la casa de Juana de Ovalle se hallaba Juana de Ahumada, su esposo é hijos, que, llenos de alegría, rodeaban á la santa Madre: hacía escasamente una hora que había llegado, y la abrumaban á preguntas; informábase ella al mismo tiempo de los adelantos del sobrino (el niño que se tuvo por muerto en el hundimiento de la obra en Avila), y acariciaba con ternura á la pequeña Beatriz, que, extasiada en contemplar á su tía, no acertaba á separarse de ella.

—¿Y nuestra hermana Doña María? — dijo de pronto Teresa de Jesús, cuando nada en la conversación parecía justificar tal pregunta.

— Sigue muy bien, — respondió la esposa de Ovalle; — vive con su hija menor, que está casada, y disfruta tanto sosiego que mayor no puede deseársele. Sus ocupaciones son obras de misericordia, y sus alegrías recibir cartas de María Bautista.

— Buena Priora tiene el convento de Valladolid, y digna en todo de la Maestra que la ha guiado, — exclamó Juan de Ovalle.

—¿Hace mucho que vuestas mercedes no ven á nuestra Hermana? — insistió Teresa, que, preocupada por ideas muy graves, no reparó en la delicada lisonja de su cuñado.

— Cerca de un año, — respondió Juana; — cuando llegué á Castellanos acababa de marchar su reverencia.

—¿Y sabe si continúa en practicar mis consejos?

—Con tanta fe como humildad; confiesa frecuentemente, y comulga todos los días; tiene sus ratos de oración, y, como ya le he dicho, sus recreos consisten en visitar y socorrer á los pobres.

—¡Alabado sea el Señor!—exclamó Teresa con un suspiro de tranquilidad.

¿Qué pasaba en su interior? Revelaciones divinas le habían anunciado el repentino fin que amenazaba á su hermana; y cuando fué á verla, deseosa de que se hallase preparada, sin alarmarla le puso un plan de vida conforme á la gloria que le deseaba. Aunque sin sospechar el motivo, Doña María se prestó gustosa á lo que la santa Madre le aconsejaba, y marchó sin estorbos por el estrecho camino de la más alta virtud.

## VIII

Doña Teresa Láiz, que llegaba en alas de su deseo de conocer á la fundadora, interrumpió la conversación; al saludarla con profundo respeto, no pudo menos de extasiarse en la hermosura de su venerable rostro.

—Madre,—le dijo con una sonrisa,—si antes hubiera conocido á su reverencia, ya estaría hecho el monasterio; tan pagada estoy de verla, que no habría dificultad en que no cediera por contentarla y gozar de su presencia algún tiempo.

—Mis horas están contadas y no puedo hallar reposo en parte alguna,—respondió humildemente Teresa de Jesús;—«como la herencia que

Cristo nos dejó son trabajos, éstos hemos de admitir con gusto los que quisiéremos ser sus hijos». (*Fundaciones*, cap. X, núm. 9.)

— Pero su reverencia está muy enferma, —añadió Juana, —y no le vendrá mal descansar aquí siquiera seis meses.

—«Propio es de Dios hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos de nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan gran Rey y Señor?» (*Fundaciones*, cap. XXVIII, núm. 8.)

— ¡Oh, mi Madre! —dijo quedita á su oído la dulce voz de Beatriz. —Lléveme consigo cuando se marche, que quiero ser monja descalza.

— Desatinas, hija, — exclamó vivamente Juana al oír tan candorosa petición: —tienes muy poca edad para elegir estado.

— Cierto es, aunque la elección prueba razonable juicio, — dijo con gravedad la fundadora; — tiempo ha de pasar; pero llegará al cabo lo que Dios fuere servido. Sé buena hija, humilde, obediente, piadosa, y no temas; «las almas enamoradas del Señor, anhelan los trabajos por su amor y el del prójimo». (*Camino de Perfección*, cap. VII, núm. 6.)

— Madre Teresa, — dijo entonces la esposa del Contador, — he prevenido cuanto creí necesario; porque es tal mi deseo de ver hecha la fundación, que no me deja sosegar hasta terminarla.

— Entonces, señora mía, nada hay que esperar, y alabo á Dios por todo, á la vez que le ruego tenga á vuesa merced en su santa guarda.

— Si á su reverencia parece bien, nuestra voluntad sería que el convento lleve el nombre de la Asunción de la Virgen, — dijo con timidez la dama.

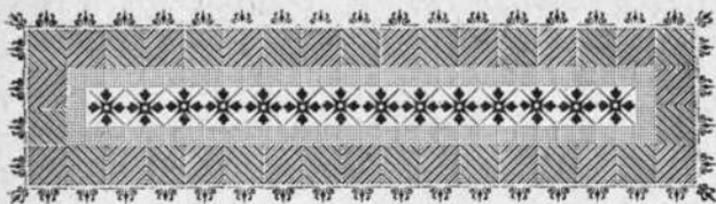
— Con tanto más gusto cuanto que soy muy devota de este sagrado misterio.

Francisco Velázquez llegaba con las escrituras de donación, y después de firmarlas y tratar largamente de cuanto se relacionaba con ellas, despidiéronse de la santa Madre, y ésta se retiró á descansar en el aposento que le tenían prevenido.

## IX

El 25 de Enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, fué la solemne toma de posesión del nuevo monasterio, con tanta alegría de sus patronos como singular gozo del pueblo. Si en la noche de aquel día hubiera podido la esposa de Velázquez asomarse al corredor de su antigua morada, habría visto realizado su misterioso ensueño: por el ámbito del patio cruzaban las cándidas flores, cuyos perfumes de virtudes subían al cielo; delicados lirios espirituales que desde entonces produce con abundancia tan deleitoso jardín. Incansable en el cumplimiento de su deber, Teresa de Jesús encomendó la dirección del convento á Sor Juana del Espíritu Santo, y nombró Subpriora á María del Sacramento, á la cual para estos cargos llevó consigo desde Salamanca. Luego, sin rendirse á los ruegos de las que deseaban gozar algo más de su compañía, partió para Medina del Campo, donde habían surgido graves diferencias.





## CAPÍTULO X

---

PRIORA DOS VECES

### I

**G**RAN pena tuvo la fundadora cuando, al llegar á Medina, halló, no solamente los males que recelaba, sino otros más graves, por estar la Comunidad dividida en dos bandos y obedecer cada cual á diferente Priora. Inés de Jesús, elegida por la santa Madre para tal cargo, veía usurpadas sus atribuciones por Doña Teresa Quesada, religiosa que había sido en la Encarnación de Avila, y que supo recabar apoyo del Provincial para imponerse á sus Hermanas. De aquí nacían grandes disgustos con la familia de una novicia que, descontenta de la vocación de ésta y codiciosa de los bienes que poseía, deseaba á toda costa sacarla de la clausura tomando como pretexto la desunión de las religiosas.

La llegada de la fundadora fué como el agua

que, bien dirigida, ataja el incendio; calmó á unas, satisfizo á otras, dió la razón á quien verdaderamente la tenía, y todo se hubiera arreglado para honra y gloria de Dios si la tenacidad del Provincial, que se creía desairado por el sabio gobierno de Teresa, no deshiciera en un punto lo que con harto trabajo se iba consiguiendo.

Valido de su autoridad, y con marcada injusticia, envió mandamiento como de excomunió á la santa Madre, intimándola á salir inmediatamente de Medina con la Priora Inés de Jesús, y retirarse al convento de San José de Avila, donde debía permanecer hasta nueva orden. Aunque era en lo más recio del invierno, y los males de Teresa la hacían padecer extraordinariamente, obedeció sin replicar, y marchó dejando á sus hijas muy afligidas, no sólo por la injuria que se le infería, sino por quedar mandadas por Superiora que no les agradaba.

En medio de estas contrariedades llegó la santa Madre á Avila, y lo primero que hizo fué visitar en su ermita al Señor atado á la columna, á quien rogó con fervor que la dejara algún tiempo en su primera y amada Casa; pero terminó sus plegarias como Jesús en el Huerto de las Olivas.

—«Mas no se haga, Padre mío, mi voluntad, sino la tuya.»

## II

Mientras que las religiosas de San José procuraban con amorosos cuidados mitigar el rigor de las enfermedades que aquejaban á la refor-

madora carmelita, y ésta se defendía de tan prolija ternura gozosa de padecer por Dios, el Pontífice Pío V, en su anhelo de perfeccionar el servicio del Señor, preparaba inconscientemente nuevos trabajos á Teresa de Jesús.

Empezó por nombrar Visitadores de las Religiones que las aumentaran y reformaran, y para los conventos del Carmen, en la provincia de Castilla, eligió al Padre Maestro Fr. Pedro Hernández, del Orden de Santo Domingo, varón de mucha prudencia y letras, el cual, aunque había oído á su hermano en religión Fr. Pedro Báñez ponderar los méritos y virtudes de Teresa de Jesús, desconfiaba de ellos y deseaba experimentarlos.

Desde la primera vez que visitó á la santa Madre se convenció de que nada habían exagerado respecto á ella, formando tan alta opinión que no pudo menos de exclamar ante alguno de sus más íntimos amigos :

—*Habíanme dicho que era mujer ésta; no es sino hombre barbado.* (Vida de la santa Madre, por el P. Ribera, 2.<sup>a</sup> parte, cap. I, pág. 215.)

Cuando Teresa le dió cuenta, como á Prelado, de su vida y hechos, quedó admirado y lleno de edificación, lo cual expresó en estas palabras :

—*La madre Teresa de Jesús ha mostrado al mundo cómo es posible que vivan mujeres guardando la perfección evangélica.* (P. Yepes, lib. II, fol. 354.)

— Paréceme, — le dijo otra vez que la vió, — que más falta que en Avila hace su reverencia en Medina del Campo.

Y añadió para sí:

—Un día de ejemplo dado por esta sierva de Dios, hace más que años enteros de cuidados de otras Preladas.

—Lo haré como vuestra paternidad ordena, —respondió humildemente la fundadora;— pero es el caso que estoy aquí por expreso mandato del Padre Provincial.

—Yo lo levanto, —se apresuró á decir el Visitador:— vaya sin pérdida de tiempo, que está allí elegida Priora, pues la que había se ha vuelto á la Encarnación.

### III

Solamente dos días invirtió en el camino Teresa de Jesús tornando á Medina del Campo, donde halló confirmado, con la ausencia de Doña Inés, lo que dijo Fr. Pedro Hernández; aplicó toda su actividad, prudencia y talento en extirpar la cizaña de los anteriores disturbios, y con sabias disposiciones llevó el consuelo al atribulado espíritu de las religiosas, que suspiraban por él hacía un año sin esperanzas de conseguirlo. Á las rencillas y divisiones, sucedieron las suaves pláticas en las horas de recreación; y como los sucesos pasados tenían afligidas aquellas almas y con grandes deseos de perfeccionarse, preguntaron un día á Teresa de Jesús qué harían para lograr lo que anhelaban: la santa Madre les respondió, como quien conocía tan bien las necesidades que las aquejaban:

—«No penséis, amigas y hermanas mías, que son muchas las cosas que para ello os encargaré. ¡Quiera Dios que hagamos lo que nuestros San-

tos Padres ordenaron y guardaron , que por este camino merecieron tal nombre! Yerro sería buscar otro ni aprenderlo de nadie: sólo tres cosas me extenderé en declarar, que son de nuestra Constitución, porque importa mucho entendamos lo que nos va en guardarla para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor interior y exteriormente. La una es amor de unas con otras; la otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que, aunque lo digo á la postre, es muy principal y lo abraza todo.» (*Camino de Perfección*, cap. IV, núm. 13.)

¡Admirables sentencias, dignas de ser grabadas en mármoles y bronces, y mucho más en los corazones de todas las criaturas! ¿Dónde hallar prendas más seguras de perpetua y santa paz? ¿Qué otra cosa es el amor del prójimo, sino paciencia para sufrirle y caridad para procurarle siempre el bien? ¿Qué el desasimiento, sino el contraveneno de la ambición y la humildad, el firme cimiento sobre que se labran todos los sacrificios que aumentan los méritos del alma?

#### IV

Apenas empezaba la fundadora á recoger el fruto de su amoroso gobierno, cuando el Visitador apostólico, que había vuelto á Avila después de breve estancia en Medina, la envió á llamar apresuradamente. ¿Cuál era la causa de tal orden? Esta misma que aquí sigue. Cumpliendo los deberes de su cargo, Fr. Pedro Hernández había ido á visitar el convento de la Encarnación, y le halló en un trastorno inexplicable; la Casa, mal

regida, carecía, no sólo de lo espiritual, sino de lo temporal; más de ochenta religiosas formaban la Comunidad, y para los gastos diarios y precisos no bastaban los ingresos; resultando de todo ello que, mal acostumbradas á carecer, pues la vida que profesaban no estaba sujeta á pobreza, tenían que tratar á las personas de quienes pudiesen haber recursos, hallándose por esta causa expuestas á mil peligros. El estado del convento parecíase á un pueblo amotinado, en que todos mandan y ninguno quiere obedecer.

Las gestiones del Visitador para contener aquel desorden fueron ineficaces; las del Provincial tuvieron el mismo resultado, y ya se hablaba entre las religiosas de pedir licencia á los Superiores para retirarse cada cual á casa de sus padres, cuando Fr. Pedro Hernández resolvió atajar el escándalo que de estas novedades podía seguir, y determinó traer á Teresa de Jesús para gobernar el convento de la Encarnación.

Concebido tal proyecto, lo reservó á fin de que no pudieran estorbarlo; reunió Capítulo con el Provincial (que seguía siéndolo Fr. Angel de Salazar) y los definidores de los religiosos calzados; expuso las razones que le obligaban á adoptar esta resolución, y con su autoridad y el voto unánime de los que le escuchaban nombró á la santa Madre priora del alborotado monasterio.

Si el alma bendita de la fundadora hubiera podido sentir contrariedad, seguramente la habría experimentado al tener conocimiento de tal hecho; sin embargo, se afligió tanto como era posible sin ofender á Dios, pues no se hallaba con

fuerzas para la carga que echaban sobre sus hombros.

Ansiosa de alientos y consolación, recurrió al divino Esposo y derramó en su presencia las amargas lágrimas que le arrancaban su tristeza; y como los pesares no suelen venir solos, además de la desagradable perspectiva que le ofrecía su cargo de Prelada, había tenido en aquellos días noticias del gran peligro de perderse en que se hallaba uno de sus hermanos.

Era la octava de la Visitación, y retirada en una ermita que había hecho labrar en lo más apartado del huerto oraba con todo su corazón y pedía al Señor que protegiera á la sangre de su sangre, exhalando estos fervorosos conceptos:

—«¿Por qué está mi hermano donde peligra su salvación? Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este riesgo, ¿qué no haría por salvarle?» (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

Mas no bien concluía de formular tales quejas, el Señor le respondió con admirable claridad:

—«¡Oh hija, hija! hermanas mías son estas de la Encarnación, y te detienes; pues ten ánimo. Mira que lo quiero yo, y no es tan difícil como te parece, que es grande mi poder.» (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

El aura de la esperanza secó en las mejillas de Teresa el llanto del desaliento, y fuerte para la lucha salió de la ermita con sólo esta idea:

—«Determinada estoy á morir mil veces antes de faltar á lo que entiendo que es voluntad de Dios.» (P. Yepes, tomo I, lib. II, fol. 356.)

La ejecución siguió de cerca al propósito; hizo pública renuncia, ante testigos, de los privile-

gios y franquicias que le daba la Regla mitigada; prometió guardar siempre y en todas circunstancias las Constituciones de la Reforma, y concluídas estas importantes diligencias se puso en camino para Avila el 13 de Julio de 1571, tan enferma de cuerpo como animosa de espíritu.

## V

Mientras la orden de Fr. Pedro Hernández iba á Medina del Campo, la noticia de la elección que el Visitador apostólico y su Consejo habían hecho cayó como un rayo en el convento de la Encarnación: alarma inexplicable; cólera imprudente, que estallaba en gritos y quejas; temor exagerado, todo se agitaba á la vez. Resueltas á no aceptar semejante Priora, las religiosas protestaron enérgicamente y se resolvieron á rechazarla hasta por la fuerza si se obstinaban en imponerla contra el deseo de la Comunidad.

Llegaba en tanto á Avila nuestra Santa en alas de su celo y ansiosa de padecer hasta morir por el Amado de su alma; apenas tuvieron noticias de su venida, fueron á verla el Visitador y el Provincial; y aunque trataron de disimular en cuál ánimo la esperaban, no lo consiguieron, pues su viva inteligencia se penetró muy pronto de la situación.

—Es el caso,—dijo muy preocupado Fr. Pedro Hernández,—que mañana he de ausentarme, y hoy sólo al viaje puedo dedicar mi tiempo; pero antes de medio día vendrá el Padre Provincial á buscar á su reverencia, la acompañará

al convento, y él mismo leerá á la Comunidad las patentes de elección.

—Como quiera su paternidad,—repuso con dulzura la fundadora :—estoy dispuesta á obedecer en todo.

—Bien necesita la protección del Cielo, pues están las religiosas que sólo ángeles podrían sufrirlas.

Esto decía para sí el Visitador, muy contento de hallarse libre de tan molesto asunto, en tanto que el Provincial murmuraba también en su interior :

—Con una pizca del deseo de obedecer que tiene esta sierva de Dios se acababan los alborotos del convento.

.....  
—¿Qué va á ser de nosotras?—exclamaban á su vez las rebeldes súbditas de Teresa.—¡Famosa vida nos espera! Además de la falta de recursos, Prelada tan dura que no hay medio de ablandarla. Ser gobernadas por una descalza era lo único que necesitábamos. ¡Adiós rejas, locutorios, conversaciones y toda clase de honestos pasatiempos!

—Ahora sí que pido licencia, y me voy con mis deudos,—añadía otra;—que si ha de tratar al prójimo como á sí misma, tendremos de sobra penitencias, mortificaciones, ayunos y cilicios.

—Nos estará bien cuanto hagan con nosotras ya que sólo tenemos ánimo para hablar,—dijo una de las más vehementes;—desde que la elección se hace contra nuestra voluntad, ¿porqué hemos de recibir la Priora?

—¿Y cómo impedirlo?—preguntó una de las tímidas, que, por desgracia, eran pocas.

— No abriendo la puerta, — repuso violentamente la que había hablado antes; — no han de profanar la clausura echándola abajo para que entre la nueva Prelada.

La campana que llamaba á Capítulo interrumpió la agitada discusión.

— ¡Ya está ahí! — exclamaron muchas voces.

— Hermanas, — dijo la tornera que llegaba precipitadamente, — acaba de entrar en el locutorio la Madre Teresa con el Padre Provincial y otro religioso.

— ¿Y á qué llaman?

— Para que se reuna la Comunidad en el coro bajo y leerles las patentes.

Soberbias unas y aterradas otras, todas acudieron, y á través de la reja vieron de pie en la iglesia, y cubierta con el velo, á su antigua Hermana; Fr. Ángel de Salazar y su compañero estaban, el primero á la derecha, y el segundo á la izquierda de la santa Madre.

Un murmullo que no tenía nada de respetuoso se alzó de entre las religiosas; Teresa, con la frente inclinada, pareció no percibirlo: el Provincial aguardaba impaciente la calma, y entonces leyó las patentes en que constaba que, por virtud de los poderes que les estaban conferidos, el Visitador apostólico, los Padres definidores y él venían en nombrar Priora del convento de Nuestra Señora de la Encarnación de Avila á la Madre Teresa de Jesús, para bien de aquella Comunidad y gloria del Señor.

Tempestuosa gritería respondió á estas palabras; muchas se levantaron, y con osadas frases protestaron que, ni daban obediencia á lo dis-

puesto, ni reconocían Priora á la elegida. Perplejo y desanimado Fr. Angel de Salazar, no sabía cómo imponer silencio, luchando por que su voz dominase el tumulto. Mientras tauto la santa Madre, indiferente en apariencia cual si de ella no se tratara, tenía puesto el corazón en Jesucristo, y le pedía con gran humildad que, pues le daba trabajos, le diera fuerzas para llevarlos como debía.

En esta confusión se habían separado las tímidas á un extremo del coro, y deseosas de la paz hablaban entre sí :

— ¿Qué hacemos? —dijo una.

—Cuanto más se resista y alborote es peor, — contestó juiciosamente otra.

—Entonces vamos á tomar la cruz y á recibir en la puerta, como conviene y se debe, á nuestra Prelada.

Y en tanto que las demás continuaban sus acalorados debates, salieron del coro para hacer lo que se habían propuesto.

Teresa comprendió el objeto de aquel diálogo, y apenas las vió salir dijo al Provincial :

—Vamos, padre mío ; á lo que parece quieren darme entrada.

Y seguida de los religiosos se dirigió á la puerta reglar ; pero no bien llegaron se oyó aumentar el alboroto, y comprendieron que unas querían abrir y otras lo impedían ; al fin las primeras, por estar más próximas, lograron su deseo, y apenas las pesadas hojas giraron sobre sus goznes, un espectáculo desconsolador se presentó á los ojos de los que llegaban.

La agitación era grandísima ; las palabras du-

ras y los ademanes hostiles ; crueles invectivas abrumaban á la fundadora , mientras ésta, con admirable serenidad , pasaba el umbral y se entregaba , sola é inerme , á tantas enemigas.

La puerta se cerró tras ella , y Fr. Ángel, enojadísimo de lo que sucedía y temeroso de que la oposición pasara á vías de hecho , prestaba atento oído á los rumores que venían hasta él. Mezclábanse los versículos del *Tedcum* , que entonaban unas , con las amenazas que fuera del templo exhalaban otras ; y por mucho que el Provincial se figurara lo que sucedía , quedaba siempre lejos de la realidad.

La alteración de los ánimos , la pena de verse vencidas , el terror de una parte y el amorcillo propio de otra , influían de tal manera en las naturalezas débiles ó sobradamente irascibles , que muchas padecieron entonces no pequeñas convulsiones. Compadecida Teresa de Jesús acudía á ellas , y tal virtud había puesto el Señor en sus benditas manos que sólo con tocarlas volvían en sí y tenían alivio sus padecimientos.

— ¡ Milagro ! ¡ milagro ! — exclamaban las pocas fieles al ver esta maravilla.

— No , no mis hijas , — respondía apresuradamente la santa Madre ; — eficaz virtud del *lignun crucis* que me acompaña.

Al fin pudo llegar al coro , y se postró humildemente ; largo rato permaneció allí sola , sin que menguase fuera el ruido de gritos , quejas y sollozos , como si horrible plaga hubiese caído sobre el convento. Aunque tranquila Teresa porque cumplía la voluntad del Señor , honda tristeza le acongojaba el alma viendo cuánto desconocían en

su antigua Casa los anhelos de su bien que le traían á ella.

— Madre Teresa, — dijo á través del velo y reja la voz de Fr. Ángel de Salazar, trémula por la violencia que se hacía ; — lleve su reverencia en caridad estos trabajos, que yo le aseguro he de hacer tantos y tan ejemplares castigos que siempre lloren esas desgraciadas la conducta que hoy observan.

— ¡ No los haga, por nuestro Señor ! — suplicó la fundadora con una humildad que edificó al Provincial. — Harta pena tienen con la falta de libertad para elegir Prelada y hallarse con una que tanto les contraría, y no se maraville su paternidad de lo que dicen, que razón les sobra para no querer admitir Piora tan mala.

Este fué el recibimiento que por ceguedad y tentación del enemigo hicieron en la Encarnación de Avila á Teresa de Cepeda, antigua Hermana y ejemplar compañera de casi todas aquellas religiosas.

## VI

No porque pasara la noche se tranquilizaron los ánimos ; la fundadora había convocado Capítulo para las primeras horas de la mañana, y todas se proponían obrar en él de manera que dejase de gobernarlas contra su voluntad. Desde el alba se reunían en grupos, y misteriosos cuchicheos corrían de boca en boca ; temerosas de perder su libertad y los regalos que permitía la Regla mitigada, sentíanse como capaces de todo por

conservar sus privilegios. Ninguna se acordaba que la mala administración de los caudales las hacía carecer hasta de lo preciso.

Teresa entró en el coro una hora antes de la señalada para el Capítulo, y lloró largo rato en la presencia de Dios; fortalecida luego, porque de la oración sacaba siempre valor extraordinario, dióse prisa en ejecutar el proyecto que había concebido.

Cuando las religiosas llegaron, harto mal dispuestas para atender razones, se detuvieron sorprendidas; en la silla prioral que debía ocupar la nueva Prelada estaba una bellísima imagen de Nuestra Señora, con el hábito de la Orden y las llaves del convento en la mano. Sentada en el suelo, á sus pies, se hallaba Teresa de Jesús.

¡Admirable y discreta previsión que ofrecía á la rebelde Comunidad la efigie de la verdadera Priora y eterno jefe de aquella Casa! Así, por díscolas que fueran, al ver á la Virgen sentían flaquear su enojo y trocarse, por consiguiente, sus pensamientos.

Cuando por la compostura y silencio que guardaban comprendió la santa Madre lo que pasaba en sus corazones, les habló de este modo con tal dulzura, como lo hubiera hecho á sus amadas descalzas:

—«Señoras y hermanas mías: nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta Casa para hacer este oficio, y de ello estaba yo tan descuidada cuanto de merecerlo. Me ha dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que no sabré hacer, como que á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían

para hacer sus elecciones y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora que haría harto si acertara á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo á servir las y ayudarlas en lo que pudiere, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformar. Por eso, vean, señoras, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa y hermana de vuestras mercedes; de todas ó de la mayor parte conozco la condición y las necesidades; no hay para qué se extrañen de quien es tan propia suya: no teman mi gobierno, que aun cuando hasta aquí he vivido y gobernado entre descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo han de gobernarse las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos al Señor todas con suavidad, y eso poco que nos mandan nuestras Reglas y Constituciones lo hagamos por amor de aquel á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos, que piadoso es el Señor para que poco á poco las obras igualen con la intención y deseos.» (*Avisos*, 5, tomo I de las Cartas. Todo este suceso refiere detalladamente el P. Yepes en el libro II, cap. XXV de su obra.)

Con esta suave plática y la vista de la Virgen se le rindieron todas las voluntades, y las más rebeldes le prestaron obediencia; pero no era extraño: cuando la temían resentida, la hallaban misericordiosa; cuando creían que iba á despedir relámpagos de enojos y rayos de privaciones, la

encontraban dulce, complaciente y dispuesta á sacrificarse por todas. No eran de piedra aquellos corazones, y con abundantes lágrimas satisficieron á Dios y á su Prelada de la conducta que habían observado.

## VII

Poco tiempo había que el convento de la Encarnación estaba regido por la santa Madre, y nadie, viéndolo ahora, lo hubiera tomado por el antiguo, que su prudencia y ejemplo habían trocado. Mientras con los consejos, perseverancia é incansable celo limitaba las libertades, arbitraba recursos teniendo consigo la bendición de Dios, la abundancia sucedió á la escasez, que tanto afligía á las monjas; aficionábanse éstas cada vez más al recogimiento y perfecta virtud, y se negaban hasta á los más lícitos pasatiempos; así el coro estaba siempre lleno, y los locutorios vacíos; vivían, en fin, sin ser descalzas, como si lo fueran, y á tal extremo que cuando se trataba de este asunto entre la gente desocupada, que se llamaban devotos de la Casa, repetían de común acuerdo:

—Mientras la Madre Teresa de Jesús esté en la Encarnación, es perdido el tiempo que se gaste en procurar visitas.

En tanto la Priora daba á unas el hábito, á otras el velo de profesas, y les decía frecuentemente:

—«La primera piedra del bien espiritual, ha de ser la buena conciencia y huir del pecado venial.» (*Camino de Perfección*, cap. V, núm 2.)

—«Amor y temor de Dios son los únicos re-

medios para tener seguridad en esta vida.» (*Camino de Perfección*, cap. XL, núms. 1 y 2.)

Una tarde, víspera de San Sebastián, el primer año que Teresa era Prelada, se rezaba la Salve en el coro, cuando, volviendo la fundadora sus miradas á la silla que desde el primer Capítulo ocupaba la sagrada efigie de María, vió en visión intelectual á la Santísima Virgen rodeada de ángeles, muchos de los cuales coronaban á la vez los remates de las demás sillas; toda la Salve gozó tan dichosa aparición, y cuando iba á terminar oyó decir á la Reina del Cielo:

—*Bien hiciste en ponerme aquí; yo estaré presente á las alabanzas que se hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.* (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

Grande fué el consuelo que experimentó Teresa, y mucho el ánimo con que desde aquel instante prosiguió sus difíciles tareas; estudiando siempre el modo de que las religiosas estuviesen alegres, permitíales de vez en cuando honestas recreaciones; se esmeraba en celebrar las fiestas de los santos á que tenían más devoción; prodigaba á las enfermas amorosos cuidados; fortalecía á las débiles, dominaba los caracteres violentos, llenaba de fervor á las que más tibias se habían mostrado, y era para todas madre tierna é indulgente cual ninguna.

La dirección del espíritu de sus hijas fué desde luego el objeo preferente de su atención; recelosa de que, si se guiaban por sus caprichos, tornarían á las intranquilidades pasadas, pidió al Visitador que les nombrara confesores descalzos, y éste envió á Fr. Juan de la Cruz y otro compa-

ñoero llamado Fr. Germán, digno émulo del anterior, los que terminaron la obra felizmente empezada, yendo tan adelante la preciosa semilla de virtudes plantada por el Señor en aquellos días, que aún persevera en los nuestros siempre floreciente.

Dos años se habían pasado y empezaba el tercero, cuando la variación de local en Salamanca hizo necesaria allí la presencia de la fundadora; algunas religiosas de la Encarnación, que estimaban más los trabajos á su lado que los regalos sin ella, se apresuraron á seguirla en este viaje. Terminados felizmente los negocios á que había ido, volvió á Avila para concluir su tiempo de prelación.

Y cuando llegaron las nuevas elecciones, fué reelegida por unanimidad de votos; ¡tan felices y bien halladas se consideraban ya con su gobierno!

Pero entonces el Provincial se opuso, acaso para castigar los antiguos desmanes, y negó lo que deseaban: no desmayaron por esto las Carmelitas; antes se entabló pleito, que llegó hasta el Consejo Real; mientras allí decidían, volvió la fundadora tercera vez á Salamanca; habían surgido dificultades con Pedro de la Banda, y el arreglo que hizo de ellas confirmó gallardamente lo que el rey Felipe II dijo una vez á propósito de la santa Madre:

«Teresa de Jesús debe tener alguna provisión del Consejo Real de Dios para que todo se haga como quiere.»





## CAPITULO XI

---

SAN JOSÉ DEL CARMEN

### I

**E**L fallo de la Corte fué contrario á la elección de las religiosas, y éstas lloraron amargamente la pérdida de su amorosa Prelada. ¡Más pena les costó separarse de ella que habían tenido para recibirla!

Á pesar de que entonces sufría mucho la fundadora con sus habituales padecimientos, y de que anhelaba gozar alguna quietud entre sus hijas de Salamanca, así como visitar las Casas de Medina, Valladolid y Toledo (que la de Alba la vió al paso), dió de mano á cuanto podía servirle de satisfacción para emprender nuevos trabajos.

Don Andrés Ximena, hermano de la descalza Isabel de Jesús, le escribió desde Segovia participándole que había conseguido del obispo don Diego de Covarrubias, y de la ciudad, licencia para fundar un convento de la Reforma del Car-

men, y le rogaba fuera á ponerlo por obra lo más pronto que le fuera posible. No creía Teresa poder acceder á tal demanda, á causa de que tenía que dar su consentimiento el Visitador Apostólico, y recelaba que éste no quisiera por entonces nuevas fundaciones. Entre el deseo de ir y el temor de que se lo prohibieran recurrió á la oración, y el Señor le advirtió en ella que no dejara de solicitar el permiso, que se lo concederían, y en efecto así sucedió.

Salió de Salamanca con Isabel de Jesús, dándose cuanta priesa podía, de miedo que las grandes calenturas y dolores que la aquejaban le impidiesen continuar; y como si los sufrimientos físicos no fueran bastantes, iba á la par tan llena de desconuelos espirituales, que pocas veces había estado más afligida: un corazón menos heroico que el suyo, seguramente se habría rendido á tales trabajos.

Llegó á Segovia, y fué á hospedarse en casa de Doña Ana Ximena, hermana del D. Andrés; grande fué la alegría de la señora al recibirlas, y sobre todo con abrazar á Isabel de Jesús, de quien había tantos años que estaba separada. Como el deseo de hacer la fundación era tan vivo en las almas piadosas que trataban de ella, todo estaba prevenido anticipadamente; así, al otro día de su llegada pudo la santa Madre tomar posesión del nuevo monasterio, á que dió el nombre de San José del Carmen por haber sido la primera Misa en la fiesta del glorioso Patriarca.

## II

Una fundación sin contradicciones parecía tan extraña á la santa reformadora, que bien se puede asegurar que no la satisfacía del todo. Luchar por Dios, ofrecerle lágrimas y penas, y, por último, laureles de victoria, todo esto veía ella más conforme á los sentimientos de su corazón. Pero, en fin, convencida de que era voluntad del Señor que esta vez pasara así, hubo de contentarse con ofrecerle sus males, que eran suficientes para no echar de menos otras mortificaciones.

Escribía al día siguiente algunas cartas para contestar á las consultas que de todas partes le dirigían, cuando llegó Isabel de Jesús trémula y llorosa.

—Madre, —exclamó, —el señor Provisor acaba de venir; quiere averiguar con qué licencias se ha hecho esta Casa. Trae consigo alguaciles, y temo, de veras, algún mal suceso.

—No se apure, mi hija, —repuso tranquilamente la fundadora; —«siempre saca el Señor con mucha ganancia á las almas á quienes fía grandes trabajos». (*Meditaciones*, 3.<sup>a</sup>, cap. I, número 7.)

—Dice bien su reverencia, y ojalá nos los envíe Dios con abundancia con tal que nos sirvan de aprovechamiento, —repuso la monja sonriente á través de sus lágrimas, como reflejan los rayos del sol en las gotas de pasajera lluvia.

La santa Madre fué á ver qué sucedía, y halló al Provisor muy enojado; había hecho quitar el Santísimo y deshacer el altar; luego, sin de-

mandar ni atender razones, marchó dejando un alguacil de guardia en la iglesia, con orden de prender al sacerdote que había dicho la Misa.

¿Cuál era el motivo de tan incalificable acto? Uno muy sencillo: la licencia fué dada de palabra por el Prelado; y como éste hubo de ausentarse antes de la fundación, el Provisor, resentido por lo que juzgaba desaire á su autoridad, aprovechó el viaje del famosísimo Obispo y canonista Covarrubias para abusar de sus facultades y autoridad contra aquellas pobres y santas religiosas.

### III

Acostumbradas á las humillaciones que sufrían por Dios, las esposas de Cristo padecieron ésta sin proferir queja alguna: el Capellán y Don Andrés Ximena hablaron con la fundadora, y ella les impulsó á ver algunas personas influyentes; así se hizo, y vinieron á componerse tan bien las diferencias, que en breve se calmó la borrasca.

Conociendo el Provisor que había licencia, y satisfecho en este concepto, se avino en lo demás con la justicia y la razón; la orden dada contra el sacerdote Antonio Gaitán fué levantada, y el humilde compañero de la santa Madre dejó también de ser molestado; y Doña Ana Ximena y su hermosa hija, que tanto afecto sentían por Teresa de Jesús, pudieron ir á visitarla.

Era la vida de estas señoras tan honesta y recatada, que las faltaba muy poco para inclinarse á más perfecto estado; así, cuando, calmado el Provisor y vuelto á aceptarse el convento, acudieron á él, como abejas á los panales dulcísimos

de su colmena, nobles doncellas de lo más escogido de la ciudad. La primera que vistió el santo hábito fué María de Bracamonte, la bella hija de la viuda de Ximena, que se llamó en Religión del Sacramento; su cuantioso dote, con el de otras varias de ilustres familias, proveyeron abundantemente el monasterio de lo temporal, mientras lo espiritual se acrecentaba con el ejemplo de la fundadora. No tardó Doña Ana en seguir el de su hija, trocando los cuidados del mundo por la paz de la clausura, y el honrado apellido de su casa por el más noble y divino de Jesús.

No disfrutaba, sin embargo, el monasterio toda la tranquilidad que todas deseaban; cada paso costaba pleitos, y cada escritura interminables cuestiones. Para mayor pena, levantaba el enemigo contrariedades hasta en personas santas y de quienes menos pudieran esperarse. Como no era fácil cometerse allí otras flaquezas, se levantaba el temor de imaginarios perjuicios; así, los franciscanos primero, y luego los mercenarios, se mostraron hostiles á nuestras descalzas; y cuando éstas, por mejorar de local, tuvieron que mudarse, les pusieron pleito, que costó á las religiosas grandes sacrificios, y no fué el menor la redención del censo que el Cabildo catedral tenía sobre la nueva morada. Pero á todo acudía el Señor milagrosamente, y la fundadora triunfaba de cuantos estorbos se atravesaban.

Al nombrar á Antonio Gaitán, que por primera vez aparece en estas páginas, procede hacer aquí una aclaración respecto á él: poco tiempo llevaba su buena voluntad sirviendo eficazmente á la Reforma carmelitana. Largo sería de referir por

qué este sujeto, metido en los cuidados del mundo, se desprendió de sus lazos, y obscurecido y humilde se entregó por completo al servicio de Dios, favoreciendo á sus siervos. Llamamientos con que el Señor hace ver muchas veces la grandeza de su misericordia; él y Julián de Avila trabajaban con incansable celo en cuanto podía favorecer los vastos planes de Teresa de Jesús, y cifraban su mayor gloria en el buen éxito de ellos.

— «Bien es, hijas mías, las que leáis estas *Fundaciones*,— escribía la agradecida religiosa,— bien es que sepáis lo que se les debe, para que, pues sin ningún interés trabajan tanto por el bien que vosotras gozáis en estos monasterios, los encomendéis muy de veras á Nuestro Señor, y tengan al menos provecho en vuestras oraciones; que si entendéis así las malas noches y días que pasan, y los trabajos en los caminos, lo hariais de muy buena gana.» (*Fundaciones*, capítulo XXIX, núm. 3.)

#### IV

Preparábase ya la fundadora para volver á Avila, cuando recibió nuevas muy graves del convento de Pastrana.

Había muerto Ruy Gómez de Silva, y su viuda, desengañada de la corte (donde por culpa suya cayó del cielo de la privanza al infierno del olvido), arrepentida según unos, ó desterrada según otros, tuvo el no bien meditado pensamiento de retirarse al monasterio que había fundado, creída que le sería fácil ejercitar en la clausura las virtudes de que daba heroico ejemplo Doña Leonor

Mascareñas. Para los poderosos precipitados, del deseo á la realización no hay más que un paso; Doña Ana Mendoza fué á Pastrana, y empezó con mucho ardor sus piadosos ejercicios, temiendo los experimentados que no continuaría largo tiempo en tal camino.

Pronto se acreditó la verdad de estas conjeturas; agriada por los disgustos, avara de distinciones y soberbia por naturaleza, la tuerta y hermosa viuda se hastiaba de sus primeras resoluciones, y á medida que pasaba el tiempo quería á toda costa imposibles; auxiliada por una doncella entrometida, curiosa y llena de vanidades mundanas, poco á poco se hizo intolerable á las pacíficas religiosas, pues no cabía su orgullo de princesa en el sayal de descalza.

La Comunidad entera y su criada apenas bastaban para servirla; quería libertades extraordinarias, y esparcía á su alrededor tan sutil veneno que amenazaba emponzoñar la fundación de que fué madre, tornada ahora en madrastra. Alarmada seriamente la Priora, pidió remedio á Teresa de Jesús; y ésta, que era muy pronta en sus resoluciones, las mandó venir á Segovia y dejar la casa á la princesa de Eboli.

## V

Apenas recibida esta orden, las hijas del Carmelo dispusieron secretamente lo necesario, y dejando cuanto debían á la caprichosa liberalidad de la viuda de Ruy-Gómez, salieron de Pastrana á las doce de la noche, sin llevar consigo más que su pobre hábito y el libro de oraciones.

Aunque la Princesa no vivía ya en el convento cuando las monjas le abandonaron, sino que gozaba en su palacio de los devaneos mundanos, que tanto le agradaban; como no daba punto de reposo á la Comunidad, antes le causaba cuantos perjuicios podía, sintió grandísimo despecho cuando supo que se hallaban libres en otra parte, y no se consoló nunca de haber perdido tan cruel pasatiempo.

Llegaron en tanto las monjas á Segovia, y les pareció que entraban en el paraíso; notable caudal de experiencia para tratar á las grandes señoras sacó la santa Madre de lo acaecido. Años después, y no olvidada de este caso, el P. Yepes, creyendo hacer gran beneficio á la Orden, le recomendó para descalza una dama de elevada clase y cuantiosos bienes; pero la Santa le contestó:

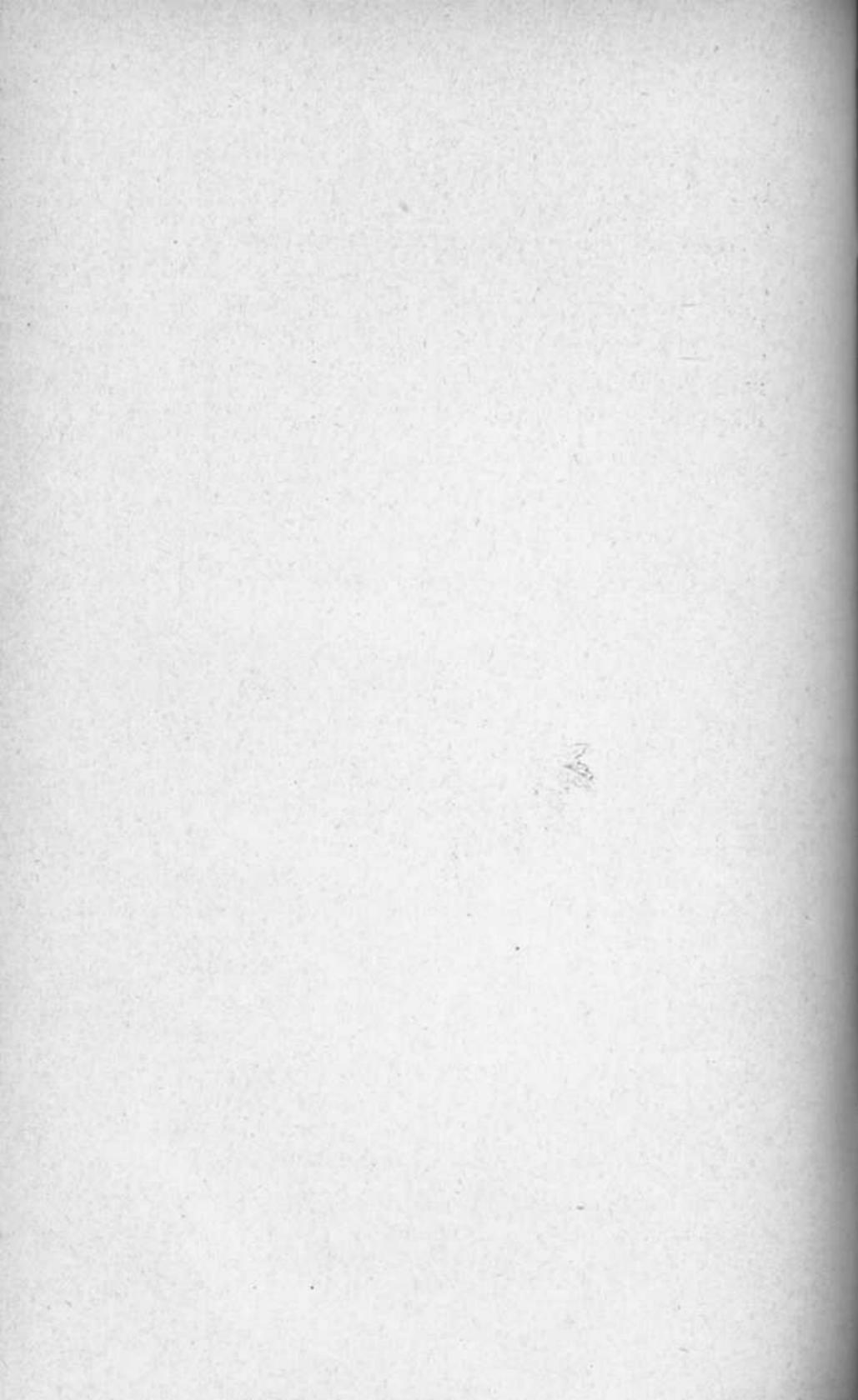
—«Mucho le agradezco, mi Padre, la voluntad y cuidado que tiene del aprovechamiento de nuestra Religión y de procurarle todo bien; pero hágale merced en otra cosa, y no en enviar señoras que, como están enseñadas á hacer siempre su voluntad, no sirven sino de estragar los monasterios donde entran.» (P. Yepes, lib. II, fol. 336.)

Después de nombrar Priora de Segovia á Isabel de Santo Domingo, la santa Madre emprendió el camino para Avila. No seguiré yo sus pasos, aunque fueron acompañados de grandes maravillas: apariciones gloriosas de San Alberto y Santo Domingo, suaves deliquios de esperanzas siempre realizadas, sublimes arrobamientos y dulces pláticas con el Esposo divino; tal era la atmósfera en que vivía, olvidada del cuerpo dé-

bil, enfermo y macerado, como si existiera sólo con el espíritu.

Altos hechos se han realizado en el mundo; criaturas excepcionales han aparecido para acometer difíciles empresas, pero ninguna más cercada de estorbos que Teresa de Jesús; y, sin embargo, ella sola medita y lleva á cabo una de las más grandes obras que se han hecho.







## CAPITULO XII

---

### LAS DOS HERMANAS

#### I

**C**UANDO la fundadora llegó á su ciudad natal, como estaba ya libre del cargo de Prelada en la Encarnación, se retiró muy contenta á su convento de San José, donde creía hallar algún tiempo de reposo, y encontró la novedad de que también allí estaba elegida Priora.

Sometióse á este trabajo, que no era pequeño para ella, y dedicó todo su cuidado á perfeccionar el espíritu de la primera fundación, sin dejar á la vez de atender á los otros monasterios, para lo cual no cesaba de dirigir á sus hijas exhortaciones, consuelos, órdenes y sabios consejos.

Cuando más lejos se juzgaba de abandonar tan amado retiro, recibió cartas de una villa de Andalucía nombrada Veas, en que la apremiaban para llevar á cabo la fundación que le habían propuesto estando en Salamanca; y como hay mucho en que

alabar á Dios merced á las causas que promovían esta buena obra, deben quedar aquí escritas con la brevedad posible.

## II

Veinte años antes de la época en que sucedían los acontecimientos que se van refiriendo, y á las once de una hermosa mañana de Junio, hallábase en su recámara, suntuosamente alhajada, una doncella de apenas catorce años, bella sobre toda ponderación, destrenzados los larguísimos y rubios cabellos, que resbalaban sobre olas de encaje, liviano como la espuma, y sedas rosadas que formaban su rico traje de mañana. Sentada en un sillón de alto respaldo blasonado, tenía en una mesita próxima un cofrecillo de acero con incrustaciones de oro, del cual sacaba hilos de perlas, piochas y arracadas de brillantes, cintillos y brazaletes de zafiros, esmeraldas y rubíes, que se ponía y quitaba con indiferencia, mientras volvía el rostro para admirar los cambiantes de luz que despedían en un espejo con marco de plata cincelada que sostenía, puesta de pie delante de ella, una joven mulata de alegre y sagaz fisonomía.

— ¡Ay, amita! — dijo de pronto la esclava, al verla quitarse un broche magnífico. — ¡Tampoco ese lindo aderezo gusta á su señoría? Pues ya se ve el fondo del cofre, y todavía no ha elegido joyas para el sarao de esta tarde.

— Es que no hallo ninguna que me agrade, — repuso la doncella con un gracioso mohín de desdén; — todas están vistas, y yo quiero algo

nuevo; preciso será decir á mi padre y señor que me lo compre.

La que hablaba así y en tan pocas palabras manifestaba tantas vanidades, era Doña Catalina Godínez, hija mayor del poderoso caballero Don Sancho Rodríguez de Sandoval y de la noble señora Doña Catalina Rodríguez. La circunstancia de ser la que se ofrece á nuestros ojos la primera niña que, después de tres varones, había concedido el Cielo al ilustre matrimonio, les hacía sentir por ella exagerada ternura y rodearla desde la cuna de todos los goces que puede proporcionar la opulencia. Este sistema de educación pronto dió amargos frutos; y á pesar de las buenas cualidades que adornaban á Catalina, un orgullo inmenso las obscurecía todas; un orgullo que, siempre en aumento, llegó á hacerla creer no existir nada ni nadie que mereciera su hermosura y calificada nobleza.

Aunque tan joven, la fama de sus méritos, realmente extraordinarios, yacaso también de sus cuantiosas riquezas, le proporcionaban muchos y buenos partidos; pero Catalina los desdeñaba todos, sin tomarse siquiera el trabajo de analizar las cualidades de sus pretendientes. Vanidosa de continuo, aquella mañana parecía más dominada que nunca por el demonio de la soberbia: las joyas que la rodeaban no la satisfacían á pesar de su gran valor, y volvía y revolvía cuantas el cofre encerraba, cada vez con mayor desagrado.

—Decididamente no me pongo ninguna;—dijo levantándose de pronto, mientras sacudía su falda en el tapiz con el mismo desprecio que si fueran flores deshojadas;—lo que no es antiguo

es feo; recógelas y guárdalas donde no vuelva á verlas en mucho tiempo.

— ¡Lástima es, de veras! — murmuró la muchacha, que dejó el espejo, puso el cofrecillo en el suelo y se arrodilló para obedecer:— su señoría debiera permitir que yo eligiera sus aderezos, pues siempre que se toma ese trabajo queda disgustada.

— Cuando tú los escoges me sucede lo mismo, — contestó la hechicera niña, siguiendo con mirada distraída lo que hacía la esclava; — así, me propongo no usar más esos dijes, que debieron ser muy bellos en tiempo de mis abuelas, pero que hoy no tienen lucimiento; tendré que contentarme con flores, cuando precisamente quería yo esta noche deslumbrar de modo que se convenciera una persona muy obstinada de que no merece fijar yo en él mi pensamiento.

Y la vanidosa doncella sonrió al espejo, y emprendió la difícil tarea de prender sus trenzas con largos alfileres de oro.

— Su señoría no necesita alhajas para deslumbrar — repuso la esclava con servil adulación; — no hay piedras que brillen como sus ojos, ni coral más suave que el de sus labios.

Una segunda sonrisa de la dueña probó cuán gratas le eran aquellas lisonjas.

— Mas en esta ocasión, — prosiguió la mulata en el tono confidencial del que está acostumbrado que se le permita, — confieso humildemente á su señoría, que todos se han equivocado, y yo la primera. Los muchos méritos que adornan al galán, realizados por la sin igual constancia que demuestra, y sobre todo agradarse de él

mi señor vuestro padre, cuando tan difícil es de contentar, creíamos que sería bastante para interesar vuestro corazón, que, si no me equivoco, es el mayor deseo de D. Sancho.

—*¡Con qué poco le basta á su merced!*—repuso desdeñosamente Catalina.—*¡Con un moyorazgo, y pienso yo que ha de empezar mi linaje en mí!* (*Fundaciones*, cap. XXII, núm. 4.)

—Si así no fuera, no habría justicia en el mundo, porque su señoría merece lo mejor que hay en él.

—Mira, Cora,—dijo la doncella, á quien asaltaba otro capricho;—deja todo eso, que luego lo recogerás; vé al jardín, y tráeme pimpollos de rosas para concluir mi tocado.

La muchacha obedeció apresuradamente, y Doña Catalina quedó sola.

### III

La recámara, adornada con el lujo que á tan opulenta familia correspondía, se hallaba iluminada por dos grandes ventanas, desde donde se descubría gran parte de la deliciosa campiña que hacía de la villa de Veas una de las más hermosas de Andalucía. Para que la claridad no fuese molesta, templaban la luz ricos tapices de los más bellos que enviaba Flandes; veíanse por doquiera bufetillos con primorosas incrustaciones, taburetes recamados de oro y plata, y mil delicadas fruslerías, que así probaban el ciego amor de los padres como los insaciables deseos de la hija. Pero en medio de este lujo puramente mundano se alzaba en el fondo de la estancia

un reclinatorio colocado al pie de un dosel de terciopelo obscuro, sobre el cual destacaba una hermosísima imagen de Jesús crucificado, á quien Doña Catalina Rodríguez tenía gran devoción. Por entre los mal cerrados tapices de una de las ventanas penetraba un rayo de sol que envolvía como velo de resplandores la dolorosa figura del Señor, y prestaba tal vida á su faz lívida y acardenalada, á las llagas sangrientas y á la agonía impresa en su rostro, que conmovía de una manera imposible de explicar.

La hija de Sancho Rodríguez, que había vuelto á ocupar el sillón, paseaba distraída sus ojos por los objetos reunidos en la recámara, cuando se fijó en el crucifijo, y un extraño interés la impulsó á contemplarle como nunca lo hiciera. Aquellas pupilas, veladas por la angustia de la muerte; la entreabierta boca, que parecía exhalar el último suspiro; la convulsión del cuerpo, que palpitaba con el postrer esfuerzo de la vida; el dolor y majestad del semblante, á que tan bien correspondía el título clavado en la parte superior de la cruz: *Jesús de Nazareno, Rey de los judíos*, impresionaron de tal modo á la doncella que no apartaba de él sus miradas, y sentía como frío interior, agitación grandísima y una angustia que la ahogaba.

¿Qué pasaba en ella? Iluminada repentinamente por los vivos fulgores de una luz sobrenatural, veía el estado de su alma y se espantaba; mudada milagrosamente para distinguir la verdad del error, miraba el terrible contraste que hacía su soberbia con la humildad del Señor, que á tal precio nos había redimido, y comprendía

qué inútil iba á ser para ella el fruto de su divina sangre si continuaba el camino que seguía; confusa, humillada, dolorida, se cayó de rodillas, y lleno el corazón de arrepentimiento confesábase polvo y nada en la presencia de Jesús, con sola un alma que salvar, y ésa puesta en gran peligro. Infundió la gracia estas y otras reflexiones tan eficazmente en su espíritu, que la ilustre doncella se deshacía en lágrimas al pie de la sagrada imagen; y fué tan allá en sus propósitos de enmienda, que desde aquel momento renunció al mundo y sus vanidades; ofreció al Señor, herido, desnudo y expirante por amor á las criaturas, desnudarse por amor á Él de todas las aficiones y soberbias de la vida, y como gajes de su fe hizo allí mismo los votos de pobreza y castidad.

Llegaba entonces Cora, recogido un pico del faldellín, donde traía frescos capullos de rosas; venía encendida de correr, y quizá de hablar con sus compañeras y murmurar los caprichos de la señora, que es achaque de sirvientes divulgar las flaquezas de sus dueños; pero, al ver á Catalina, quedó tan espantada que difícilmente pudo contener un grito.

En efecto: la contrición, el dolor y casi pudiéramos decir la vergüenza de sus pasados delirios; el ansia de padecer por Dios y hacer penitencia de sus pecados, se pintaban tan expresivamente en el semblante de la afligida joven, bañaban tantas lágrimas sus ojos y exhalaba tan profundos suspiros, que bien podían maravillar á la esclava.

—Amita, mi querida amita: ¿qué tiene su señoría? — balbuceó la mulata verdaderamente alarmada.

—Nada, nada, hija mía,—repuso Catalina en voz baja y humilde, completamente distinta de la que Cora estaba acostumbrada á oír:—soñaba, y acabo de despertar; ayúdame á recoger estas piedras.

Y de rodillas como estaba, fué tomando las perlas y broches, las arracadas, collares y cintillos; guardó todo en el cofre, y lo entregó á la esclava con encargo de ponerlo en un escritorio y cerrarlo con llave.

Después, sin abandonar su humilde postura, hizo señas á Cora para que la dejara sola otra vez.

#### IV

La mulata salió muy preocupada, y sin atinar á formar juicio de lo que veía. ¿Qué podía haber sucedido á Doña Catalina durante su breve ausencia? Enojada con ella no estaba, pues su dulzura al hablarle desmentía tal suposición; ¿descubriría á la esposa de Sandoval lo que pasaba? La dificultad era que el noble matrimonio no abandonaba su cámara hasta muy tarde, y no se atrevía á incomodarlos. A fuerza de reflexiones, concluyó por donde debía haber empezado: se resolvió á no mezclarse en nada, y atribuyó á caprichos de niña la incomprensible aflicción.

En tanto la hija de Sandoval seguía á pasos de gigante el camino del propio desprecio, que con tanto valor emprendía; pero esta súbita resolución en alma de tales méritos, no era ni podía ser del agrado del enemigo, y, ó procuró estorbarla espantándola desde el principio, ó no

fué dueño de dominar la soberbia que le causaba tan admirable conversión.

De repente, un ruido sordo que parecía bajar del techo y amenazaba ruina de paredes ó terremoto violento, heló la sangre en las venas de la doncella, y despertó alborotado á su padre, que saltó apresuradamente del lecho, se vistió á la ligera, tomó una espada y corrió á la recámara, temeroso de que Catalina corriera algún peligro.

Había la joven dominado ya su primera impresión de susto, y con la maravillosa lucidez que el Señor daba á su espíritu comprendió la causa del ruido; así, cuando llegó D. Sancho la halló sentada en el sillón y tranquila en apariencia: Sandoval, desalado, miró y buscó por todas partes; abrió una pieza contigua, y tampoco vió nadie en ella; así es que muy asombrado preguntó á su hija:

— ¿Quién ha causado ese alboroto?

— No sé nada, señor,—respondió la niña.

— ¿Pero lo has oído?

— Sí, señor.

— ¿Y no alcanzas tú lo que sea?

Catalina se encogió levemente de hombros en señal de ignorancia, y D. Sancho se retiró con gran desasosiego.

En la galería encontró á su esposa, que llegaba también alarmada é iba á interrogarle, cuando él le dijo:

— Vé con nuestra hija; debe tener miedo aunque no lo demuestra.

— ¿Has averiguado la causa del horroroso estruendo?

— No.

La señora corrió á buscar á Catalina, y ésta la recibió sonriendo; así, su ternura maternal se tranquilizó completamente.

## V

El tiempo se encargó de probar cuán verdadera y firme era la conversión de la joven; su olvido de galas, adornos y devaneos; sus afanes de penitencia y mortificación; la humildad jamás desmentida; el deseo de entrar religiosa, declarado á sus padres con repetidas y ardientes súplicas; el desprecio por la hermosura, de que tanto se había pagado, así como el hacer cuanto estaba de su parte por destruirla, mostraban que la niña orgullosa y soberbia se había trocado en mujer humilde, sufrida y toda de Dios.

Veíasele con frecuencia bañar su rostro, terso como el marfil, en el agua helada de un estanque, y luego pasear al sol sin secarse, para deslustrar aquella tez que parecía un espejo; repartió sus trajes á las dueñas, doncellas y esclavas, después de alcanzar de su padre con muchas lágrimas la libertad de éstas, y entregó á Doña Catalina el cofrecillo de las joyas con propósito firme de no recobrarlas. El cabello liso y el vestido modesto contrastaba tanto con las vanidades pasadas, que la que había sido espejo de vanidades fué para todos ejemplo de cristiana cordura.

Pesarosa de que sus padres no le consintieran entrar en Religión como anhelaba, resolvió vestirse al menos en hábito humilde y hacer vida en su casa como pudiera en estrecho monasterio: así, un día de San José salió públicamente á la

iglesia con su madre, ceñido el cuerpo de un áspero vestido de estameña y mantellina de lo mismo; que no fué poco asombro para la villa ver en lo que se habían trocado las ricas sedas y brillantes adornos de la noble doncella.

No contribuyó poco á afirmar sus buenas resoluciones un sueño maravilloso que tuvo á los principios de su conversión, y precisamente cuando se despertaba en ella, no sólo un ardiente deseo de ser monja, sino de entrar en la Religión más perfecta que pudiese haber en la tierra.

Vió, pues, en sueños, cierta noche, un camino muy estrecho y trabajoso, labrado á la misma orilla de precipicios horribles; marchaba por él temerosa de resbalar y caer en las profundas simas, cuando halló delante de sí un religioso de hábito pardo y capa blanca, descalzo y penitente, que le dijo:

— *Ven conmigo, hermana, y no hayas miedo.*

Animada por aquellas frases, Doña Catalina marchó en pos de él hasta llegar á una casa solitaria perdida entre grandes arboledas, y donde reinaba profundo silencio. Sin perder de vista á su guía, atravesó una entrada espaciosa; después el jardín plantado de olmos seculares, en el cual había una puerta que comunicaba con las piezas interiores; pasaron por ella á un ancho corredor que desembocaba en otro patio, y allí vió con sorpresa la hija de Sandoval que el religioso había desaparecido.

Todo estaba obscuro; pero por uno de los claustros adelantaban con lentitud algunas luces; Doña Catalina marchó animosa á su encuentro, y halló que eran monjas que traían velas encendi-

das; sus trajes pardos y capas blancas le recordaron el de su guía, con la diferencia de que todas llevaban el rostro cubierto con largo y espeso velo negro.

—¿De qué Orden sois, Madre mía?—preguntó la joven á la que venía al frente de la misteriosa comunidad.

No obtuvo respuesta; pero alzaron los velos y vió sus risueños semblantes, lo que hizo á la doncella sentir inefable consuelo: la que fuera interrogada y parecía la Priora, se llegó á ella y le dijo con acento gravemente halagüeño:

—*Hija, para aquí te quiero yo.* (*Fundaciones*, cap. XXII, núm. 15.)

Al par le mostraba abierto el libro de las Reglas y Constituciones; las monjas inclinaron sus hachas, y Doña Catalina pudo leerlas distintamente.

Despertó con un gozo interior, que se reflejaba en su cara; se levantó presurosa, y por un prodigioso esfuerzo de memoria escribió todo lo que había leído en sueños, decidida á guardar secreto hasta poder realizar lo que anhelaba; lo más notable de este verídico suceso es que, cuando acaeció, faltaban algunos años para que Teresa de Jesús empezara la Reforma de la Orden carmelitana, y lo que leyó Doña Catalina eran las Reglas porque se rigieron después los monasterios descalzos.

## VI

La menor de los hijos de Sandoval era la niña llamada María, de gran hermosura y raros

méritos; aunque amiga de galas, como sus pocos años requerían, el ejemplo de su hermana la apartó de ellas, y ambas empezaron á hacer vida ejemplarísima de penitencia y caridad. Don Sancho, que al principio sentía estas novedades como si fueran peligrosos extremos, concluyó por alabar á Dios viendo á sus hijas tan bien empleadas; y cuando algunos años después pasó á mejor vida, tuvo el consuelo de que rodearan su lecho, además de su santa esposa, los tres hijos herederos del nombre y títulos de la familia, y las dos jóvenes, ejemplos de virtud y amor filial.

Establecidos algún tiempo después los varones, Doña Catalina y Doña María quedaron solas para consolar á su madre, y ésta para acompañarlas y fortalecerlas en el camino de la cruz. Vivían en su casa como en monasterio, donde el recogimiento se unía á la penitencia y continua oración; pero, poco satisfechas de todo ello, impulsadas por la ardiente caridad que les hacía desear el bien del prójimo, quisieron reunir á la vida contemplativa de María la activa de Marta, y para ello pidieron licencia á su madre de llamar á la noble morada de sus antepasados las niñas pobres de la villa y doctrinarlas, enseñándolas también á hacer labor. Apenas iniciado el pensamiento (que la viuda aprobó desde luego), tuvieron la alegría de verlas acudir en gran número, y entonces emprendieron la educación de las tiernas criaturas, dando tan buen resultado sus tareas que la buena semilla sembrada en los infantiles corazones fructificó hasta producir notable mejoría en las costumbres.

Cinco años después que su esposo falleció

Doña Catalina; y roto por este golpe el último lazo de las afecciones terrenas, las dos hermanas soltaron las alas á sus deseos de entrar en Religión, y empezaron á tratar de ello con la mayor diligencia.

La primer resolución fué ausentarse de Veas, pues en el pueblo no había conventos; tomó parecer de sus deudos Doña Catalina, y éstos le dijeron «que, pues tenía caudal para fundar, más razonable era que lo hiciese en la villa de su nacimiento, donde tan buen ejemplo podía dar esta obra, que sin duda sería para mucha gloria y servicio del Señor»; convencida por la eficacia de tales razones, trató de realizarlo inmediatamente; mas halló la dificultad de que la villa pertenecía á la Encomienda de Santiago, y era necesaria licencia del Consejo de Ordenes.

Escribió á la corte la hija de Sandoval, y puso en juego cuantas influencias tenía para que su pretensión fuese despachada pronto y favorablemente. En tanto muchas enfermedades, antiguas unas y recientes otras, la atormentaban sin cesar; después de un zaratán que le extrajeron con gran riesgo de la vida, sus padecimientos variaban tanto de síntomas, que trastornaban todos los cálculos de la ciencia; declarada unas veces hidrópica, otras tísica, con dolores agudos y calenturas continuas, su único alivio era ofrecer á Dios lo que sufría y pedirle salud para consagrarse á Él. Negociaba sin descanso por alcanzar la licencia, y aunque sin esperanza alguna, no desmayaba; el recuerdo de su sueño era bálsamo eficaz de las heridas que le desgarraban el corazón; así, cuantos la veían admiraban aquel soplo

de vida tan leve, lleno de tales ilusiones y fervientes deseos.

Consultaba una vez á un Padre de la Compañía de Jesús, y bajo sigilo de confesión le mostraba los apuntes que hizo en la memorable noche, cuando el jesuíta, después de leerlos, exclamó asombrado:

—Pero ésta es la Regla del Carmen descalzo que ha fundado una santa religiosa llamada Teresa de Jesús.

—¡Oh, Padre mío!—exclamó la enferma.—Hable vuesa merced, y dígame todo lo que sepa de ese asunto.

Entonces el sacerdote le refirió cuanto había llegado á su noticia de la virtud, sabiduría y perseverancia de la fundadora, y el resultado de la conversación fué enviar un propio á Salamanca, donde se hallaba entonces la santa Madre; el mensajero llevaba cartas en que Doña Catalina rogaba con muchas instancias á Teresa de Jesús viniese á Veas para fundar un convento. Mas apenas dado el primer paso, para el que hubo de aprovechar un ligero alivio, la hija de Sandoval recayó, y por algunos días se la creyó á cada instante próxima á expirar: desahuciada y hecho su cuerpo llaga viva á fuerza de sangrías y sajadás ventosas, sólo ella no desesperaba de su curación; una noche en que más le apretaron las congojas, dijo al Señor desde lo íntimo de su alma:

—«¡Dios mío, ó quitadme este deseo tan grande que tengo de ser monja y fundar monasterio, ó dadme medios de realizarlo!» (*Fundaciones*, capítulo XXII, núm. 6.)

Entonces le pareció que una voz divina contestaba así á su afligido ruego:

—«Cree y espera, que Yo soy el que todo lo puede; tú tendrás salud, porque el que tuvo poder para que tantas enfermedades, mortales de suyo, no hicieran su efecto, más fácilmente podrá quitarlas.» (*Fundaciones*, cap. XXII, núm. 6.)

Consolada por esta promesa esperó, mientras sus parientes decían:

— El empeño de Doña Catalina ya toca en locura; buena está para que la admitan monja, cuando, si estuviera en convento, antes que serlo la harían salir.

Recibió, en tanto, Teresa de Jesús las cartas de la piadosa doncella, y no supo al pronto qué determinar; parecíale imposible que el Visitador Apostólico permitiera nueva fundación, pues sabía cuán lejos de ellas estaba su ánimo; pero decidida al menos á intentarlo, envió las cartas á Fr. Pedro Hernández, el cual, más blando de lo que podía esperarse, respondió que le edificaba la devoción de las damas de Sandoval, y que no las desconsolara negándose á su deseo, antes dijera que, en lográndose licencia del Consejo de Órdenes y del Ordinario, se haría lo que tan de veras anhelaban.

Creía el Visitador que con tales condiciones la fundación era imposible; pero como para Dios nada lo es, empezó á allanar las dificultades con devolver milagrosamente la salud á Doña Catalina. Víspera de San Sebastián fué el día elegido por el Señor para tan brillante prueba de su eterno poder. La hija de D. Sancho se durmió moribunda, y despertó completamente buena; su hu-

mildad hubiera querido encubrir tan visible favor del Cielo ; pero ni Doña María , ni sus deudos y amigos lo consintieron ; hasta los médicos dejaron á un lado la vanidad y se humillaron ante la misericordia de Dios.

El primer empleo que hizo Doña Catalina de su milagrosa curación, fué ir á Madrid para activar las licencias del Consejo, que tardó tres meses en conseguir, y acaso hubiera tardado más si no presentara una instancia al Rey Prudente y muy devoto D. Felipe II, que, benévolo siempre cuando de la Orden del Carmen se trataba, las mandó despachar favorablemente : así la dama tornó á Veas muy alegre, pues había comprado el bien que llevaba con muchas lágrimas, trabajos y esperanzas perdidas.

Apenas llegó á su casa volvió á escribir á la santa Madre, que se hallaba en San José de Ávila, y poco tiempo después, al empezar la Cuaresma del año 1574, emprendió Teresa de Jesús el camino sola, aunque al pasar por Toledo tomó de aquel monasterio á María de San José é Isabel de San Francisco, con otras cuatro que hizo venir de Malagón, una de las cuales era Ana de Jesús.

## VII

Mediaba ya la última jornada : era poco antes de amanecer, y la obscuridad que precede á los primeros albores del día hacía muy difícil la marcha ; Julián de Avila, Antonio Gaitán y Fr. Juan de la Misericordia, que como siempre las acompañaban, se habían separado y tomado por diferentes caminos, en busca de veredas menos peligrosas. Rei-

naba un silencio profundo, interrumpido sólo por el paso de las caballerías, cuyas herraduras resbalaban en las piedras, y el áspero chirrido de las ruedas del carro, que parecían quejarse del difícil servicio que les obligaban á prestar; el vigilante conductor refrenaba las mulas cuanto podía, pues marchaban por las vertientes de Sierra Morena, y profundos abismos les rodeaban de todos lados; de pronto el carro se detuvo en un lugar agreste, enmarañado por tupidas malezas, y las religiosas oyeron la acongojada voz del carrero, que exclamaba :

— ¡Estamos perdidos!

Teresa abrió un poco las cortinas y asomó la cabeza; una faja narajanda se extendía en el Oriente, y á su pálido reflejo vió que estaban en un terreno limitado, en cuanto alcanzaba la vista, por riscos altísimos cubiertos de frondosa vegetación; volver atrás era imposible; para seguir adelante cerraban el paso profundos abismos; en tal aflicción, la fundadora se volvió á sus compañeras y les dijo con dulzura :

— Hermanas, pongámonos en oración, y roguemos á Dios y á nuestro Padre San José, que nos saque en bien del trabajo en que estamos.

Un leve murmullo de ardientes plegarias se mezcló al sordo ruido que en el fondo de los despeñaderos hacían los arroyos convertidos en torrentes; aumentaba en tanto la luz y palidecía la estrella del alba, engastada como rico brillante en el azul carminoso del cielo; pocos momentos después, en el fondo de un valle que con harta dificultad se divisaba, oyeron una voz como de hombre anciano que decía :

— *Teneos, que vais perdidos; no paséis adelante, que os despeñaréis.* (P. Yepes, lib. II, fol. 380.)

El carro, que el conductor acaba de poner en marcha, paró de nuevo, y el mayoral gritó á su vez, preguntando qué remedio tendrían para salir del peligroso atolladero.

— *Tomad á la derecha,* — dijo otra vez la voz. (P. Yepes, lib. II, fol. 380.)

Sin embargo de que la senda que indicaban parecía tan escabrosa como la que seguían, echaron por ella, y en breve, libres de riesgo, se encontraron en un estrecho valle cerrado por altas montañas: una vez en seguridad, volvieron á detenerse; amanecía rápidamente, y Julián de Avila y sus compañeros, que andaban entre las breñas, tan en peligro como las religiosas, se llamaban á grandes gritos hasta lograr reunirse; sabedores de lo acaecido, decidieron buscar al que tan oportunamente había hablado, y con este objeto empezaron á explorar valles, cañadas, montañas y malezas.

En tanto la fundadora rezaba con fervor y lloraba con tierna devoción y ardiente gratitud; al ver la priesa que se daban en buscar al invisible guía, dijo á sus compañeras:

— «No sé por qué les hemos dejado ir; era mi Padre San José, y no le han de hallar.» (P. Yepes, lib. II, núm. 380.)

El resultado de las pesquisas confirmó tan piadosa idea; los del exploró volvieron preocupados, sin haber encontrado alma viviente en las soledades de aquella sierra.

## IX

Gracias á la ligereza con que andaban las mulas apenas salidas del mal paso, llegaron á Veas antes de ponerse el sol: muchos hombres á caballo habían salido á recibir á la santa Madre y sus compañeros, y mostraban la alegría que les causaba su venida en correr y hacer con los caballos divertidas gentilezas; por último, rodeando el carro fueron hasta la plaza Mayor, donde estaba reunido todo el pueblo: hallábase en ella la iglesia, y en la puerta aguardaba la cruz y el clero para llevar á las Hijas del Carmelo á la casa de Sandoval.

Bajaron las religiosas del carro, y se pusieron en marcha entre los entusiastas vítores del vecindario; las paredes y ventanas, cubiertas de ricos tapices, y las calles regadas de olorosas flores, mostraban la importancia que daba la villa de Veas á aquel acontecimiento. Bajo el arco de la puerta de la morada señorial, coronada por los escudos de sus ilustres progenitores, aguardaban las damas de Sandoval la anhelada visita; palpitantes de emoción y bañadas las mejillas en dulces lágrimas, vestían el hábito honesto que acostumbraban, y se veían rodeadas de las principales señoras del pueblo, que á la novedad del caso habían acudido.

Cuando á lo largo de la calle vió Doña Catalina asomar la procesión, puso el alma en los ojos para mirarla, fijando toda su atención en las religiosas; el corazón le latía con violencia al estre-

char fuertemente la mano de su hermana, mientras en voz baja murmuraba :

— ¡Ellas son! ¡Las mismas que vi en sueños!

Y vertiendo abundoso llanto, miraba los sayales de jerga, las capas blancas, los velos negros y pies descalzos.

Detrás de todo el concurso iba un lego humilde y penitente : era Fr. Juan de la Miseria.

Doña Catalina fijó en él los ojos, y sonrió á través de sus lágrimas para decir :

— Ese fué el que me guió.

¡Admirable intuición del espíritu iluminado por la divina gracia, cuando quiere el Señor que se hagan obras extraordinarias en su nombre y para gloria suya!

.....  
Tres días después, fiesta de San Matías, se fundó el convento bajo la advocación de San José del Salvador.

Las dos hermanas cedieron su hacienda tan sin condiciones, que, aun en el caso de no ser admitidas, no podían reclamarla ; tomaron el hábito muy pronto, apellidándose Catalina de Jesús, y María con el mismo sagrado nombre.

La perfecta salud que siguió disfrutando la primera, fué generosa recompensa que plugo al Señor otorgar á su completa abnegación.

— *Aunque está flaca*, — decía de ella la fundadora, — *puede guardar la Regla.* (*Fundaciones*, cap. XXII, núm. 17.)

Muy pálido sería cuanto se quisiera ponderar acerca del gozo que inundaba el corazón de Catalina ; era tanto, que obligaba á todas alabar á Dios : su mucha humildad le impulsaba sólo á

pedir el velo de freila; pero la santa Madre no lo permitió, y, bajo obediencia, la hija de Sandoval fué monja de coro.

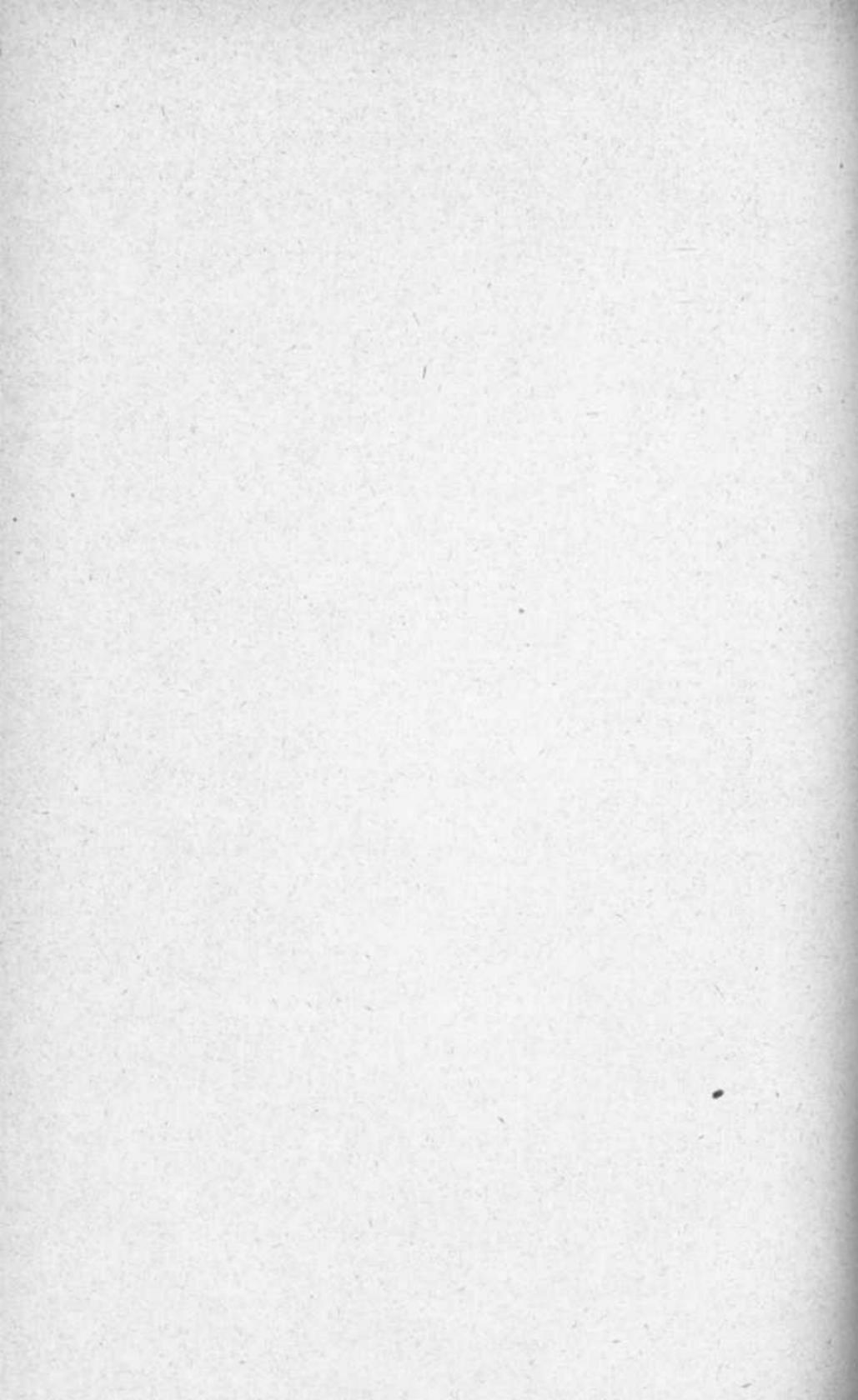
Más adelante volverá á ocuparnos tan maravillosa criatura; quédese en tanto, así como su hermana, gozando las alegrías del paraíso en el convento de Veas, y sigamos ahora los pasos de Teresa de Jesús.

FIN DE LA TERCERA PARTE

CUARTA PARTE



LA SENDA DE ABROJOS





## CAPÍTULO PRIMERO

---

CAMINO DE SEVILLA

### I

**H**ALTABAN cerca de dos horas para ponerse el sol, y sus rayos, ardientes como fuego, reverberaban en las piedras y arenales, de amarillenta y deslumbradora blancura; un ancho brazo del Guadalquivir se extendía por cuanto alcanzaba la vista, con sus orillas cubiertas de álamos frondosos y espesos mimbrales; en el resto de la dilatada campiña sólo se descubrían empolvados lentiscos y palmitos á flor de tierra.

Eran los últimos días de Mayo, y el calor, extremado siempre en Andalucía, dejaba sentir sus prematuros rigores, que si para los naturales son á veces insufribles, puede considerarse lo que serían para los que se hallaban acostumbrados á más fresca temperatura.

Centinela de la comarca, sobre una colina cubierta de olivos y frondosos viñedos se alza-

ba un castillo perteneciente á un noble cordobés muy aficionado á la caza, cuyo entretenimiento le hacía dejar con frecuencia los recreos de la ciudad por las soledades del campo; fatigado de muchos días pasados en tan grato ejercicio, Don Rodrigo de Lora, que tal era su nombre, reposaba aquella tarde en la terraza del castillo, y desde la elevada atalaya observaba los ganados que pastaban en las vecinas dehesas, que aparecían como puntos blancos ó negros entre los chaparros, encinas y nogales; la rápida corriente del Guadalquivir, engrosada por recientes avenidas, ó el vuelo de los innumerables pajarillos, cuyos cantos turbaban solamente la calma de la naturaleza.

Favorecido por la sombra de las ruinosas almenas, y por la altura del castillo, que recibía más ambiente que lo bajo de la campiña, gozaba el caballero la agradable frescura de la brisa, que absorbía con placer, cuando el rumor de voces y gritos de espanto vino á llenarle de alarma; corrió al otro lado de la azotea, y una escena conmovedora se ofreció á su vista; la barca que servía para el pasaje del río se hallaba en inminente riesgo; tres hombres, desde la orilla, hacían desesperados esfuerzos para afirmar la maroma; pero era tal la violencia del agua, que ellos mismos rodaban por la arena; así, desahuciados de remedio, pedían socorro, y los barqueros, muy espantados, unían sus voces á este coro desolador.

Don Rodrigo no pudo apreciar bien los detalles de lo que pasaba, porque el deseo de prestar auxilio le hizo bajar á toda prisa, reunir á sus

criados y acudir adonde peligraban las vidas de tantas personas.

## II

Teresa de Jesús y sus compañeras, que ocupaban la barca, eran á las que tan seriamente amenazaba la turbia corriente del Guadalquivir; cuando el de Lora llegó á la ribera, vió con alegría que el riesgo estaba dominado; la embarcación, después de amagar hundirse repetidas veces, desviada del centro y detenida en un montón de juncos y malezas, acababa de encallar.

En tanto que duró el peligro no habían cesado las religiosas de orar en voz baja, pidiendo al Señor misericordia, mientras un niño de apenas once años, hijo del dueño de la barca, ayudaba cuanto sus fuerzas permitían y mostraba el ánimo más entero que los hombres; D. Rodrigo y su servidumbre facilitaron el desembarco, que se hizo con más fortuna de lo que debía esperarse; á poco llegaron los carreros, que con dificultad habían encontrado el vado, y con ellos el capellán Julián de Avila, Fr. Gregorio Nacianceno (nuevo religioso de la Orden que acababa de recibir en Veas el hábito de manos del Visitador) y el humilde servidor de la santa Madre, Antonio Gaitán.

Mucho enternecieron al caballero cordobés las dulces voces de las religiosas, que le daban gracias; y aunque no pudo vislumbrar sus rostros por los tupidos velos que las cubrían, según la impresión que los acentos le hicieron no tuvo inconveniente en figurárselas ángeles. Ofrecióse para cuanto pudiera serles útil, y envió con ellos

un criado para que les sirviera de guía, por la senda más corta, hasta el término de la penosa jornada.

### III

Con lo que va dicho se puede comprender cuántos trabajos amagaban á la nueva empresa, y preciso es añadir que los anuncios se cumplieron; mas como harto pronto han de ser vistos los tales sucesos, véase antes aquí mismo lo que hubo de motivarlos.

Apenas concluída la fundación de Veas, y cuando la santa Madre empezaba á tratar de otra en la villa de Caravaca, fué á visitarla un religioso, cuya maravillosa vocación daría asunto para muchas páginas. Era entonces Comisario y Visitador Apostólico, así de los calzados como de los descalzos en la provincia de Andalucía, y se llamaba Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

¡Bien correspondía tal nombre á la ternísima devoción que profesaba á la Reina de los Angeles! Ella había sido la estrella celeste encantadora de su niñez y el constante anhelo de su juventud; la que guió sus pasos á Pastrana para conocer las virtudes de la Reforma del Carmelo, y la que suave y activamente lo había atraído hasta que lo vió alistado en la gloriosa bandera que levantó en Avila Teresa de Jesús.

No le conocía la fundadora, aunque por asuntos de la Orden hubo de comunicar muchas veces con él por escrito; pero las cartas dejaron adivi-

nar al P. Gracián las partes altísimas con que el Señor había adornado á su sierva; y cuando en la primera entrevista quiso la santa Madre consultarle con el respeto debido á su Prelado, él se mostró cual el más humilde de los novicios. Como en aquellos días estaban recientes las súplicas que hacían para la fundación de Caravaca, y al mismo tiempo se habían recibido cartas de Madrid con ventajosas proposiciones, Teresa preguntó al Visitador qué debería hacer y adónde le parecía mejor atender primero.

Más por probar su obediencia que por convicción, el P. Gracián le respondió que, haciendo gran falta en Sevilla un convento de carmelitas reformadas, consultase con el Señor si debía ir en seguida á fundarlo ó dedicarse á los otros. Teresa obedeció, y su divino Esposo le mandó que fuese á Madrid; mas al tratarlo con el Visitador, éste volvió á decirle:

— Mi opinión es que la de Sevilla se haga antes.

La fundadora no resistió, y se dispuso para el viaje con gran asombro del P. Gracián, que al verla pronta á marchar, no pudo menos de hablarle así:

— Si su reverencia tiene hecho voto de procurar lo más perfecto, ¿cómo, después de haberle manifestado el Señor su voluntad, no la cumple y me obedece á mí, que sólo soy guiado por la prudencia común á toda criatura?

— ¡Ah, Padre mío! — repuso Teresa. — Ni esta revelación, ni cuantas pudiera tener, me aseguran tanto la voluntad de Dios como practicar la obediencia que debo á mi Prelado, porque

ésta la tengo por cierta y en la revelación me puedo engañar.

— Con todo, vuelva á consultarlo y me hará en ello señalada merced.

La santa Madre hizo lo que le mandaban, y la voz divina del Amado alabó la prudencia de su conducta y le ordenó ir á Sevilla.

Después de esta prueba decisiva, ya no se cuidó sino de escoger las piedras vivas del nuevo edificio que trataba de levantar; aunque sin saber de dónde vendrían, estaba segura que los trabajos serían muchos, y en tal concepto procuró que sus compañeras fuesen capaces de sufrirlos con alegría. Isabel de San Francisco, María de San José, María del Espíritu Santo, Isabel de San Jerónimo, Leonor de San Gabriel y Ana de San Alberto fueron las elegidas.

Desde las primeras jornadas empezaron los sufrimientos; hacíalas padecer lo que no es decible el intenso calor que abrasaba aquellas tierras; la fundadora explica tales tormentos con estas palabras, llenas de terrible verdad:

« Les digo, Hermanas, que como daba todo el día el sol en los carros, era entrar en ellos como un purgatorio; unas veces con pensar en el infierno, otras pareciendo se hacía algo y padecía por Dios, se andaba con gran contento y alegría, porque las seis que iban conmigo eran tales almas que me parece me atrevería á ir con ellas á tierra de turcos y que tuvieran fortaleza, ó por mejor decir, se la diera Nuestro Señor para padecer por Él; éstos eran sus deseos y pláticas, muy ejercitadas en oración y mortificación, que, como habían de quedar tan lejos, procuré fuesen las

que me parecían más á propósito, y todo fué menester según se pasó de trabajos.» (*Fundaciones*, cap. XXIV, núm. 3.)

#### IV

Al otro día del suceso de la barca, un extraño malestar se apoderó de la santa Madre; zumbaban sus oídos, y gran pesadez de cabeza, acompañada de continuos latidos en las sienes, la trastornaban poco á poco; durante mucho rato hizo cuanto le fué posible por dominar lo que sufría; mas á medida que adelantaban las horas y el calor del sol crecía en intensidad, la invadió una pesada modorra, y, por último, se rindió al sopor de violenta calentura.

¿Cómo pintar la congoja que se apoderó de las religiosas en tan aflictivo trance? La primera resolución fué detener el carro para consultar con Julián de Avila y sus compañeros lo que harían, sin decidir cosa de provecho, pues los hombres se mostraban más flacos de espíritu que las mismas mujeres. Después de una breve pausa tornaron á seguir, sin que Teresa, que como masa inerte ocupaba el fondo del carro, diese más señal de vida que la anhelante y ronca respiración.

Comprendiendo María de San José que el molesto balanceo del vehículo haría sufrir á la enferma, levantó dulcemente la dolorida cabeza, y la colocó sobre su falda; en tanto Leonor de San Gabriel le bañaba el rostro con el agua que en una vasija de barro llevaban para apagar la sed; pero estaba tan caliente del sol, que aquel sencillo remedio más bien debía causar molestia que

consuelo; las otras religiosas lloraban silenciosamente y rogaban á Dios que se apiadara de ellas y devolviera la salud á la que tanto amaban; de este modo caminaron algunas horas, cuando, al dar una vuelta al camino, vieron á lo lejos una venta que, en las circunstancias que se hallaban, les pareció el deseado puerto de salvación.

Julián de Avila y Antonio Gaitán aguijaron sus caballerías, y en pocos instantes llegaron; un mastín que, tendido en el umbral, parecía el único viviente de la miserable casa, les recibió con furiosos ladridos, á cuyo estruendo se abrió la puerta de un corralillo, y adelantó por la pieza que servía á la vez de recibidor y cocina un viejo encorvado y patizambo, cuyo traje de paño y gruesas abarcas de cuero indicaban largo tiempo de uso constante.

—Dios le guarde,—dijo el capellán.—¿Sois el dueño de la venta?

—Para servir á vuestras mercedes,—respondió el interpelado, con voz aguda como una flauta de caña:—pasen mis señores.

—¿Hay habitaciones en que pueda recogerse una enferma que viene en nuestra compañía?

—¡Vaya, y muy buena!—repuso el ventero con un aplomo que contrastaba con la pobreza de la casa, el hogar apagado, los empolvados utensilios de cocina, y tantas muestras de abandono como se veían por todas partes.

—Pues entonces que se disponga en seguida; el carro llegará dentro de un momento.

El hombre, en lugar de obedecer, tomó asiento en el único escabel que tenía enteras sus cuatro patas, y respondió tranquilamente:

—¿Tan descuidados nos juzga su mercé? Todo se halla á punto: al subir esa escalera se topa una cámara con su lecho como plumas, y tal que, si el Rey nuestro Señor pasara por aquí, no se desdeñaría de reposar en él; las sábanas, blancas y finas, las ha puesto hoy mismo la *parienta* antes de ir al pueblo.

Julián de Avila y Antonio Gaitán trocaron una triste mirada; la escalera que conducía á aquel aposento digno de reyes, según el ventero, era tal de sucia, carcomida y ruinosa, que dada pésima idea de lo de arriba; mas como no era posible hallar mejor acomodo, hubieron de resignarse y callar.

Apeáronse, y el viejo acudió á llevar las mulas á la cuadra, tan desprovista de todo como el resto de la venta; llegó en esto el carro, y las religiosas bajaron de él como pudieron á la querida y santa enferma, sumida en el mismo letargo; el capellán les dijo lo que había, y se apresuraron á subirla para que tomara algún reposo; mas por mucho que se figuraran lo mal que en la cámara estarían, la realidad superó á los cálculos peores que sobre ella pudieran hacer.

Situada á teja vana y abrasada por las horas eternas de aquel insoportable día, semejaba un verdadero trasunto del infierno; el ponderado lecho consistía en una tarima cubierta por un hético jergón, que parecía lleno de guijarros según estaba la paja; en cuanto á las sábanas y cabezales, eran de una tela que más parecía aspillera que cañamazo, y su color de estopa ahumada mostraba claramente que había quizá años que no se mudaban tales prendas.

La camarilla no tenía ni una ventana que refrescase la atmósfera; si se cerraba la puerta, el calor ahogaba; si se dejaba abierta, entraba el sol y la bañaba toda; las cortinas que faltaban las habían suplido las arañas, tendiendo de viga á viga flotantes colgaduras; y para completar el cuadro, las paredes, llenas de grietas, agujeros y desencaladas totalmente, parecían dispuestas á albergar cuantos animalejos tuvieran á bien elegir en ellas domicilio.

María de San José y Ana de San Alberto acostaron á la fundadora, y tal fué la impresión que en su dolorido cuerpo hizo aquel potro de tortura (que no otra cosa parecía el fementido lecho), que exhaló un profundo gemido.

En tanto Fr. Gregorio Nacienceno, rendido de cansancio y lleno de tristeza, se sentó en un banco de material adosado al muro de la cocina; Julián de Avila y Antonio Gaitán se paseaban impacientes, y el ventero, tranquilo como si estuviera solo, ocupó otra vez su asiento, silencioso y distraído, al parecer, en garabatear con la suela de sus abarcas en la apagada ceniza.

Indiferente al movimiento que había reemplazado á la quietud de antes, el perro volvió á echarse en el umbral, y á dirigir miradas somnolientas á lo largo del camino; el carrero, sin tomar parecer de nadie, condujo las mulas á la cuadra, y revolvió los pesebres hasta hallar alguna paja de avena, que con sendos cubos de agua les ofreció de refrigerio. Concluída esta faena, tornó á la cocina impaciente por no saber qué hacerse.

Encontró á los viajeros cariacontecidos: Antonio Gaitán habló un momento al oído de Julián

de Avila, y luego se dirigió resueltamente al ventero.

—Vaya, buen hombre, —exclamó, —¿no considera vuesa merced que algo hemos de necesitar?

—¿Y á qué esperan para decirlo? Pidan nora buena; aquí hay de todo.

—Entonces matad una gallina y disponed un buen caldo para nuestra enferma. Nosotros nos contentaremos con un pedazo de abadejo cocido ó, por más pronto, con un trozo de cecina ahumada, que pan traemos el que sea menester.

—El caso es, —replicó el hombre sin moverse, —que nada puedo darles de lo que me piden; la última gallina hace más de dos meses que la vendió mi mujer en el pueblo; cecina ya no hay memoria de cuando la hubo, y cuanto abadejo quedaba (que á la verdad no era mucho) lo despacharon ayer unos trajineros, que, según el apetito que mostraban, temí se comieran las puertas y escabeles; pero ya que vuestas mercedes traen pan, nada más fácil que hacer una buena sopa; con algunas astillas que se cojan ahí fuera se arma fuego en un instante, y ese caldero de hierro que está en la chimenea parece que nos dice: «Aquí estoy yo para el caso.»

—Vaya por la sopa: coged, pues, la leña, y buscad el aderezo necesario, —replicó Julián de Avila, que á toda costa quería hallar refrigerio.

El viejo descolgó el caldero; trajo unas mugrientas vasijas que debían contener aceite y vinagre, y una escudilla con sal; pero en vano escurrió las primeras: ni una gota de líquido salió de ellas, y el improvisado cocinero hubo de convencerse de que le era imposible mostrar su ha-

bilidad en la confección culinaria por falta de materiales.

A pesar del profundo disgusto que sentían los viajeros, Fr. Gregorio no pudo menos de sonreír al decir estas palabras :

—Puesto que sólo hay el pan que traemos y el agua que se saque del pozo, soy de parecer que se despache cuanto antes este cuidado, pues acaso tendremos que caminar dentro de poco.

—¡Dios lo quiera!—suspiró Antonio Gaitán, á quien llegaba al alma la situación de la pobre enferma.

Sacaron el pan y lo repartieron, poniéndose cada cual á despachar su ración; pero entonces el perro dejó apresuradamente el puesto de vigía, y vino á sentarse derecho entre los comensales, como si solicitara parte en el banquete; iba Julián de Avila á arrojarle un pedazo cuando reparó que los ojos del ventero seguían todos sus movimientos, lo que le hizo comprender que el amo no estaba menos deseoso de comer que el pobre y maltraído animal; disimuló empero, y cortó un gran trozo, que alargó al viejo diciéndole con agrado :

—Quien da lo poco, daría lo mucho si lo tuviera; tomad allá, hermano, que me gusta ser acompañado en este quehacer.

—Estimando la cortesía,—repuso el ventero, que, no obstante alargar al punto la mano para recibir el presente, demostraba obsequiosa indiferencia;—aunque ha poco almorcé, voy á hacer á su bondad la salva y honor que se merece.

Y arremetió al pan con apetito bastante para dar fin de él en algunos minutos.

Mientras en el piso bajo tenía lugar esta escena, los padecimientos de la santa Madre aumentaban horriblemente: medio ahogada del calor y destrozado el cuerpo cual si estuviera sobre piedras agudas, se bajó de la cama y se echó en el suelo, ansiosa por encontrar algún alivio.

— Hija, — dijo al cabo de un rato á María de San José, — paréceme que estoy mejor, y quizá podríamos continuar el viaje.

— ¡Por Dios, Madre, haga su reverencia por descansar! — murmuró Leonor de San Gabriel, que juzgó aquellas palabras hijas de la fiebre.

— No cabe descanso donde estamos, — repuso Teresa de Jesús; — avisen al Padre capellán que mande enganchar, y vamos en nombre del Señor.

Gran asombro causó esta orden á Julián de Avila; pero consideró que, cuando la fundadora la daba, sería conveniente y se apresuró á obedecer.

El ventero les despidió con humildes rendimientos, pero no se descuidó en cobrarles la posada como si hubiera sido llena de comodidades.

Pusiéronse en marcha en las calurosas horas de la siesta; pero tales molestias habían tenido que sufrir, que, aunque abrasador, el aire libre les servía de consuelo.

A la caída de la tarde empezó Teresa á volver más en sí del penoso letargo, que sólo se despejó en la venta un instante para dar la orden de marcha; parecía despertar de un sueño profundo; disminuyó la sequedad de sus labios, y las mejillas fueron perdiendo poco á poco su encendido color.

Después de ponerse el sol se levantó una brisa fresca, que trajo en sus alas grato alivio para

los pobres viajeros; á un lado del camino brotaba un copioso manantial, que formaba cristalino arroyuelo, en cuyas orillas se entrelazaban jaras, adelfas y zarzas; el conductor detuvo el carro, llenó en la tranquila corriente una vasija, que pasó de mano en mano, y cuyo contenido apuraron todos con delicia. Una sensación de bienestar se esparció como rocío del cielo en los fatigados caminantes, que se juzgaron ya resarcidos de las pasadas congojas; y como Teresa continuaba mejorando rápidamente, sus hijas y amigos, maravillados de verla, daban gracias á Dios.

## V

Las primeras horas del último día de Pascua de Espíritu Santo, multitud de personas se agolpaban al puente que une la morisca ciudad de Córdoba con el campo de la Verdad; á la entrada de la barrera ó puerta que lo cerraba se había detenido un carro, cuyas cortinas de lienzo tupido impedían que las curiosas miradas de los ociosos pudieran penetrar en su interior; en torno de él formaba compacto grupo la alborotada plebe, y el murmullo tenaz, resultado de mil conversaciones, debía molestar mucho á las religiosas allí encerradas. Antonio Gaitán, lleno de inquietud, jinete en su mula y dispuesto á todo con tal de que nadie ofendiera á las hijas del Carmelo, no se apartaba un punto del puesto que le había sido confiado, y miraba de vez en cuando, alzado sobre los estribos, á ver si volvían el capellán y Fr. Gregorio Nacianceno.

¿Pero dónde se hallaban estos fieles amigos?

El deseo de llegar á Córdoba en hora oportuna para oír Misa, había hecho á Teresa y sus compañeras caminar toda la noche ; mas al tratar de pasar el puente para dirigirse á una ermita que por distante de la ciudad ofrecía mayor recogimiento, viéronse detenidos, y se les dijo que hacía falta una orden del Corregidor para trasladarse al otro lado ; Fr. Gregorio y el P. Avila se encargaron de pedirla ; mas como era tan temprano, fué preciso esperar á que la digna autoridad llegara á imponerse de la urgencia del asunto y se decidiera á dar el solicitado permiso, por lo que tardaron en volver más de dos horas. Al fin pudieron marchar ; mas cuando se trató de cruzar la barrera, surgió nuevo inconveniente : el carro no cabía por ella, y fué preciso aserrarlo. Aumentaba en tanto la gente, y los que estaban lejos corrían como si fueran á ver la farsa más divertida : suprimido el estorbo lograron al cabo andar, y así lo hicieron, dirigiéndose á la ermita, rodeados siempre del bullicioso concurso. Con motivo de la festividad del día, que allí se celebraba con fiesta y sermón, veíase aquélla completamente llena de pueblo ; así, cuando se detuvo el carro y las religiosas quisieron bajar, se armó extraordinaria confusión ; todos se atropellaban á ver el extraño hábito de las forasteras, por lo que Teresa y sus hijas se hallaban fatigadas en extremo : ni las súplicas de Fr. Gregorio, ni las buenas razones de Julián de Avila, ni aun las impacencias de Antonio Gaitán mejoraban la situación, que hubiera podido evitarse guiándose por el parecer de Teresa, que juzgaba más conveniente no detenerse á oír Misa ; pero al

consultarlo con el Capellán éste se opuso, y aunque los demás eran de la opinión de la fundadora, se siguió la del P. Avila por ser el más teólogo.

Los inmoderados gritos del pueblo, que como oleadas crecía por instantes, causaron tal sobresalto á Teresa que, según afirmó, fué bastante para que se le quitara del todo la calentura; en tal conflicto, y cuando ninguno sabía qué hacer, llegóse á ellos un hombre de mediana edad, robusto y persuasivo, que valiéndose, con unos de razones, y con otros de la fuerza, abrió camino á las monjas para entrar en la ermita; mas no se limitó á esto su buena voluntad, sino que las llevó á una capilla desde donde podían oír Misa sin que la gente las molestara, y en ella las cerró, y aun se puso á guardar la puerta.

«Yo os digo, hijas mías,—escribía la fundadora,—que, aunque no os parecerá quizá nada, fué éste uno de los malos ratos que he pasado, porque el alboroto era como si entrasen toros; así no vía la hora de salir de allí: aunque no había lugar para pasar cerca la fiesta, tuvimosla bajo un puente.» (*Fundaciones*, cap. XXIV, núm. 6.)

## VI

Cuando algunos días después llegaron á la reina del Betis, emporio entonces del comercio con las Indias, fueron á parar á una casa que el P. Mariano de San Benito les tenía prevenida. La santa Madre se sentía alegre; pareciale que lo más estaba hecho, y con las seguridades del Padre Gracián nada temía; pero la visita que aca-

bada de llegar recibió del P. Mariano, llenó su corazón de dudas y desconsuelos.

— Paréceme un sueño, — le dijo Teresa después de relatarle brevemente los trabajos y sufrimientos del viaje, — que he llegado, y mañana, con la toma de posesión, terminará un asunto que, según mi flaqueza de ánimo, he creído no poder acabar.

— ¿A qué esa priesa? — balbuceó el religioso. — Pues se halla en seguridad, repose un poco, que bien lo necesita.

— ¡Seguridad! — exclamó muy asombrada la santa Madre. — *No se puede lograr en ninguna cosa de esta vida.* (Morada III, cap. I, núm. 1.)

— Sin embargo, por el momento no tiene que temer su reverencia; Sevilla es tan piadosa que no ha de alcanzar menos en ella su perseverante virtud de lo que ha conseguido en otros pueblos.

— *El buen entendimiento suele hacer de la necesidad virtud.* (Morada V, cap. III, núm. 7.)

Y no lo digo por el mío, que harto ruin es, sino como verdad sabida, — contestó la fundadora recelosa de que las inusitadas retóricas del P. Mariano encubrieran algún género de dificultades, casi imposibles de vencer.

— Ya que he tenido el gusto de saludarla y darle el parabién por su feliz llegada, voy con su licencia á retirarme, para ver á varias personas que han de ser de provecho en la ocasión presente, — dijo después de un breve silencio el P. Mariano, que se hallaba visiblemente intranquilo.

— Id con Dios, y Él os guarde, — repuso con tristeza la religiosa, cada vez más cierta de que

no habían de ser flores las que alfombraran su camino en la capital de Andalucía.

Pronto se convenció de que no se equivocaba : el arzobispo D. Cristóbal de Rojas negó la licencia que el P. Gracián creía concedida de antemano : aseguraba el Prelado que no quería conventos pobres, lo cual equivalió á decir que no estaba dispuesto á permitir que se fundaran, y en vista de esto el P. Mariano fué á rogar á la santa Madre que admitiese renta, á lo que ella se negó resueltamente por la gran oposición que le tenía ; en tanto aumentaban de tal modo los trabajos, que sólo una blanca había sobrado á Teresa de los gastos del viaje, y no poseían sino muy escasamente la ropa de su uso.

Un amigo y antiguo compañero de Antonio Gaitán prestó á éste con que pagar á los carreos, que pudieron entonces volverse, y las religiosas quedaron en Sevilla bogando en tan proceloso mar de amarguras que fué conocido milagro no se anegasen en él.

Continuaba D. Cristóbal firme en la idea de que no se fundara convento de carmelitas descalzas ; pues aunque amaba la reforma de la Orden, no se le ocultaban los inconvenientes de vivir de limosna : por su gusto hubiera repartido á las religiosas en los monasterios de la ciudad, para que con su ejemplo las mejorasen ; mas no quería que se constituyeran en comunidad ; al fin, rogado del P. Mariano y apremiado por cartas del P. Gracián, que era el más afligido de tantas dilaciones (por lo mismo que se debía á su mandato la iniciativa de la empresa), condescendió el Arzobispo con que tuvieran Misa en

casa, si bien dando orden expresa de que ni se pusiera el Santísimo, ni se tomara posesión.

Uno de los sacerdotes que asistían á D. Cristóbal de Rojas fué encargado por éste de celebrar la primera Misa el día 29 de Mayo de 1575 : mandó decir al mismo tiempo que no tardaría en visitarlas ; mas cuando estos favores parecían darles derechos de alimentar esperanzas , nuevos obstáculos puestos por algunas Religiones produjeron amargas penas á la santa Madre.

*Bienaventurados los que lloran , porque ellos serán consolados*, ha dicho el Señor, y esta verdad suavísima se probó cumplidamente en todas las circunstancias que rodeaban á Teresa de Jesús ; cuando Dios consideraba que había deseado bastante el alivio, se lo concedía según la grandeza de su misericordia.

Un día, cuando menos esperaban tal consuelo, el Arzobispo fué á visitar á las humildes Hijas del Carmelo ; agradóse de sus virtudes, y se llenó de veneración para con la fundadora ; así es que aceptó benévolo las explicaciones que ésta le dió de su conducta, otorgándole cuanto deseaba ; sólo se mantuvo inflexible en no consentir que tuviesen á Nuestro Señor Sacramentado hasta que viviesen casa propia.







## CAPITULO II

—  
EN SEVILLA

### I

**N**ADIE pudiera juzgar — dice Teresa de Jesús — que en una ciudad tan populosa como Sevilla y de gente tan rica, hubiese menos aparejo para fundar que en todas las partes que había estado; húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos era bien tener monasterio en aquel lugar; no sé si es el mismo clima de la tierra, que he oído decir tienen allí los demonios más mano para tentar, que se la debe dar Dios, y en ésta me tentaron á mí, que nunca en mi vida me vi más cobarde y pusilánime, que de cierto ni á mí misma me conocía; bien que la confianza que suelo tener en Nuestro Señor no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener en estas cosas, que entendía apartaba en parte su mano el Señor, para que Él quedase en su ser y viese yo

que si había tenido ánimo no era mío.» (*Fundaciones*, cap. XXV, núm. 1.)

Muchos meses hacía que se hallaban las religiosas en la casa alquilada, desprovistas de todo; el estado de aquella mansión ruinosa les dejaba sentir los calores con gran intensidad; pues como los patios carecían de toldos, bañábalos el sol, causando molestias á la Comunidad, á que contribuían las capas y túnicas de grueso sayal; como consecuencia de la rigurosa temperatura los males de Teresa habían aumentado, exacerbándolos más el disgusto que la consumía al pensar que tantas personas como demostraban deseos de entrar en la Orden antes que ella viniese á Sevilla, se retraían temerosas de la severa Regla que debían guardar; y aunque de aquí sacaba provechosas lecciones de lo poco que se puede fiar en humanas promesas, no por eso dejaba de afligirse. Si no hubiera sido por el empeño del P. Gracián, la santa Madre habría renunciado á seguir la fundación y emprendido el viaje á Caravaca.

De cuantas personas piadosas esperaba auxilios el P. Mariano, sólo el venerable Prior de la Cartuja favorecía á las desamparadas religiosas, abasteciéndolas diariamente del sustento necesario; otro Padre llamado García Alvarez venía á decirles Misa; pero en todo pasaban tantas estrechuras, que era milagro juntar el cabo de un mes con el principio de otro.

—¿Qué hacer?—decíase muchas veces la fundadora.—¿De dónde vendrán recursos? ¿Cómo realizaremos esta obra?

Tocábale á Dios dar milagroso remedio á tantos males, y no quiso hacerlo esperar más tiempo.

## II

Llegó un día al torno una doncella, y preguntó por la santa Madre; ésta, que por enferma que se hallara nunca dejaba de recibir, la hizo pasar á la pieza que servía de locutorio. Desde la primer mirada que le dirigió agradóse de la recién venida, y aun sintió impulsos de simpatía misteriosa. Representaba veintiocho años; era de buena estatura; facciones regulares sin ser bellas; ojos azules, y el cabello ni oro ni ébano, sino un castaño claro muy agradable á la vista; su mirar humilde; algunos hilos de plata que brillaban en la rica madeja de las trenzas; la expresión seria y pensadora del rostro, y la grave compostura de toda su persona, mostraban que recios combates de amargas penas habían atormentado tan corta vida; venía sola y recomendada por el P. Gracián á pretender que la admitieran entre las Hijas del Carmelo, y bien merece referirse aquí su historia, no como ella por modestia la relató á la fundadora, sino con los hermosos pormenores que realzan sus virtudes.

Era Beatriz Cardona hija de unos honrados montañeses que gozaban descansada vida con las rentas de su fortuna holgada; mas como la codicia es hidrópica sed que nunca se satisface, este matrimonio, que de nada carecía, tenía puestos los ojos y el alma en los bienes de una anciana parienta, tía de la esposa, y por lograr tal herencia se hubieran impuesto los mayores sacrificios. Comprendíalo así la señora; y aunque Beatriz y un hermano fuesen los únicos que de numerosa

prole conservaban los padres, quiso tener á la niña consigo, segura que no se la negarían si como hija la solicitaban; formuló su propuesta, y no se engañó, pues se apresuraron á entregársela, y aun se tuvieron por los más contentos de la tierra.

Pero como las personas que han vivido solas mucho tiempo (máxime si son ricas) suelen estar rodeadas de otras que consideran toda novedad en perjuicio de sus intereses (que en fuerza de manejar los de sus amos acaban por creerlos propios), sucedió que la señora tenía tres sirvientas, dos de ellas hermanas, una soltera y otra viuda, con una niña, ahijada y doncella de la anciana, y puede juzgarse cómo mirarían estas pobres esclavas del interés la llegada de Beatriz, que apenas contaría siete años; con qué mortal envidia verían así sus gracias infantiles, como las caricias de que su tía la colmaba, y sobre todo qué herida recibirían sus esperanzas al comprender que la futura dueña de cuanto allí había era la sobrina.

Beatriz por su parte, dócil, cariñosa y agradecida á los halagos con que la trataban, adelantaba inconscientemente más con su mérito, que las otras con serviles adulaciones. Aunque tan niña, la razón, que en ella adelantaba á la edad, le sugería mil delicadezas encantadoras para la señora, y le hacían felicitarse por la dichosa idea que había tenido.

Veíase de continuo á la doncellita, juiciosa y aplicada, acompañar á su tía y distraerla con la lectura de libros piadosos, á que mostraba gran afición; hacía labor junto á ella otras veces y conversaba como persona formal; acudía con el ja-

rabe ó refresco cuando la tos molestaba á la anciana ; colocaba en el sillón la almohada para que reposara la siesta ; mullía el cojín donde apoyaba los pies ; cerraba la puerta para que no le dañase la corriente de aire ; dejaba caer el tapiz cuando un rayo de sol podía ofenderla ; avivaba el fuego del brasero si se quejaba de frío , y quemaba en él los perfumes que más le agradaban. Siempre activa y previsora , iluminaba la casa con su presencia , como pudiera hacerlo la más risueña alborada.

Una mañana entró la mayor de las sirvientas en la alcoba de su ama , que por hallarse algo enferma no se había levantado la primera , cual solía. Su trastornado semblante mostraba tal espanto , que la señora se asustó al verla.

—¿Qué pasa?—preguntó , mientras se incorporaba con la alarma del que recela graves daños en su hacienda.

—¡Ay, señora de mi alma!—exclamó la hipócrita , que ayudaba con lágrimas su farsa;—vengo muerta de horror.

—¿Pero qué sucede? ¿Has visto ladrones?

Estos eran la constante pesadilla de la rica dama.

—¡Ojalá! —repuso la criada con visible estremecimiento;—mil veces peor.

—¡Acaba!...

—La niña...

Y la criada se interrumpió como si no le fuera posible continuar.

—¡Dulce Jesús mío! ¿le ha sucedido algo?—exclamó la anciana asustadísima de tal idea.

—¡Más nos valiera á todos! —murmuró la

mujer:— lo que pasa es más malo que si el Señor la hubiese llamado á sí de repente.

Y se aproximó hasta poner la boca junto al oído de su dueña para seguir de este modo:

—Quiere matar á vuesa merced, y me ha dado algunos maravedises para que se los gaste en solimán, que se propone echar luego en el refresco que le trae todas las mañanas; me ha encargado mucho el secreto, y prometido grandes regalos si voy al instante por él. Mi hermana y mi hija, que estaban en la cámara inmediata, se han impuesto de todo y lo afirman como yo. Horrorizada de tal infamia, he venido á decirlo á su merced; pero á la par le ruego por todos los santos que no me descubra ni la castigue, porque no me tome ojeriza; mas que se prevenga y la cele, pues si ahora, por ser yo la que había de traer el veneno, ha podido pararse el golpe, puede dar con persona que tenga menos ley á vuesa merced y sea el daño irremediable:

Guardó aquí silencio la calumniadora, mientras su ama, trémula y con el cabello erizado, colérica como agraviada é imponente como superior, exclamaba entre suspiros y convulsivos sollozos:

— ¡Ella! ¡ella, la niña mimada y querida, en quien juzgaba tener el consuelo de mi ancianidad! ¡Ella envenenadora, si no de hecho, al menos de intención! ¡Infame, desagradecida! ¿Será posible que le tardara ya heredarme?

—¿Quién sabe si ha sido aconsejada, y entonces la pobrecita no tiene culpa?— dijo muy bajito la sirvienta, con la villana intención de hacer extensiva la cólera de su ama á toda la familia de Beatriz.

— ¡ Ah! — exclamó la ofendida, como si aquellas frases le hicieran vislumbrar un abismo de crímenes posibles.

Asomaba entonces la niña, risueña como de costumbre; su cabello, casi rubio, formaba cual aureola de oro en torno de la serena frente; iba á adelantarse hasta el lecho para besar la mano y dar los buenos días á su anciana parienta, cuando ésta, con terrible expresión de cólera, la rechazó violentamente y gritó:

— ¡ Vete, vete, desgraciada! ¡ Vete adonde no te vea más mientras me dure la vida!

Asustada la inocente de tal recibimiento, que estaba lejos de esperar, quedó sin saber qué hacer ni qué decir; llenáronse sus ojos de lágrimas, y permaneció anonadada por tan iracundo é inesperado apóstrofe.

— Llévatela, — añadió la señora; — que llamen á su madre y la quite de mi casa para siempre.

La criada no se hizo repetir esta orden; aprovechó el pasmo de la criatura para asirla brutalmente de un brazo y salir con ella, mientras las otras criadas acudían á su dueña y llenaban la casa de gritos y confusión.

### III

La madre de Beatriz llegó desolada; loca de vergüenza y horror oyó la historia del crimen que achacaban á su hija, y permitió Dios que, tanto ella como su marido y la tía, creyeran sin más informaciones la odiosa calumnia; maldecidos, insultados y, lo que sentían más, desheredados, abandonaron la casa los esposos, lleván-

dose á la niña, y puede calcularse cómo irían de enañados contra la pobre víctima de tan vil maquinación.

Como era natural, quedaron dueñas del campo las sirvientes, y no hay para qué decir si se esmerarían en adular á su dueña á fin de que no echase de menos el candoroso afecto de la sobrina. Esta entretanto era sometida al ejecutivo é inapelable tribunal de la justicia paterna, sufriendo, no sólo tortura ordinaria, sino la que podríamos llamar extraordinaria, para obligarla á confesar el imaginario delito.

Bien mostraban lo que padecía los miembros acardenalados de la infeliz criatura, la palidez cadavérica de su rostro y la tristeza que la abatía; en vano su hermanito procuraba defenderla, pues sólo conseguía participar de los injustos castigos. Milagro fué que, azotada cruelmente, privada de cuanto podía serle grato, martirizada y afligida por sus padres, que vengaban en ella, como honrados y codiciosos, la mancha arrojada en su nombre y la ruina de esperanzas acariciadas largo tiempo; milagro fué, repetimos, que su inocencia le diera valor para confesarla siempre, y no se declarara culpable por evitar tan prolongado martirio.

#### IV

Habría pasado escasamente un año cuando la hija de la sirvienta, casada ya y en vísperas de ser madre, llegó una tarde atribulada y llorosa en casa de Beatriz para rogar encarecidamente á ésta que fuese al momento á la morada de su tía.

—¿Pero qué sucede?—exclamaron los padres de la niña llenos de zozobra.

—¡Ay!—respondió la mensajera entre sollozos. — Que mi madre y su hermana, heridas de repentino mal, cuyos extraños síntomas resisten á todos los cálculos de la ciencia, agonizan por instantes, y llaman con urgencia á vuestra hija para pedirle perdón.

Aterrados los esposos al ver de qué manera volvía Dios por la inocencia que ellos habían desconocido, se apresuraron á llevar á Beatriz; recibíola su anciana parienta con lágrimas y abrazos, y condujo á la familia á una estancia donde, rodeadas de médicos y de religiosos que las auxiliaban, luchaban las calumniadoras con la muerte en medio de crueles sufrimientos.

— Créame su reverencia, — dijo Beatriz al llegar á este punto de su relato, que Teresa de Jesús escuchaba muy conmovida, — hubiera preferido ser castigada el resto de mis días á que se descubriera la verdad á tal costa. Murieron como con rabia, y quedé tan compadecida que las lloré mucho tiempo, y rogaré por sus almas mientras el Señor conserve mi existencia. Ni los halagos de mi tía, ni las caricias con que mis padres quisieron compensar los malos tratos que sufrí, pudieron consolarme de aquel tristísimo suceso.

No tuvo mejor suerte la tercera de las criadas; algunos meses después llególe la hora de dar á luz, y murió entre los dolores y torturas del terrible trance.

Beatriz volvió á ser la inseparable compañera de su tía, y vivió con ella hasta cerrarle piadosamente los ojos; tornó luego á casa de sus pa-

dres sola ya, pues el hermano que la defendió en las tribulaciones había muerto antes que la anciana parienta. Y ella se conducía tan humildemente como si no fuese una de las más ricas herederas de la ciudad, y parecía olvidar que los autores de sus días, habiendo logrado de la pasada reconciliación la herencia apetecida, desvanecidos por el orgullo, mostraban gran ostentación y soñaban para su hija el más brillante porvenir.

Pero la joven, encerrada en su honesto recato, estimaba poco las glorias de la vida (como quien conocía á fondo sus amarguras), y no mostraba ninguna voluntad de galanteos por honrados que fueran; guardaba en el alma un voto hecho á la edad de doce años, en que, leyendo un día las virtudes de los ermitaños del Monte Carmelo, cobró afecto á la Orden de Nuestra Señora y ofreció ser monja carmelita tan pronto como pudiera.

Al principio consintieron sus padres en que practicara ejercicios de oración y soledad; mas pronto se cansaron de verla hacer vida casi de religiosa; y como al mismo tiempo la pretendía un hidalgo montañés que reunía, á lo galán y letrado, gruesa hacienda con que sustentar su casa y familia, como llenaba cumplidamente sus deseos, parecíanles necesidad tales caprichos, y le declararon su voluntad de que se realizara el matrimonio que ya tenían concertado. Echóse á llorar Beatriz llena de congoja, y no halló mejor defensa que declarar su voto y rogar humildemente que le dejaran cumplirlo. Furiosos y maravillados los autores de sus días al oír tan sencilla confesión, volvieron á la costumbre de maltratarla con tal ensañamiento como si fueran

sus más encarnizados enemigos; no contentos esta vez con golpes é insultos, hicieron con ella verdaderas crueldades, que fué milagro no acabarla en sus manos; llenábanla continuamente de oprobios, y hasta creían que por ocultar algún secreto de vergüenza rehusaba casarse. ¡Tal les cegaba el enemigo para no ver la virtud de tan honesta doncella, que jamás se había separado de su familia, ni puesto sus ojos ni persona en ocasión de perderse!

Tres meses estuvo enferma Beatriz de los rigores padecidos, y al cabo de ellos, ya convaleciente, fué un día de la Candelaria al convento dominico de San Pablo, donde la Comunidad celebraba tal fiesta con gran ostentación; para esto conducían desde su capilla al altar mayor la hermosa imagen de la Virgen del Rosario con el Niño Jesús de mantillas, simbolizando la ceremonia de la presentación en el templo el precioso y labrado cirio que ardía ante la Madre de Dios, y la cestilla puesta á sus pies con las blancas palomas de la ofrenda.

Olvidaba la hija de Cardona sus pesares para disfrutar los dulces consuelos de la oración, cuando de pronto vió á su lado un religioso de hábito pardo y capa blanca, con el rostro tan fresco que parecía lleno de resplandores; tenía la barba muy larga, y le caía sobre el pecho como una madeja de hilos de plata; mirábala piadoso, y mientras Beatriz, confusa, se preguntaba quién sería, la santiguó tres veces y dijo bastante alto para que le oyeran cuantas personas había alrededor:

—«¡Beatriz, Dios te haga fuerte!» (*Fundaciones*, cap. XXVI, núm. 6.)

Después se alejó con lentitud, dejando á todos asombrados, y se perdió entre el numeroso pueblo que llenaba la iglesia.

—¿Quién es, hija?—le preguntó su madre, que se hallaba junto á ella.

—No lo sé,—repuso la joven:—yo creí que vuesa merced le conocía.

Cardona, que estaba algo detrás pero que también se había impuesto del extraño caso, trató con empeño de buscar al religioso; pero ni él ni nadie le volvieron á ver.

Algunos años después de este suceso, vinieron á Sevilla los primeros descalzos; y tal era su fama de virtud y letras, que atraían numeroso concurso dondequiera que explicaban las verdades eternas. Con motivo de una misión que hacían en Triana fué Beatriz, y al ver salir al predicador recordó admirada el hábito del aparecido, y le halló en todo conforme al que entonces veía. Resuelta á consultarlo y pedirle informes de la Orden que profesaba, que era, sin duda, en la que ella quería consagrarse á Dios, determinó confesarse con él, lo cual no era empresa fácil, pues había muchas personas animadas del mismo deseo; así llegó repetidas veces, sin conseguir la ocasión que anhelaba. La austera gravedad del P. Gracián, que era uno de ellos, imponía respeto, y la timidez de la doncella creaba cada día nuevos inconvenientes. Tal vez se hubiera prolongado mucho tiempo esta penosa situación si no se aproximara á Beatriz una mañana cierta buena mujer, que, viéndola llorosa, se informó del motivo de su pena, y propuesta á remediarla, fuése al P. Gracián y le habló tan eficaz-

mente que éste consintió en escuchar al punto á la hija de Cardona.

Enternecióle el relato de su vida; y dispuesto á ayudarla en el logro de sus piadosos deseos, la consoló animándola á perseverar. Después habló de ella á Teresa de Jesús, y ésta fué la causa de que la fundadora experimentará al oír su nombre tan viva simpatía.

Era la primer novicia que se aceptaba en Sevilla, y la santa Madre quiso que la toma de hábito se hiciera en secreto; pues aunque por su mayor edad Beatriz podía elegir estado, la recia condición de sus padres hacía temer que hubiera disgustos; valióse la doncella de una anciana con quien le permitían salir, y una tarde se fué á la portería, donde Teresa la recibió como á una hija querida largo tiempo deseada.

Grande fué el enojo de Cardona y su mujer; pero tan suaves razonamientos les hizo la fundadora que les calmó enteramente y aun trocó en amor para la virtuosa joven el violento furor que experimentaban contra ella. Tales fueron los efectos de todo aquello, que al morir el padre un año después, la viuda tomó el hábito y profesó en el mismo convento, por no separarse de la que era su único lazo de amor en el mundo.

Contéplese ahora mucho por cuáles caminos quiso la Providencia divina que aquella enorme fortuna, despertadora de tantas malas pasiones y derramadora de tantas lágrimas, viniese á ser la piedra sobre que se fundó el convento de Sevilla, y el consuelo de las congojas que la falta de recursos producía en Teresa de Jesús.

## V

Las que en lenguaje moderno son llamadas personas *nerviosas* ó *maniáticas*, solían llamarse en la época que referimos gente *sujeta á accidentes de melancolía*, y para probar la paciente virtud de las descalzas hubo de padecerlos otra doncella que tomó el hábito algunos meses después que Beatriz.

La fundadora, que velaba incansable por dirigir su pequeña grey á la perfección espiritual, trató de vencer la voluntad de aquella joven y ordenarle las devociones y penitencias, con absoluta prohibición de hacer ninguna sin permiso de la Prelada; este mandato fué la piedra de toque donde se mostró el oropel de aquella virtud: irascible, desobediente y altiva, llegó á ser necesario despedirla, y vengó la humillación recibida con propalar calumniosas especies contra la Comunidad. Apoyábala un sacerdote de inteligencia limitada, que, lleno de falso celo, levantó tal nublado de contradicciones, denuncias y mentiras, que se conmovió la ciudad y las carmelitas fueron el tema de las ociosas conversaciones.

Con el pretexto de consultar el asunto, no dejaba el clérigo de hablar á cuantos podía, así religiosos como seglares, mientras la novicia, yendo más lejos, daba cuenta al Santo Oficio y acusaba á las descalzas de confesarse unas con otras, y tomaba por motivo de esta delación lo que ordenaba hasta el presente la Regla, á saber: que cada una debía dar mensualmente cuenta del estado de su espíritu á la Prelada.

Las inocentes víctimas, que nada ignoraban de lo que se tramaba contra ellas, vivían, si no temerosas, al menos apercibidas á padecer cuanto fuera voluntad de Dios.

El deseo de favorecer á la santa Madre hizo al P. Gracián dejar á Madrid y venir apresuradamente á Sevilla; á pesar de que llegó fatigadísimo, no quiso demorar la visita para el día siguiente, y se dirigió al convento; sorprendióse al verlo rodeado de esbirros, y comprendió que el Santo Tribunal había penetrado en él: una compacta multitud se agrupaba silenciosa en los extremos de la calle, como si esperase por momentos ver salir presas aquellas santas mujeres, que en tan diversas opiniones andaban. El P. Gracián penetró con ánimo entero, decidido á tomar la defensa de las acusadas y aclarar la verdad de los hechos, y halló á Teresa de Jesús tranquila y risueña; pues la inocencia de su conducta, proclamada altamente por el Santo Oficio, había brillado como el sol.

A los trabajos pasados se unieron pronto angustias de diversas clases y tal cúmulo de sufrimientos, que hicieron decir á la sierva de Dios: *Después de la fundación de San José de Avila, en ninguna he pasado lo que en Sevilla.* (P. Yepes, lib. II, fol. 390.)

## VI

Lejos de perder alientos Teresa de Jesús con el mal resultado que tenían sus asuntos en la reina del Betis, procuraba al mismo tiempo nueva fundación en la villa de Caravaca.

Promovíanla tres doncellas apellidadas Doña

Francisca Laojosa, Doña Francisca de Moya y Doña Francisca Tauste, que habían hecho las primeras gestiones cuando concluía la de Veas : á sus cartas, llenas de ansiosos extremos, contestó la santa Madre enviando al P. Julián de Avila y Antonio Gaitán para saber por ellos qué debía hacerse.

Llegaron, pues, los que pudieran llamarse exploradores, y hallaron más ventajas que nunca se hubieran atrevido á esperar : la devoción de las doncellas susodichas era grande, su deseo de entrar en Religión vehementísimo, y la hacienda capaz de mantener holgadamente al monasterio. Dada cuenta de lo que pasaba á la fundadora, solicitó ésta del Rey la gracia que pedían, que era licencia del Consejo de Ordenes, á que pertenecía Caravaca, lo que fué otorgado inmediatamente.

Con tan buen despacho se facilitó lo demás, y el día del Dulce Nombre de Jesús, año 1576, se tomó posesión del nuevo convento de San José, cuya solemnidad aumentó la toma de hábito de dos de las doncellas, fiesta llena de tierna devoción que presidió Ana de San Alberto, venida expresamente de Malagón para ser Priora de la naciente Comunidad.

Mientras esto sucedía en Caravaca, retirada en su celda de Sevilla, sola y entregada á mil tristes pero santos pensamientos, Teresa de Jesús se daba cuenta de la verdadera situación en que se hallaba. Veíase al cabo de un año en la misma incertidumbre que el día de haberse dicho la primera Misa ; porque la capital de Andalucía, indiferente á los cuidados que la agobiaban y divertida en fútiles caprichos, ni pensaba en las descalzas, ni

tendía una mano protectora á la que sufría mil muertes con tantas dilaciones.

La falta de casa se veía cada vez más, y las esperanzas, apenas concebidas, se desvanecían como el humo; cuantas personas habían ofrecido proporcionarla ó allegar recursos para cubrir los precisos gastos, se retraían de tan buenos propósitos, y una dolorosa experiencia probaba á la santa Madre que la ligereza del carácter meridional, tan fácil de impresionarse como de olvidar, hacía verdadero el adagio de que no tenían palabra mala ni obra buena.

Pensaba en todo esto, y con ruegos y lágrimas imploraba la misericordia del Señor, cuando, después de pedir la venia, entró en la celda la novicia Beatriz.

—Reverenda Madre,—dijo,—acaba de llegar Antonio Gaitán, y quiere hablarle.

—Que pase al locutorio,—repuso la fundadora.

Y bajó á saber qué novedades le traía aquel fiel amigo.

El rostro de Antonio Gaitán presentaba un conjunto de extrañas sensaciones: estaba trémulo, sumamente pálido, medio lloroso y medio risueño. Su trastorno era tal, que Teresa, sorprendida, no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué sucede?

—Nada de particular, reverenda Madre,—repuso el interpelado con un tono que desmentía sus palabras.

—Vaya, diga lo que hay,—insistió Teresa, cada vez más segura de la gravedad del acontecimiento que le callaban;—ya sabe que nada me

inquieta ni me sorprende, « porque tengo por cierto que todo nuestro bien estriba en rendirnos á la voluntad de Dios ». (*Morada II*, capítulo III, núm. 3.)

—Vengo de la Torre del Oro,—dijo sin detenerse á respirar Antonio Gaitán:—lo apacible del día convidaba á dar un paseo, y la Providencia me guió para que presenciara la llegada de una flota de las Indias.

—¿Qué dice vuesa merced?—interrumpió con algún sobresalto la religiosa.

—La multitud que llenaba las orillas del río,—prosiguió Gaitán como si no la hubiese oído,—y la que coronaba las murallas, me hizo caer en la cuenta, porque ni en sueños me acordaba de tal cosa. Mezcléme en un grupo de comerciantes y corredores de lonja que trataban de sus asuntos, y mientras les oía con indiferencia ponía el alma en los ojos, y miraba á las galeras pensando que tal vez traerían cartas de mi señor vuestro hermano D. Lorenzo.

—En verdad, hace mucho tiempo que no sé de él; Dios le tenga en su santa guarda dondequiera que se halle.

—Digo, pues,—continuó Gaitán, cuyo trastorno crecía,—que entre la muchedumbre que desembarcaba me llamó la atención un anciano con una doncella y dos mancebos, que me parecieron sus hijos. La fisonomía del padre no me era desconocida, pero no podía atinar dónde le había visto. Acompañaba á esta familia gran número de criados y esclavos que mostraban su calidad y riqueza; en fin, Madre, no quiero cansarla, y voy á concluir; me encargaron que diese la

noticia poco á poco, pero no me ha criado el Señor para retóricas, y estoy cierto que todo lo ha comprendido su reverencia desde la primer palabra.

Teresa sonrió bajo su velo, porque hacía rato que el corazón apresuraba sus latidos, y con el pensamiento formulaba un himno de gratitud á la bondad de Dios. En tanto Antonio Gaitán proseguía atropelladamente:

—La cara que he creído conocer no la he visto hasta hoy, pero es el vivo retrato de su reverencia, porque la persona que ha llegado es el señor Lorenzo de Cepeda con sus hijos y servidumbre.

—¡Alabada sea mil veces la bondad de Dios! —exclamé con reposado acento la fundadora;— aun es temprano, y puedo tener la alegría de verlos si vuesa merced hace la caridad de conducirles aquí lo más pronto que pueda.

—Se han anticipado al deseo de su reverencia, y esperan en la portería.

—Entonces, ¿qué aguarda? ¿Cree tal vez que el gozo dañe? No tema, que razonable es sentirlo con cristiana cordura y no dar lugar á que justamente se diga *que vive engañado el que toma contento por cosas de la tierra.* (*Fundaciones*, cap. XXVII, núm. 11.)

¡Admirable manera de recibir la mayor de las alegrías que el Señor podía enviarle! Para dominar de tal modo los afectos, preciso es ser tan del Cielo como lo era Teresa de Jesús.

Antonio Gaitán abrió la puerta y dijo en alta voz:

—¡Entre vuesa merced, señor Lorenzo de Cepeda!

¡Oh qué dulcemente resonó este nombre en

el corazón de la santa Madre! ; Para comprender lo que sentía preciso es haber llorado ausente muchos años á un ser querido! Porque no extingue ni mata la vida religiosa los afectos del alma, sino que los regula y los refrena.

## VII

Lorenzo de Cepeda entró anhelante , con los ojos llenos de lágrimas y el corazón henchido de alegría; sin poder pronunciar ni una palabra tendió los brazos hacia las rejas que le separaban de su hermana, y permaneció inmóvil ante aquella que no había visto en treinta y cuatro años.

— ¡ Bien venido sea vuesa merced, y el Señor le colme de gracias, así como á sus hijos! — exclamó con vibrante acento Teresa de Jesús.

Esta voz amada tornó á la realidad al pobre caballero ; lágrimas silenciosas bañaron sus mejillas , mientras pronunciaba todas las tiernas frases que encerraba su pecho. ¡ Ay , cuán variado le encontraba la santa Madre ! En vez del galán mancebo que se ausentó de Avila, veía un hombre casi anciano, encorvado y pálido, ralo el cabello y descubierta la cabeza por temprana calvicie ; toda su persona revelaba el sello de esas afecciones que una larga permanencia en América hace contraer á los europeos ; tósigos lentos unas veces, y activos otras, que minan la existencia, y contra los cuales no se hallan fácilmente remedios. Cuanto más le miraba la fundadora, más se convencía que el edificio de su riqueza había costado á Lorenzo la salud, y pensaba con mucho acierto que no sólo ésta, sino

la paz de su alma, debía haber sufrido gravemente en tantos años de luchas y congojas, *porque donde el hombre tiene su tesoro tiene también el corazón.* (*Morada I*, cap. I, núm. 8.)

Pero si la santa Madre experimentó hondo pesar al ver cómo el tiempo y los trabajos habían trocado á Cepeda, en cambio sintió gran complacencia al mirar á sus hijos, que, dotados de varonil hermosura, mostraban un porte de nobleza que prometía engrandecer los timbres de su familia. La doncella, que apenas dejaba de ser niña, era morena, con grandes ojos negros, dulces y atractivos, realzando su belleza un mirar honesto y un agrado que llevaba tras sí los corazones.

Desde los primeros momentos Antonio Gaitán se había retirado prudentemente, y los dos hermanos hablaban con la expansión natural de su sincero cariño: ni Lorenzo se cansaba de hacer preguntas, ni los jóvenes de escuchar las sabias razones y discretos consejos que como delicadas flores esmaltaban la conversación de la santa Madre: así, ninguno hubiera podido marcar la duración de la primera entrevista.

La campana que llamaba á coro les hizo separarse; todos estaban alegres, aunque por causas distintas. Teresa de Jesús gozaba, además del placer de la sorpresa que había recibido, la grata esperanza de que se aclarase el horizonte de la fundación, según las promesas que Lorenzo le hizo. La doncella de Cepeda, que llevaba el nombre de su tía, miraba á ésta como la madre que plugo al Señor llamar á sí, y experimentaba tal afición por ella que hasta deseaba acompañarla en el claustro; en cuanto á los mancebos, sen-

tían gran veneración por la hermana de su padre, y guardaban en el fondo del alma los saludables conceptos que acababan de oírle expresar; Cepeda, en fin, daba gracias á Dios por el tesoro de virtudes con que había enriquecido á su amada Teresa.

## VIII

El interés que despertó en el rico indiano la situación en que se hallaba la fundadora, fué el medio de que se valió la Providencia para proteger á las Hijas del Carmelo; siendo la casa la más urgente necesidad, acudieron á ella lo primero, y muchas personas se dedicaron á buscarla; pero como el enemigo continuaba en poner dificultades, ni los más prácticos en tales negocios hallaban nada que conviniera, á pesar de que las religiosas multiplicaban sus ruegos, y en especial la santa Madre, que vivía en perpetua oración y repetía sin cesar:

—*¡Señor, pues son vuestras esposas y tienen tanto deseo de contentaros, dadles casa!*

Una mañana, en fin, la voz del Esposo respondió:

—*Ya os he oído, dejadme á mí. (Fundaciones, cap. XXV, núm. 3.)*

Al fin pareció casa, y no faltaba sino firmar las escrituras cuando se descubrieron los tributos y gravámenes que tenía, y quiso Dios que pudieran deshacer los tratos á pesar de la mala fe de quien la ofrecía. *Salimos del concierto,* — dice la santa Madre, — *que fué harta merced de Nuestro Señor, porque ni en toda la vida de*

las que estaban se acabara de labrar la casa. (Fundaciones, cap. XXV, núm. 3.)

García Alvarez trajo noticias de otra; y vista aquel mismo día, pareció convenir y se trató de escriturarla; mas como Lorenzo ignoraba los trámites que para ello debían seguirse, confió el negocio á sujetos que, poco entendidos ó sobrado maliciosos, cometieron un yerro de que se culpó á Cepeda, y por el cual quisieron reducirle á prisión. Extranjero en su patria, perseguido por los que anhelaban sacar de la fortuna que poseía crecida cantidad sin arriesgar nada para ello, el indiano tuvo que ocultarse mientras se averiguaba la verdad, y en tanto confió su hija á Teresa.

Julián de Avila y García Alvarez se encargaron de conducir á las religiosas á la nueva morada; pero entonces los Padres franciscos, en cuya vecindad se hallaba, se opusieron abiertamente, y hasta amenazaron con echarlas si se atrevían á ir. Viendo que ni buenas razones ni influencias de ningún género podían calmar tan injusta oposición, la santa Madre determinó trasladarse en secreto, y una noche oscura, se puso en marcha con María de San José, á quien tenía nombrada Priora. Seguían las otras dos religiosas tan amedrentadas, que decían temblando al capellán y á García Alvarez que las acompañaban:

—*Miren esas sombras, mis Padres. ¿Serán frailes franciscos?*

## IX

Cuando al amanecer dijo García Alvarez la primera Misa, que oyó la Comunidad, fué cuando los hijos del Serafín de Asís notaron que las descalzas ocupaban su casa; llevaronlo tan á mal, que, á no estar las escrituras muy bien aseguradas, hubieran conseguido arrojarlas de aquel local; mas todo quedó reducido á inútiles gestiones, y ellas libres de temor.

«¡Oh, Jesús! ¡Qué de ellos he pasado al tomar las posesiones!—decía la santa Madre al referir este caso.— Considero si no yendo á hacer mal, sino en servicio de Dios, se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le van á hacer contra Dios y contra el prójimo? No sé qué ganancia ni qué gusto pueden buscar con tal contrapeso.» (*Fundaciones*, cap. XXV, núm. 5.)

Cuando, después de cerca de un mes que duró la obra, quiso Teresa que se pusiera el Santísimo Sacramento sin ostentación alguna, temerosa que la envidia renovara las pasadas querellas, tuvo que ceder ante la opinión de García Alvarez y el prior de Santa María de las Cuevas, que determinaron se hiciera con tal solemnidad como jamás tuvieran memoria los sevillanos de haber celebrado un acontecimiento de esta clase. Así, hablaron á D. Cristóbal de Rojas; y éste, no sólo condescendió á lo que deseaban, sino que quiso autorizar el acto con su presencia y el concurso de muchas Cofradías y Hermandades, á quienes convidó para dar mayor realce á la fiesta.

Mientras el vecindario se esmeraba en ador-

nar primorosamente las plazas y calles, las monjas agotaban en la iglesia y clausura las más delicadas combinaciones. Los altares lucían en la primera sedas muy finas, encajes, galas y riquezas; entre las muchas invenciones sobresalía una fuente, cuyo surtidor era de agua de azahar; por doquiera se veían canastillas, macetas, *boscajes* y ramilletes de flores; los arcos de la clausura donde se abría la puerta estaban cubiertos de tafetanes carmesí y amarillo, y las columnas vestidas de hojas verdes; muchas de éstas y rosas deshojadas alfombraban el pavimento.

A la novedad de tan lucidos festejos se despobló Sevilla; mas al ver el aparato de la ostentosa procesión que presidía el Arzobispo, llevando bajo palio al divino Sacramento, subió de punto el entusiasmo popular; aunque muy capaz la iglesia, no bastaba á contener la muchedumbre, y los que no hallaban cabida en el adornado templo gozaban fuera de los alegres repiques y divertidos juegos de pólvora; pero cuando terminaba la procesión acaeció un suceso digno de mencionarse.

Mal dirigida una de las piezas, prendió de pronto, y enormes llamaradas hicieron temer los horrores de un incendio. Por fortuna la alarma cesó en breve, pero se creyó que los tafetanes estarían hechos ceniza: bajáronlos apresuradamente, y se vió con asombro que no tenían defecto alguno, á pesar de que las piedras sobre que estaban aparecían negras de las llamas y el humo. Todos tuvieron el caso por milagroso, y más las monjas, que daban gracias á Dios, pues las sedas eran prestadas, y de quemarse ó deslu-

cirse hubieran tenido que pagarlas con otras. La alegría que tan faustos sucesos dieron á la fundadora la expresa en estas líneas, puestas á continuación de las que trazó para describirlos, á fin de que sus hijas tuvieran detalles de lo que no pudieron ver :

« He aquí las pobres descalzas honradas de todos, que no se parecía este tiempo al de antes, que ni agua había de haber para ellas, aunque hay harta en aquel río.» (*Fundaciones*, capítulo XXV, núm. 8.)





## CAPITULO III

### NUEVOS CONTRARIOS

#### I

**E**L domingo antes de Pascua de Espiritu Santo fué la solemnidad que hemos descrito; y precisamente cuando, terminada la procesión, daba Teresa de Jesús gracias á Dios por lo bien que había concluído lo que parecía imposible llegar á realizar, se oyeron fuertes golpes en la puerta, con que anunciaba su llegada un correo de la corte; traía éste el mandato, que expedía el General de la Orden, para que la fundadora saliera inmediatamente desterrada de Sevilla y se retirara á uno de los conventos que tenía fundados en Castilla la Vieja, con absoluta prohibición de abandonarle bajo ningún pretexto.

Cuál era el motivo de tan arbitraria resolución difícil hubiera sido averiguarlo. La envidia de unos; el falso celo de otros; la pena del bien ajeno que sienten los espíritus ruines; la cólera del

infierno, que, vencido tantas veces, encendía los ánimos de gente ahora ciega, ahora torcida y apasionada. Y todo ello junto hacía urdir marañas, acumular invenciones, levantar calumnias, propalar testimonios y acusar de mil delitos á la humilde y paciente reformadora santa del Carmelo. Para juzgarla se había formado un Consejo general, y al relatarse los hechos se alteraron de modo que, en vez de las alabanzas que merecían, enojado gravemente el Jefe superior de la Orden, envió el mandato del destierro, y al día siguiente se puso la santa Madre en camino para cumplir aquella injusta sentencia.

Si en circunstancias normales la ausencia de tan virtuosa Prelada causaba honda pena á sus hijas, considérese el dolor que sentirían al verla separarse de ellas, no para emprender nuevos trabajos en servicio de Dios, sino humillada y desconocida por los que más debían prestarle apoyo, sin dejarle siquiera el derecho de la defensa. Las lágrimas de las religiosas contrastaban con la serena paz de Teresa, alegre siempre que tenía ocasión de padecer por Dios.

Lorenzo de Cepeda, sus hijos y servidumbre, la acompañaron á Toledo, cuyo convento había elegido por cárcel. Si las comodidades pudieran endulzar las amarguras de la vida, la fundadora hubiera padecido menos: ¡tal esmero ponía su familia en evitarle la menor molestia! Mas como de todo se valían sus contrarios, hasta de este viaje tomaron ocasión para agravar su causa: delaciones infundadas y calumniosas que llegaron á manos del General, aseguraban que Teresa de Jesús no caminaba como desterrada, sino

en compañía de galanes y damas, escandalizando con el insolente lujo que manifestaba en la grandeza de los trenes que la seguían, muy contrario al espíritu de pobreza que proclamaba la Orden descalza.

## II

Después de encerrada la fundadora en el convento de Toledo, comprendió el alcance de la red en que se hallaba envuelta; pero si los males que tocaban á su fama los recibía con ánimo entero, los que amenazaban á la Orden la afligían mucho, y nunca más en peligro de perderse llegó á verla que en la ocasión que referimos.

Desgraciadamente, á la vez de los que por envidia ó espíritu de contradicción hacían guerra á los descalzos, había muchas personas graves é ilustradas, así religiosas como seglares, cuya fama de virtudes llevaba tras sí las opiniones, que les combatían de buena fe, persuadidos de que servían al Señor ayudando á destruir la causa de tantos pleitos.

Aunque la santa Madre nunca emprendió nada sin consultar al General, siguiendo en todo las órdenes que de él recibía; éste, mal informado y peor dispuesto, cansado de oír querellas que tomaba por verdades, trocó en enojo la bondad que siempre mostró á la fundadora, y se volvió tan contrario á la Reforma que, á no ser por la Providencia, bastara esto para que concluyera de una vez. (P. Yepes, lib. II, cap. XXIX.)

La impensada muerte del Nuncio Hormaneto, que favorecía á los descalzos, y el nombramiento

de Mons. Segá para este cargo, fué un terrible golpe á los que tan abatidos se veían. El nuevo Nuncio parecía elegido para ejercitar la paciencia de Teresa y de sus hijos. Traía desde Roma siniestras informaciones; y como el *querer* y el *poder* se juntaban en sus manos, dió principio á una obra destructora con encarcelar, desterrar y cometer tales injusticias, que puede asegurarse haber seguido el castigo á la falsa delación, y esto tan de cerca como sigue la sombra al cuerpo.

¡Ay! ¡Estas dolorosas nuevas llegaban al convento de Toledo para destilar gota á gota su hiel en el herido corazón de la santa Madre! En vano las religiosas procuraban consolar sus tristezas, que resistían á los más afectuosos cuidados. ¡Si al menos el reposo forzado que guardaba hubiera sido el que solicitó del General cuando le pedía que no le mandase fundar más casas, sino que la dejase descansar algún tiempo! ¡Y qué diferencia entre la severidad con que ahora la trataba y la respuesta que entonces le dió, declarando que no *lo hacia porque deseaba fundase tantas como cabellos tuviese!*

### III

El enojo del Nuncio no cedía ni por la humildad de las víctimas, ni por los ruegos de los que anhelaban que la verdad se descubriera; mas ¿qué se podía esperar de quien cerraba los oídos á las razones más eficaces, y calificaba á la venerable fundadora *de mujer inquieta y andariega, que andaba en devaneos so color de devoción?* (P. Yepes, lib. II, fol. 629.)

Compréndese ahora bien hasta qué extremo desconocía Mons. Segar las virtudes de Teresa de Jesús. ¿Qué holgura podía tener la que viajaba siempre con pobreza? ¿De qué desvanecimientos podían acusar á aquella ánima purísima que enseñaba más con el ejemplo que con las palabras?

Con severidad más propia y digna de justicias seculares, quitó el Nuncio el cargo de Visitador Apostólico al P. Gracián, á quien levantaron mil falsos testimonios y calumnias; atormentaron cuanto pudieron al anciano prior Fr. Antonio de Jesús, y extremaron los rigores con el virtuoso Fr. Mariano de San Benito. ¡Cuántas veces debió éste echar de menos aquel su yermo del Tardón, y cuán preferible hubo de parecerle aquella soledad á la inquietud en que ahora vivía! Ni el santo é ilustrado fray Juan de la Cruz, futura gloria de la Iglesia y las letras españolas, y honra de la patria que le vió nacer, pudo salvarse de tan deshecha tempestad, alcanzándole gran parte en los trabajos que se padecían, no siendo el menor de ellos que para regir á los descalzos nombraran Provinciales calzados, los cuales juzgaban que era servir á Dios el ayudar á las intenciones erradas del Nuncio.

¿Qué hacía Teresa frente á las encrespadas olas de este embravecido mar? Acudir como buen piloto á aquella de sus naves que veía en más peligro de anegarse, y sus admirables cartas llevaban consuelos á los afligidos corazones: Fr. Angel de Salazar, nombrado Visitador de la provincia de Andalucía, llegó á Sevilla, y su primera disposición fué quitar de Priora á María de San José, y poner Vicaria á su propósito. Empezó al mis-

mo tiempo una información contra el P. Gracián, y amenazó con tantos males juntos, que las religiosas, afligidísimas, escribieron á la santa Madre dándole cuenta de lo que sucedía.

Poco después recibieron la siguiente respuesta:

«La gracia del Espíritu Santo sea con vuestras caridades, hijas y hermanas mías; sepan que nunca las amé tanto como ahora, ni ellas han tenido tanto en que servir á nuestro Señor, que les hace gran merced, como de que puedan gustar algo de su cruz, con algún desamparo del mucho que Su Majestad tuvo en ella. ¡Dichoso el día que entraron en ese lugar, pues tenían aparejado tan venturoso tiempo! ¡Harta envidia les tengo!»

«Animo, ánimo, hijas mías: acuérdense de que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir, y que está Su Majestad con los atribulados; pues esto es cierto no hay que temer, sino esperar en su misericordia, que se ha de descubrir la verdad de todo, y se han de entender algunas marañas que el demonio ha tenido encubiertas para revolver, de que yo he tenido más pena que tengo ahora de lo que pasa.»

«¡Oración, oración, hermanas mías, y resplandezca ahora la humildad y obediencia! ¡Oh qué buen tiempo para que se coja fruto de las determinaciones que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar si se conforman las obras con ellas y con las palabras; saquen con honra los hijos de la Virgen, y hermanos suyos en esta gran persecución, que si se ayudan el buen Jesús les ayudará; que aun-

que duerme en el mar cuando crece la tormenta, hace parar los vientos; quiere que le pidamos, y quiérenos tanto que siempre busca en qué hemos de aprovechar.»

.....  
« Procuren estar alegres, que , bien mirado, es poco lo que padecen por tan buen Dios , y por quien tanto pasó por nosotras , que aún no han llegado á verter sangre por Él : entre sus hermanas están, y no en Argel; dejen hacer á su Esposo, y verán cómo antes de mucho se traga el mar á los que nos hacen la guerra , como hizo con Faraón.» (Carta núm. L á la M. María de San José, priora de Sevilla.—De la Colección anotada por el ilustrísimo Palafox.)

## IV

Al mismo tiempo que con tales consuelos y advertencias daba la fundadora á sus hijas ánimo del mucho que ella tenía para sufrir, prevenía el daño que en la opinión del Rey pudieran hacer los enconados discursos y memoriales en que á propósito se disfrazaba la verdad, y escribía al Rey Prudente Don Felipe II una larga carta, de la cual quiero extractar ahora algunos párrafos :

« La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. M. Amén.

» A mi noticia ha venido un memorial que á V. M. han dado contra el P. Maestro Gracián, que me espanto de los ardides del demonio y sus ministros; porque no se contenta con infamar á este siervo de Dios , sino que procura deslus-

trar ahora estos monasterios, donde tanto se sirve á Nuestro Señor.»

Aducía eficaces razones, probaba la realidad de los hechos, quitaba la máscara á las intrigas y concluía con esta súplica:

«Por amor de Dios no consienta V. M. que anden en tribunales testimonios tan infames; porque, es de tal suerte el mundo, que puede quedar sospecha en alguno (aunque más se pruebe lo contrario) si dimos alguna ocasión.» (*Carta* núm. 1.)

Este admirable escrito al pío Monarca hizo que, convencido de la verdad con que hablaba la santa Madre, comenzara á proteger la obra de la Reforma, y empezó muy oportunamente y con prudencia por hacer que se reuniera un Consejo de cuatro personas doctas que, presidido por el Nuncio, debían revisar y fallar la causa.

Era uno de los elegidos el Visitador Apostólico Fr. Pedro Hernández, y cuando Teresa lo supo tuvo el pleito por ganado, pues además de ser mucha la ilustración de este religioso, sabía bien lo que eran los monasterios que con su licencia se habían fundado. Empezadas las diligencias, se ampliaron las informaciones; se escucharon muchos testigos que antes habían desechado, y, por último, aunque se tardó muy cerca de cuatro años, triunfó la verdad y se hizo justicia á la Religión descalza.

Grandes pruebas de fortaleza de ánimo dió Teresa de Jesús en tan larga como azarosa época, por más que los consuelos celestiales vinieron muchas veces á reanimar su valor cuando más decaído se hallaba; afligidísima un día, rogaba á su Esposo que le diera á entender si lograrían des-

hacer los monasterios levantados á costa de tales penas, y la voz que tan bien conocía le contestó :

—*Algunos querrian eso; pero no será así, sino todo lo contrario.* (P. Yepes, libro II, capítulo XXIX.)

Poco tiempo después de esta revelación fué á visitarla Fr. Mariano de San Benito, y precisamente cuando él le hablaba de las congojas que padecía la Orden y de las pocas esperanzas de remedio que veía, llegaron cartas del P. Gracián en que manifestaba estar desahuciado de toda idea favorable; por lo que el religioso juzgó perdida la causa y se abatió extraordinariamente.

Mirábalo Teresa con tierna compasión, y no pudo menos de hablarle así (á fin de trasmitir el consuelo que ella sentía á aquel pobre corazón desolado) :

—*No tema, Padre mio: trabajo hemos de pasar; pero no se deshará la Religión.* (P. Yepes, lib. II, cap. XXIX.)

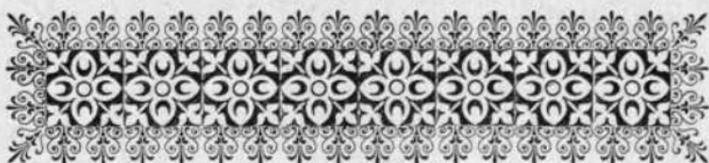
## V

Como aurora matinal después de oscura noche y furiosa tormenta, así parecieron á la santa Madre los primeros albores de la tranquilidad después de tan largo padecer. Dios había probado su valor con el sufrimiento, y satisfecho de la prueba le envió los laureles de la victoria.

El más amplio de los mandatos devolvió la libertad á Teresa de Jesús, y cuantos la habían humillado trataron de herrar con nuevas franquicias el recuerdo que debía tener de sus in-

justas persecuciones. Natural parecía reposar ahora de los trabajos y hondas penas en la alegría del triunfo; pero ella, incansable en el servicio de Dios, voló desde su cárcel para consolar á muchas pobres criaturas tan anhelantes y deseosas de su visita.





## CAPÍTULO IV

---

LA ERMITA DE VILLANUEVA DE LA JARA

### I

**C**UANDO la santa Madre llegó desterrada á Toledo, encontró allí cartas que le dirigían desde un pueblecito cercano á la Roda, llamado Villanueva de la Jara ; como los que escribían ignoraban su situación, le hacían vivas instancias para que fuera en seguida á fundar un monasterio. Los pliegos eran del Ayuntamiento de la villa y del doctor Agustín Hervias, que daban del asunto las noticias siguientes.

Había en el pueblo una ermita dedicada á Santa Ana, y en una casita aneja á ella vivían recogidas nueve doncellas pobres, que deseaban profesar la Orden del Carmen. La bondad de las aspirantes, su honestidad y virtudes, excitaban el interés de sus convecinos, y todos se unían para rogar á la santa Madre admitiera á estas doncellas entre sus hijas. Llevaba las

cartas un respetable sacerdote, que instó eficazmente á Teresa; mas ésta le confió las circunstancias en que se hallaba, y la imposibilidad, así de salir de Toledo, como de fundar, por habersele quitado las licencias, y el mensajero tornó á marchar con harta pena.

Durante los cuatro años que duró la injusta reclusión no dejaba la santa Madre de pensar en la nueva casa, proponiéndose acudir á ella tan pronto como le fuera posible. Por la misma época, Fr. Antonio de Jesús, desterrado también en el convento de Nuestra Señora del Socorro, tres leguas de Villanueva de la Jara, fué á este pueblo á predicar, y llevó de compañero á Fr. Gabriel de la Asunción; algunas circunstancias, sin duda providenciales, hicieron que los religiosos conocieran á las piadosas reclusas de la ermita, y edificados de su devoción escribieron á la fundadora, informándola de la bondad y fervientes deseos que animaban á aquellas mujeres, y concluían por decir:

—«Deje su reverencia á Toledo y venga, que es muy en servicio del Señor la obra que aquí ha de hacerse.»

Vacilaba á pesar de esto la santa Madre, pues le parecía que la propuesta no llevaba fundamento. La reunión de tantas mujeres acostumbradas á gobernarse por sí, le hacía creer que no se sujetarían de buen grado á la estrecha Regla del Carmelo, y á tales motivos de vacilación se unía que, siendo Villanueva lugar muy pobre y haber en él otros conventos, el más nuevo sufriría todos los trabajos, moviéndole las dichas consideraciones á procurar impedir que Fr. An-

gel de Salazar diera licencia para hacer la fundación.

Pero su espíritu no sosegaba, y antes de hablar al Provincial se recogió un día en oración, batallando entre los inconvenientes que presentía y el temor de estorbar el bien que ansiaban aquellas almas; la voz del Esposo vibró severa para reprenderle lo que hacía con estas frases:

—¿Con qué tesoros se ha hecho hasta aquí? No dudes admitir esa casa, que será para servicio mío y bien de las almas. (*Fundaciones*, cap. XXVIII, núm. 7.)

No cabía ya oposición en la fundadora; y decidida á no dilatar el cumplimiento de la voluntad divina, dejó á Malagón, donde se hallaba, y llevando consigo la licencia del Prelado se puso en camino el 13 de Febrero de 1580, acompañada de algunas religiosas, de Fr. Antonio de Jesús y Fr. Gabriel de la Asunción; iba tan agravada en sus males, que temía expirar antes de llegar al término de la primera jornada.

## II

Hacía un frío cruel; las ramas de los árboles estaban cubiertas de copos de nieve, en cuya deslumbradora blancura reverberaban los pálidos rayos del sol las pocas veces que el astro del día se mostraba á los ateridos viajeros; espesas nieblas y torbellinos de nieve, arrebatados por un viento casi siempre impetuoso, dificultaban más el camino, de suyo difícil; pero como quien rinde su voluntad al Señor halla por premio ser favorecido

en los trabajos, he aquí lo que refiere la santa Madre á propósito de este viaje:

« Partimos de Malagón, y parecióme que nunca había tenido mal; que yo me espantaba y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca constitución cuando entendemos se sirve al Señor, por contradicción que se ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciera, sería lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos de nosotros; ¿para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor? » (*Fundaciones*, cap. XXVIII, núm. 8.)

A medida que adelantaba en su marcha sentía la fundadora inesperado alivio, hasta hallarse ágil, fuerte, llena de ánimo, rosado el semblante, y tal, en fin, que respiraba el helado ambiente cual aura de vida. El tiempo mejoraba también, como para favorecerla, y poco á poco vencía todas las dificultades que al principio se le presentaron.

Precedía de tal modo á Teresa la fama de sus virtudes, que este viaje era un tormento continuo para su humildad, y un triunfo para los muchos que la amaban: de todos los pueblos salía tanta gente á verla, que en deteniéndose ella, se formaba alrededor suyo inexplicable confusión. Pasó algunas horas en Villarrobledo, y era tanta la multitud que fué preciso poner alguaciles en la puerta de la casa donde se hospedaban, y aun no bastó, pues se subían los curiosos para atisbar y aún entrar por las tapias de los corrales. Al volver á emprender el camino rodeábanla aquellas buenas gentes para aclamarla, y le pedían á

gritos su bendición, mientras los niños se la mostraban unos á otros, y decían :

—*¡La Santa, mirad á la Santa!*

Al oír estas voces, palpitaban de tierna alegría los corazones de sus compañeros, y muy especialmente el del anciano Provincial; en cambio se oprimía de dolor el de la fundadora: sus mejillas enrojecían bajo el velo, y se le llenaban los ojos de lágrimas; el deseo de no recibir ovaciones le sugirió la idea de ponerse en camino tres horas antes de la anunciada, prefiriendo la obscuridad peligrosa de la noche al alboroto de la gente.

Mas resultaban vanas sus precauciones, pues cuanto más hacía por ocultar los méritos de que Dios la había dotado, tanto más realzados aparecían; así las noticias volaban de un pueblo á otro, y por dondequiera se veía rodeada de obsequiosa multitud.

### III

Un labrador muy rico y devoto de la Orden, que habitaba una de las aldeas por donde la fundadora debía pasar, empezó á disponer su casa para recibirla con el fausto que le permitía su fortuna y la alegría que le llenaba el corazón. De los pueblos inmediatos hizo venir tres hijas casadas, con sus esposos y familias; aderezó espléndidamente las habitaciones, preparó una delicada comida, y reunió bajo su techo criados, trabajadores y hasta el ganado que dedicaba á la labor, para que la santa Madre echase la bendición á todo lo que le pertenecía.

Pero Teresa tuvo noticia de estos preparativos,

y deseosa de evitar los homenajes, ni pudo ni quiso detenerse en el pueblo, y salió precipitadamente apenas llegó; mas esta vez no le valió la modestia; el labrador, muy afligido al saber que había marchado, reunió aceleradamente á su familia y servidumbre, y hasta al mismo ganado, tomó un atajo conocido de los naturales del país, y cuando la santa Madre se felicitaba de haber evitado lo que le servía de tormento, se halló rodeada de los sencillos aldeanos, que no querían perder la anhelada bendición.

Enterneada por tal constancia, aunque se juzgaba ruin para complacerlos, Teresa de Jesús mandó detener el carro; les dió en breves palabras admirables documentos, les encomendó á Dios muy de corazón y tornó á marhar, dejándolos tan alegres como si tuvieran consigo las mayores felicidades.

Muy lejos iban, y aún repetían los ecos de las montañas los entusiastas gritos de los buenos labradores. (El espíritu de estos párrafos es de lo referido por el P. Yepes en el t. I, lib. II, fol. 404.)

#### IV

Tres leguas antes de llegar á Villanueva de la Jara se divisó el convento de Nuestra Señora del Socorro, donde Fr. Antonio de Jesús y Fr. Gabriel de la Asunción habían dispuesto detenerse mientras se avisaba al pueblo para que previnieran honroso recibimiento; no era tal la voluntad de Teresa, mas por obediencia á los que veneraba como superiores hubo de conformarse con lo que dispusieron.

El monasterio estaba fuera de camino, en un lugar áspero y desierto; árboles desnudos, brezos y retamas, musgo que empezaba á verdear, y grupos de palmitos entre los pedregales y tierras calizas, eran toda la vegetación que le rodeaba. Cuanto desde él divisaron á los viajeros, se abrió la puerta y salió la Comunidad cantando el *Te-déum* para recibir á su Prior.

La puesta del sol, la soledad absoluta y el silencio que reinaba, turbado sólo por las notas del religioso himno; la vista que hacían los monjes, cuyas capas blancas brillaban desde lejos entre el verde tierno del musgo, conmovió el corazón de la santa Madre y le inundó de suaves delicias; algunas lágrimas descendieron lentamente por sus mejillas, mientras, cruzadas las manos en éxtasis, se anegaba su espíritu en tan grata contemplación.

«Parecíame estar — dice — en el florido tiempo de nuestros Santos Padres; parecían en aquel campo unas flores blancas y olorosas, y así creo lo serán para Dios, porque á mí me parece se le sirve allí muy de veras.» (*Fundaciones*, capítulo XXVIII, núm. 9.)

La iglesia estaba labrada de modo que la entrada era por una cueva muy semejante á la del profeta Elías. ¡Cuánto gozó Teresa al penetrar bajo aquellas humildes bóvedas, que por su misma pobreza infundían más devoción! El espíritu de Doña Catalina Cardona, que fundó el templo, brillaba en él, y parecía flotar hasta en el ambiente que se respiraba. La memoria de tan extraordinaria criatura era á la vez amada y dolorosa para Teresa de Jesús, que se creía muy

inferior á ella : representábase el secreto y aspe-  
reza de su vida, la penitencia en que igualaba  
los rigores de los ermitaños del yermo ; el aban-  
dono que hizo de las riquezas y vanidades del  
mundo, y se decía muy confusa que, teniendo  
mayores pecados que ella, le faltaba mucho para  
imitarla en la manera de expiarlos. De estas re-  
flexiones sacaba su humilde corazón grandes mo-  
tivos para pedir misericordia y anegarse en un  
piélago de amarguras, cuando vió en visión inte-  
lectual y gloriosa á la Madre Catalina rodeada de  
muchos ángeles y espíritus bienaventurados.

La que no gastó en vida sino un hábito de  
buriel, ni durmió más que en estrecha cueva,  
alimentándose de silvestres raíces, se mostraba  
tan radiante de hermosura que todo el brillo del  
sol no igualaba al de su rostro y vestidos ; miró  
sonriente á la santa Madre, y la consoló con estas  
palabras :

—*No temas ; procura ir adelante con esas fun-  
daciones. (Fundaciones, cap. XXVIII, núm. 18.)*

Gran devoción quedó á Teresa hacia tan ad-  
mirable criatura ; se informó minuciosamente  
de cuanto tenía relación con ella, y lo escribió  
para su alabanza. ¡Dichosa existencia, que mere-  
ció pasar á la posteridad autorizada por la plu-  
ma de tan sabia como santa cronista !

## V

El primer domingo de Cuaresma (21 de Fe-  
brero de 1580) llegó la fundadora á Villanueva  
de la Jara ; y desde que á buena distancia del pue-  
blo divisaron el carro en que venía, las cam-

panas, con alegres repiques, se encargaron de anunciar la dichosa nueva. El Párroco, el Ayuntamiento, las personas notables y todos los vecinos, salieron á recibirla y se arrodillaron en torno de ella, lo que causó á Teresa tal confusión que no sabía cómo librarse de tales rendimientos; al fin pudo lograr que la dejaran marchar hasta la iglesia, en cuya puerta se incorporó á la procesión que salía en aquel instante.

Abrían paso los pendones de las cofradías del lugar, honrosamente acompañados de muchos hombres con hachas encendidas; seguía el clero con cruz alta, y después las andas en que iba una imagen de la Virgen costosamente alhajada, precediendo á otras cubiertas de brocado, en donde llevaban el Santísimo Sacramento, y cerraban la procesión las hijas del Carmelo, acompañadas del Prior de la Roda; una armoniosa capilla de música entonaba dulces motetes, y para que la solemnidad fuese mayor había en las calles muchos altares, dispuestos con gran riqueza.

La ermita de Santa Ana, donde iba á fundarse el monasterio, era piadosa memoria de un buen clérigo zamorano, llamado Diego de Guadalaxara, que había sido religioso carmelita y la hizo al lado de la casa en que vivió. Labrada con cuantas comodidades requería el objeto á que se dedicaba, la puso en comunicación con su morada; y deseoso de su engrandecimiento por la gran devoción que le tenía, fué á Roma y trajo muchas bulas de indulgencias y perdones para el humilde santuario; á su muerte dejó este devoto la ermita á condición que se hiciese de ella un convento del Carmen; y en caso que tal no

pudiéra conseguirse, que tuviera un capellán y se dijese algunas Misas.

Cumplióse la voluntad del difunto, y durante veinte años tuvo la ermita su capellán; era, sin embargo, éste algo descuidado, y no mostraba celo alguno en el adorno y aseo necesario, llegando á tanto el abandono que despertó la devoción de nueve pobres mujeres, las cuales se recogieron en la casita resueltas á cumplir allí el piadoso deseo de Diego de Guadalupe. Vivían con gran recogimiento, mantenidas del trabajo de hilar á la rueca, y como es de suponer con la escasez propia de tan cortos recursos, haciendo del ayuno, penitencia y oración el empleo de todas sus horas.

Júzguese la alegría de aquellas almas tan fervorosas, cuando, con la llegada de Teresa de Jesús, vieron realizados sus más ardientes anhelos. ¡Con qué sentimientos de encendido amor miraban acercarse la procesión que les traía todo su bien, y cuán íntimo gozo experimentaron viendo colocar el Santísimo Sacramento, que convertía la ermita en cerrado monasterio!

Con extremos de gratitud recibieron después el santo hábito de manos de la fundadora; y si la perfecta felicidad cabe en la tierra, fué ciertamente la que disfrutaron desde aquel día las devotas reclusas de la ermita de Santa Ana.

Cuando terminó la solemne ceremonia y se hubo retirado el numeroso acompañamiento, llevaron por toda la casa á la santa Madre, muy temerosas de que la pobreza en que vivían la hiciera arrepentirse de lo hecho, sin comprender cuánto enamoraba esta virtud á la fundadora, y

cómo las señales de ella eran nuevos motivos para estimar á quienes la profesaban. Así admiró las ruecas con su pomposa carga de lino blanquísimos; los husos de hierro gastados por el trabajo diario; el horno de cocer pan, pequeño y apropiado; las humildes tarimas en que reposaban, y los antiguos breviarios que debían á la caridad, en los cuales leía una sola, y no bien, haciendo interminable el tiempo de la lectura y oración. Contenta visitó el huertecillo, donde descollaba como rey un peral, desnudo entonces de hojas y de fruto, y algunos manzanos pequeños; vió en la puerta de la calle la aldaba, que durante mucho tiempo fué la única seguridad de la casa, y á la que jamás osó llegar ninguna; y concluída lo que pudiéramos llamar *revista de inspección*, las reunió en el aposento más capaz y les habló de este modo :

## VI

—Mucho me ha complacido, hijas y hermanas mías, la morada donde el Señor ha tenido la dignación de llamaros, y yo la ventura de fundar monasterio; pobre es, gloria á Dios, que tal parece como yo lo deseaba, y en mi sentir vale más que todas las grandezas del mundo. «Dígoos en verdad, mis hijas, que honras y dineros casi siempre andan juntos, y quien quiere honras no aborrece dineros, y que á quien le aborrece se la da poco la honra, según el mundo la entiende.» (*Camino de Perfección*, cap. II, núm. 4.)

«Para que más gocen en el bien que ofrecen estas casas, añadiré que la verdadera pobreza

trae una honra consigo que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por sólo Dios, digo); no ha menester contentar á nadie, sino á Él, y es cosa muy cierta, no habiendo menester á nadie, tener muchos amigos. Dos horas son de vida, grandísimo el premio; y cuando no hubiere ninguno, sino cumplir lo que nos aconseja el Señor, era grande la paga con imitar en algo á Su Majestad.»

«Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todos modos la queramos guardar y en casa, en vestido, en palabras, y mucho más en pensamientos; y mientras esto, no haya miedo que caiga la Religión en esta casa con el favor de Dios; que, como decía santa Clara, grandes muros son los de la pobreza; de éstos y la humildad quería ella cercar sus monasterios; parezcámonos en algo á nuestro Rey, que no tuvo casa, sino el portal de Belén, donde nació, y la cruz donde murió. ¡Casas eran éstas donde se podía tener poca recreación!» (*Camino de Perfección*, cap. II, núm. 5.)

¡Oh mis hijas, qué contenta estoy de verme entre vosotras! Admiren la providencia del Señor, que, después de tantos trabajos, les ha otorgado el premio; pues está hecho lo más, poco ó nada cuesta ya hacer lo menos, que es cumplir fielmente la santa Regla que ha de regiros.

¡Con qué tierna devoción escuchaban las novicias aquella voz suave, reposada y llena de encantadoras vibraciones! ¡Cómo se mostraban dispuestas á los mayores sacrificios, y se encendían en deseos de que las pusieran á prueba para dar testimonio de su fe!



## CAPÍTULO V

EN VILLANUEVA

I

**P**ARECIENDO, si no posible, á lo menos probable que, acostumbradas á gobernarse por sí, fuera pesado á las nuevas religiosas el yugo de la Priora que Teresa les había impuesto, quiso la santa Madre permanecer algún tiempo en Villanueva de la Jara, y observar cómo desempeñaba su cargo María de los Mártires, y en cuál modo correspondían las novicias á los desvelos de su Prelada. Esta prueba fué sumamente honrosa para la pequeña Comunidad, y la fundadora admiraba su buen espíritu, perfección, orden y alegría en el trabajo, mientras ellas á su vez se edificaban con la virtud y ejemplos de su venerable Madre.

Mas no se crea que en los dos meses que allí pasó permaneciera inactiva; aprovechaba el tiempo en contestar la numerosa correspondencia con que de todas partes le asediaban, y escribía á

la priora de Sevilla dándole tantos documentos como palabras, y tantos consuelos festivos como necesitaba para rehacer el ánimo de aquella abatida Comunidad.

«Después de escrito lo que va recibí las suyas, y me he holgado y me enterneció y cayó en gracia sus perdones ; con que me quiera como yo la quiero, le perdono lo hecho y lo por hacer.» (Carta núm. 54.)

«A la hermana Gabriela, que recibí el San Pablo, que era muy lindo; y como se parecía á ella en lo chiquito, me cayó en gusto. Espero en Dios que la ha de hacer grande en su acatamiento ; á la verdad, parece que á todas ha querido Su Majestad mejorarlas de las de por acá, pues las ha dado tan grandes trabajos, si no los pierden por su culpa. » (Carta núm. 52.)

Al mismo tiempo que la correspondencia con sus monjas, dirigía largas páginas á Lorenzo de Cepeda, llenas de grandes preceptos y sublimes enseñanzas de oración. Hallábase el indiano retirado en Avila con sus hijos, y procuraba resarcir el tiempo perdido en vanos cuidados de la tierra, tratando de la salvación de su alma bajo la dirección y consejos de su hermana ; mas no podía ésta, al escribirle, olvidar á la niña, en quien tenía puestos los ojos, y le dedicaba frases tan cariñosas como estas :

«A Teresa diga vuesa merced que no haya miedo quiera á ninguna como á ella.» (Carta núm. 31.)

Daba luego á su hermano afectuosas gracias por los beneficios que le debía ; y deseosa de tranquilizarle respecto á su salud (que, sin duda,

había de creer buena al verla ocuparse en inocentes pasatiempos), concluía su carta con esta postdata :

« Pensé que nos enviara vuesa merced el villancico suyo, porque éstas no tienen pies ni cabeza, y todo lo cantan ; ahora me acuerdo de uno que hice estando con harta oración, y parecía descansaba más ; era... (yo no sé si era así). Y porque vea que desde aquí le quiero dar recreación :

« ¡ Oh hermosura, que excedéis  
A todas las hermosuras :  
Sin herir dolor hacéis,  
Y sin dolor deshacéis  
De amor á las criaturas!

« ¡ Oh nudo, que así juntáis  
Dos cosas tan desiguales :  
No sé por qué os desatáis,  
Pues atado fuerza dáis  
A tener por bien los males!

« Quien no tiene ser juntáis  
Con el Ser que no se acaba.  
¡ Sin acabar acabáis ;  
Sin tener que amar, amáis,  
Y engrandecéis nuestra nada!

## II

Pero á la vez de los sencillos recreos del espíritu, probaba aventajar en ingenio á los hombres más doctos. Por obediencia á D. Alvaro Mendoza, obispo de Avila, dominaba su humildad y contestaba la carta llamada del *Vejamen*. (Carta núm. 5.) El asunto que la motivó fué éste.

En el silencio de la oración oyó Teresa, en su

alma, la voz del Señor, que le decía : « *Búscate en mí ;* » participó á su hermano el misterioso llamamiento, y le pidió que respondiese como le pareciera mejor al deseo del divino Esposo. Cepeda lo dijo al Prelado , y éste quiso formar del tema propuesto un certamen que ofreciera vasto campo al piadoso ingenio de los que concurrieran á él. Con tal fin, mientras D. Lorenzo daba parte á Julián de Avila y á Francisco de Salcedo, el Obispo invitó á Fr. Juan de la Cruz, pues quería fuesen cuatro los mantenedores de aquel torneo de inteligencia ; los bien pensados escritos fueron remitidos á la santa Madre, mandándole que los juzgara y diese de ellos las notas que merecían.

El resumen que de los trabajos hizo la fundadora, probó lo capaz que era para tan delicada misión ; después de emplear una sátira fina y perfectamente aplicada, desecha unos porque se apartan del objeto de la cuestión (como los de Salcedo), y aun le amenaza con la Inquisición si no se retracta de que al fin de su escrito asegura ser desatinos, lo que en el discurso de él afirma ser dichos del Espíritu Santo y de San Pedro Apóstol ; moteja con gracia los de Fr. Juan de la Cruz porque escribió demasiado, y tampoco acertó en lo que puso ; de Julián de Avila dice que empezó bien y acabó mal, y concluye dando irónicamente gracias á Lorenzo de Cepeda por sus buenos consejos, y *pedir á Dios que, pues trata de oración tan subida, se le pegue algo de andar junto á la miel.*

Mucho aplaudió el Obispo el final de la carta en que Teresa resumía su juicio en estas palabras :

*«Son tan divinos que han perdido todos por cartas de más, pues pasaron á lo que no queria decir el mote.»*

## III

Los dos meses de reposo volaron como un sueño, y Teresa dirigió el rumbo á Valladolid, donde la llamaban con urgencia; mas antes de seguirla, queden aquí relatados algunos acontecimientos que tuvieron lugar en el recién fundado convento de Santa Ana, porque ellos prueban haber sido tan agradable á Dios que se valía para conservarlo de medios maravillosos.

Llegó la época en que las novicias debían profesar, y la Priora se hallaba en grave compromiso por la extremada pobreza en que vivían y no poderlo dilatar más. En tal conflicto, escribió á Teresa de Jesús y le pidió órdenes: la santa Madre respondió al punto que diera la profesión á todas y sin titubear, sino que tuviesen mucha confianza en Nuestro Señor, en cuyo nombre les aseguraba que, si eran las que debían, jamás les faltaría nada. (P. Yepes, lib. II, fol. 408.)

Reunió María de los Mártires á la Comunidad y leyó la carta; al oirla pareció á las novicias ver cumplidas las promesas que en ellas les hacían; poco después se celebró la solemnidad, y los velos negros ornaron las frentes de las heroicas doncellas.

No tardó mucho el Señor en mostrar la predilección con que las miraba; los años anteriores, y especialmente el 79, habían sido muy estériles; no tenían las monjas sino una provisión de

harina como de seis fanegas de trigo ; y temerosas de que les faltara, acudieron á todos los medios humanos, pidiendo á las personas que por religiosas y ricas podían favorecerlas, sin lograr absolutamente nada; en tal aflicción, la Priora se decidió á gastar con economía, pero, en fin, usando la reducida porción de harina. Confiada en Dios y en las palabras de la santa Madre, se distribuía según la necesidad diaria; y con haber de comer dieciséis personas durante seis meses, la provisión suplió el gasto hasta que la abundancia de trigo nuevo ahuyentó la miseria.

Poco después se desarrolló en el pueblo una penosa enfermedad de catarros, y así, por causar el mal muchas desdichas, propagándose en todas las casas, como por haber caído enfermas no pocas religiosas, ni había quien hiciera labor, ni quien comprara la insignificante que se hacía, y fué tanta la escasez que amenazó superar á los trabajos pasados.

#### IV

Recordará el lector que atrás se dijo cómo ocupaba el centro del huertecillo un peral, muy frondoso todos los años, pero que en aquél pareció excederse por la verde pompa de sus hojas y la abundancia del sazonado fruto, que fué, puede decirse, árbol de vida de la naciente Comunidad; tal número dió de sabrosas peras, que se recogían diariamente cuantas precisaban para comerlas asadas ó cocidas, y aún les quedaban cargas que vender, con cuyo producto adquirían lo demás que les hacía falta.

Pero no fué éste el solo milagro; siete manzanos enanos rodeaban el peral, y no quisieron ser menos que su compañero en favorecer á las desvalidas religiosas, y por tres meses dieron tan crecida cantidad de suaves y olorosas manzanas que vendían cada tarde más de dos arrobas, y les quedaba para sí y para distribuirlas entre los enfermos y necesitados. Será menester decir aún más en apoyo del favor que el Cielo concedía á esta casa?

Hablen por sí solos aquellos hallazgos de monedas, que parecían reproducirse en manos de la Provisora; hable el *Niño Jesús de los Milágras*, que aún se conserva en nuestros días en la misma clausura, y tantos hechos dignos de escribir en mármoles y bronces. No es, por cierto, el menor de los prodigios que casa tan pobre, sustentada sólo de hilar á la rueca, se proveyera poco á poco de buenas dependencias, espaciosos dormitorios, sana enfermería, bien surtida de lechos y ropa blanca; las demás oficinas de sus enseres correspondientes, y, sobre todo, la sacristía de ornamentos preciosos y buenas alhajas, que hacían decir á cuantos las veían, sin tener en cuenta los milagros que hacen reunidas la fe, la constancia y la economía:

— *Ó es cosa de encantamiento, ó fingen la pobreza que dicen.* (P. Yepes, lib. II, fol. 413.)







## CAPITULO VI

---

SAN JOSÉ DE PALENCIA

### I

**L**A traslación de D. Alvaro Mendoza de la Silla episcopal de Avila á la de Palencia, fué el motivo del viaje que la santa Madre emprendió á Valladolid. Como el Prelado estimaba tanto, no sólo las virtudes de la fundadora, sino la obra del Carmelo (de la cual se mostró siempre decidido protector), quiso hacer un convento de la Reforma en su nueva diócesis, y escribió á Teresa para que lo verificara, apremiándola con súplicas más imposibles de resistir que si fueran severos mandatos. Además del deseo de cumplir la voluntad del Obispo, llevaba á la fundadora á Valladolid el anhelo de ver á su sobrina María Bautista; mas la fatiga del viaje, penoso en demasía, ó que Dios quisiera probarla con nuevos trabajos, hizo que, apenas llegó entre sus monjas,

cayese enferma de tanta gravedad que durante muchos días se temió por momentos verla expirar.

## II

Recostada en una tarima, cuya dureza no había consentido que aliviase á pesar de los grandes males que sufría, y de los ruegos de sus desconsoladas monjas, llevaba Teresa de Jesús muchos días de penosa convalecencia; débil y sumida en un sueño pesado, más bien molesto que reparador, hacía dos horas que parecía hallarse más tranquila.

Era cerca de oraciones: ante el altar de la enfermería, donde se veneraba un crucifijo á quien la Comunidad profesaba singular devoción, ardía una lámpara derramadora de tenues reflejos sobre la doble fila de pobres y blancos lechos: al lado de aquel en que reposaba la santa Madre se hallaban sentadas dos religiosas que velaban el sueño que les ofrecía por primera vez halagüeñas esperanzas: una de ellas era la priora María Bautista, y la otra la que llevó en el siglo el nombre ilustre de Doña Casilda Padilla.

Hablaban en voz muy baja, y el asunto de su conversación era la enferma.

—¡Cuánto se va á alegrar Su Ilustrísima si quiere el Señor que la mejoría de hoy vaya adelante!—dijo la hermosa hija de Doña María de Acuña.

—¡Días han sido de verdadera prueba!—respondió la Priora con un suspiro.—Pero la dicha ha de superar á las congojas pasadas, que de mí

sé decir no creo las sentiré mayores, por grandes padecimientos que Nuestro Señor quiera enviarme. Desearía poder explicar el cariño que tengo á su reverencia, pues no creo haya amor de padres ni parientes que pueda compararse con él.

—Si le dijera—añadió ruborosa la hija del Adelantado—que cuando no la veo me la finjo tan bien en la imaginación que me parece tenerla al lado, lo creería exageración; y, sin embargo, nada hay más cierto; con ella tengo mis coloquios, consultas y recreos, y sin temor de equivocarme juzgo que Dios permite me guíe tan buena maestra en cuanto acierto de penitencia y oración.

—Nada pongo en duda de lo que dice, porque gozo con frecuencia de iguales efectos; escuche su reverencia un extraño caso, y verá si es digna que se ame presente y ausente la que recibe del Señor maravillosas luces, y emplea estos favores en alivio de los corazones desolados. No hace mucho me envió Dios uno de esos pesares cuya intensidad es tal que nada puede mitigarlos. Aunque profesa y ausente muchos años de mi buena madre, la quería como si nunca me hubiera separado de ella, y la noticia de su muerte me hirió tan de improviso que cuanto hacía por dominar mi dolor era inútil.

María Bautista se interrumpió para enjugar sus lágrimas, y tras breves instantes de silencio prosiguió:

—Cuando más me afligía, recibí de nuestra Madre una carta llena de consuelos, que como suave bálsamo cicatrizaban las heridas de mi corazón; algunas palabras, sobre todo, me sirvie-

ron de gratísimo alivio. «No llore ni sufra mi hija,—decía:—la misericordia del Señor es infinita, y puede estar cierta no padece ya ni purgatorio la que tanto hemos amado.»

Aludía con estas palabras la fundadora á una gloriosa visión que tuvo de su hermana antes de recibir la noticia de su fallecimiento.

—¡Oh admirable virtud que tales revelaciones merece!—exclamó Casilda conmovida.

—Vuesa merced ha dicho la palabra que le corresponde, porque revelación fué aquélla,—repuso vivamente María Bautista;—cuando mi hermano Francisco me envió la triste nueva, me encargó la participara á nuestra tía; pero, embebida en mi dolor, no lo hice; Dios sólo le manifestó lo que ninguno le había dicho.

—Es mucha nuestra felicidad en tener tal Madre,—dijo Casilda con inocente orgullo.—¡Ojalá disfrutemos ahora largo tiempo de ella! Aunque bien mirado, mientras se reúne todo para la fundación de Palencia meses han de pasar; alguna vez había de sernos agradable que no se haga monasterio sin obstáculos.

—¿Y lo que sufre en ellos nuestra querida Madre?

—Verdad,—murmuró la joven confusa;—acabo de ser egoísta, pero lo era sin intención; perdóneme el Señor y cúmplase su voluntad.

—Entonces le aseguro que no hay estorbos, pues la voluntad divina parece allanarlos en esta ocasión. El Prelado, el Visitador apostólico y la ciudad están igualmente deseosos que se haga; pero el inconveniente más grave nadie cuenta con él.

— ¿Hay alguno?

— Así lo creo, y voy á darle la razón: ¿ha reparado vuesa merced el abatimiento de nuestra amada Madre, aun antes de caer enferma? Ella siempre tan fuerte en los trabajos, tan animosa en las contrariedades, y con tal deseo de padecer por Dios, está ahora triste y flaca de espíritu, como nunca la he conocido. Le aseguro que no quiero pensar en ello, pues siento una angustia que me desgarrá el corazón.

Nuevas lágrimas inundaron las mejillas de María Bautista<sup>1</sup>, y se perdieron entre los pliegues de su toca de lino.

### III

Un ligero movimiento de la convaleciente las hizo acercarse á ella.

— ¿Cómo está su reverencia? — preguntaron las dos á la vez.

— Gracias al Señor, he dormido tranquilamente, — repuso Teresa, á quien fatigaba hasta el hablar. — ¿Pero qué hacen vuestas mercedes, hijas mías? ¿Por qué no se retiran á sus quehaceres ó á reposar?

— Queríamos estar á su lado por si necesitaba algo, — contestó sencillamente Casilda, mientras la Priora callaba, temerosa de que su excesivo celo la hubiese disgustado.

— Lo agradezco tanto, que no puedo encarcelarlo más; pero no debo aceptar este sacrificio de todas las horas. Váyanse, váyanse, hijas y hermanas mías, á cumplir sus oficios; pero cuando ellos no las reclamen, vengan muy en hora buena;

su vista es el mayor de los regalos que me ha hecho el Señor.

María Bautista y Casilda besaron la enflaquecida mano de la fundadora, y se marcharon sin ruido, cerrando tras sí la puerta de la enfermería. Teresa quedó sola, y por largo rato permaneció con la mirada fija en la devota imagen de Jesús.

— ¡Oh Señor y Dios mío, — murmuró al fin con acento tristísimo.— ¿Hasta cuándo ha de durar esta mi flaqueza de ánimo? ¿Es el mucho mal, ó el demonio que me quiere estorbar el bien que ha de hacerse? «En verdad me tiene espantada y lastimada, y muchas veces me quejo á ti, Señor, de lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo, que no parece sino que ha de guardar sus leyes según las necesidades y cosas que le hace padecer. Uno de los grandes trabajos y miserias de mi vida me parece ésta, porque tener males y padecer grandes dolores, aunque es trabajo, si el alma está despierta no lo tengo en nada, porque está alabando á Dios y considera viene de Su Majestad; mas por una parte padeciendo y por otra no obrando es terrible cosa, en especial si el alma se ha visto con grandes deseos de no descansar ni interior ni exteriormente, sino emplearse toda en el servicio del Señor, ningún remedio tiene aquí, si no es paciencia y conocer su miseria y dejar su voluntad en la de Dios, que se sirva de ella en lo que quiera y como quiera.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 2.)

Guardó silencio algunos instantes, luego cruzó las manos sobre el pecho y continuó:

— Haz, Señor mío, que pueda sacudir este pesado fardo del abatimiento que me agobia. ¡La

*fuerza de la virtud de la obediencia suele allanar cosas que parecían imposibles!* (Prólogo á las *Moradas*, núm. 1.)

Volvió á interrumpirse, y acabó con un suspiro.

— ¡Válgame ella en esta ocasión y aliente mi espíritu, que jamás lo he sentido tan flaco y pezoneso como hoy!

La vuelta de María Bautista interrumpió este monólogo.

— Aquí tiene su reverencia — dijo — dos cartas: una del Ilmo. Sr. D. Alvaro de Mendoza, que acaba de traer un propio, y otra del P. Baltasar Álvarez, si no me engaña el parecido de la letra.

Mientras Teresa rompía los sobres, la Priora continuó:

— El P. Maestro Ripalda ha venido á preguntar por su reverencia; — le dije que estaba mejor, de lo que se alegró mucho, y ha ofrecido volver mañana después de la hora de Misa.

— Quiera Dios que no falte, pues tengo precisión de verle, — dijo resueltamente la fundadora.

— ¿No quiere su reverencia tomar nada?

— No, mi hija, y gracias por todos los buenos oficios que conmigo hace; retírese á descansar, y por Nuestro Señor que nadie se incomode en velarme; estoy mucho mejor.

Despidióse María Bautista, y Teresa tornó á dejarse caer en la almohada, no para dormir, sino para meditar lo que haría y de qué modo cumpliría mejor la voluntad del Cielo.

## IV

— De verás que extraño á su reverencia, — le decía á la siguiente mañana su confesor, el Padre Maestro Ripalda, después de oír á la fundadora explicar muy despacio el mar de dudas en que se hallaba.

— No se espante mi Padre, que á mí me sucede lo propio, — repuso con humildad ; — hace un año se trata de esta fundación, y no puedo por más que hago dominar mi poca voluntad de acabar con ella ; por todos lados hallo tantos inconvenientes, que he querido consultar á su paternidad para que me guíe y tomarle en lugar del Señor.

— Grave responsabilidad hecha sobre mí, y mucho será que acierte en algo, — contestó el Padre Ripalda ; — pero me parece el negocio camino tan llano que no hay por qué dudar al aventurarse en él. ¿ Serán los años quienes le traen esta cobardía ?

— No lo creo, — repuso Teresa con una sonrisa ; — hace apenas dos meses de lo de Villanueva de la Jara, y no me sentía vieja en los ánimos de concluirlo.

— Entonces fuera importunos cuidados y á emprender la nueva obra, que ha de dar mucha gloria al Señor.

— Lo mismo me aconseja mi P. Baltasar Alvarez, primero en Toledo, y luego en las cartas que recibí ayer. María Bautista muestra también grandes deseos, y cuantas personas tienen cono-

cimiento de lo que pasa han de extrañarse de esta pereza. ¿Qué dirá el señor obispo de Palencia viéndome tan rehacia en pagarle algo de lo mucho que le debo?

—No se mortifique su reverencia ; adelante siempre, y tenga presente, por si puede serle útil, que está en Palencia el canónigo Reinoso, sujeto muy siervo de Dios y sumamente á propósito para ayudar á la piadosa obra.

—Veremos lo que se hace, y gracias por el aviso,—dijo la fundadora algo más alentada;—en tanto, Padre mío, ruegue á Dios por quien necesita especialmente sus auxilios.

El maestro Ripalda se levantó para retirarse, y Teresa de Jesús se despidió murmurando para sí :

—La enfermedad ó el demonio me tienen atada ; débil el cuerpo y tibios los deseos ; «no bastan gentes aunque sean siervos de Dios, y bien claro está que no soy yo quien hace nada en estas fundaciones, sino el que es poderoso para todo». (El espíritu de este párrafo es del *Libro de las Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 3.)

Dos días después acababa de comulgar, y pedía al Señor la luz que necesitaba para cumplir su voluntad, cuando la voz divina resonó en los oídos de su ánima con estas palabras :

—«¿Qué temes? ¿Cuándo te he faltado? El mismo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer estas fundaciones.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 3.)

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Teresa, milagrosamente confortada;—«¡qué diferentes son vuestras palabras de las de los hombres! ¡No bastará

ya todo el mundo á ponerme contradicción!»  
(*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 3.)

## V

Era el tiempo entonces harto recio y frío; pero el verdadero calor para el alma de la santa Madre, esto es, la voz de Jesús, había deshecho la nieve de tibieza que la cubría, y poco le importaban ya los rigores de la estación.

A través de los valles escarchados y las malezas vestidas de hielo, se puso en camino con cinco monjas y una freila de tan buen espíritu y claro talento, que le ayudaba más que las otras.

Antes de salir de Valladolid escribió al canónigo Reinoso, y la respuesta de éste no se hizo esperar; avisábale tener ya casa alquilada con el secreto que se le encargó, y tal noticia hizo á Teresa cobrar mayores ánimos; decíale también que la nueva morada estaba surtida de camas y muebles indispensables, así como de los víveres que se habían podido hallar.

La santa Madre alabó á Dios de haber encontrado persona que, sin conocerla, se esmerara tanto en servirla, y admiró los medios de que se valía la Providencia divina para realizar sus fines.

Después de un viaje muy penoso llegaron á Palencia, á cuya entrada las esperaba el buen Reinoso para conducir las á su nueva casa, donde hallaron más comodidades de las que juzgaron nunca tener, pues hasta les habían prevenido abundante y delicada colación. La fundadora dió gracias al Canónigo con toda la efusión de su ardiente gratitud, y él quedó tan pagado al escu-

charla, que desde aquel día hubiera querido realizar imposibles para ayudar en algo á la gran empresa de la reforma carmelitana.

Al día siguiente, fiesta del rey David, se dijo la primera Misa, y se consagró el monasterio al patriarca San José.

Envió luego Teresa á buscar al Obispo, y éste se apresuró á venir; hallábase muy alegre, y manifestó su agradecimiento á la fundadora en términos sumamente expresivos; mandó al mismo tiempo al Provisor que facilitase á las monjas algunas cosas de que carecían, y les ofreció proveerlas del pan necesario. Como D. Alvaro de Mendoza era extraordinariamente amado de sus diocesanos, Palencia entera se interesó por la fundación que él protegía, y *no hubo nadie*—dice la santa Madre—«á quien pareciera mal; toda la gente es de la mejor masa y nobleza que he conocido, y así cada día me alegro más de haber fundado allí.»

## VI

Había en la ciudad un santuario dedicado á Nuestra Señora de la Calle; y como el deseo del Prelado era que las religiosas tuvieran casa propia, le pareció que dos que se hallaban próximas á la ermita bastarían, y empezó á tratar de comprarlas; mas los dueños de las fincas, deseosos de aprovechar la ocasión, pedían tan caro por ellas que no cabía avenencia posible. Teresa las vió y no le parecieron buenas: antes por nada las quería; tal fué también la opinión de los que la acompañaban; así, convinieron en buscar otras,

que hallaron pronto, y fueron tan adelante los conciertos que en pocos días sólo faltaba firmarlos.

Sentía la santa Madre como una espina en el corazón que no la dejaba sosegar, y era el recuerdo de la ermita que D. Alvaro, en unión con el Cabildo, le había cedido; pensaba en las ventajas de unas y otras moradas, y hallaba que en las primeras tenían al menos labrada iglesia, y que en las segundas tendrían que levantarla á su costa; en fin, después de pensarlo mucho y de oír diversos pareceres, vino á decidirse por las últimas.

Oía Misa al día siguiente de esta determinación, y de pronto extraño cuidado empezó á desasosegarla. ¿Tomaría la más cercana á la iglesia mayor, que tan acomodada parecía? ¿Optaría por las vecinas al santuario de Nuestra Señora?

Llegóse á comulgar, y apenas recibido el cuerpo y sangre, alma y divinidad de Cristo Dios, oyó distintamente estas palabras :

—*Esa te conviene.* (*Fundaciones*, cap. XXIX, número 9.)

Estremecida al escuchar tal orden, pensó:

—¿Cómo deshacer los contratos que acaso se firman en este momento?

La voz de Jesús tornó á decir :

—*No entienden lo mucho que allí soy ofendido, y esto será gran remedio.* (*Fundaciones*, capítulo XXIX, núm. 9.)

Un pensamiento de temor hizo dudar á la santa reformadora, por más que el efecto que hacía en su alma bien daba á entender que era espíritu de Dios.

—*Yo soy* ;—dijo solamente el Señor para responder á tan impertuna idea.

Apenas salió del coro, hizo llamar la fundadora al canónigo Reinoso, que acudió inmediatamente; con llaneza y verdad le dió cuenta de lo que pasaba, confiándole las veces que el Señor se había dignado guiarla en sus empresas, y terminó rogándole le aconsejara qué hacer para cumplir la orden recibida.

—Aunque temo que el asunto dé que decir, —respondió Reinoso con santa cordura, —lo primero es Dios; así, romperemos con todos y se hará lo que su reverencia desea.

—Tengo gran confianza en que el Señor otorgará más de lo que nos atrevemos á pedir, —dijo entonces la santa Madre; —esperemos al mensajero que ha de traer la última resolución.

No tardó éste, en efecto, pero con proposiciones inadmisibles; pues casi hechos los tratos, pedían trescientos ducados más; lo que fué buen pretexto para concluir, mientras los propietarios de las fincas junto á la ermita, temerosos de no venderlas, bajaron de sus pretensiones hasta el justo valor.

Ya tenían casa las religiosas, y tan buena como podían desearla; que el no haberlo conocido antes era ceguedad que ponía el demonio, y pronto se convenció la fundadora de esta verdad al saber que la ermita, por su situación distante del centro del pueblo, la circunstancia de hallarse abierta siempre, muy concurrida á todas horas, y aun haber la costumbre de hacer en ella piadosas velas, eran otros tantos motivos de que se aprovechaba el infierno para ofender á la majestad de Dios en su propia casa. Así, al tomar posesión de ella las hijas del Carmelo, fué general el con-

tento de los honrados vecinos al ver el santuario en poder de tan esclarecida Orden.

—«Yo no quisiera, — dice Teresa de Jesús, — dejar de referir con muchos loores la caridad que hallé en Palencia, en general y en particular; es verdad que parecía cosa de la primitiva Iglesia, al menos no muy usada ahora en el mundo, ver que no llevábamos renta y que nos habían de dar de comer, y no sólo no defenderlo, sino decir que les hacía el Señor merced grandísima en ello.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 12.)

## VII

Cuanto más se disponía sobre el terreno la distribución del convento, más se espantaba la fundadora de haber desconocido sus ventajas. Don Alvaro Mendoza labró por sí capilla para la imagen de Nuestra Señora de la Calle, que antes estaba muy mal colocada; el canónigo Reinoso y sus amigos el caballero Suero de Vega y Pedro Salinas, allegaban recursos, vigilaban á los trabajadores y no se daban punto de reposo; era aquel caballero hijo de Juan de Vega, y marido de Doña Elvira Manrique, heredera del conde de Osorno; llamaban al matrimonio padres de los pobres, y también lo fueron de la Comunidad, á la que prestaron en todo gran favor.

Como Dios no escasea sus dádivas, antes las da con generosa largueza, en aquellos días recibió la fundadora cartas que le traían nuevas muy agradables. La primera y más importante era la separación de los calzados y descalzos, que formarían desde entonces Provincia por sí; á peti-

ción del Rey Prudente vino de Roma un Breve, y el Monarca, propicio siempre á la Orden carmelitana, señaló para representar los intereses de ésta á un religioso dominico llamado Fr. Juan de las Cuevas; aprobado y confirmado este nombramiento por la Corte pontificia, se formó en Alcalá un Capítulo, y verificado con mucha paz y concordia en el Colegio de San Cirilo de religiosos descalzos, fué elegido para Provincial de éstos Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios.

«Dióme con esto el Señor —dice la fundadora— uno de los más grandes goces y contentos que podía recibir en esta vida; que más había de veinticinco años que los trabajos, persecuciones y aflicciones que había pasado serían largas de contar.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 15.)

«Ahora —continuaba — estamos todos en paz, calzados y descalzos; por esto, hijas y hermanas mías, pues también ha oído el Señor nuestras oraciones, priesa por servir á Su Majestad; pongamos siempre los ojos en la casta de donde venimos, de aquellos santos profetas; santos tenemos en el Cielo que trajeron este hábito; tomemos una santa presunción, con el favor de Dios, de ser como ellos; poco durará la batalla, el fin es eterno; dejemos estas cosas, que, en fin, no son las que nos llegan á este fin para más amarle y servirle, pues ha de vivir para siempre jamás.» (*Fundaciones*, cap. XXIX, núm. 16.)

La otra noticia que hizo palpitar de alegría el corazón de la santa Madre, se la daba Lorenzo de Cepeda en la postdata de una larga carta.

«Mi hija Teresa — escribía — entró ayer tarde á pretender el hábito en el convento de San José:

encomiende su reverencia á Dios la vocación de la futura novicia.»

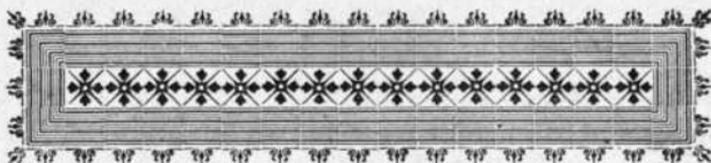
## VIII

Terminada la obra pocos días después de la fiesta del *Corpus*, D. Alvaro Mendoza dispuso que se trasladara la Comunidad, y que la toma de posesión se hiciera solemnemente. Vino con este objeto desde Valladolid, donde había ido á asuntos de la diócesis, para autorizar con su presencia tan fausto acontecimiento.

En un día de la Octava, y prevenido todo con gran aparato, se tendieron vistosas colgaduras y se juntaron varias capillas de música; cuanto más noble encerraba Palencia formó la procesión que acompañaba á la imagen de Nuestra Señora de la Calle, que iba por sus hijas para honrarlas más; llegado el lucido cortejo á la casa donde moraban las descalzas, éstas se incorporaron á él y siguieron hasta la parroquia próxima á la ermita, donde esperaba el clero con cruz alzada, rodeando las ricas andas de plata donde iba el Santísimo Sacramento del amor, que entre nubes de incienso y religiosos himnos fué llevado á la nueva iglesia, llamada San José de Nuestra Señora de la Calle, en la cual estuvo expuesto todo el día á la adoración de los fieles.

La santa Madre eligió Priora del nuevo convento á Isabel de Jesús, y Subpriora á Beatriz de Jesús, que llevó en el siglo el apellido de Ovalle, y era, como recordará el lector, la hija de Doña Juana de Ahumada.





## CAPITULO VII

SORIA

I

**U**NA señora de esta ciudad, llamada Doña Beatriz de Vaamonte y Navarra, tan noble que contaba entre sus ascendientes á los postreros monarcas del reino, casada sin sucesión durante muchos años, quedó viuda, y se dedicó á practicar obras de piedad; entre ellas tuvo la idea de levantar á su costa un convento, y consultó al obispo de Osma respecto á la Orden que elegiría. Como D. Alonso Velázquez era muy afecto á la Reforma descalza, encareció sus méritos á la noble dama, y ésta la aceptó desde luego.

Entonces el Prelado, en cuyo corazón vibraban como ecos celestiales los prudentes consejos y sabias lecciones que por obediencia recibía de su hija espiritual Teresa de Jesús (á quien confesaba siendo canónigo de Toledo), escribió á la

santa Madre, que por aquellos días terminaba la fundación de Palencia, explicándole las ventajas que ofrecía para el monasterio una casa espaciosa y bien labrada, con buenas dependencias, alegre huerto, y á más quinientos ducados de renta. Por su parte el Obispo añadió á la donación una iglesia próxima á la finca, que era parroquia muy pobre y más servía de carga que de alivio al lugar, donde había otras muchas.

## II

Convencida Teresa de que debía emprender esta nueva obra, se puso en camino llevando consigo, además de las monjas que le pareció conveniente, á la freila Ana de San Bartolomé, cuya profunda afección y claro ingenio servía mucho á los intereses de la Orden; rogó al mismo tiempo á dos religiosos descalzos que la acompañaran á Soria, y se dispuso á dar comienzo á la nueva empresa.

Uno de los carmelitas, nuevo en la Religión reformada, era de origen italiano y de la ilustre familia de los Doria, de Génova: llamábase Fray Nicolao de Jesús María, y aunque se alistó en las banderas de la Orden cuando tenía más de cuarenta años, prestó tantos y tan buenos servicios que difícilmente habría hecho más si desde niño se hubiese consagrado á ella.

Dotado de gran talento, de exquisito tacto, de ilustración profunda, y sobre todo de una habilidad que podía envidiarle el más consumado diplomático, fué utilísima su intervención cuando las borrascas de humanas pasiones amenaza-

ban acabar con la obra de Teresa. Sus cartas la consolaban cuando se hallaba prisionera en Toledo, porque le daban cuenta puntual de lo que sucedía, y le indicaban los medios de que podía valerse para triunfar de sus enemigos.

Prudente, afable, oficioso y disimulado, Fray Nicolao trataba con todos; aprovechaba las ocasiones favorables para neutralizar los tiros de la maledicencia; y era, en fin, de modo que la santa Madre, decía de él:

—«En todo tiempo experimenté su perfección y discreción; así, es de los que yo amo en el Señor y tengo en mucho en esta Orden.» (*Fundaciones*, cap. XXX, núm. 3.)

Llegó Teresa y sus humildes compañeras al Burgo antes de que terminara la Octava del Corpus; oyeron Misa, comulgaron y prosiguieron la marcha para estar en Soria al caer de la tarde.

Desde que entraron en tierras del obispado, donde volaba ya Teresa de Jesús en alas de la fama, rodeábanla por doquiera con obsequiosos rendimientos, acudía la muchedumbre á verla, le brindaban con cuanto poseían y la colmaban de entusiastas bendiciones; tan cierto es que la verdadera virtud lleva tras sí las almas y se hace atractiva hasta á los más indiferentes.

### III

El 13 de Junio de 1580 fué como fiesta en Soria para recibir á las descalzas; afluía el pueblo alrededor del palacio del Obispo; hablábase en los corrillos; se comentaba el gran suceso, y á los balcones y ventanas de la morada de Don

Alonso se asomaban clérigos, pajes y caballeros, que se habían reunido allí para verlas pasar.

Antes de ponerse el sol, los que más avanzaron volvieron á carrera con la noticia de que las religiosas entraban ya en el pueblo; agitóse la entusiasmada multitud, y formó tan compacta masa que cuando parecieron los carruajes no podían adelantar; por fin, aunque con suma lentitud, siguieron marchando, y á tiempo que pasaban, el Obispo se asomó para saludarlas con su paternal bendición.

—«No me consoló poco,—dice Teresa,—pues de Prelado y de santo tiénese en mucho.» (*Fundaciones*, cap. XXX, núm. 4.)

Los vítores y aclamaciones fueron siguiendo á las Hijas del Carmelo hasta la casa misma de Doña Beatriz de Vaamonte. «Esto no es cosa nueva,—decía humildemente la fundadora,—que en todas partes que vamos, como el mundo es tan amigo de novedades, hay tanta que, al no llevar los velos delante del rostro, no se podría sufrir.» (*Fundaciones*, cap. XXX, núm. 5.)

La viuda las recibió, no sólo con la alegría que de alma tan piadosa era de esperar, sino con la cortesía propia de su ilustre sangre; procuró acomodar á sus huéspedes con todo regalo, y al día siguiente muy de mañana (fiesta del profeta Elíseo) se dijo la primera Misa en una sala ricamente alhajada para que sirviera de capilla, mientras se hacía el pasadizo que de la morada señorial debía comunicar á la iglesia cedida por Don Alonso Velázquez.

Parece natural que, llamadas por éste y favorecidas con renta y casa en que vivir, había de

ser la fundación de Soria la más fácil de cuantas hizo Teresa de Jesús; sin embargo, el interés se levantó á combatirla, y encendió tan brava hoguera en el corazón de un sobrino de Doña Beatriz, que se juzgaba perjudicado por la resolución de su tía, que puso en juego cuantos medios le sugirió la codicia para afianzar aquel pedazo de fortuna que se escapaba de sus manos. Nadie con menos derecho que este sujeto, heredero único de los cuantiosos bienes de la familia; la noble viuda sólo había gastado en la fundación los cincuenta mil ducados que le adjudicaron á título de gananciales por el tiempo que estuvo casada con Juan de Vinuesa; pero el caballero los hubiera querido también para sí, y la imposibilidad de lograr su ambicioso deseo le hizo vengarse de su tía y de las religiosas en cuanto pudo, mortificando á la primera más de quince años con ridículas exigencias, y persiguiendo á las segundas con su avarienta enemistad.

## IV

A medida que el sol desciende al ocaso, sus arreboles son más vivos; cuando una lámpara va á extinguirse, esparce más ardientes los últimos destellos; así Teresa, cuyos postreros años de vida caían rápidamente en el reloj del tiempo, irradiaba tan maravillosas virtudes, daba ejemplo de tan asombrosas penitencias, mostraba tal ingenio y tales dotes de oración y de profecía, que alcanzaba ya á todos los ámbitos de su venturosa patria.

Esto hacía que Prelados y caballeros, sacer-

dotes y religiosos, Rectores y Provinciales de distintas Ordenes; los duques de Alba, la condesa de Ribadavia, doña Luisa de la Cerda, los descalzos y descalzas, y hasta los confesores de la fundadora, le escribieran, unos en demanda de consejos, otros de enseñanzas, éstos de consuelos, aquéllos para exponerle sus cuitas, y muchos para aprovechamiento de sus almas. A todos respondía prontamente, porque, compadecida de las ajenas necesidades, robaba tiempo al sueño y al descanso para acudir á los que solicitaban su favor. Ciento siete cartas contiene la colección anotada por el Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox, obispo de Osma, y es admirable cómo brilla en ellas el espíritu de la fundadora; no es cosa fácil señalar qué es lo que agrada más en aquellas páginas, si la sabiduría y prudencia, ó la inimitable gracia y florido estilo con que hace sus preceptos comprensibles, aun á las más rudas inteligencias. Hubo de ofrecerse entre tantas una ocasión para que la virginal y santa hija de Alonso Cepeda recordara con noble altivez los timbres de sus mayores, y volviera por sí en una de las calumnias que contra ella levantó la envidia.

Se la acusó ante el P. Juan Suárez, Superior de la Compañía de Jesús en la provincia de Castilla, que trataba de inclinar á la Religión descalza al P. Gaspar de Salazar, de aquel Instituto. Esto hizo que aquel Superior le escribiera muy sentido, y que la santa Madre le contestara con todo el respeto, pero á la vez con toda la firmeza necesaria para que la verdad fuese conocida; defendíase con gran talento, así del cargo como del modo de hacérselo:

«Me ha espantado su carta, — decía, — porque veo en ella que vuesa paternidad cree he tratado con el P. Gaspar de Salazar deje la Compañía de Jesús y se pase á la Orden de Nuestra Señora del Carmen, porque Nuestro Señor así lo quiere y lo ha revelado.»

Destruía con pruebas palpables los artificios de tan grosera calumnia, y para que fueran reconocidos añadía :

— «En lo que dice vuesa paternidad que lo averigüen los Prelados, será muy conveniente, y así lo puede mandar.

» De lo que dice que yo he escrito para que se diga lo estorba, ¡no me escriba Dios en su libro si tal me pasó por el pensamiento! Súfrase este encarecimiento á mi parecer, para que su paternidad entienda que no trato con la Compañía, sino como quien tiene sus cosas en el alma y pondría la vida por ellas cuando entendiéndose no deservía á nuestro Señor en hacer lo contrario. Si se me echa la culpa, no es la primera vez que sin ella padézco; mas tengo la experiencia de que, cuando el Señor quiere, todo lo allana.

» Del Rey del cielo todos somos vasallos; ¡plegue á Su Majestad que los del Hijo y la Madre sean tales que, como soldados esforzados, sólo miremos dónde va la bandera de nuestro Rey, para seguir su voluntad; que si esto hacemos con verdad los carmelitas, está claro que no se pueden apartar de los del nombre de Jesús, de que tantas veces soy amenazada.» (Carta 20, números 1, 2, 6 y 7.)

## V

La fe de la santa Madre se comunicaba á los corazones que la rodeaban, y hallaba siempre personas que la ayudaran con la mejor voluntad. Compensábele Dios, en estos buenos amigos, los muchos enemigos que el infierno le suscitaba.

Don Tello de Rivera, canónigo de la catedral de Palencia, fué uno de los primeros y más fieles; él reemplazó á Fr. Nicolao de Jesús María cuando éste tuvo que ausentarse, haciéndose cargo de la dirección de la obra, y trabajó por terminarla como asunto propio.

Tenía Rivera algunos negocios en Soria, y no acudía á ellos con la puntualidad que á los del convento por el gran anhelo que sentía de que se tomara posesión. Verificóse esta solemnidad el 6 de Agosto, fiesta de la Transfiguración del Señor, y por gusto de Doña Beatriz se dió al nuevo monasterio el nombre de la Santísima Trinidad.

Las muchas disposiciones que fué preciso tomar invirtieron diez días; así, después de poner al frente de la nueva fundación á Catalina de Cristo, marchó de allí con Ana de San Bartolomé.

Llegaba casualmente á Osma desde Zamora, donde había estado de Prior, el venerable Fr. Diego de Yepes, que atravesaba entonces una de las más amargas crisis de la vida; injustamente acusado y depuesto de su cargo por la emulación de algunos, iba desterrado, cuando fué á saludar al Obispo. Este le dijo que Teresa de Jesús debía pasar por la ciudad muy pronto, y se llenó de

ánimo, pareciéndole que la presencia de la santa Madre aliviaría su espíritu, abatido por la tribulación. Resuelto á esperarla, detuvo su viaje hasta haber logrado aquel consuelo.

La impaciencia no le dejó reposar, y abandonó el palacio para salir al camino que la fundadora debía traer; paseó toda la tarde, y sentía, á la vez que pena por los cuidados que le preocupaban, una dulce alegría con la esperanza del buen encuentro; volviase ya al caer el sol convencido de que no venía, y andaba á la ventura por las calles para vencer con el cansancio el mal humor, cuando cerca de oraciones vió, al doblar una esquina, equipajes de camino que le parecieron los que esperaba. Adelantóse en aquella dirección, y llegó cuando, detenido el carro, bajaba Teresa de Jesús y su compañera á la puerta de la casa donde les tenían prevenido hospedaje.

— Dios guarde á su reverencia, y sea muy bien venida, — le dijo el religioso antes que tocara al umbral.

— Bendígale Dios, Padre mío, — repuso cortésmente la fundadora;—¿quién es vuesa paternidad? No le conozco.

— Soy Diego de Yepes.

Contra lo que esperaba, la santa Madre guardó un silencio que mortificó extremadamente al religioso; si las sombras de la noche y el tupido velo justificaban la primera pregunta, una vez conocida la persona, ¿qué significaba aquel extraño mutismo? ¿Le desagradaría el encuentro? ¿Tendría noticia del castigo que sobre él pesaba, y le despreciaría creyéndole merecido?

Como el desgraciado suele ser muy suscep-

tible, todas estas reflexiones atormentaron á fray Diego el breve tiempo que Teresa tardó en indicarle con una seña que entrara; obedeció receloso, y un rato después fué recibido por la fundadora.

Inquieto por el silencio que no podía olvidar, se apresuró á decirle :

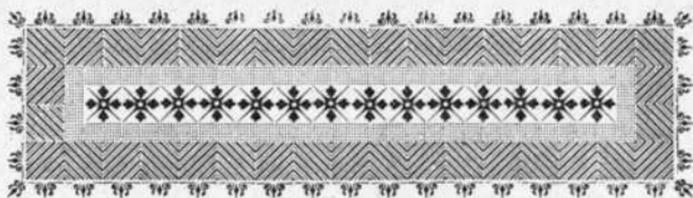
—¿Por qué no contestó nada su reverencia cuando escuchó mi nombre?

—Turbéme un poco al oírle, — repuso la santa Madre, — porque en aquel momento se me representaron dos cosas: ó Nuestro Señor quiere pagarme el trabajo de la fundación con hallarle aquí, ó su paternidad va penitenciado por su Orden.

— Lo segundo es la verdad, — murmuró el futuro obispo de Tarazona; — lo primero no quiere Dios que lo sea.

— Dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios, — repuso Teresa festivamente; — poco tiempo durará esa penitencia, y córrase cuando se acabe, que bien muestra no estar muy determinado á padecer pues hace caso de tan poca cosa. (Este suceso refiere el P. Yepes en el lib. II, folio 420.)





## CAPITULO VIII

EN LA CELDA DE ÁVILA

### I

**A**L día siguiente salió Teresa de Jesús de Osma, y emprendió el camino más penoso que es posible imaginar : veinte veces estuvo el carro en peligro de volcar y despeñarse, y otras tantas se vió salvo por repetidos milagros, pues los guías ignoraban completamente las sendas, y á cada momento se perdían entre las malezas y breñales, ó embarrancaban en graves atolladeros ; en fin, el miserable vehículo, que parecía no poder acabar la primera jornada, llegó á Avila sin dar más señales de su estado que el chirrido de las destrozadas ruedas, y fué á detenerse ante el humilde convento de San José.

Cuando se abrió la puerta para recibir á la santa Madre y su compañera, pareció á la fundadora que veía el paraíso ; alborozadas sus hijas acudían á rodearla, á besar sus manos y á pedirle

la bendición ; Teresa, humilde entre las humildes, hubiera querido evitar tales extremos ; pero ¿quién contenía aquel torrente de filial ternura ?

La fatiga de tantos viajes, los trabajos y cuidados que sobre ella pesaban, y más que todo el ningún caso que hacía de sus males, tenían á estos exacerbados hasta un extremo increíble. Y á pesar de tantos sufrimientos como torturaban su delicado cuerpo, cual si con garfios de hierro le desgarraran, sentía un sosiego moral que parecía darle alivio ; pensaba con secreta alegría que por algún tiempo gozaría allí descanso, y le halagaba la idea de que durante él podría disfrutar un rinconcito del coro para embeberse en la oración ; recordaba que en el fondo de un claustro sombrío estaba su celda, la cual debía hallarse tan ordenada como el día que la dejó ; con su amado crucifijo, sus libros y apuntes ; la ventana cubierta por tupida cortina de jazmineros y rosales, y todo ello alumbrado por el sol del pueblo en que se nace, que es, sin duda, el más hermoso de la tierra.

Pero lo que más la atraía á su primera y amada fundación era la ermita perdida en lo frondoso de la huerta, donde estaba la devota imagen de Cristo atado á la columna ; acordábase con cuánta fe le encomendó el espíritu de la Casa la primera vez que se ausentó de ella, y le daba gracias mentalmente por lo bien que la había sostenido á través de tantos años de luchas y penalidades. ¡Qué dulces horas de recogimiento hacía ánimo de tener en su venerable presencia ! Saboreaba estas agradables reflexiones, cuando la tímida voz de María de Cristo, á quien había

saludado como Priora, le sonó en los oídos diciéndola que renunciaba tal dignidad en su santa Madre, después de consultado y aprobado su deseo por el P. Provincial, Fr. Jerónimo Gracián.

Sorprendida la fundadora no sabía que responder, cuando la religiosa continuó:

— Además hemos convenido (guiadas siempre por su paternidad) que ya sea perpetuamente nuestra Prelada; pues aunque tenga que ausentarse una ó muchas veces, permanecerá la Subpriora por Vicaria, y su reverencia nos gobernará por cartas cuando no haya otro remedio.

Teresa de Jesús inclinó la frente, y respondió con tanta serenidad en apariencia como verdadero dolor en el alma:

— Sea como mi P. Provincial y vuestras caridades desean, hijas y hermanas mías; sólo les pido que rueguen al Señor que me ilumine para que pueda cumplir en honra de Su Majestad lo que tengo por obligación.

Y añadió mentalmente:

— *O morir ó padecer han de ser nuestros deseos.* (Aviso de la Colección de Cartas, núm. 3.)

## II

¿Quién, sino la humildad de la santa Madre, hubiera llevado con tal paciencia lo que más contrario podría ser á su voluntad? ¡Priora otra vez! Es decir, responsable de infinitos cuidados, y obligada á ocuparse en intereses materiales, y robar al espíritu horas de oración y soledad. ¿Y cuándo? Precisamente cuando se hallaba tan abatida y enferma que á cada instante parecía

faltarle algo del soplo de vida que animaba su castísimo cuerpo.

Por un fenómeno maravilloso que nadie comprendía pero que todos admiraban, los padecimientos que destruían aquella débil naturaleza, lejos de afearla, la embellecían hasta el ideal. Aquel semblante, siempre hermoso, se transfiguraba y parecía adquirir transparencia, luz y cierta paz que infundía respeto. Con sesenta y siete años de contradicciones, penas y enfermedades conservaba fresca la tez, animada por un rojo suave, reflejo quizá de la hoguera de amor divino que abrasaba su pecho; brillantes los ojos, cuya profunda mirada leía en los corazones; sin un hilo de plata en el bien formado arco de las cejas, y tan atractiva la sonrisa como en los días de su florida juventud.

Enamorada más que nunca de la pobreza, predicaba esta virtud con el ejemplo y procuraba incesantemente grabarla en el espíritu de sus hijas; hacía al mismo tiempo esclava de duras penitencias, y con celo infatigable velaba, escribía, oraba y acudía á dirigir todos sus conventos, sin que fuera parte la distancia para que ignorase las necesidades materiales ó espirituales que en ellos se padecían; á la vez trazaba las últimas páginas de sus dulcísimas *Moradas*, bosquejaba los *Conceptos del amor de Dios* y adicionaba al libro de sus *Fundaciones* las últimas que había hecho.

Imposible parece que vida tan ocupada pudiera ser escrita por la misma que apenas se daba punto de reposo, y, sin embargo, así fué; la sencilla narración de sus hechos, que compuso por obediencia, ha venido á considerarse como verdade-

ra joya literaria, y este mismo concepto merecen en todo el mundo sus demás obras. Ya se trate del *Camino de Perfección*, por el cual va el alma segura de llegar al feliz término que desea; ya de sus *Avisos*, dardos agudos para los corazones tibios que encierran en breves palabras grandes preceptos; ya de sus *Exclamaciones*, suspiros ardientes del amor de Dios que la devoraba; ya de su *Modo de visitar conventos*, escrito á ruegos del santo Fr. Juan de la Cruz para servir siempre de modelo, todo lo que su clara inteligencia traspasó al papel en lenguaje castizo y de difícil facilidad, admira hoy y encanta á los que, dejando á un lado el oropel de la moderna literatura, buscan el oro verdadero del ingenio que se inspira en la suma grandeza de Dios. Si alguno quisiera escoger de este espiritual ramillete muy linda flor, podría traer á la memoria las *Meditaciones sobre el Padrenuestro*, en cuyo Prólogo desarrolla el tema que va á tratar, bastando los títulos con que divide las partes para llenar el alma de santas aspiraciones, y el corazón de religiosos y ardientes afectos.

«Las peticiones,—dice,—ya se saben (están distribuídas por los días de la semana): los títulos y nombres de Dios son éstos: Padre, Rey, Esposo, Pastor, Redentor, Médico y Juez; de modo que el lunes despiértese cada cual diciendo: Padrenuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; el martes: Rey nuestro, venga á nos el tu reino; el miércoles: Esposo de mi alma, hágase tu voluntad; el jueves: Pastor nuestro, el pan de cada día dánosle hoy; el viernes: Redentor nuestro, perdónanos nuestras deudas así como nos-

otros perdonamos á nuestros deudores ; el sábado : Médico nuestro , no nos dejes caer en la tentación ; el domingo : Juez nuestro , libranos de mal.»

## IV

Y todavía he de continuar entresacando algunos párrafos de estas *Meditaciones* para mostrar hasta qué punto las hace comprensibles aun á las inteligencias más rudas, facilitando así el camino de la verdadera ciencia, que es la eterna salvación.

«El día que se anduviese en estas peticiones, —dice al tratar de la primera, —se han de reducir todas á esta consideración. En las imágenes que se miren de Cristo dígase : éste es mi Padre ; en el cielo que se ve : ésta es la casa de mi Padre ; la lección que se oye : ésta es carta que me envía mi Padre ; lo que se viste, lo que se come, lo que alegra, todo viene de manos de mi Padre.» (*Meditación 1.ª*, núm. 6.)

.....

«Todos vivimos debajo de una ley, y estamos obligados á guardarla, y poner las haciendas y las vidas por nuestro Rey celestial, deseosos de darle contento en todo lo que se le ofreciere ; en nuestros agravios, recurrimos á Él por justicia ; en las necesidades, por remedio ; todos le sirven cada cual á su manera ; el soldado en la guerra, el oficial en su oficio, el labrador en su labranza ; el letrado, el marinero y el que nunca le vió, le procura servir y le desea ver.» (*Meditación 2.ª*, núm. 6.)

.....

«La tercera petición es hágase tu voluntad, descansando que en todo se cumpla la voluntad de Dios, y aun pedimos más : que se cumpla en la tierra y en el cielo con amor y caridad.» (*Meditación 3.<sup>a</sup>*, núm. 1.)

.....

«Deseosa una sierva de Dios de comulgar todos los días, le mostró Nuestro Señor un hermosísimo globo de cristal, y le dijo : *Cuando estés como este cristal podrás hacerlo.*» (*Meditación 4.<sup>a</sup>*, núm. 14.)

.....

«Aparecióse el Señor crucificado, y dijo á una sierva suya que le quitase tres clavos con que le tenían enclavado todos los hombres, que eran desamor á su bondad y hermosura, ingratitude y olvido de sus beneficios, y dureza á sus inspiraciones; y que, cuando esto hiciera, quedaría enclavado en otros tres, que eran : amor infinito, agradecimiento á los bienes que por Él nos daba su Padre, y blandura de entrañas para recibir á los pecadores.» (*Meditación 5.<sup>a</sup>*, núm. 6.)

.....

«Cuando el enfermo no quiere tomar lo que le mandan y no se guarda de lo que le vedan, suele el médico dejarlo, salvo si es frenético; pero este nuestro Médico soberano, ni desampara á los mal regidos, ni á los desobedientes; á todos los cura como frenéticos, buscando mil modos de traerlos á sí.» (*Meditación 4.<sup>a</sup>*, núm. 1.)

.....

«La séptima es que nos libre de mal; no le pedimos que nos libre de este mal ó del otro, sino de todo lo que es propia y verdaderamente mal,

ordenado para privarnos de los bienes de gracia ó de gloria.» (*Meditación 7.<sup>a</sup>*, núm. 1.)

## V

Á la hora de siesta, Teresa de Jesús, después de servir á sus hijas, no como Priora, sino como la más humilde de las freilas, solía retirarse á la celda y entregarse con ardor á sus tareas intelectuales : contéplela allí la mente ahora en una serena tarde de otoño, algún tiempo después de su llegada á Avila.

Apoyada la dolorida cabeza en la mano izquierda, escribía rápidamente, mientras una joven novicia hilaba sentada á sus pies, y la miraba con tan suave ternura que parecía acariciarla. Era la bella peruana, hija de Lorenzo de Cepeda, que, realizados al fin sus ardientes deseos de vestir el santo hábito, gozaba al lado de su tía la felicidad de los ángeles.

Hacia una hora que había entrado silenciosamente, y trabajaba junto á la fundadora sin que ésta, embebida en su tarea, hubiese notado la presencia de la niña.

Una carta que, apenas cerrada, se deslizó de manos de la santa Madre, y fué recogida y devuelta por la novicia, hizo reparar á aquélla en tan dulce compañía.

—¿Ahí estabas?—le dijo como sorprendida, mientras ponía una mano sobre su cabeza y la bendecía disimuladamente, haciendo la señal de la cruz.

—Sí, Madre,—repuso Teresa con su argentina voz de niña;—y por cierto hace buen rato;

mas como su reverencia trabajaba, no me atreví á distraerla.

—¿Deseabas algo?

—Verla,—replicó llena de rubor, como si confesara un capítulo de culpas.

—¿Por qué no aprovechas la hora de recreación para estar con tus compañeras?

—Mi mayor alegría es pasarla con su reverencia.

—Con poco te contentas, mi hija,—dijo con leve sonrisa Teresa de Jesús;—pero de veras me ha caído en gracia el empleo que has hecho de tu tiempo, siquiera porque la rueca y el huso lo han aprovechado; mas ya que has venido, vas á ser la primera á quien dé las buenas noticias que me traen las cartas de hoy.

La joven alzó los ojos llena de alegría; estas palabras le aseguraban un rato de las íntimas y dulces pláticas que tanto placer le causaban, y se dispuso á escuchar con atención.

## VI

—Hay que tomar de lejos la historia,—empezó á decir la santa Madre,—porque es la fundación de Granada, que mi buena Hija y Hermana Ana de Jesús acaba de llevar á feliz término. ¡Gracias mil veces al Señor, *que es pagador tan bueno que no hace cosa la criatura por pequeña que sea en su servicio, que no se lo premie!* (El espíritu de esta cita es de los *Conceptos del amor de Dios*, cap. I, núm. 8.)

—Sabrás,—añadió después de breve silen-

cio,—que por la opinión y deseos de mi Padre Fr. Juan de la Cruz y los del P. Gracián, se ordenó esta empresa, y por mi orden salió á llevarla á cabo la Priora de Veas con nuestra Hermana María de Cristo y Antonia del Espíritu Santo, una de las cuatro primeras que se alistaron conmigo en la gloriosa bandera de la descalcez, y creo muy de veras que fué elegida por el Señor como piedra viva de los cimientos de esta Casa.

Mi sobrina Beatriz de Jesús pidió desde Toledo licencia para ir á esta fundación, donde prevía no habían de faltar trabajos; se la concedieron, y todas se pusieron en camino muy confiadas en Dios y en su bendita Madre, que de promesas de criaturas nunca hay seguridad en esta vida; antes bien, *cuando pagan con ingratitudes, es señal de que tenemos contento al Criador.* (Del libro de las *Fundaciones*, cap. XXVII, núm. 11.)

Yo no podía ir á Granada, porque Nuestro Señor mandaba otra cosa; mas estaba cierta que todo lo haría bien Ana de Jesús, y esperaba le había de ayudar mucho Su Majestad. (*Fundaciones*, carta de la Madre Ana, núm. 2.)

—¡Ojalá hubiera sido yo también profesal! Entonces pido licencia para acompañarlas,—dijo tímidamente la novicia.

—«Es gran bien el tener grandes deseos en el servicio de Dios, y no ser cobardes las almas», (*Conceptos del amor de Dios*, cap. II, núm. 26)—respondió la fundadora.

Teresa sonrió muy contenta de que su tía y Prelada aprobase los inocentes fervores que había mostrado.

—Este santo valor,—prosiguió Teresa de Je-

sús, — es el que han manifestado las que fueron á Granada; no sabes, hija mía, cuánto han padecido: fríos, nieves, recias tempestades y enfermedades agudas; de todo se ha valido el enemigo para impedirles levantar la nueva casa; hasta en los ánimos ha dominado, volviéndoles contrarios cuando más fácil parecía lo que se había de hacer.

Estaban ya nuestras Hermanas en camino, y todavía el Arzobispo, mal impresionado por algunos enemigos de la Reforma descalza, negaba la licencia para la fundación; representábanle el mucho mal de ser monasterio pobre, y entre opiniones encontradas, sin saber por qué decidirse, negaba en absoluto. Fray Diego de la Trinidad, que es muy siervo de Dios y partidario de la justicia, le daba cuantas buenas razones le sugería su claro talento, sin que ninguna aprovechara; pues cuando se enciende el fuego de la persecución, no basta para apagarlo toda el agua de la verdad.

Llegaron las religiosas con todo secreto á Daifuentes, donde estaba desencadenado un furioso temporal, y apenas se hallaron instaladas arreció la tormenta, y un horrible estallido que las hizo estremecer anunció la caída de un rayo; calmó luego la tempestad, y cuando al siguiente día llegaron á Granada, encontraron alborotada la ciudad; el rayo que oyeron desde Daifuentes había caído en la librería del palacio arzobispal, donde quemó y destrozó mucho, así como en las caballerizas que cuadraban debajo, en las cuales mató algunas bestias.

El Prelado se hallaba enfermo del susto, y tan mudado el ánimo respecto á la fundación que ya sólo trataba de protegerla.

— ¡Bien haya la causa que tales efectos hizo!  
— exclamó asombrada la novicia.

La santa Madre continuó :

— Las religiosas, que sin licencia y de secreto habían ido, confiadas sólo en una parte de casa que les cedía Doña Ana de Peñalosa, noble dama recién venida á la ciudad, escribieron desde allí al Prelado solicitando el permiso para decir Misa, y añadieron que no la oirían hasta que su señoría quisiera venir á decirla, ú ordenara qué se debía hacer ; si la enfermedad no se lo impidiera, el Arzobispo habría acudido muy gustoso ; mas envió en su lugar al Provisor, que celebró el santo Sacrificio y puso el divino Sacramento con toda solemnidad.

Á pesar de este buen suceso, no puedes figurarte, hija mía, lo que aquellas benditas criaturas han padecido : aposentadas en una casa opulenta, carecían de todo, hasta el punto de que los Padres descalzos tenían que enviarles para comer de sus pobres abastecimientos.

— Pero ¿y Doña Ana Peñalosa ? ¿Y el caritativo pueblo de Granada ?

— *A quien nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios (Fundaciones, cap. XXVI, núm. 5), y le ofrece los trabajos por raros caminos ; digo esto, porque la bonísima Doña Ana, que tanto favor les hizo con recibir las en su morada, las creía con recursos de la ciudad ; y ésta, al verlas en casa tan suntuosa, las consideraba muy sobradas de todo. Pero las nuevas que hoy recibo compensan los disgustos pasados : sabe, Hija, que la fundación de Granada se halla á estas horas en camino real y libre*

de escollos ; que hay muchas nobles doncellas deseosas de vestir nuestro santo hábito ; que guisan las descalzas la consideración de los mismos á quienes parecía nuestra Regla locura ó disparate ; que tienen cuantas Misas desean, y sermones de los más afamados predicadores de la ciudad. ¡ Oh qué gran contento recibe mi corazón con tan dichosas nuevas ! ¡ Cómo me hacen recordar lo que decía Cristo á sus Apóstoles : *Cuando os envié á predicar sin alforjas y sin zapatos, ¿ os faltó algo por ventura ?*

La novicia tomó una de las manos de su santa Madre y la besó cariñosamente ; aquella agradable plática equivalía para ella á muchas horas de recreación.

## VII

A pesar del calor que todavía se dejaba sentir en las horas de siesta, una fresca brisa movía la cortina de lienzo que, puesta delante de la ventana, templaba la luz del sol. Entre el follaje de los árboles que adornaban el huerto cantaba suavemente un pajarillo, y sus ecos, debilitados por la distancia, llegaban hasta la celda para aumentar la grata quietud que disfrutaban aquellos corazones.

— Madre, — dijo al fin Teresa después de un largo silencio : — razón tiene su reverencia en alegrarse de lo sucedido ; pero lo que me asombra es que ni de cerca ni de lejos deje de la mano cuanto se emprende para gloria de Dios, y desearía sobre este punto explicar mi pensamiento si lo tiene á bien mi venerable Prelada.

— Tanto más lo permito, cuanto que es tu deber y mi gusto; habla, pues, francamente, hija.

— Diré entonces que la tengo comparada con el labrador que posee un campo vasto y fértil, como las llanuras del país donde vi la primera luz; campo deleitoso, plantado de corpulentos árboles, entre los que sobresalen elevadísimas palmas, verdes cocoteros y plátanos sabrosos. Incansable el dueño por acrecentarle, vaga de continuo en la heredad, ya con la pala, ya con la segur, ya con la azada, y aquí poda la rama seca, allí remueve la tierra, acá fortifica el cercado y allá riega los nuevos planteles. Por igual modo su reverencia acude con sus cartas, avisos, consejos y exhortaciones, y este gran campo de la Reforma que labra se engrandece para el Señor que es una maravilla.

— «Muéstrase la misericordia de Dios en dar osadía á personas flacas para cosas de su servicio» (*Fundaciones*, cap. II, núm. 7), — repuso con humildad la santa Madre; — «teniendo constancia en lo bueno, aunque sea poco lo que ejecutemos, Su Majestad lo juntará con lo que hizo en la cruz para que nuestras obras tengan valor por pequeñas que sean.» (Espíritu del cap. IV, núm. 12, *Meditación 7.<sup>a</sup>*)

La campana que llamaba al coro interrumpió á la fundadora; ella y la novicia se levantaron al punto para acudir á la oración.

## VIII

— Me han preguntado vuestas caridades, hijas y hermanas mías, — decía la santa Madre algunos días después de la conversación ahora aquí referida, y cuando terminaba una provechosa lección que había dado á sus monjas, — lo que harán para librarse de las baraúndas y estorbos que pone el enemigo en el ejercicio de la oración. Bien entenderéis que, como ella es la coraza que usamos para combatir con él, anda siempre buscando el hueco para herir, y en esto pone todo su cuidado. «Acá, libres estamos de lo exterior; en lo interior plegue al Señor que lo estemos y nos libre. Guardaos de los cuidados ajenos; aprovéchase de ellos el enemigo, y es menester entender sus ardidés y que no nos engañe hecho ángel de luz. Hay una multitud de cosas en que nos puede hacer daño entrando poco á poco, y hasta haberlo hecho no lo entendemos. (*Meditación 1.<sup>a</sup>*, capítulo II, núm. 15.)

«Ya os dije otra vez que es como una lima sorda, y es menester entenderle en los principios: quiero decir alguna cosa para explicarlo mejor. Pone en una Hermana ímpetus grandes de penitencia: parece no descansa sino cuando se está atormentando; este principio bueno es: mas si la Priora ha mandado no haga penitencia sin licencia, y le hace parecer que en una cosa tan buena bien se puede atrever, y á escondidas se da tal vida que viene á perder la salud y no hacer lo que le manda su Regla, ya veis en qué paró este bien; pone á otra un celo de la perfección muy grande;

esto muy bueno es ; mas podría venir que cada faltita de sus Hermanas le pareciese gran quiebra, y un cuidado mirar si las hace y acudir á la Priora, y aun á veces podría ser no ver las suyas por el cuidado que tiene de la Religión. Como las otras no entienden el interior y ven el cuidado, podría ser no lo tomaran á bien.» (*Meditación*, cap. II, núm. 16.)

Con estas y otras razones ilustraba Teresa de Jesús el espíritu de sus hijas, y les mostraba el peligro que trae un exceso de falso celo, y de qué modo puede con él turbarse la paz, como quien sabía que el eterno enemigo de las almas, desahuciado muchas veces de entrar en ellas por la ancha puerta de los vicios, procura aprovechar la estrecha de las virtudes.

## IX

Dicen los historiadores de la santa Madre que tuvo revelación de la época de su muerte años antes de que sucediera; y al considerar los trabajos de los últimos tiempos y las perfecciones con que asombró al mundo, parece confirmada tan piadosa creencia : si bien es verdad que nunca le faltaron sufrimientos, el aumentarse las enfermedades, lo difícil y penoso de sus continuos viajes, y las amargas sin cuento de las postreras fundaciones sembraban de tantos abrojos los caminos que recorría, que bien mostraban preceder al eterno descanso. La inalterable paciencia con que lo sobrellevaba todo aquel alma privilegiada, hacía también comprender que le sonreía esta dulce esperanza.

Alerta siempre como el buen soldado en el puesto que se le confía, las breves horas que la Comunidad empleaba en el sueño y recreación, las invertía ella en escribir y en orar; multiplicábase para atender á cuantos la necesitaban, y allá iban sus consuelos donde más faltan hacían. En el mismo correo que llevaba á María Bautista una larga carta dándole instrucciones y avisos como Prelada, remitía otra á Doña María Enríquez, duquesa de Alba, consolándola en la tribulación que sufría por la inesperada prisión de su esposo, y la terminaba con estas tiernas razones:

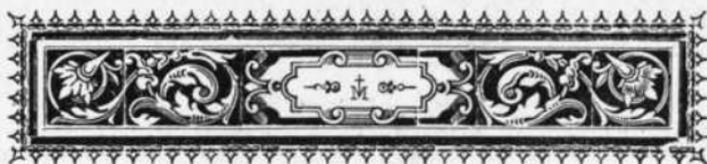
« Dios dé á V. E. tanto amor suyo que pueda en esta ausencia pasarlo con sosiego, que sin pena es imposible. » (Carta IX, núm. 6.)

Todavía transcurrieron algunos meses en la venturosa quietud que tan pocas veces le fué dado gozar, y los aprovechó para bien de muchas almas.

Mientras mostraba afecto natural y santo á su familia, dando sanos avisos á los sobrinos Francisco y Lorenzo de Cepeda, á Juana Ahumada y su marido Ovalle, enviaba sabios consejos al arzobispo de Évora, D. Teutonio de Braganza, útiles advertencias á D. Alonso Velázquez, átinadas observaciones al P. Gracián, cariñosas enseñanzas á la Priora y comunidad de Soria, y con especialidad á su dulce hija en Religión, Leonor de la Misericordia, novicia entonces en él.







## CAPITULO IX

### LA FUNDACIÓN DE BURGOS

#### I

**A** la puerta del convento de San José de Ávila, uno de los últimos días de Diciembre del año 1581, estaba parado el carro que, por más incómodo y humilde, prefería siempre en sus viajes Teresa de Jesús.

Las religiosas, aturdidadas, andaban de un lado á otro con tal pena, que ni aun acertaban á disponer lo necesario. La Vicaria amontonaba mantas sobre mantas, que todas le parecían pocas para que su amada Madre se resguardara del frío ; dos novicias acomodaban en un cesto algunos panes, pescado y frutas secas : pobre alimento para la que tan enferma iba, y único que se permitía para no faltar á la aspereza de la Regla reformada.

La marcha de la fundadora en esta ocasión era á la ilustre ciudad de Burgos, antigua cuna

del reino de Castilla y patria de los famosos jueces Laín Calvo y Nuño Rasura, que ansiaba también su parte en la gloria de poseer convento de la Reforma carmelitana.

Seis años antes, y cuando preocupaba á Teresa la fundación de Valladolid, algunos Padres de la Compañía de Jesús escribieron á la santa Madre con el deseo de que se hiciera otra en Burgos; de nuevo la instaron cuando se ocupaba en la de Palencia: y como ella fluctuara indecisa, el Señor se lo ordenó con las frases referidas en su lugar.

Animosa como siempre, la fundadora rogó entonces al obispo de Palencia que aprovechara el paso por aquella ciudad del prelado de Canarias, electo arzobispo de Burgos, para solicitar la licencia de fundación, á lo que aquél accedió con sumo gusto. Llegó D. Cristóbal de Vela (que era el sujeto esperado), y D. Alvaro Mendoza cumplió el encargo recibido, contestando el Prelado que por el gran fruto que daban estos monasterios dondequiera que se establecían venía en ello con entera satisfacción, y que así tuviera por concedida la licencia, pero que procurasen la de la ciudad á no ser el monasterio con renta.

Había conocido Teresa de Jesús, durante el tiempo de su estancia en Palencia, á una señora de Burgos llamada Catalina de Tolosa, que fué á llevar dos hijas doncellas muy jóvenes y hermosas para que tomasen el hábito de carmelitas descalzas. Con tal motivo la dama trabó amistad con la santa Madre, y ésta supo que de siete hijos que en su viudez le quedaron, tenía las dos

mayores en el convento de Valladolid, donde estaba de priora María Bautista, dos mancebos novicios de la Orden en Manresa, y ahora satisfacía los deseos de las menores, permitiéndolas entrar también en la Reforma del Carmelo. Teresa admiró la fortaleza de espíritu de su nueva amiga, y la comparó á la piadosa madre de los Macabeos, estimándola cada vez más á medida que descubría las grandes virtudes y altas dotes que la adornaban: así, cuando se disponía para volver á Burgos, la fundadora se confió á ella, y le encargó buscar casa en aquella ciudad á propósito para el objeto que se deseaba, y hasta que le comprara rejas y torno; parecíale que, con la licencia del Arzobispo y la buena voluntad de Doña Catalina, todo se haría fácilmente.

Terminó en tanto la fundación de Palencia, y aun se hizo la de Soria sin que resolviesen nada en Burgos, por lo que Teresa tornó á San José de Avila; mas antes de concluir el año de su estancia allí recibió cartas de Doña Catalina y del obispo D. Alvaro, que le instaban eficazmente á ponerse en camino. Decía la primera que ya se había conseguido licencia de la ciudad gracias á los buenos oficios del regidor D. Alonso Manrique, cuya madre y hermana, que eran amigas suyas, se habían interesado en el asunto y alcanzado tan feliz resolución; pero lo que no explicaba era los medios de que se valió para lograrlo, que fué entregar al Regidor una petición firmada por ella, en la que se obligaba á dar á las religiosas casa y mantenimiento, lo cual bastó para que la ciudad consintiera.

Don Alvaro aducía también muchas buenas ra-

zones para probar que el Arzobispo deseaba que se hiciera la fundación; decía cómo le habían mostrado la licencia, y confirmaba la suya ; en fin, de tal modo se allanaban los caminos que parecía no haber más trabajo en Burgos sino el que pudiera tomarse cortando flores en el más delicioso de los verjeles.

Sin embargo, Teresa, débil, enfermísima y desanimada, sentía tanto el rigor de aquel invierno, que no se atrevía á ponerse en marcha ; pensaba que, pues, todo estaba fácil, bien podía hacer la fundación en su lugar la priora de Palencia ; consultaba esto un día con el Señor, cuando Él le dijo :

— *No hagas caso del frio, que yo soy el verdadero calor ; el demonio pone todas sus fuerzas por que no se haga esa fundación ; ponlas tú por que se haga, y no dejes de ir, que seguirá gran provecho. (Fundaciones, cap. XXXI, núm. 6.)*

He aquí la causa del acelerado viaje, que tanta consternación causó en el monasterio de San José de Avila.

## II

En tanto que la santa Madre se despedía en la ermita de la devota imagen de Jesús atado á la columna, Ana de San Bartolomé, que iba á ser de nuevo compañera de tan bendita Prelada en esta marcha, reunía los Breviarios, ropas y pequeñeces que podían necesitar, y las hacía poner en el carro.

Al lado de éste, envuelto en pesados abrigos